

TODO CUENTOS

CLAUDIO HERNÁNDEZ

Todo Cuentos
Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2017.

Título: *Todo cuentos*.

© 2017 Claudio Hernández.

© 2017 Diseño de cubierta: Vanesa Garkova, 2017.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados

Este libro se lo dedico a mi suegro que siempre fue y será mi padre, desde el cielo, allá donde quieras que estés, necesito que sigas a mi lado en esta vida tan dura. Ya mi mujer, también, lo único que me queda...

Índice

Introducción

La caja de los relatos

El enterrador

La chica 10

Manzanas podridas

En la boca del gusano

El coco está bajo las sabanas

Todo lo que has perdido

Es hora de despedirse

Nunca pronuncies mi nombre

La sabana

La chica que amo

El curioso caso del señor Carl Farmer

A veces duermen

Están entre nosotros

La muerte de Fletcher

Cuernos, un caso extraordinario

Las mascotas siempre vuelven

Catalepsia

El quinto invitado

El Apocalipsis que conocimos

La fotocopidora

El atajo de la cuesta de la cabra

Los niños que desaparecen

Introducción

Stephen King es un buen narrador de relatos y cada siete años saca puntualmente, una antología de cuentos, al cual más sorprendente. A mí, me encantan. Disfruto como un enano leyendo en voz alta sus cuentos. Algunos de ellos tan aterradores que los leo de día. Pero él, es Stephen King y domina el arte.

Yo soy un púgil a su lado, pero creo que he conseguido reunir bastantes relatos de calidad. Al menos eso creo yo, pero eso no puedo decirlo yo. Son ustedes, los lectores quienes juzguen. Si al acabar este libro-eso si lo acaban-me sentiría muy feliz por ello. Eso es porque algo se ha quedado retenido en mi mente, tras leer tantos relatos de King, Poe o Lovecraft.

No, no me comparo con ellos, pero creo que en algunos casos he conseguido crear la atmosfera necesaria para que el cuento se pueda leer y no durante la noche.

Se nota y mucho, que estoy influenciado por los mencionados maestros y de pronto recuerdo, en mi adolescencia, como buscaba los libros que contenían algún cuento de ellos, y otro buen puñado de escritores del género.

Espero que disfruten leyendo, como yo escribiéndolos. Espero que pasen mucho miedo y que de vez en cuando abran más los ojos y no la boca. Eso sería un puñetazo en la barriga para mí. Adelante. Lee.

Claudio Hernández

La caja de los relatos

1

Con trece años de edad Steve se encuentra una caja repleta de manuscritos, en el sótano de la casa de su tía. Está de paso y es una de las muchas casas en las que vivirá hasta la edad adulta, mucho más adelante. Entonces recordará su niñez y qué sintió al encontrar la caja, que rápidamente le dio el nombre de "Inicios". Steve se acerca a la caja de cartón amarillenta y empolvada, dispuesta como una forma siniestra en la penumbra. Se acerca lentamente, pero sin titubeos. Y piensa que de pronto podría salir de allí una enorme rata de largos dientes y un rabo como el palo de una escoba. Steve se acerca de todas formas. Un poco más. Está en silencio y de sus labios convulsos no sale ni un silbido, sus ojos, abiertos como platos otean en la penumbra. Alrededor de la caja. No hay nada. Salvo esta caja. Se acerca más hacia ella y entonces su corazón comienza a palparle con desmesurada rapidez, en una ola creciente. Cada vez más. Comienza a sentir calor. Las primeras gotas de sudor aparecen en su frente y una de ellas se introduce en su ojo derecho. De forma impulsiva se lleva la mano ahí y manotea sus enormes gafas de montura de hueso que casi se caen al suelo, las cuales están arregladas con cinta adhesiva. Se acerca más y más. El galopante corazón parece latirle ahora en su propia mano. Y toca la caja, primero con la yema del dedo índice, después con todos los dedos. La caja está cerrada. Steve curva sus labios, traga aire y lo expulsa en un potente soplo. El polvo sale despedido como una tormenta de arena hacia todos lados. Entonces ve las iniciales D.E.K en una de las solapas de la caja.

—¿Qué?

Steve sopla una vez más para eliminar el polvo restante que cubre la caja. Ahora su corazón estalla dentro de su pecho.

¿Qué será amigo Steve? Ten cuidado con lo que te encuentras dentro de ella. Le sacude una voz interior.

Ahora con las dos manos comienza a abrir la caja de cartón. Y dentro ve algo. No es aterrador, no son ratas ni tan siquiera serpientes ni monedas como recordó, mientras miraba el interior de la caja, unas monedas que un amigo suyo escondió en el sótano de su casa para protegerlo de su hermano mayor. Recordó también que soltó el tarro de monedas cuando escuchó de su hermano que en el bosque había un chico muerto. Pero pronto los recuerdos se diluyen al ver de nuevo el interior de la caja. Papeles. amarillentos, empacados y acordonados con una fina cuerda. Eran manuscritos. Hojas sueltas numeradas. todos los folios tenían texto. Mucho texto y a primera vista todos tenían una nota adjunta que decía, a malas penas si se leía, " lo sentimos pruebe otra vez".

Steve sacó todos los manuscritos de la caja mientras oteaba las hojas, había palabras

interesantes como "garras como espátulas", y "se convirtió en un monstruo" y "muerte". Eran las ocho y media de la mañana y los primeros rayos del sol se atrevían a pasar por entre los huecos de la pared de tablas. El pulso del corazón galopante dio un vuelco de entusiasmo. A Steve le gustaban aquellas palabras y pronto supuso que eran historias de terror o quizás de ciencia ficción. Y transcurrió la mañana en el sótano leyendo aquellas viejas páginas amarillentas y rasgadas, mientras los rayos del sol se movían dentro del sótano formando diferentes formas de sombras. Y ya con el pulso estabilizado aunque extasiado o emocionado, se preguntaba qué diablos significaban aquellas iniciales. D.E.K.

—La cara más horrible que se pudiera visto antes —susurró Steve.

Y siguió leyendo frases escabrosas, horribles algunas y atractivas para él, otras.

Había encontrado una caja llena de relatos de terror y novelas de ciencia ficción. Algo que le entusiasmaba.

2

Pasar los días leyendo los manuscritos encontrados, en la penumbra de su habitación, era todo lo mejor que le podía suceder, ya que en la escuela secundaria era objeto de todo tipo de burlas y eso le pesaba mucho. Steve, un niño de trece años que había aprendido el arte de amar la lectura y la escritura, era verdaderamente un niño solitario a los ojos del mundo. Sus palabras, cuando hablaba, casi ni se escuchaban. Hablaba poco. Más bien susurraba y podía contar con los dedos de la mano cuantos amigos tenía. Él y su nuevo descubrimiento ocupaban gran parte de su vida ahora.

Escurridizo en la escuela, cerraba sus ojos bajo los gruesos cristales de sus gafas cuando le decían tacos. su miopía era evidente y caminaba casi encorvado debido a su delgadez y su altura. Su pelo negro, aplastado sobre el cráneo, como una masa gelatinosa, mostraba todo tipo de formas en su peinado. Y todas las cosas según él, no sucedían porque sí, sino que tenían algún sentido. Un significado. Lo descubrió a medida que devoraba los relatos perdidos de aquella caja, cuyas iniciales todavía le sorprendían.

3

Mientras apuraba el cigarrillo de una larga calada, Steve miró de reojo el final de uno de los relatos.

—Me encanta! —dijo de repente, al tiempo que dejaba las hojas amarillentas sobre la cama.

—De que trata? —se interesó su hermano.

—De un hombre que se infla a beber cerveza y se convierte en una masa deforme que devora gatos —se apresuró a contar Steve con un brillo inusual en sus ojos.

—Uhhh —eso está bien le contestó Ben, con la mente en otra parte.

—Es fantástico!. todo lo que estoy leyendo es fantástico. Habla de máquinas que cobran vida, de un asesino en serie, de un pueblo controlado por los niños —Steve estaba entusiasmado y su voz cada vez era más grave—. También hay alumnos que mueren y regresan de la muerte!.

—Siempre te gustaron los cuentos de terror, ¿eh? Hermanito. —Su voz sonaba distante.

Steve se llevó una mano hacia el ojo derecho para quitarse una lagaña y se apartó las gafas con sumo cuidado. No dijo nada. Solo se quitó la lagaña con el dedo índice y parpadeó ligeramente. Después, se puso de nuevo las gafas y se quedó dubitativo, con la mejilla apoyada en uno de sus puños. Reinó el silencio por un largo tiempo. Ben estaba ahora mirando a través del cristal de la ventana que estaba sucio. Fuera nevaba copiosamente y los copos de nieve se estrellaban contra el cristal haciéndose pedazos. Quizás, dibujando formas imposibles.

De repente la voz de Steve, sonó cascada, pero fuerte.

—Algún día seré un escritor profesional y me compraré un enorme coche —hizo unos cuantos ademanes de manos y dejó caer los brazos. También dejó caer el cigarrillo consumido al suelo y lo aplastó con el pie izquierdo.

Ben se volvió hacia él y asintió con la cabeza.

4

Las pesadillas eran recurrentes sí y los trabajos para aportar algo más en una casa pobre, eran sencillamente embarazosos. Steve tuvo junto con otro amigo de la escuela, que cavar durante una semana, varias fosas en las que iban a enterrar los ataúdes. Steve no los vio y por ello le preguntó a su madre si había visto morir a alguien de verdad.

—Dos veces —respondió ella.

Steve hincó los codos sobre la mesa y abrió más los ojos.

—¿Y qué viste? —le interrogó inmediatamente, con un brillo inusual en sus ojos.

Su madre movió la cabeza de un lado para otro y se llevó una mano a ella, como para sustentarla.

—Nada —respondió con un silbido inaudible en la voz.

—¿Algo tuviste que ver? —insistió de nuevo Steve algo nervioso ya.

Hubo un corto pero cansino momento de silencio y al fin contestó.

—Vi paz. Se trataba de una niña de corta edad. Estaba morada pero todavía tenía los ojos abiertos. Había algo de brillo en ellos pero que se iban apagando poco a poco —Tragó saliva y dejó de hablar por otro ominoso y largo silencio. Después continuó—. Un hombre le hizo el boca a boca y de la garganta de la niña salía agua, abundante agua, pero el brillo de sus ojos se perdían por momentos. Se puso más amoratada. Pero ningún músculo de su cara reproducía dolor alguno.

Estaba en paz. El hombre seguía haciéndole el boca a boca. Salió más agua y sus ojos se cerraron lentamente. Su cara estaba muy amoratada pero no afligida. Parecía que estaba durmiendo, salvo el color de su cara. Había paz. Y silencio. No había nada más.

Steve bajó los brazos de la mesa y se quedó dubitativo durante mucho tiempo.

5

Y esa noche Steve tuvo una pesadilla. Soñó que su hermano Ben corría la misma suerte que la niña ahogada. Estaba recostado, en el suelo, a la orilla del lago Cristal. Sus ojos estaban abiertos y de su boca manaba agua sucia. Trataba de decir algo, pero Steve no conseguía escucharlo. En el sueño todo estaba en silencio. Los ojos de Ben se cerraron un instante y se abrieron después. Su cara cada vez más hinchada y amoratada estaba frente a él. Los ojos de su hermano le miraban, casi vidriosos. Y entonces el sonido se activo como si alguien le hubiera dado al interruptor.

—La..Ca —dijo Ben en voz muy baja.

Steve puso cara de sorpresa y horror al mismo tiempo. Sus facciones se debilitaron y dibujaron en su cara una preocupación extrema. Quizás eran las arrugas que formaban surcos sudorosos y lo que representaba era miedo. Sencillamente eso. Miedo

—Caja...Ca —Atinó a decir Ben, ahora con una voz mucho más clara a medida que su cara se ponía más y más morada. Y finalmente cerró los ojos.

—¿La caja? —Se preguntó Steve y un calor frenético subió garganta arriba—. Se refiere a la caja del sótano!

Su cara era ahora una fuente de calor, como una antorcha encendida y sudaba más. Entonces, con el corazón palpitándole desafortadamente, se inclinó hacia adelante. casi rozando la nariz de su hermano. Estaba helado y sorprendentemente no olía a nada. Comprobó que no respiraba.

La caja del sótano. Mi hermano ahogado como esa niña que vio mamá.

Steve tocó el hombro de su hermano, húmedo y casi rígido, cuando de repente Ben, abrió los ojos mostrando unos globos oculares tan blancos como una sabana y abrió la boca, ahora considerablemente grande, llena de dientes afilados y chorreantes por una baba amarillenta. Steve dio un grito y saltó hacia atrás.

Y el grito siguió en la boca de Steve cuando se despertó de la pesadilla con el cuerpo sudoroso y el corazón galopándole bajo el pequeño pecho. Las sabanas estaban en el suelo. Y tras pasar el resto de la noche despierto, cuando al fin amaneció, se puso a escribir un cuento basado en su pesadilla como si tal cosa. Ben, en la otra cama, seguía durmiendo ajeno a todo esto. Era sábado.

6

El cuento de una extensión de solo dos páginas había sido publicado en el periódico del colegio el lunes. Tuvo gran éxito entre los alumnos ya que Steve había cambiado a su hermano por un ser monstruoso que habitaba en el lago Cristal y que hacía de las suyas por todo el colegio, devorando a los alumnos de todas las clases. En el mismo cuento, Steve reivindicaba el derecho a ser diferente de los demás sin recibir collejas e insultos o burlas. Entonces, si eso sucedía, el monstruo lo devoraba. Se hicieron cincuenta copias en el mimeógrafo de la escuela y Steve se sintió satisfecho con su trabajo.

Ese día fue el mejor día para él. Sin embargo, la desgracia estaba por venir.

7

Dos días después Ben resbaló en la cubeta de agua caliente cuando se disponía a lavarse y se golpeó la cabeza, quedando inconsciente en el acto y con tan mala suerte de meter la cabeza dentro de la cubeta llena de agua. El agua se tiñó de rojo. Sus ojos se voltearon dentro de sus cuencas y del cráneo salía una masa gris, resbalando hasta el cuello. Pero murió ahogado. Como en el sueño, aunque no en el lago Cristal y sin mostrar aquellos amarillentos dientes de sierra.

El entierro fue el miércoles por la tarde. Steve había cavado la fosa en el cementerio local y vio a su hermano yacer muerto dentro del ataúd. Ya no había restos de sangre ni masa encefálica. Parecía que Ben estaba durmiendo pero con un color en el rostro notablemente mezquino. Blanco. El cura hizo la ceremonia religiosa y empezó a llover.

Por la noche, Ben se despidió de Steve.

8

El ruido del chapoteo de unas pisadas en la puerta de la habitación le despertó. Steve se irguió en la cama con las sabanas agarradas con los puños pegados al gaznate, como si de eso dependiera todo. En la penumbra estaba él. Una silueta fácilmente reconocible. Oscura, de baja estatura y algo regordete. No había sombras ni más luces que las que producen la visión cuando mira en la penumbra un buen rato. Era él. Era Ben.

—Ben?. ¿Eres tú?

La respuesta fue un silencio corto seguido de otro plaf al dar otro paso.

—Ben. Sé que eres tú. No me asustes hermano! —dijo jocoso Steve con los ojos muy abiertos y apretando más las sabanas entre sus puños.

—Soy yo hermano —dijo al fin una voz quebrantada—. Vengo a avisarte de que tengas mucho cuidado con ella. Con la chica gorda y pecosa de la clase.

—¿Qué? —su voz sonaba cascada—. ¿Cassandra?

—Sí

—Pero si ella es objeto de burlas por parte de todos. Siempre está sola. Es una niña gorda, pecosa y bastante fea a mi parecer. No tiene nada de extraño.

—Mueve objetos con su mente —susurró el cadáver de Ben, ahora cerca de Steve, casi rozándole la cara, con el cuerpo lleno de tierra, hediondo e hinchado y apestando.

—Me das miedo Ben.

—No lo tengas, soy tu hermano —se echó para atrás no sin antes dejar de mostrar un ojo acuoso.

Después de esto, el cuerpo de Ben abandonó la habitación de Steve bajando las escaleras tras un chapoteo esponjoso con cada pisada. Esa noche Steve tampoco durmió, pero al día siguiente se fue al cole.

9

El viernes, Steve, cuando entró en clase clavó sus ojos en Cassandra, la cual estaba sentada al final de la misma, al lado izquierdo, con la cara oculta por su largo cabello cobrizo. Steve avanzó hacia su pupitre mientras sus ojos se guiaban hacia ella. La niña tenía la cara oculta desde todos los ángulos posibles. Ahora quedaba hacia la derecha de Steve. Ella no levantó la cabeza. Sus cabellos lisos y estáticos sobre el pupitre. Steve siguió mirándola de reojo mientras tomaba asiento y dejaba caer la mochila al suelo con un golpe seco. Ella seguía sin moverse. Todos los alumnos tomaban sus asientos y un par de ellos, Tommy y Chris le tiraron sendas bolas de papel a la cabeza. Uno de ellos acertó. Y ella seguía con la cara oculta, el pelo lacio, y la cabeza gacha. Sin moverse.

—Gorda —dijo Tommy al tiempo que tomaba asiento.

Chris a su lado soltó unas risillas.

¿Sabes? Dice mi hermano que está muerto, que Cassandra mueve cosas con la mente. Ohhh.

Steve sacudió la cabeza inconscientemente. Absurdo, pensó.

—Fea! —Ahora era Chris que contempló la cara absorta de su amigo.

Steve nada podía hacer por ella, ya que él, también sería objeto de burlas. Sus gafas grandes, su estatura que le hacía parecer encorvado cuando caminaba, al igual que un buitre cuando se acerca a la carroña. No podía hacer nada. Él también era objeto de burlas.

Y Cassandra lo sabiaaa...

El profesor entró en clase en ese momento dando palmadas.

—Vamos chicos y chicas tomad asiento. La clase de matemáticas va a empezar —caminó rectamente hacia su mesa y al darse la vuelta dejó la pizarra visible a su espalda. Levantó un brazo y con el dedo índice señaló a un alumno. Hizo un gesto con la boca y bajó el brazo. El alumno tomó asiento.

La clase comenzó y no sucedió nada más.

10

Esa noche Steve tuvo otra pesadilla. Esta vez veía a Cassandra con la cara oculta por el pelo cobrizo, seguía igual de impassible que en la realidad. Y no, no levantó la cabeza para mostrar unos dientes afilados. Sencillamente estaba ahí, oculta, en silencio, mientras todos los chicos y chicas de la clase le tiraban bolas de papel. Hubo alguno que le tiró una goma de borrar que rebotó como un proyectil hacia el cristal de la ventana, que quedaba su derecha.

—Gorda!. Fea! —jaleaban todos al unísono.

Steve estaba observando todo el jaleo que se había formado en torno a ella desde un punto, en el que parecía que nadie sabía que estaba allí. En clase. Era como si su cuerpo estuviera flotando en una esquina de la clase como espectador. Los chicos correteando por toda la clase, las chicas burlándose. Un tumultuoso escenario. Y de repente alguien le tiró el borrador de la pizarra, de grandes proporciones y peso a la cabeza de Cassandra. El ruido sonó seco, como la de una rama seca al partirse. El borrador cayó al suelo y tras el, una gota de sangre, lívida como las gotas de agua de una lluvia, pero más espesa. Cassandra levantó la cabeza descubriendo sus múltiples pecas en los pómulos y unos ojos furibundos. Sus labios se movieron ligeramente en un acto incontrolable y su frente se arrugó.

En una esquina de la clase había un chico apurándose un cigarrillo mientras sonreía despectivamente. A su lado habían dos chicos más.

Y Cassandra lo hizo.

El borrador de madera se movió y salió disparado como un proyectil hacia el chico del cigarrillo a la vez que el pupitre de Cassandra se elevaba del suelo, con un vaivén. El impacto en la cara de aquel chiquillo fue estruendoso y sonó más fuerte que las voces que seguían increpando a Cassandra ajenos al borrador. El chico se echó para atrás y el cigarrillo cayó encendido dentro de una papelera repleta de papeles, que casualmente se encontraba al lado de sus pies. El chico aulló de dolor y de la frente de Cassandra se deslizaba una fina hilera de sangre hasta llegar a tocar el labio superior.

Y entonces sucedió todo.

Todas las tizas de la pizarra empezaron a volar por los aires, al principio sin que se dieran cuenta nadie de ellos, excepto Steve que seguía observando el escenario como si estuviera ahora detrás de una ventana. De pronto, todos callaron. Las mesas empezaron a elevarse del suelo, como drones. Las páginas de los libros que habían sobre los pupitres pasaban hojas a la velocidad de un rayo y algunos libros salieron disparados contra los chicos y chicas de la clase, los cuales sustituyeron el silencio repentino por aullidos de dolor.

El contenido del cubo de basura del profesor, que de forma inexplicable no estaba allí, en esos momentos, comenzó a arder. El chico del cigarrillo notó un repentino calor en una de sus piernas. El fuego le lamía la pernera del pantalón, hasta su rodilla derecha. Dio un salto y trató de apagar el fuego con las manos pero gritó de dolor. Los dos chicos que estaban con él, decidieron quitarle el pantalón tirando de la otra pierna. El chico ya en el suelo se miró las manos. Estaban enrojecidas y tirajos de piel estaban colgando, como el pantalón, deshilachado.

El fuego se extendió a la mesa del profesor y allí comenzaron a arder las hojas de los libros y unos papeles que habían sobre la mesa. Los gritos se hicieron agudos y penetrantes. Todos correteaban por la clase y ella lo estaba haciendo. Todo objeto golpeaba a los alumnos y la frente de Cassandra mostró más arrugas. Estaba "empujando".

El fuego se extendió y empezó a subir la temperatura. Algunos chicos trataron de abrir las ventanas, pero estas parecían rocas inamovibles. La puerta también estaba cerrada. Entonces Cassandra se levantó de la silla. Pisó su rastro de sangre con un gordo pie. El fuego se extendía más y más.

Entonces Steve trató de chillar pero no pudo. Se despertó de repente con un ahogado grito y el cuerpo lleno de sudor. El corazón galopándole desbocado. Respiró jadeante varias veces y observó que estaba rígido sobre su cama en medio de la noche. Había sido una pesadilla.

O quizás no.

Las iniciales DEK volvieron a la mente de Steve como si estas estuvieran marcadas con fuego. Todavía no sabía el significado, pero eso ahora le daba igual ya que, había recordado leer algo de la caja que se asemejaba a su sueño. Sacó un puñado de facturas de la leche escritas por detrás a mano, un relato con un final un tanto decepcionante. Después sacó un manuscrito que apeataba a cerveza titulado "los raros están fuera", nada fuera de lo normal. Este no era. Sacó otro manuscrito con una carta marcada con una cruz en la parte superior izquierda. Una frase "para mi niña de los ojos azules que mueve cosas". Sí, la había encontrado.

—Bien, estás aquí —susurró

Comenzó a leer la carta. En ella explicaba que la novela no entraba en la dinámica de la editorial. Vamos, que te mandaban a la mierda en palabras políticamente correctas. Steve esbozó una sonrisa. Él mismo había recibido ya unas cuantas cartas de este tipo. Claro, solo tenía trece años y su narrativa no estaba depurada todavía. Además sus ideas eran delirantes. O quizás no.

Abajo escrito de puño y letra había un número seguido de una palabra, "30 veces rechazada".

—Joder!

Más abajo había otra palabra escrita de forma enrevesada. Steve delante de la caja y del manuscrito leyó una peculiar palabra "telequinesis"

—Joodeeer!!! —la exclamación sonó cascada.

Y a la izquierda había una frase escrita también a puño y letra, esta vez desgarrada, "todos la odiaban, incluso su madre" y más abajo, al final de la carta "sucedió de verdad".

Steve abrió los labios formando una O perfecta. Sus ojos se iluminaron y recordó parte del sueño, como una película rebobinada a mucha velocidad. El corazón empezó a latirle más deprisa. Fuera, en el cristal de la ventana, se volvieron a formar dibujos extraños con los copos de nieve. En Cristal Lake, Maine, siempre nevaba. Era odioso tener que soportar tanto frío.

Con el pie derecho empujó la caja llena de relatos e historias, que se deslizó bajo la cama. Pero sostuvo entre sus manos el manuscrito titulada "la extraña".

Lo sabes Steve, no te hagas el remolón. Sabes que eso es mentira. Es un juego de palabras. Es ficción. O quizás no.

La luz del sol no brillaba en ese momento, salvo la luz de las velas que proyectaban sombras despiadadas en las paredes. Steve agitó una mano y pasó la primera hoja. Sus ojos oteando bajo la poca luz de las velas. Pasó la segunda página y una tercera y así unas cuantas más, hasta que lo encontró. Había querido recordar y lo supo desde el primer momento. Lo había leído en alguna parte. La pesadilla solo era cuestión de proyectar lo que has visto algún periodo de tu vida en un sueño aterrador. Algo que te influenciaba en las sombras y se mostraba después de la fase REM del sueño. Hasta que te despertabas con el corazón en la mano.

Después de todo, estaba ahí..

Con el dedo índice siguió la frase la cual leyó en voz alta.

—Cuando los bomberos llegaron al lugar de los hechos, todo estaba calcinado. El techo de la clase se vino abajo, el resto del colegio permaneció intacto pero todavía había llamas lamiendo el cielo azul seguida de una columna de humo tan negra como la profundidad de un agujero negro. Era la clase de los alumnos de sexto. Tras dos horas de arduo trabajo y miles de litros de agua, los bomberos pudieron entrar en el centro mismo de la catástrofe. Debajo de los escombros estaban los cuerpos carbonizados de todos los alumnos de la clase. Ninguna voz pedía ayuda. Estaban todos muertos. Y tiempo después, cuando se contabilizaron y reconocieron los cuerpos, previa fase de una compleja identificación por parte de los familiares, que los reconocían por el reloj o el colgante, que a menudo se había unido con la carne ennegrecida, fundido en una sola masa. — hizo una pausa para tragar saliva y recorrió varios párrafos sin leer hasta que se detuvo en una de ellas y continuó leyendo en voz alta—. Se contabilizaron veinte tres cuerpos y ella no estaba. La extraña no estaba allí. Su gran crucifijo la habría delatado.

Steve dejó de leer de pronto y se echó para atrás respirando profundamente. El manuscrito cayó a su pies y se perdieron los párrafos leídos al desparramarse las hojas por el suelo.

—Esto me produjo la pesadilla —dijo y apagó las velas con un soplido antes de acostarse.

En las dos semanas siguientes no tuvo pesadillas. El frío de invierno azotó Cristal Lake con furia y constancia. Los Petrie eran pobres y no tenían con que calentarse, salvo las mantas. El distanciamiento de los días para bañarse se alargaba considerablemente a causa del frío. Su madre, trabajaba de limpieza en la casa que podía, aunque la mantenía fuera de casa bastante tiempo. Su hermana, con nariz aguileña y labios finos, le recordaba muy a menudo que debía encontrar un trabajo estable y aportar algo más en casa, pero ella permanecía en casa. Ella decía que sí, que todo llega. Pero nada llega en el momento más deseado. Su novio, si es que lo era después de quedar ésta embarazada por segunda vez, desapareció unos días después. Y todavía no había llegado. Por lo tanto Leia, era una madre soltera con dos hijos, uno de ellos enterrado ya.

Steve se sentó en la silla junto a la mesa y se disponía a beber un vaso de agua, porque leche no había ese día. Y entonces "empujó". Lo vio claro.

Zorra, siempre has sido una zorra, me das asco

Lo había escuchado como si se lo hubieran susurrado a los oídos. Cada palabra sonó claro y sin titubeos. Había entrado en ella. Su tía de las malas pulgas. Después de esto, no escuchó nada más. Todo silencio, su madre fregando los platos de la noche anterior y su tía sentada como una hurraca en el otro extremo de la mesa.

Pero lo había escuchado. Solo necesitaba "empujar" y ese acto consistía en concentrarse poco a poco y sentir como si una energía saliera de tu cabeza en forma de hormigueo y calor. Un poco de arrugas en la frente y la mirada fija en ella. Su tía esta vez. Después probaría con otra persona.

¿Qué tal Cassandra?

Lo probaría y claro que lo hizo en cuanto pudo. Pero llegado el momento no resultó. Empujó ciertas energías que él creía tener. Esa sensación de "empuje" con la frente ligeramente ceñida y un ligero hormigueo. Algo salía de la frente. Pero no funcionó.

Esta vez no.

Al final resultó que Cassandra no era una amenaza para Steve. Ella seguía asistiendo a la escuela y permanecía muda ante las burlas de los demás. Salvo en las pesadillas, recurrentes, y siempre acababan igual. Con la clase ardiendo por los cuatro costados. Cassandra tampoco fue una amenaza para los demás y se limitaba a esconder su cara. Pasaron las semanas y ella no había hecho mover nada, salvo el lápiz que se le caía al suelo, rodando dese el pupitre. No había "empuje". Y las semanas pasaron sin más y todo siguió su curso. El invierno daba sus últimos coletazos antes de despedirse por un año más. El tiempo daba igual. No sucedía nada.

Y todo transcurría con normalidad hasta que a finales de febrero, tuvo otra visita.

—¿Ben?...¿Estás ahí?.

—Claro hermano. Siempre estuve a tu lado.

—No ha sucedido nada extraño hermano. Salvo las pesadillas.

—Eso es porque no ha llegado el final. Paciencia

—¿Fi..final? —tartamudeo un poco.

—¿Leíste la novela?.

—Claro.

—Si consultas los archivos locales, veras que sucedió en realidad. Debes poner un poco de interés. Cassandra no es más que un espejo. No existe.

Steve se echó para adelante por un impulso, desde la cama. Las sabanas llegaron a su cintura.

—¿Quieres decir que la gorda que veo todos los días de la semana no existe?. ¿Que no está ahí?

Ben, escondido en la penumbra, asintió. Un cuerpo hinchado a punto de explotar por los cuatro costados mostraba una piel color púrpura, parte de la dentadura a la vista y una cuenca vacía. El ojo se le había caído y quién sabe dónde.

Steve arrugó la nariz. La habitación apestaba. Ben apestaba.

—Exacto!. —dijo el espectro de Ben.

—No. no puede ser. La veo todos los días es real. Todos en la clase se meten con ella, entonces la ven y está ahí siempre. —explicó Steve algo alterado.

—Las cosas no son lo que parecen.

Después hubo un silencio, un largo silencio que se parecía a un zumbido a pesar de todo. y la habitación apestaba, un olor fétido insoportable. Steve respiraba brevemente para no aspirar de golpe todo aquel mal olor.

—¿Puedes hacer una cosa nueva, no? —inquirió Ben que ahora reflejaba la silueta gracias a la poca luz que entraba por la ventana de la habitación, en una noche de luna casi plena.

—¿A qué te refieres?.

—Tú lo sabes.

La silueta hinchada de Ben se convirtió ahora en una sombra alargada. Steve pudo adivinar una suerte de surcos en su cabeza que mostraban, el hueso del cráneo en diversas zonas. Pero no le hizo ascos.

—Bueno. Hay veces que puedo conocer lo que piensa alguien.

—A eso me refería.

Steve se relajó un poco más, asombrado por momentos confundido en otros. ¿Sería una pesadilla?. No. El fétido olor lo delataba.

El cuerpo de Ben se dio la vuelta y caminó pesadamente hacia la puerta. La atravesó sin más. Pero él era real.

Al día siguiente Steve vio unas manchas verduzcas en la puerta y en el suelo. Ben estuvo ahí, igual que la primera vez, ¿se colapsó su mente?. Quizás no. ¿Deliraba?. No, quizás no. ¿Estaba volviéndose loco?. Tampoco. Quizás no. ¿Un shock postraumático?. Quizás no. ¿Tenía ideas delirantes después de leer aquellos cuentos de la caja?. Quizás no, siempre quizás. Y la vida continuó, así de sencillo.

O quizás no.

15

Llegó la primavera y Cassandra seguía allí. Siempre en silencio, asustada. Steve percibió impulsos de algunos de los matones de la clase. Eran insultos e ideas delirantes. Él los escuchaba con claridad, aunque ninguno de ellos moviera un ápice los labios. Pero no pasó nada. Tampoco tuvo pesadillas, al menos de momento. Ben tampoco le visitó durante algún tiempo y los relatos de la caja eran devorados por Steve, en las cada vez más cálidas noches de primavera, hasta que finalizó el curso escolar y con él, llegó el verano.

Y entonces regresaron las dudas.

Además había un trabajo que hacer, que era cavar una fosa en el cementerio local junto a su amigo John. Al parecer, estaban esperando un ataúd muy especial, debido al tamaño anormal de la fosa.

16

—Mamá, ¿es verdad que se quemó un colegio?

Leia levantó de pronto la cabeza con los ojos ligeramente más abiertos que de costumbre. Estaba fregando los platos y los rayos del sol que penetraban por la ventana, se proyectaron en su cara.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó.

—Rumores —apuntó Steve mientras miraba el fondo de vaso de leche que acababa de beberse. Últimamente, mamá aportaba más dinero a casa y entró la leche en la dieta.

Leía bajó de nuevo la cabeza fijando la mirada hacia los platos del fregadero.

—¿Es verdad? —insistió Steve, mientras jugueteaba con el vaso.

—Sí.

—Cuéntame mamá, soy todo oídos —se apresuró a decir Steve con los ojos brillantes.

Se escuchó el ruido de un plato al golpearse con el grifo.

—Fue en Boad Hill. En el colegio de primaria o secundaria, no recuerdo exactamente ese detalle ahora. Pero fue un trágico desenlace.

—Se quemaron vivos. Todos! —interrumpió Steve ahora al lado de su madre.

Ella le reprimió.

—Como te contaba fue un suceso trágico. Al parecer, en una de las clases se provocó un incendio que acabó con la vida de todos los alumnos que se quedaron encerrados allí dentro. La noticia corrió como la pólvora. Murieron los veintitrés alumnos. —respiró profundamente y siguió—. Salió en todos los periódicos locales y regionales. A la hora de identificarlos fue más cruel todavía. Veintitrés madres rezando para que aquel cadáver no fuera su hijo o hija. Fue un duro trago, que caló hondamente en todos los habitantes de Boad Hill y alrededores.

Entonces Steve recordó su peor pesadilla. Veintitrés, donde deberían haber habido veinticuatro. Faltaba uno. No dijo nada. Solo se quedó pensando.

Ella no existe, no es más que una imagen, un espejo. Pero si todos se metían con ella, todos la veían. Pero es que no fue su clase la que se incendió, sino otra en una ciudad llamada Boad Hill. Claro, esto es Cristal Lake. Estoy confuso.

—Uhhmm —atinó a decir tras su absorto pensamiento.

—Aquello marcó para siempre la vida de los hogareños de Boad Hill —terminó su madre.

Steve se volvió a sentar en la silla, junto a la mesa donde momentos antes se había tragado un gran vaso de leche, casi sin respirar. Al fin y al cabo, no sucedió en su clase. Tan solo eso. No sucedió en su clase.

Cassandra no existe, es una imagen.

Pero ahora tocaba pensar en la fosa que había cavado hasta el anochecer. Su tamaño. Su hermetismo.

Cavad chicos y no preguntéis nada.

Era la voz de Matthew, el enterrador del pueblo. Un tipo delgado hasta los huesos que lucía una espesa barba y unos cortados labios. Sus cejas eran como dos colas de gato dispuestos sobre unos diminutos ojos grises, profundamente tristes. Su cara, un arte de arrugas formando extraños surcos y vestía un viejo pantalón vaquero roído y una camisa de cuadros, roja y blanca, con las mangas arremangadas hasta el codo.

Cavad la fosa y largaros a casa. Mañana os pagaré.

Hubo un entierro. Con solo dos personas presentes sin contar a cuatro hombres arremangados y con palas que estuvieron el tiempo justo para hacer su trabajo. Eso sí, había mucha vigilancia a los alrededores. Eran tipos desconocidos en el pueblo. Con camisetas sudadas y gorras puestas del revés. Debían ser cualquier grupo de hombres dispuestos a ganar unos cuantos dólares y nada más. Sin conexión entre sí, y seguramente sin conocer nada de lo que allí estaba sucediendo.

El hombre de gabardina negra hasta los tobillos poseía un bastón. En pleno verano llevar una gabardina era de locos. Debía estar sudando a mares. Llevaba puesto un sombrero negro y no se limpió una sola vez la sudor de la frente. A decir verdad ni estaba sudando. Al contrario que aquellos hombres que mostraban unos sobacos húmedos y oscuros hasta la cintura y en el pecho.

Un enorme ataúd de proporciones desmesuradas bajó al fondo de la fosa, izado por unas gruesas cuerdas. Después se tiró tierra sobre la caja. No hubo misa, ni crucifijos. Ni mujeres con velo negro llorando detrás de ellos. Solo el hombre de la gabardina y un tipo fuertote, con entradas en la frente que miraba frecuentemente a su alrededor. Este si llevaba puesta una camiseta. De color marrón. Nada extraño. Y tampoco sudaba bajo los implacables rayos del sol de aquella media tarde de verano.

Tampoco estaba el enterrador, sino los redundantes cuatro hombres mencionados al principio, que bajaron el ataúd a la fosa, en lo que duraba hacerlo, llenaron la fosa de tierra y se marcharon, como aves espantadas. Era el trato. No hubo palabras. Ni miradas.

Y esa noche Steve tuvo otra horrible pesadilla.

Soñó con algo que le era especialmente predecible. Había leído un relato sobre unos vampiros en una pequeña ciudad de Maine y su maquinaria mental hacia el resto. Soñó con una espantosa sombra con alas y al final de estas, unas garras como espátulas. Una espesa niebla subía por su ventana y detrás de ella unos ojillos amarillentos brillaban en una altura de un piso, pues la habitación de Steve estaba en el primer piso. Fuere lo que sea, aquel ser estaba flotando en el aire. Y después el ruido en el cristal. Un arañazo que no dejó marca alguna pero si un chirrido especial. Después, se le erizaban los pelos del cogote y más adelante los del cuello.

Algo había allí fuera, dentro de la niebla. Algo que desconocía. Y la enorme sombra alargada reflejada en la pared. Entonces Steve se despertó del sueño jadeante y una vez más, vio como su corazón se volcaba en una carrera desbocada.

—Es un sueño —dijo en voz baja—. Como los anteriores. Esas malditas historias de la caja...

Y permaneció despierto el resto de la noche.

En aquel verano de 1960 sucedieron dos cosas. Una, que habían dicho por la radio que en el bosque se había perdido un niño de catorce años y que probablemente ya estaría muerto (en el cual un grupo de cuatro chicos emprendieron su búsqueda por el bosque) y dos, que habían desaparecido al menos dos niñas en Cristal Lake. Y todo eso ocurrió dos semanas después de que se enterrara aquel enorme ataúd. Y Steve comprobó que la tierra que cubría la caja no había sido removida. Estaba intacta. Seca como el cascarillo y ardiendo como el fuego, a eso del mediodía, cuando los rayos del sol eran más implacables. Steve tenía mucha imaginación.

Ben le visitó otra vez.

—Steve, el tiempo se acerca —dijo con una voz quebrantada. Ya no tenía entrañas salvo un enorme agujero en donde aparentemente debían estar. Había gusanos, miles de ellos, removiéndose como retortijones de tripa. El pecho ya mostraba parte de las costillas y la mandíbula ya era visible. Una larga hilera de dientes amarillentos se movían arriba y abajo cuando hablaba. Apenas tenía lengua pero mantenía la tráquea. También visible. De ahí la voz quebrada. El cabello le había crecido y las uñas.

Steve impasible lo observó. No dijo nada, solo lo miraba.

—Él está aquí y viene a por las niñas —dijo esta vez la voz quebrantada de Ben.

—¿Quién? —preguntó Steve, sentado en la cama. Ben estaba a los pies de la misma.

—Aquel quien necesita sangre.

—Buah!. Lo leí en un relato de la caja. Se trata de un vampiro que azota el pueblo de Boad Hill, pero en el relato no tiene reparos en chupar la sangre de todo el mundo. Pero todo eso es pura imaginación de ese tal DEK, que no sé quién es, y ya ni me importa.

Hubo un corto espacio de silencio.

—Estás predestinado a vivir todo esto hermano. —añadió lo que quedaba de Ben.

—Estoy predestinado a volverme loco si leo demasiados relatos como esos. Solo me provocan pesadillas y buenos cuentos, claro. —Steve sonrió ligeramente.

—Y verás más cosas.

—¿Cómo?. Claro y al final me volveré loco.

—Es tu destino. Tu vida.

—Solo quiero ser un buen escritor. Con eso me vale.

—Sí, pero primero espera y verás.

—Esperaré... —se frotó el mentón.

La conversación terminó y Ben atravesó de una vez, más la puerta, dándole la espalda. Steve se encogió de hombros. Y pensó que se estaba volviendo loco. Hablaba con el difunto de su hermano, tenía recurrentes pesadillas que sucedían en la realidad de alguna manera y escribía, después de todo, historias de terror inspirado por los acontecimientos. Y leía, leía mucho. En la caja que encontró en el sótano había muchas historias escritas, todas ellas imposibles de creer, pero el creía. ¿O acaso la muerte de Ben le dejó algo atolondrado?. Quizás estaba ya en otra parte, en un hospital, bajo los efectos de gran cantidad de sedantes y sicóticos y todo formaba parte del tratamiento. Se vio en una cama postrado con los ojos morados y muy abiertos. Sin dormir. Con ideas delirantes y parte de locura en vez de cordura.

Steve podía estar en cualquier estado. Pero eso no lo sabía con certeza. La locura. La obsesión. El trauma. Todo. Pero estaba en casa y bien cuerdo.

En las dos siguientes semanas desaparecieron tres niñas más entre once y trece años. Hicieron batidas de búsqueda en vano. Todo el pueblo estaba consternado. Y el hombre de la gabardina larga y negra no se dejó ver ni por el cementerio ni por el pueblo desde el día que enterraron el enorme ataúd. Excepto el otro hombre, que una vez miró fijamente a Steve mientras este cruzaba una calle y le sonrió con un punto de locura en sus ojos. Pero después ya no le vio más.

Pasó el verano y el otoño y nunca aparecieron aquellas cinco niñas.

Solo quedaban los cuentos y los sueños.

Las pesadillas. Y Ben

Llegó de nuevo el invierno y Cassandra no apareció más en la vida de Steve. ¿En realidad estuvo ahí siempre?. ¿Se había mudado de casa y de localidad?. Eso nunca lo sabría. Escribió un relato que envió a tres revistas especializadas en terror. Esta vez, hablaba de un padre de familia alcohólico al cual se le había ido la chaveta intentando escribir un libro sobre fantasmas. Los mismos que veía en los pasillos del hotel donde trabajaba y estaba hospedado con su mujer y sus tres hijos. Quiso matarlos a todos, pero no lo consiguió. Steve cambió la versión de la historia varias veces. En otra de ellas si logra matar a todos los miembros de la familia con un hacha. En otra el hombre tuvo una relación sexual con una muerta, que tras la consumación sexual, le mostró su verdadero rostro. Piel amoratada, labios hinchados y gusanos en el cuello y los ojos.

Las tres versiones fueron rechazadas y las cartas de rechazo fueron guardadas en la caja de los manuscritos. Aquella caja del sótano. Pero antes de que se le ocurriera otra historia para escribir tuvo de nuevo pesadillas. Cruelles pesadillas de una habitación de un hotel y una mujer.

Y un niño.

22

El niño estaba frente a la puerta de la habitación 13, con los ojos muy abiertos y enrojecidos. tenía el pelo rubio, era más bien delgado y vestía un jersey rojo con un pantalón azul. Dentro del hotel, la caldera de la calefacción estaba funcionando a tope y por los pasillos extremadamente largo, le invadía oleadas de calor que salían de los radiadores de agua, los cuales estaban adosados por todas las esquinas. El niño alargó el brazo derecho con un tic tembloroso en su pequeña mano. Debía tener unos siete u ocho años. Estaba de pie y apenas se sostenía por el ansia creada ante tal situación. Había escuchado, en alguna parte, antes de venir al hotel con papá, mamá y sus dos hermanas, que en esa habitación había muerto alguien recientemente y que no fue encontrada muerta hasta dos semanas después, ya podrida e hinchada de gases fétidos. Era una mujer. Sus delgados dedos tocaron el pomo de la puerta. No sucedió nada. Bajo sus pies la interminable alfombra roja que cubría todo el pasillo.

Abre la puerta chico y verás lo que es bueno, le dijo una voz oculta por las paredes forradas de moqueta. ¿Moqueta en la pared?. Sí.

El chico desvió por un momento la mirada. Miró a ambos lados del pasillo. No había nada, salvo un ominoso silencio largo y aletargado. Volvió la mirada hacia el pomo de la puerta. La apretó con sus finos dedos. Giró a la derecha y la puerta se abrió como si tuviera un resorte en vez de bisagras. Un peculiar chirrido le acompañó al escenario del interior de la habitación. Dentro, vio a su padre con el cuerpo encorvado hacia adelante y contraía el culo, en realidad estaba sobre un cuerpo y de cintura para abajo se movía cíclicamente de adentro para afuera. El chico no logró el cuerpo que había debajo de su padre, sobre la cama, cubierta con una colcha también roja. Escuchaba los gemidos que su padre producía cada vez que contraía el culo y la cadera. El chico avanzó un paso y dos y hasta tres. Su padre, el vigilante del hotel, no se percataba de su presencia y mantenía su mirada fija en los ojos de ella. Ahora el chico la vio y retrocedió los tres pasos.

—Uhhmm. Cuanta belleza, que placer! —gimió su padre.

El chico la vio tal como era. Detalle por detalle. No era una mujer sensual, ni guapa ni exuberante. Todo lo que le pedía papá a su mamá, que más bien era fea, delgada y fría en la cama. La mujer de la cama, la que estaba debajo del cuerpo de su padre con los pantalones bajados hasta los tobillos, estaba desnuda, pero era de un color purpura. Estaba hinchada y bajo la piel se adivinaban unos movimientos retractiles como si debajo se moviera algo. Su padre con una erección nunca vista en él, estaba haciéndole el amor a un cuerpo amorfo con los ojos más blancos del mundo asomando exageradamente por las cuencas sin piel ni parpados. Sus dientes, amarillentos y grises algunos, mostraban algún que otro gusano. Y entonces él la besó. Su papá sacó su rosada lengua para lamer la hinchada y purpura lengua de ella. De una muerta!. Y las tetas como pingajos colgaban a ambos lados del pecho con siniestras estrías negras y más gusanos que se caían directamente al suelo.

Y de repente Steve se despertó de la pesadilla.

—Una vez más —susurró y durante el resto de lo que quedaba de la noche trató de esbozar un relato basado en ese chico y la muerta follándose a su padre.

23

Leía siempre estaba atareada en la cocina por las mañanas. O bien fregando platos o bien preparando el desayuno. Ahora Steve podía comerse un huevo escalfado porque mamá ya tenía trabajo en un hostel y entraba más dinero en casa. Su tía, en un lado de la mesa seguía pareciéndose a una hurraca esperando su turno para graznar.

Entonces Steve tuvo una experiencia.

Maldito niño. Maldita hermana. Migajas de pan os daba yo...

Lo escuchó perfectamente, pero su tía no había movido un labio. La boca cerrada con fuerza formándose arrugas en las comisuras. Pero le miraba. Él había "empujado" un poco. Un hormigueo en su frente y la había escuchado con claridad. Y esta no era la única vez que experimentó este fenómeno. A veces sabía lo que pensaban los demás.

Mientras su madre se disponía a tirar contra la base de la sartén un nuevo huevo para estrellarlo y cocinarlo, Steve trató de "empujar" de nuevo, pero ahora ya no escuchaba nada en el interior de su cabeza y le asaltó el recuerdo de la escena vivida en su pesadilla, a lo cual se le escapó una risilla. Su tía enarcó una ceja.

Y no pasó nada más diferente esa mañana. Ya tenía bastante por ahora. Ya tenía bastante.

24

En el periódico local apareció una extraña noticia acerca de un hombre que después de ver suicidarse a una mujer en una habitación de un hotel, había decidido acabar con la vida de su familia con un hacha en la mano. La noticia saltaba en la primera página y había sido ampliada de una publicación regional, que a su vez la había copiado de un periódico sensacionalista de tirada nacional. Sucedió en Colorado.

Steve frunció el ceño mientras agarraba con fuerza el periódico local hasta arrugarlo en las esquinas. Estaba en la página de sucesos, pero esta vez aparecía en primera página. Así que comenzó a leer en voz baja.

—Fueron ellas. Fueron ellas las que me obligaron a hacerlo —se sorbió los mocos y se los tragó. Estaba resfriado—. El hombre habría matado primero a su mujer con un enorme hacha, dándole un corte certero en el cuello. Después habría ido a por las niñas, las cuales fueron encontradas en una habitación del hotel. Las dos juntas y agarradas de la mano. La policía no sabe

explicar si ambas murieron a la vez mientras estaban agarradas de la mano o si el padre las entrelazó después de matarlas. Las escenas de los crímenes era una composición de sangre salpicada por todas partes. Aunque era obvio lo que había pasado, y aún tras leer la nota que escribió el parricida antes de presuntamente suicidarse, los forenses debían realizar las autopsias para determinar las causas de la muerte. La autopsia del hombre, el vigilante del hotel, determinó que éste estaba borracho como una cuba cuándo ejecutó los asesinatos, por la alta concentración de alcohol encontrada en su sangre. El hombre murió de un disparo en la cabeza, la cual ya casi no quedaba nada según unas declaraciones del ayudante del Sheriff. El arma, descargada, yacía en el suelo, pero cobra fuerza que estuvo apoyada entre el suelo y la boca del parricida. Así que se descarta que otra persona más estuviera en el escenario de los horribles crímenes. En la carta el hombre había escrito, que la culpa fue de ellas, que le perdonaran pero que tenía que hacerlo. Asimismo se dirigía mayormente hacia su mujer, que la acusaba de ser un cubito de hielo en la cama. Al parecer el parricida, siempre según la nota escrita por él, mantenía un affaire con una hermosa mujer que se hospedaba en el mismo hotel. No especificaba nada más. No ponía la palabra "amante" en el escrito. Algo que disgustó al Sheriff ya que algo no encajaba, según sus palabras posteriores. El entierro ser mañana...

Y Steve soltó el periódico en el aire. Este cayó al suelo mostrando una oscura fotografía de la fachada del hotel.

—Vaya mierda de noticia! —masculló al tiempo que sorbía de nuevo más mocos a través de su garganta —. No hay nombre del asesino, ni del hotel, ni del número de la habitación, ni nada!

Salvo que mencionaron que era un hotel situado en Colorado.

25

Y la gripe llegó. Este año con más fuerza que nunca. Todos en casa estaban con gripe, recuperándose a base de sopas calientes. Steve ya había escrito el relato de la mujer de la habitación y el vigilante del hotel. Hizo su propia versión, claro. El relato fue a parar, de momento, antes de una segunda corrección, dentro de la caja que encontró en el sótano, cuando Ben vivía y ambos jugaban hasta la saciedad. Hasta partirse el culo de risa, tirados en el suelo, riendo a carcajada suelta, bajo los rayos del sol, la lluvia o los copos de nieve.

Ahora sabía dos cosas. Que Ben estaba muerto. Y que podía escuchar a la gente sin que estos movieran los labios.

Y las pesadillas recurrentes.

Eran todas una especie de premonición.

Ahora lo tenía todo claro. No estaba loco. Tosió y se llevó un puño a la boca. Estaba sentado en la cama, con casi cuarenta de fiebre, sudando copiosamente y delirando. Pensando en todo lo que había sucedido en el último año. Pensando en Ben nuevamente. Y no. La cosa no acababa aquí. Todavía había más. Sin ir más lejos, esa noche tuvo otra pesadilla.

El mundo estaba aterrado. El virus era mortal. El Gobierno de los Estados Unidos tenía un plan secreto para fabricar una nueva arma bacteriológica. Y el virus simple de la gripe se escapó. Pero no era tan simple ya que te mataba en menos de cuarenta y ocho horas. Lo llamaron, la supergripe. Y el mundo se contagió de ella y millones de personas perecieron en un intento de querer vivir desesperadamente. La muerte siempre gana.

Soñó con la gripe, con la supergripe y con los millones de infectados que habían muerto. Desde Colorado hasta Nueva York y hacia Maine. Desde los Estados Unidos hasta África, pasando por los países Asiáticos y terminando en Europa. Más que un sueño era una pesadilla.

Ben aparecía en el sueño. Estaba impoluto y siempre tendía la mano con el dedo índice indicando el camino. Era el cabecilla de un pequeño grupo de supervivientes que caminaban con las pocas cosas que se podían llevar encima, como agua y algo de pan duro. En el otro extremo de los Estados Unidos, había otro grupo comandado por un hombre malvado, al que llamaban el "hombre de negro". Su misión era destruir todo aquello que quedaba todavía en pie y encontrarse con el grupo militado por Ben. Pero esto nunca sucedió.

A medida que avanzaban unos y otros, descubrían miles de cuerpos hinchados y purpúreos dentro de los coches, en la calzada o en suelo del bosque. Había cadáveres por todas partes, pero el pequeño grupo de no más de diez personas sobrevivían, de momento, al contagio de la supergripe.

Pasaban los días y la escasez de agua apareció finalmente. Sedientos, continuaban con la larga marcha hacia ninguna parte. Unas migajas de pan duro se le cayeron a una de las mujeres del grupo, del bolsillo y rápidamente se lo arrebató un pequeño pájaro, tan negro como la noche sin luna. Lo picoteó y se cayó de lado. Estaba muerto. La mujer desvió la mirada y continuó caminando.

Ben seguía extendiendo el brazo derecho como la estatua de colón, señalando el camino y entonces sucedió.

En pocos segundos el cuerpo de Ben, cambió del color rosado al purpura y al morado. su vientre se hinchó y explotó con una serie de gases del intestino. Estos salieron fuera del vientre y se cayeron al suelo, colgados como morcillas. No derramó sangre ya que esta se encontraba cuajada. Su piel se estiró y formó horribles arrugas como dunas quebradas. Los huesos empezaron a brillar bajo el sol de ese mediodía. Y esto le sucedió también al resto del grupo. Alguien empezó a chillar...

Y de pronto Steve se despertó sobre la cama, ardiendo de fiebre.

Una vez más, sí, una vez más.

28

Cuando se recuperaron de la gripe y Steve volvió al instituto tras una semana de ausencia. Escribió el relato y lo envió a varias revistas especializadas. Como siempre.

—No haces más que escribir —le dijo su madre mientras fregaba el suelo.

—Me gusta —dijo Steve con el mentón levantado y unos ojos entrecerrados.

—Acabarás en un manicomio. Todas esas historias —el palo de la fregona se detuvo en sus manos y añadió—. Siempre te he dicho que leyeras buenos libros, pero que cuenten historias para niños...bueno, ahora, para adolescentes. No ese tipo de terror. Te obsesionarás con ello y no podrás afrontar el miedo como una emoción más. El terror siempre te da la espalda. Bueno...digamos que influye en la capacidad de hacer el bien y el mal, de saber que es bueno y malo y sobre todo, la capacidad de controlar el miedo. Un día de estos te veo chillando tras apagar la luz.

Steve soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su madre volviendo a mover el palo de la fregona—. No tiene gracia. No, no la tiene.

Y le sonrió.

Steve estuvo largo y tendido tiempo riéndose con un fuerte brillo en sus ojos.

Y con el tiempo, los relatos fueron acumulándose dentro de la caja. Los leía de nuevo y volvía a escribir. Y a su temprana edad, cuándo la ocasión estaba de su parte, se fumaba un cigarrillo y soñaba con ser un escritor de éxito.

Algún día. Y por el momento la vida continuó sin más sobresaltos. Hasta que...

29

Durante algún tiempo no sucedió nada extraño, pero el pasado siempre vuelve. Steve siguió escribiendo durante otros tres años más y su hermano Ben ya era un esqueleto que apenas se sostenía. Y después de que sus pulmones desaparecieran de su cavidad torácica y la tráquea se rompiera por dos lados, Ben seguía hablando con aquella voz ronca y quebrantada. Una noche le habló de un pueblo tomado por todos los chicos y chicas menores de dieciocho años, sepultando en una cruz de madera a sus padres y todos los adultos de la zona. Eran profundamente religiosos y adoraban a aquel que caminaba bajo la tierra seca.

Todo estaba en la caja. El destino estaba escrito para él. Steve continuó con la escritura y

enviando relatos. Todavía a sus diecisiete años, seguía recibiendo aquellas malditas cartas de rechazo. Pero ahora habían cambiado las formas. En ellas, abajo del todo, en bolígrafo o algunas veces a lápiz, había apuntes como "le falta algo de chispa", "si la corriges y nos la envías de nuevo" o "está bien, pero no encaja en nuestra publicación". Ahora las marcaba todas con una cruz en la parte superior izquierda.

Un relato en la que la historia giraba en torno a un grupo de hombres que trataban de limpiar el sótano de la lavandería y se encontraron con miles de ratas como gatos pululando por todo el espacio del suelo, las mesas, cajas, los objetos roídos, las telas y las cañerías, vino con una nota que decía "es bueno, pero las ratas me dan asco", y provocó una risa contagiosa en Steve y la marcó con dos cruces.

Y un día, entre cigarrillo y cigarrillo le dijo a su mejor y único amigo, Bobby "el mismo que cavó varias fosas a los trece años en el cementerio local junto con Steve", que con el tiempo se convertiría en un escritor de éxito y se compraría un Ford azul enorme. Bobby sonrió y movió la cabeza. Sabía que estaba en lo cierto.

30

Al año siguiente tuvo una pesadilla que destacaba entre las demás. Era recurrente y la historia era bastante buena en el papel. Un hombre tras golpearse la cabeza en el hielo del lago de Boad Hill, despertó en él, un poder que lo acompañaría siempre. Hasta su muerte. Más que poder, era un don y el mismo hombre creía recordar que eso mismo le había pasado en su niñez. Era un don que lo marcaría de por vida de forma trágica y mísera. Pero estuvo a la altura de las circunstancias. Si, lo estuvo.

Steve soñó otra vez con James. Un hombre alto y rubio que normalmente vestía una gabardina hasta las rodillas. Un hombre que a causa del golpe en la cabeza había estado en coma durante algún tiempo y tras despertarse habría descubierto que su novia se había casado con otro. También conocería la muerte de su madre y su padre estaba ya muy viejo y débil. Un hombre que se preguntó desde la habitación del hospital, que ¿Cuánto tiempo habría pasado después de todo? Un hombre que podía ver. sólo tenía que tocarle el cuello o cogerte de la mano o tocar algún objeto tuyo y entonces veía.

En el sueño, James estaba vestido con su gabardina negra. Las piernas ligeramente abiertas sobre la nieve y las manos sin guantes, extendidas hacia el suelo. En una de ellas tenía una cajetilla de cigarrillos. Estaba en trance. Sintió algo, pero no lo suficientemente fuerte como para definir qué era. A su lado estaba el Sheriff. James se había prestado a ayudar a la policía local a encontrar pistas del asesino de chicas del instituto apodado "piesligeros" que últimamente se encontraba muy activo.

—No veo nada —dijo desganado.

—Al menos lo has intentado —le dijo el Sheriff cogiéndole la cajetilla de cigarrillos vacía.

—No puedo! —vociferó James y abrió los dedos de su mano.

—Tranquilo...no pasa nada. al menos lo has intentado.
—Creía sentir algo. Creía ver algo, pero es muy oscuro...
—Tranquilo —repitió el Sheriff ya con la cajetilla en sus manos.
Pero si pudo ver.

31

Jack "piesligeros" tal como se le apodaba, la llamó por su nombre mientras los copos de nieve oscilaban con el viento desintegrándose. Ella le miró. Él la saludó y ella también. Se conocían.

Al día siguiente, la chica apareció muerta, con unos moratones en el cuello y los pantalones y las bragas bajadas. Tendida en el suelo, boca arriba, los ojos abiertos pero cubiertos de nieve, como su cuerpo.

Steve dejó de aporrear en la máquina de escribir. Necesitaba un descanso.

32

—¿En qué andas metido ahora? —le preguntó Bobby mientras escuchaba el tak tak de la máquina de escribir de Steve.

—En un asesino en serie

—Eso es trivial —dijo Bobby sentándose en el borde de la cama.

—Lo sé —respondió Steve mirándole con una sonrisa en los labios.

Bobby se encogió de hombros. ¿porqué sonreía? Se preguntó.

—Se dedica a violar y matar a las chicas del campus. A sus amigas —explicó Steve volviendo la mirada al folio que estaba enrollado en la máquina de escribir.

—Ohhh! Eso sí que suena original —Bobby hizo un gesto con la boca y abrió más los ojos al tiempo que levantaba las manos. su enorme cabeza enfundada en una enorme mata de pelo se parecía ahora a un balón de baloncesto con una peluca pegada.

—No te burles...

—Nooo. Qué vaaa... —Bobby se levantó de la cama y miró por encima del hombro de Steve. Éste aporreo las teclas varias veces antes de que él volviera a hablar—. Un asesino en serie que mata chicas del campus. es toda una novedad, sí señor. Steve, ¿dónde están los monstruos, los vampiros y las casas encantadas?. Te estás desviando del tema...

—No! —le cortó Steve

—¿Y bien? —Bobby meneó de nuevo su enorme cabeza.

—Esta vez hay un hombre muy especial.

Bobby se acercó más a él, todo oídos.

—Este hombre puede ver cosas. Descubrir cosas, con solo tocarlas...

—Wow! —le interrumpió Bobby resaltando más las facciones de su cara.

—Y le ayuda al Sheriff a encontrar al asesino.

—Eso está mejor, mucho mejor.

—¿A que sí? —Steve estaba mirándole con aquella cara que solía ponerle siempre que las cosas andaban bien.

—Sí! —sentenció Bobby—. Ya me dejarás leerla cuando la acabes y espero que esta vez tengas más suerte cuando la envíes a una de esas revistas baratas. Miró de reojo a un montón de ellas, que se encontraban apiladas sobre la mesita y esbozó una leve sonrisa al tiempo que se disponía a salir de la habitación.

Steve se volvió hacia la máquina de escribir y empezó a teclear de nuevo. Bobby se despidió y Steve movió la cabeza. Todo estaba bien. Al menos por ahora.

33

—Ven aquí Nona —el hombre tenía puesto una gabardina de plástico negra con una capucha, que le tapaba la cara. Pero ella le reconoció por la voz. era él.—. Tengo una cosa que enseñarte. Te gustará.

La chica, vestía un anorak rosa. Llevaba guantes de lana y unos pantalones vaqueros. Unas oscuras botas, le enfundaban los pies. Estaba nevando y hacía bastante frío. su respiración se transformaba en un traqueteo continuo y lo que expulsaba de sus pulmones se convertía en un halo de humo que se disipaba casi al momento.

—Eso es, acércate.

—Voy, no seas impaciente. —dijo ella al tiempo que subía unas pequeñas escaleras. Él estaba en lo alto de de la plazoleta Storm. Se accedía a ella a través de unas cuantas escaleras pues esta estaba construida a un nivel superior de la calle Street Vaule que unía la universidad con la parada de autobuses central. Eran unos escasos 200 metros de distancia.

—Te gustará —repitió el hombre de la gabardina impermeable, dándole la espalda, mientras ella lo alcanzaba—. Te dará placer...

—¿Qué?

Él la cogió del cuello abrazándola con fuerza. Ella chilló. Y entonces él la soltó, mostrándose de frente, se había quitado la capucha y se abrió la gabardina impermeable y le enseñó su pene flácido mientras le mostraba una sonrisa de dientes blancos.

—Pero...¿Qué haces?...

No tuvo tiempo de hablar más. Le pareció repugnante aquella escena, mostrándole su pene. Estaba en pelotas picado y solo le cubría una gabardina de plástico. Pero no le dio tiempo ni a chillar, ni a comprender. Él se abalanzó contra la chica tirándola al suelo. Le tapó la boca con una de las manos, mientras con la otra tiraba del cinturón de su pantalón con extremada fuerza. Deshizo el cinturón. Ella forcejeó un rato y él empezó a bajarle el pantalón. Su pene, a pesar del intenso frío, estaba creciendo de tamaño. Ella dio patadas en la nieve y movía su cabeza, pero no podía con él. Ahora le bajó las bragas y se encontraba totalmente empalmado.

Tras consumir la violación le apretó el cuello con las dos manos con todas sus fuerzas. Los ojos de ella se dilataron mostrando dos globos blancos y entonces empezó a ponerse morada. Un minuto después o casi dos, ella estaba muerta. Él se levantó y descubrió que todavía mantenía la erección. Se cerró la gabardina y abandonó el lugar dejando tras de sí unos cuantos pasos y un guante olvidado.

Era la víctima número siete.

34

Steve dejó de aporrear su máquina de escribir. Ya estaba bien por hoy. Solo le quedaba el desenlace. Al fin y al cabo era una historia de ficción. O quizás no.

35

Y no podían faltar las pesadillas ni Ben.

Antes de despertarse con el corazón en un puño, lo vio. Sabía cómo era él. Había visto todos los asesinatos y las horribles violaciones. ¿Cómo puede la humanidad engendrar un monstruo así? Las asfixiaba a todas y se alejaba del lugar del crimen con el pene en erección y se ponía flácida al cabo de cinco minutos. Cuando todo deseo inhibido había desaparecido en él. Necesitaba contárselo a la policía. Pero no le creerían. ¿Lo has visto en un sueño? ¡Anda ya! Y después las risas. Había soñado que...

Le llamaban Jack "piesligeros", una chica lo llamó así cuando se acercó a él. Y entonces él le sonrió con una dentadura brillante que contrastaba con los copos de nieve que caían zigzagueando desde el cielo. Era alto, rubio, de ojos azules y manos con dedos delgados y piel tensada. En la universidad todos le conocían, y le conocían como Jack "piesligeros". La policía lo conocía por ese mismo nombre pero no lo habían identificado todavía. Las chicas si sabían quién

era él. Pero vivían en la ausencia de lo que estaba pasando, a decir verdad el nombre de Jack "piesligeros" no había trascendido todavía en las noticias. Pero más adelante sí. Aunque las chicas, que lo conocían muy bien ya estaban muertas.

—¿Quieres que te enseñe algo?

Y de pronto desapareció de la ciudad. Pasaron dos o quizás tres meses sin suceder nada. Ahora el miedo o la fobia había desaparecido en el campus. A decir verdad nunca lo hubo en un grado exagerado. Quizás no le importaban las cosas. Quizás las muertes no eran anunciadas a bombo y platillo. O quizás sí. Y el volvió de nuevo.

—Nena, ven acércate y mira esto —Y entonces le mostraba el pene erecto.

Ya era primavera y las hojas habían comenzado a florecer. Steve le vio la cara y vio como después de enseñarle la pilula a aquella joven universitaria se abalanzaba sobre ella y le rasgaba las bragas. Steve estaba ahí mismo. era él. El hombre de la gabardina impermeable que todavía la usaba.

Pero había sido una pesadilla Steve recto y apoyado contra el respaldo de su cama, quedó atormentado por el flujo de información, caras, datos y dudas, muchas dudas. Sabía quién era. O quizás no. En los sueños pasa de todo se dijo. ¿Debes confiar en una pesadilla? Se quedó largo rato en silencio, absorto, preguntándose en que lío se había metido esta vez.

Ben estaba al pie de la cama mostrándose como un espectro.

—Te dije que había más.

—Si hermano, sí —dijo Steve sudando.

36

—Tuve una pesadilla la otra noche —le explicó a Bobby que estaba sentado en una silla de la cocina. La tía de Steve lo miró de reojo, frunció los ceños y salió de allí.

—Cuéntame.

—Creo que se quién o eso creo...

—¿Lo has leído? —le preguntó Bobby con cara de pasmado.

—¿El qué?

—Las noticias dicen que el violador de Boad Hill, apodado Jack "piesligeros" —acentuó cada una de las silabas de la última palabra con énfasis—. se ha suicidado. Fin de la historia!

Steve se volvió de repente hacia él, con los pómulos enrojecidos y los ojos muy abiertos.

—¿Qué?!!! —su voz grave sonó fuerte y quebrada a pesar de haber dicho una sola palabra.

—¿No lo sabías?.

Steve meneó la cabeza.

—Estás obsesionado con esas historias y no estás al día!

—Pero si Jack "piesligeros" es el personaje de mi novela —explicó Steve sorprendido.

—Pues ya ves. La realidad supera a la ficción. Hablan de un hombre que veía cosas al tocar objetos o el cuerpo de las víctimas y al final lo cazó. —mostró una nueva sonrisa—. Tenía una extraño poder que le permitía ver más allá de todos nosotros. Una experiencia extrasensorial o así que le permitía ver cosas. Tocó el guante y sintió algo, lo vio de espaldas con el gabán de plástico. Después cogió la mano de la chica tendida en el suelo y vio su rostro claramente. Se trataba de un cartero llamado Joe, que conocía muy bien a las chicas de la universidad. Tenía veintisiete años. Y cuándo su nombre trascendió a los medios de comunicación, se quitó la vida clavándose unas tijeras en la tráquea, dentro de la bañera de su casa. Se desangró vivo antes de que la policía llegara a su casa. Su madre dio la voz de alarma media hora antes...

Steve se llevó las manos a la cabeza. Cerró los ojos y respiró hondamente.

—No puede estar pasándome esto a mí. —dijo en voz baja.

Al año siguiente un perro se volvió loco y mató a tres niñas de corta edad, desde tres años hasta los cinco años. Pero esa era otra historia.

37

Se llamaba Fuca, extraño nombre pensó Bobby mientras se frotaba el mentón. ¿Y eso qué es? Le había preguntado. Steve se había encogido de hombros. Y había contestado que no lo sabía con certeza. Un animal, un coche, un objeto o un ente. Un juego de palabras. Era eso sí, quería escribir algo acerca de Fuca pero no estaba seguro del qué. Pero esa respuesta le llegó en forma de pesadilla esa misma noche.

38

Peter lo llamó con un silbido y después por su nombre. ¡Fuca!. El animal corrió hacia él pesadamente. Estaba gordo y jadeaba cada vez que corría sobre todo en el Cáucaso del sol de verano. Era un perro Rottweiler de sesenta kilos de peso, marrón, con una mancha en el pecho más clara al igual que todo el morro. Era una raza de tipo molosoide. Útil para policías y como guías. Tranquilo y obediente. Sin embargo se le conoce también como "perro carnicero". Esta definición le venía del pasado de esta raza que era utilizado para pastorear ganado y para tirar de carros de carnicería llenos de carne. Era de origen Alemán. Nada extraño por ahora. La hembra podía alcanzar los cuarenta kilos de peso, pero este macho estaba rebosado y pesaba cerca de sesenta kilos. Una enorme boca medio abierta la mayor parte del tiempo, dejaba ver una lengua rosada inerte, colgando por un borde sobre los afilados dientes. Babeaba mucho. Y un día perdió la

cabeza.

Fuca corrió y saltó sobre Peter lamiéndole la cara. Peter y el animal cayeron al suelo y se dieron un par de revolcones bajo el cielo azul de aquella mañana. La última mañana en que Fuca mantenía la cordura.

El animal ya no salió de su guarida al día siguiente, sino que ronroneó al oír la voz de su amo. Peter insistió de nuevo y Fuca ni se levantó del suelo. Estaba babeando bastante más de lo habitual. Finalmente Peter lo dejó tranquilo no sin quejarse.

Al día siguiente fue igual. Y al otro y al siguiente.

Hasta que un día un autobús lleno de críos se averió en la carretera que colindaba con la finca de Peter. El conductor tuvo que hacer malabarismos para mantener la dirección del enorme vehículo tras pinchar una rueda y terminó con el morro del autobús empotrado en la acequia, bajo la maleza. Afortunadamente no fue un golpe duro, sino más bien una detección espontánea. Ninguno de los críos que llenaban el autobús sufrió rasguño alguno. Ni las crías.

Y Fuca levantó la cabeza desde su guarida sin poder elevar sus largas orejas que caían flácidas a ambos lados de su cabeza. Peter no estaba ese día en casa. Había ido a la ciudad a por comida. Los chicos y chicas, todos menores de siete años, empezaron a bajar del autobús ayudados por dos profesoras. Una de ellas con una nariz de gancho y gafas gruesas.

El animal empezó a olfatear el aire. Tenía lagañas en los ojos y estos estaban terriblemente enrojecidos por un extraño picor. Con una de las patas se quiso rascar y no pudo. La baba, espesa como los mocos, seguía cayendo desde su boca al suelo. Fuca estaba en su caseta, todavía tirado en el suelo, pero había levantado la cabeza e inclinado el hocico.

La jauría de críos y crías se dispusieron en línea al borde de la carretera mientras esperaban a que el conductor cambiase la rueda pinchada. Fuca husmeó de nuevo el aire y se levantó primero con sus patas delanteras, después las traseras. Sus ojos mostraban tristeza y su boca, rabia.

Tres niñas pronto se alejaron de la fila sin que sus maestras se dieran cuenta de ello. Las tres chiquillas silenciosas, se adentraron hacia la zona delimitada de lo que era el terreno de Peter. Caminando sobre la hierba seca, que le llegaba a sus rodillas. Las niñas sonreían y daban pequeños saltitos bajo los rayos del sol sin conocer cuál era su inminente destino. Fuca salió de su guarida y empezó a caminar, lento y pesadamente, pero seguro. Una de las tres niñas se detuvo de repente y se quejó de que no habían flores. Después siguió a las otras dos niñas que continuaron andando. Fuca avanzó un poco más, en silencio.

Y entonces todo ocurrió de repente. Muy deprisa. Fuca las vio de cerca. Ellas estaban allí tratando de acariciar al "perrito", pero este abrió sus fauces combinado con un rugido.

Steve se despertó de la pesadilla con los ojos muy abiertos. Mira que he soñado cosas, pensó, pero esta se lleva la palma. Pero decidió que sería su próximo relato. Lo peor de todo es que tan solo un mes más tarde, la noticia se hizo viral en todo Maine.

Había sucedido.

Otra vez.

—¿Has escuchado la noticia? —le interrogó su madre mientras le llenaba el vaso de leche. Si, todavía, le servía el desayuno como si Steve se hubiera quedado atascado en el tiempo sin crecer. Era una costumbre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Steve con voz quebrada.

—Un maldito perro mató a tres niñas de no más de cinco años, ayer, en la ciudad de Boad Hill. Ya sabes, donde todo sucede.

A Steve se le atragantó la leche. Su madre le miró de reojo.

—¿No iras a escribir una maldita historia con eso no, Steve?

Y él negó con la cabeza.

Si tú supieras mamá, si tú supieras

Y bebió más leche.

Las cartas de rechazo continuaban llegando por correo y la caja estaba cada vez más llena. Empezó a cursar la universidad y siguió escribiendo relatos. Seguía siendo objeto de burlas por algunos de los "abusones". Un grupo de pirados que se metían con cualquier alumno o cualquier cosa. Menos mal, que Bobby estaba allí. algún día escribiría sobre su paso por el colegio, el instituto y quizás la universidad. Pero una voz interna le decía que no lo haría. Al menos de momento. Corría el año 1966 y en casa entró el primer televisor, donde Steve inflaría más sus ideas viendo ciertas películas de terror y ciencia ficción que emitían por un único canal nacional. Pero no dejó de escribir. Su "aparato" mejor valorado era su máquina de escribir. La mente de Steve estaba poblada de ideas, muchas ideas, que quizás no necesitara imaginarse, pues ya venían solas. Y esta fue otra de ellas.

—Un coche deja al menos cuatro muertos en la ciudad de Boad Hill. No se ha identificado todavía al conductor asesino que se da a la fuga tras atropellar a un peatón. Pero lo más impactante, es que varios testigos aseguran no haber visto a nadie en el volante... —Steve paró en seco. Era una noticia reciente y el periodista narraba algo sucedido en la ciudad "donde todo sucede" y había aportado esa extraña aura de misterio en todo este asunto—no había nadie en el volante—que le llegó a erizar los cabellos de la nuca. El caso es que la noche anterior tuvo una

extraña experiencia.

Tan extraña como las demás.

Ben estaba apoyado en la pared, al lado de la ventana. Su figura esquelética filtraba formas y sombras hacia un lado del "cuerpo". Ya no tenía rasgos y era totalmente irreconocible, pero el jodido hablaba y se le presentaba como cualquier persona viva. Steve fue el primero en tirar un puñado de tierra sobre su ataúd. Pero la misma noche se le apareció y al principio tuvo miedo, pero ya estaba acostumbrado. Le estaba echando de menos.

—Tienes algo especial hermano —le dijo Ben con voz quebrada.

—Sí, ya veo. Todo lo que escribo sucede. También puedo ver cosas en la gente. Lo que piensan. Vuelo hacia ellos y los escucho. A veces me pregunto si estaré viviendo una pesadilla muuyyyy —hizo especial hincapié en esta última palabra y continuó—. larga! Y entonces un día despertaré en un hospital y todo habrá sido una jodida pesadilla.

—Tus historias. Las historias que cuentas, serán adoradas algún día hermano.

—Eso espero, porque ya no tengo espacio en la caja —le explicó jocosamente Steve desde la cama.

—Pronto serán codiciados —le respondió Ben y le sonrió. Una sonrisa de mandíbula visible rellena de dientes extremadamente largos y Steve pensó, que no le había dado nunca la importancia de la medida que tienen los dientes sin encías y carne que las cubra. Le resultó por lo pronto curioso. Algo parecido pasaba también con las uñas.

Esto sucedió la noche anterior. Al día siguiente Steve tenía un borrador preparado y por la noche leía la noticia. Pero dos noches después y sin hablar nada sobre este asunto con su madre y mucho menos con su tía que ni le dirigía la palabra, tuvo una nueva pesadilla. La cual se la explicó a su mejor amigo, Bobby. Pesadillas recurrentes.

El coche era un Ford azul brillante y rugía como una bestia. Desde el tubo de escape se elevaba una columna de humo azul que olía a azufre. Sus faros se parecían a dos ojos con la mirada furibunda puestas en ti. Los neumáticos de las ruedas delanteras chirriaban al rodar incesantemente sobre el asfalto liso y oscuro como la noche. Hileras de humo negruzco se elevaban por los lados. Y entonces el volante se movió. No había nadie detrás de él, pero se movió. Y de pronto alguien o algo, soltó el freno de mano y el Ford derrapó furiosamente hacia él. Rechinando, expandiéndose y respirando como una mala bestia.

Un momento después dos puntos de luz rojizos descubrieron el cuerpo retorcido de él. Aplastado y tomando una forma casi imposible de describir. La sangre se mezcló con los restos de goma de los neumáticos y el Ford estaba rugiendo, ya parado, mientras seguía arrojando aquella maldita luz roja sobre el cadáver de él.

—Es mío —se escuchó entre el rugido. Alguien había hablado. Había sido el Ford! Con un tono de una mujer pécora. —.Es mío.

Y Steve se despertó.

43

—Estás loco Steve!. Realmente eres un puto genio loco! —le aduló Bobby mientras se movía de un lado para otro de la habitación.

Steve asintió con la cabeza y sacó un cigarrillo de la cajetilla que tenía en el cajón de la mesita. Lo encendió y la primera calada le sabio a gloria bendita.

44

Después vinieron las historias de los payasos asesinos o cuanto menos aterradores. Steve había esbozado unas tres historias diferentes, basadas en estos "engendros" pero no se veía con fuerzas para poder acabarlas. Sencillamente porque les aterraban los payasos. Bueno, su mirada y en especial aquellos labios tan grandes pintados de rojo.

Un día, en la universidad, en el pasillo había "volado" un poco a través de los demás chicos solo para observar y escuchó. Chris estaba callado, intentando abrir el candado de su armario para sacar sus cosas, cuando Steve arrugó la frente y sintió un hormigueo en ella. Él estaba pensando en la próxima gamberrada. A las puertas de Halloween, él se vestiría de payaso e iría con un mazo de Roque en la mano paseándose por todas las calles de Cristal Lake. Steve sintió un poco de pánico al leer este pensamiento. Caminó hacia él y le miró de reojo cuando pasó por su lado. Y entonces escuchó de nuevo. Esta vez de otro chico que estaba apoyado sobre los armarios —me vestiré de payaso e iré con un hacha en la mano—Steve se apresuró y recorrió el largo y recto pasillo hasta la clase.

No fue hasta terminar las clases, cuando hubieron salido del campus, cuando Steve le contó lo de los payasos. Bobby, no dijo nada. También a él le parecían unos personajes aterradores por mucho que intentaran hacer reír a los más pequeños.

Con un mazo de roqué en la mano

El resto del camino no hablaron más del tema, pero la noche de Halloween se acercaba. Y las pesadillas también.

45

El payaso salió en medio de la noche de repente. Los faros del coche le iluminaron la cara

blanca y la enorme boca roja con estrías dibujadas de color negro. En la nariz tenía una pelota de esponja de color rojo. Sus ojos, marcadamente abiertos en la noche, soportaban unas lentillas opacas, blanquecinas. El traje estaba como hinchado alrededor de su cuerpo, como si actuara de recámara. en su mano derecha tenía un mazo de roqué.

Entonces el coche frenó en seco y los chirridos de los neumáticos acongojaron la silenciosa noche llena de estrellas. Alan, se bajó del coche y su esposa Rachel se quedó sentada dentro.

—Te voy a dar una de ostias!!! —gritó Alan al tiempo que levantaba el brazo con el puño cerrado—.Menudo susto, hijo puta!

Y el mazo de roqué voló hacia su cara, golpeándola de repente con tanta furia que volaron dos dientes y un salpicadero de sangre que dibujaron un arco en el centro de la luz de los faros del vehículo. Alan perdió el control y cayó al suelo. Entonces el mazo de roqué se elevó de nuevo y bajó compulsivamente, una y otra vez. Su traje de globo se salpicó de sangre y Rachel estaba chillando como una histérica dentro del coche. entonces el payaso desvió la mirada hacia ella. Se detuvo un instante. En el suelo Alan estaba inerte y el payaso avanzó hacia el coche. ella echó el seguro de las puertas. Pero el mazo de roqué resquebrajo el cristal de su lado. Una mano enguantada de color blanco, tiró de ella. De sus cabellos. Y la arrastró. Comenzaron a caer las primeras gotas de sangre de la frente de ella. Y el mazo de roqué bajó violentamente y una y otra vez.

Y entonces Steve despertó completamente sudoroso con el corazón en un puño. Esta vez sí. Esta vez le había aterrado tanto la pesadilla que su cara era ahora un globo hinchado blanco como la luna llena.

Y no durmió durante dos noches.

Tampoco pudo escribir el relato.

Pero ellos sí.

El periocucho local, lo llamaba Steve, lo había publicado una semana después, cuando Halloween era ya un pasado por este año. Como siempre ocurrió en Boad Hill, donde sino.

Steve eres especial. Boad Hill es especial

Bobby fue el encargado de leer la noticia.

—Al parecer se ha desatado un historia colectiva con los llamados payasos asesinos. La noche del jueves, en la fiesta de Halloween, un hombre o mujer sin identificar y vestido de payaso, mató a una pareja con alguna herramienta contundente y pesada a juzgar por los golpes encontrados en los cuerpos. Este no es un caso aislado ya que, dos manzanas más arriba, encontraron el cadáver de un niño de diez años con el cráneo destrozado. Y otras dos víctimas en una zona apartada del casco urbano. todos eran de Boad Hill, y podrían haber sido asesinados por

la misma persona. La fiesta de Halloween registró este año la mayor demanda de trajes de payasos, al parecer uno de los mayores atractivos de la fiesta. La policía pide la colaboración de los ciudadanos para capturar al asesino o asesina. Todos apuntan al fenómeno conocido como los payasos asesinos, por lo que es muy probable, que este haya sido el caso...

—Joder! —le cortó Steve jugando con un cigarrillo entre sus dedos.

Bobby soltó el periódico que sostenía entre su manos. Las hojas de este se dispersaron por el suelo como las hojas del otoño.

—¿No iras a escribir una historia de esto Steve?

—No. No puedo hacerlo. Puede con mis fuerzas. No soy tan oscuro como crees.

Después ambos abrieron una lata de cerveza y comenzaron a beber con ansias. Steve ya había probado el alcohol al final del viaje de fin del instituto.

47

Finalmente Steve envió uno de los cuentos sobre un payaso asesino a varias revistas del sector. Y como era habitual las recibió devueltas por correo con cartas de rechazo. Pero una de ellas decía lo siguiente;

¿Quieres aprovecharte de las desgracias ajenas?

Steve apretó el puño y el papel se arrugó formando una difícil pelota. La tiró por la ventana.

Eso fue todo.

Hasta que se graduó en la universidad junto a su amigo Bobby y fue entonces cuando mamá cayó enferma. Tenía cáncer.

48

—Pronto dejarás de tenerla a tu lado Steve —le dijo Ben que como siempre, estaba de pie junto a la cama.

—Lo sé —respondió Steve que tuvo que hacer un esfuerzo para que no le temblara la voz.

—Hay un cementerio, en las montañas...

Steve movió la cabeza prestando atención.

—El hijo de Billy fue enterrado allí y...

Los ojos de Steve se dilataron.

—Regresó.

Steve se dejó caer de espaldas sobre el respaldo de la cama. Sonó un clack seco.

—Cuando llegue el momento te indicaré el camino.

—No!

—Lo harás y la tendrás de nuevo a tu lado.

—No puede ser!

—Lo harás. Ya lo creo que lo harás.

Y así fue.

49

La cosa se retrasó por algunos meses y la agonía se hacía insoportable para todos. su cuerpo, lleno de llagas y úlceras mostraba los abultados huesos como picos de piedra bajo la piel tensa y amarillenta. sus ojos derramaban desesperación.

Mátame hijo mío. Haz algo para que deje de sufrir.

Él lo había leído cuando voló hacia ella. Cuando en su apogeo el hormiguo en la frente se había convertido en un rayo invisible que apuntaba directo hacia la cabeza de ella. La escuchó. alto y claro.

Estoy desesperada.

Y de los ojos de Steve resbalaron un par de lagrimas sinceras que recorrieron sus mejillas y cayeron al suelo como gotas de agua de lluvia.

Bobby le pasó el brazo por encima y Leia cerró los ojos, postrada en la cama del hospital. Los cerró fuertemente creyendo que así escaparía del aquel tremendo dolor y de la muerte.

La muerte.

50

En el entierro asistieron pocos familiares, sus tías, una hermana, Steve y Bobby y el cura que bendijo el sepelio. Todo fue muy rápido. Ahora el ataúd bajaba hacia el fondo de la fosa. Esta vez esta fosa no había sido cavada por Steve. Ahora había máquinas para ello, llamadas excavadoras. En el fondo del cementerio, a plena luz del día, Steve vio la figura de Ben, que estaba apoyado sobre una lapida. Steve bajó la cabeza y comenzó a llorar de nuevo.

Al menos hacía un día radiante, quizás maravilloso al fin y al cabo.

Pala en mano, saltó la valla que separaba el cementerio del resto del mundo y se dirigió enérgico y tieso como una vela, hacia la tumba de su madre. Y durante más de una hora estuvo cavando, abriendo la caja y besando a su madre en la frente.

—Perdóname mamá por lo que voy a hacer —y sus lagrimas mojaron los pómulos de ella, pálida y casi amoratada, todavía conservaba un rostro angelical a pesar de todo. A Steve le pareció que solo estaba dormida.

Ben, estuvo a su lado. Una figura dibujada en una silueta ahora como un espectro luminoso en medio de la noche. Atrás había quedado la suerte de huesos que hacían malabarismos a cada paso que daba. Primero desaparece el cuerpo y después sale el alma, pensó Steve dedicándole una sonrisa leve entre sus labios. La cogió entre sus manos y la alzó. Su cuerpo inerte apenas pesaba. Cargó con ella e inició el camino hacia el cementerio que Ben le indicó. No tenía nombre, salvo una leyenda poco conocida.

—Ella volverá —dijo el espectro de Ben y alzó el dedo índice —. Por aquí.

Media hora más tarde Steve caminaba sobre las ramas caídas de los árboles que se partían bajo sus pies. La cuesta estaba jodidamente empinada y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para subirla. Esa noche se había bebido doce latas de cerveza. Pero estaba "limpio". Siguió escalando la angosta y subida y llegó a la zona de los árboles caídos, amontonados unos con otros. Steve con su madre en brazos se dibujó bajo la luz de la luna como un malabarista con un largo palo para controlar el equilibrio.

Y el silencio de la noche se rompió por el ruido de los somorgujos.

Llegó al lugar media hora más tarde. Ben le señaló por última vez hasta desaparecer para siempre de la vida de Steve.

—Entiérrala ahí —dijo y después su silueta se diluyó de los ojos de Steve. Esa fue la última vez que lo vio. Con el dedo índice en alto. Con ojos vidriosos, lejos de aquellas cuencas que mostraba en su estado de putrefacción. Ahora era un alma que se iba con los suyos.

Era un descampado de tierra blanda, como si fuera barro. como si en aquel lugar hubiera llovido momentos antes de llegar él y por ninguna parte había una triste cruz clavada al suelo. No le prestó la menor atención. Solo sabía que tenía que cavar una fosa con sus propias manos. Poco a poco, sus manos se hundieron en la arena, o quizás en el lodo. Hasta que el cuerpo de mamá estuvo enterrado ahí mismo. Solo cubierta por una fina capa de tierra, de arena, de lodo, de lo que fuere. Agotado, se detuvo finalmente a mirar la luna. Siguió llorando en silencio. Después de un rato regresó a casa y se duchó. Y decidió que no era hora de escribir esta historia. Esta no. Y recordó la caja con las siglas D.E.K y aquellos relatos, las pesadillas y su experiencia leyendo los pensamientos de los demás. Recordó todo. Y esperó en casa. Esperó.

Ni Boad Hill, ni Ben, ni todas esas historias existieron jamás excepto en la mente de Steve y en las páginas escritas que ahora compartían espacio con los manuscritos de la caja encontrada un día en el sótano.

Y su madre se acercó a él por detrás y le acarició el pelo.

—Estoy aquí, hijo mío —susurró.

Steve elevó el mentón satisfecho.

—DEK son las siglas del nombre de tu padre —le dijo.

El enterrador

1

Jack Jones estaba sentado sobre una tumba sudando copiosamente bajo el auspicio del sol de aquel mediodía de verano de agosto 1983. En Boad Hill no había hecho tanto calor en los últimos treinta años y Jack Jones lo sabía. Se llevó el pañuelo mugriento a la frente y se la frotó suavemente. Sus ojos se cerraron un instante, sus arrugados parpados se descolgaron levemente. Abrió la boca y le mostró al cementerio una dentadura amarillenta al cual le faltaban varias de las muelas. Su espesa barba, grisácea como el pelo, tapaba su reseco labios ese mediodía de agosto. A su lado, descansaba una lata de cerveza caliente. Meados pensó, tras retirarse el pañuelo de la frente y mirarlo después por si encontraba algo interesante. Se levantó y se guardo el pañuelo en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero, de un azul que se inclinaba más hacia el negro por la suciedad acumulada. Sus largos dedos huesudos se frotaban continuamente sobre los muslos.

—Maldita sea!. Este calor me va a matar! —dijo mientras dedicó una mirada a los cientos de lapidas que había en el cementerio.

De su guarida, salió su perro meneando el rabo como una escoba barriendo el paseo. Ladró un par de veces y se acercó a su amo agachando la cabeza. Tenía la lengua colgando de un lado de la boca llena de dientes y tenía pulgas. Ni Jack Jones sabía qué tipo de raza sería aquella cosa llamada perro. Maldita sea, se lo había encontrado cuando era un cachorro. Abandonado a las puertas del Cementerio al atardecer, lloraba pues se estaba mojando con la lluvia. Jack Jones lo recogió. Y el maldito perro tenía ya tres años. A veces Jack Jones le daba un poco de cerveza para ver qué pasaba. Nada. El chucho pedía más pero eso sí, se le agrandaban los ojos y meneaba la cola a ras del suelo, como ahora.

—Hola Timbo!. Hoy hace un calor de cojones —y le frotó la cabeza con su mano huesuda.

Y es que en media parte del mundo el sol estaba acostado, detrás de las montañas y las temperatura serían más bajas. Seguro que sí, pensó y los dos caminaron hacia la camioneta Ford de color rojo, destartalado y oxidado en varios puntos de la carrocería. Al menos las ruedas tenían aire de más y el maldito cacharro podía arrancar.

—Vamos a por más cerveza —le dijo al perro, como si este entendiera algo. El animal meneó la cola ya en el asiento delantero. Quizás si entendía algo. El tubo de escape de la camioneta soltó una enorme nube de humo negra y el motor rugió como si dentro docenas de enanitos estuvieran martilleando todo el metal del motor. Maniobró hacia atrás, giró a la derecha y se lanzó directo a la salida del cementerio.

—Un día de estos me muero —susurró mientras cruzaba la puerta de metal. Y siguió conduciendo aferrado al volante pegajoso. Dentro de la cabina hacia todavía más calor y

refunfuñó de nuevo.

2

Tommy ya no le fiaba al viejo de Jack Jones. Si quería más cervezas y pienso para el perro, debía abonar una deuda de unos cuantos cientos de dólares. Pero Jack Jones le prometía una y otra vez que le pagaría. Su sueldo era generoso, pero el maldito viejo era un alcohólico de campeonato y todo se iba gzanate abajo y después lo meaba. Entraron los dos a la tienda de Tommy.

—Jack, lo siento. Si quieres algo, deberás pagarme algo...

—Lo sé maldita sea! —le interrumpió Jack Jones—. Te pagaré un día de estos. El jodido perro come cada día más y con estos días de calor necesito beber más. Un día de e4stos me encontrarán tieso en el cementerio o dentro de mi camioneta.

Tommy meneó la cabeza y en ese preciso momento salió ella. La "sargenta", la que llevaba los pantalones en casa. Una gorda amorfa que se llamaba Lindsay. Un nombre que no le pegaba ni con pegamento del bueno. Dio un paso y después otro, al tiempo que su enorme barriga rozaba el mostrador por la parte de atrás y sus carnes o grasas, se hundían en él. Tenía el pelo corto, pintado de rojo y se había pintado los labios como una puta barata. Parecía un payaso. Tres o cuatro granos con pus adornaban su rechoncha cara. Sus ojos, oscuros como la noche, sin una característica especial, giraban dentro de las cuencas como canicas. Era bizca. Posó sus manos sobre el mostrador y mostró unos dedos como salchichas.

—No tenemos nada! —exclamó con voz áspera.

Después de esto hubo un largo silencio. Los tres mirándose uno al otro y el jodido perro meneando la cola y enseñando la lengua. Su aliento apestaba y Lindsay hizo un gesto de asco. Se llevó la mano a la boca y Jack Jones le señaló.

—Te pagaré, maldita sea. Te pagare la semana que viene!

—Más te vale.

—Joder. ¿Cuánto os debo? ¿Cien pavos, doscientos? —su cuerpo raquítico se dobló hacia un lado y luego a otro. Como tantas veces hacia.

Como tantas veces. Finalmente Jack Jones salió de la tienda con un saco de pienso y un par de cajas de cerveza. La gorda había apuntado veinte dólares más en la cuenta de Jack y desapareció de detrás del mostrador, tal como se había presentado antes.

Como tantas veces hacia.

3

Esa noche Jack Jones bebió una cerveza tras otras mientras veía un partido de beisbol, los Red Sox contra no sabía quién "eso no importaba, porque jugaba su equipo favorito, los Red Sox". En todo Maine no había un equipo de jugadores profesionales y debía recurrir a los de Boston. Eructó y levantó el pie derecho para tirarse un pedo que sonó como una sierra mecánica y el jodido perro estaba a punto de tiro. Olfateó el aire y agachó la cabeza hundiéndola en el sofá. Jack Jones bebió más cerveza.

La noche se cernió sobre ellos.

—Un día de estos me moriré —susurró Jack Jones y eructó

4

A medianoche se levantó y fue al baño. Una vez allí se bajó los largos calzoncillos mugrientos y tras sujetarse con ambas manos el pene flácido echó la gran meada de su vida. Larga y ruidosa. El chucho estaba a su lado, mostrándole su lengua rosa. Después de un goteo incesante de orina se guardó el pene bajo los calzoncillos y volvió a la cama. Y el jodido perro fue tras él.

Y antes de dormirse de nuevo pensó en todos ellos

5

Debían tener unos trece o catorce años cuando sucedió lo de las malditas sanguijuelas. Jack Jones había tenido la ocurrencia de bañarse con sus amigos en uno de los tantos charcos que existen en Boad Hill. Nicotero, Norton y Robbins se tiraron sin pensárselo al charco. Habían dejado los calzoncillos en la orilla. Jugaron un buen rato al chapoteo, tirándose agua unos a otros. Chillando y riendo. Jack Jones, era uno de ellos, el más larguirucho. Robbins era el rubiales y Nicotero el gracioso. Norton por su parte era el más obeso de todos y era el más callado. Era curioso, de todos los gordos del mundo que tenían la autoestima más alta que las montañas rocosas en colorado, éste, era el primero que de alguna manera, llevaba mal eso. Total si era más bien el reflejo de lo que comía. Gigantescas hamburguesas con mucha salsa y patatas fritas y helados, muchos helados de vainilla, de chocolate de mantequilla. Pero Norton no lo llevaba tan bien a la hora de pasearse delante de las chicas de la escuela y ahora estaba en pelotas en un charco jugando con los demás. ajeno a sus michelines y el ombligo hundido.

Cuando el sol se desplazó de lugar y las sombras eran más alargadas, Jack Jones y los demás chicos decidieron que ya era hora de acabar con el juego. Al salir del agua espesa y oscura uno de ellos gritó de repente con real espanto en su voz. Era Norton.

—Ahhhh!!! Maldita sea!! ¿Esto qué es? —y con las manos trató que quitarse una "mancha" que se había visto a la altura del pecho. Una mancha alargada y abultada. Alrededor de ella había sangre.

—Es una sanguijuela!!! —gritó el rubiales, mientras le señalaba y se reía al mismo tiempo de acabar la frase.

Norton salió corrió hacia la orilla como si le hubieran metido un cohete en el culo. —Aaahhhh!!! —chilló de nuevo. Una vez en la orilla trató de arrancarse la jodida sanguijuela no sin antes chillar una vez más con los ojos muy abiertos.

Nicotero soltó una carcajada larga y pétrea que acabó de repente cuando sintió algo en sus pelotas. Algo se movía allí abajo. Se encorvó hacia adelante y miró abajo. Negra como una mierda de perro, estaba retorciéndose la maldita sanguijuela. Pegada en uno de sus testículos! Jack Jones le señaló con el dedo índice. Tenía otra al lado del ombligo.

—Joderrrr!!! Quitarme estoooo!!!

El resultado fue que todos tenían tres o cuatro chupasangres fuertemente pegados en sus cuerpos —y en sus pelotas, recordó un tiempo después Nicotero—y salieron de allí como alma que lleva el diablo, entre gritos de dolor y sangre salpicando el suelo. Uno de ellos se dejó abandonado los calzoncillos.

Nunca repararon en eso.

6

Pero todos ellos estaban ahora muertos. Jack Jones los había enterrado uno a uno en el cementerio en el que trabajaba. Norton murió de cáncer de pulmón, Robbins, el rubiales de accidente de tráfico y por último Nicotero de un infarto a la edad temprana de 56 años. Y Jack Jones, el único superviviente, le ponía una rosa a todos y cada uno de ellos en su aniversario. Sobre su tumba. Se bebía una botella de Whisky y charlaba un rato con ellos. Después se echaba a llorar.

—Un día de estos me moriré.

7

El trabajo de Jack Jones era reconfortante después de todo. Cavaba las fosas con una pequeña excavadora para tal fin. Limpiaba las lápidas, barría las hojas de las flores de los caminos surcados del cementerio, cuidaba de la casa de allí y de vez en cuando cambiaba esqueletos de tumbas a petición de los familiares. Y además mataba las malditas ratas como perros con una carabina de balines. Un Rifle Crosman M4-177 de aire comprimido con una similitud enorme con el famoso fusil de asalto M4, del legendario ejercito de los Estados Unidos de América. Disparaba balines del calibre 4,5 tras cargar una bomba de aire comprimido con carga de bombeo. El arma pesaba casi dos kilos.

Y todo esto mientras se metía en el estomago una caja de cervezas. Aquel verano de 1983

pensó por primera vez cuándo moriría y quién lo enterraría a él. Qué hueco ocuparía de todo el cementerio que conocía palmo a palmo. Y por vez primera se le erizaron los pelos del cogote y sintió nauseas.

—Un día de estos me moriré! —masculló al tiempo que escupió un gargajo en el césped.

Y el jodido perro lamió el gargajo de Jack Jones.

8

Le quedaban exactamente seis meses para jubilarse y todavía no se había muerto. Tras cuarenta años prestando sus servicios en el cementerio local, nunca había sufrido una incapacidad alguna exceptuando las resacas de campeonato y un par de comas etílicos. Estaba contento de poder jubilarse y al mismo tiempo, pensó, que de seguir así, se moriría fuera del cementerio y podría conocer antes al nuevo enterrador. Eso, le ponía nervioso ahora.

Hasta que dos semanas después enterró a Donald McKinley, uno de los más acaudalados hombre de negocios de Boad Hill. Había palmado víctima de un derrame cerebral mientras estaba contando un fajo de billetes.

9

Había cavado la fosa con su pequeña y ruidosa excavadora y ya tenía un hoyo tan grande que podían caber tres como él, pensó furtivamente y sonrió efusivamente. No tenía gracia. El perro ladró un par de veces cuando los primeros familiares se acercaban al lugar del enterramiento y Jack Jones tuvo que mandarle a callar. Dos mujeres con escasa ropa, negra por supuesto, se acercaban a lugar con los ojos hinchados de tanto llorar tras los velos negros. Más al fondo se veía venir también, el sacerdote y el coche fúnebre cubierto de coronas de flores y tras él, como una fila de hormigas obedientes, caminaban de forma lenta, el resto de familiares y amigos de Donald McKinley. Entre la multitud estará la amante, pensó Jack Jones mientras se retiraba del lugar hundido en el asiento de su pequeña excavadora.

El sepelio duró cerca de media hora y a los que le correspondieron, habían lanzado un poco de tierra sobre el ataúd. su viuda había querido saltar sobre su tumba con las piernas abiertas en una ridícula postura. Una mano la sujetó a tiempo. Su hija, le lanzó una rosa y sopló en la palma de su mano dirigiéndose a él, como un amargo trago de despedida. Y el sol caía sobre ellos con toda la fuerza de una tarde de agosto.

Después, todos marcharon de lugar y Jack Jones regresó al hoyo con su pequeña máquina excavadora y el perro correteando alrededor de él, mientras ladraba y movía la cola.

Era el turno de echar tierra sobre la tumba y el sol ya había elegido las montañas para ocultarse y dejar de joder al menos durante ese día. Pero el atardecer era pegajoso y hacía mucho

más calor.

Jack Jones movió la pala y echó la primera estocada de tierra sobre el ataúd.

10

—Algún día de estos moriré —dijo una vez más en su reducido vocabulario e ideas persistentes. ¿Y quién no morirá? ¡Todos morimos al final de nuestra corta vida! ¡Hasta el jodido perro se morirá! Y las malditas ratas. Su preocupación fue in crescendo hasta formar parte de una idea delirante en él. Se bebió la cerveza de un trago y eructó. En la televisión no echaban nada que le interesase, salvo sus pensamientos. ¿Cuándo moriré? Cogió otra lata de cerveza y esta vez le dio de beber al chucho que no dudó en sacar la lengua rosada y alargada, áspera como las manos de Jack Jones.

De pronto, escuchó un ruido que provenía desde afuera. Del cementerio. Como de un buen puñado de ramas secas partiéndose. Sus ojos se entornaron un momento y agudizó el oído. El chucho ladró.

Fuera estaba pasando algo.

11

Caminó con cautela aunque iba tambaleándose por la borrachera que llevaba encima. El chucho le seguía en silencio con el hocico arrastrándolo por el suelo. Jack Jones encendió la linterna, era de noche y la luz no brillaba lo suficiente esa noche como para ver las alargadas sombras de las lapidas.

—¿Hay alguien ahí?

Ridículo. Si hubiera alguien con intención de hundirte los sesos no te respondería —!oye, estoy aquí!— de modo que la pregunta resultó inútil. Reinó durante un instante, el más absoluto silencio abrumador. Después un clack clack. Dirigió la linterna de donde presuntamente provenía el ruido. No vio nada, salvo el haz de luz de la linterna rebotando sobre una lapida grisácea en la que se podía leer !John por siempre estará aquí!

De nuevo los ruidos como algo seco arrastrándose por el áspero suelo. Jack Jones dirigió el haz de la linterna y el chucho ladró una vez. Estuvo oteando lo que iluminaba el foco de luz de la linterna durante unos instantes, pero no vio nada, salvo las inscripciones de las lápidas. Después un rass, rass, súbito como si alguien estuviese renqueando al caminar. El ruido de los tacones de unos zapatos. Jack Jones ebrio como una esponja rezumando agua por todos lados movía incesante el haz de la linterna. Nada. Y el chucho se adelantó un poco con el hocico bajo y la cola más tiesa que un palo seco. Entonces fue cuando Jack Jones decidió avanzar también. Caminó durante cerca de unos treinta segundos antes de que se topara con algo. Cayó de bruces al suelo al tiempo que

soltaba la linterna y esta al impactar en el suelo voló en pedazos y la luz se fue. Él notó un flujo caliente en las sienes, se tocó con la mano mugrienta y supuso que aquello era sangre. El perro ladró y lamio a su amo en la frente, moviendo ahora la cola.

Rass, rass...

Jack Jones había topado con el ataúd abierto del difunto Donald McKinley y este no estaba dentro, según los resultados de meter la mano en el ataúd. Y en medio de la fascinante luz de la luna, leyó la lápida; Donald Mc... Y en el suelo había unas manchas espesas que iban haciendo eses hasta que se perdían.

—Jodeeerrr!!! Ladrones de cuerpos!!! —gritó Jack Jones lamiendo su propia sangre que le resbalaba por los labios.

El ataúd estaba desenterrado, sobre el césped y un buen montón de tierra, supuso Jack Jones. Los ladrones habrían desenterrado el ataúd y robado el cuerpo de Donald McKinley, pero no fue así.

12

La silueta avanzaba ahora hacia él, rass, rass y se hacía cada vez más grande a medida que se acercaba —será el ladrón pensó Jack Jones— y entonces la silueta dejó paso a la figura. Era él. Era el mismo Donald McKinley! El corazón de Jack Jones comenzó a latirle muy deprisa, tanto como un galgo persiguiendo a una liebre. Al lado, el perro ladraba con insistencia, casi histérico y ensordeció a Jack Jones.

—Hace frio —le susurró Donald McKinley tendiéndole la mano. Estaba amoratado e hinchado y olía peor que el propio Jack Jones con sus calzoncillos meados. El perro retrocedió mientras seguía ladrando y entonces el corazón de Jack Jones se paró como lo hace un motor de gasoil cascado. Sus ojos se dilataron y pensó, en el tiempo record de unos milisegundos —un día de estos me moriré— y cayó al suelo fulminado. El perro salió corriendo de allí resbalando.

13

Antes de perecer Jack Jones supo quien sería quien le enterrase y vio el momento justo de su muerte. De haber podido habría escrito un epitafio en la lapida que diría "un día de estos me moriré", pero no fue así.

Donald McKinley lo enterró, puso una rosa sobre la arena removida y siguió andando por el cementerio de Boad Hill.

Era el enterrador.

La chica 10

1

Ella estaba allí. Apoyada sobre los codos hincados en la barra. En el centro, entre sus manos, bailoteaba una copa de champan casi vacía. El champan llegaba al borde de la copa y se derramaban unas cuantas gotas, después el volver la copa, el champan volvía a su sitio como un tsunami enorme dentro de la copa.

Y Richard también estaba allí. A una distancia prudente de ella, pero la tenía a tiro. su vista algo cansada alcanzó a ver toda la belleza de aquella chica. Él tenía en una mano un vaso de whisky con hielo, el cual ya se había derretido de tanto tiempo que la estaba mirando a ella. a esa chica perfecta de sinuosas curvas.

La chica hundió su cabeza ahora entre las dos manos y se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Eso fue así ya que la chica se llevó las manos a las sienes y su cabello rojizo, largo y ondulado, voló por un momento. Arrugó la frente y cerró los ojos. Y pensó que ya tenía bastante por hoy.

Richard se movió de su asiento en el otro lado del pub y su culo resbaló sobre la tela de terciopelo rojo. Richard era obeso y el asiento crujió debajo de él. Pero era alto, extremadamente alto. Medía casi un metro noventa y dos. Pesaba cerca de 140 kilos y una abultada barriga le impedía verse la polla cuando echaba una meada. Además, eso, le impedía realizar bien el amor a todas esas mujeres amorgas y gordas que se paseaban desnudas ahora en su mente, en sus recuerdos. Pero eyaculaba. De modo que el placer estaba garantizado.

La chica de la barra tenía los ojos verdes como un diamante jade. Como los de una pantera y largas pestañas que hacían el resto en la belleza de sus ojos. Sus pómulos, rosados, se marcaban con diferencia y estaban ligeramente recubiertos de una fina piel rosada. cuando sonreía unos hoyuelos se le marcaban a ambos lados de la cara. Sus labios carnosos, estaban cubiertos de un densa capa de pintalabios color rojo como la alfombra de un hotel. Brillaban y eran densos, sobre todo el labio superior. Su lengua asomaba de vez en cuando de entre sus dientes perfectos, blancos e impolutos, todos en línea y rectos. su lengua rosada no era áspera sino todo lo contrario, era suave, como la seda y húmeda.

Richard lucía una barba recortada y el pelo algo largo pero siempre estaba peinado hacia tras y acababa en una pequeña coleta con una goma enroscada fuertemente en él. Tenía las mejillas rojizas y los ojos más bien pequeños, de color marrón, no destacaba por su mirada eso estaba claro. Vestía un traje de ejecutivo para dárselas de alguien importante. Los pantalones le estaban cortos. Tenía un pequeño negocio de venta de coches que le daba dinero pero él se lo gastaba todo en putas gordas y feas. Estaba casado con Rachel, una raquítica mujer de cabello corto y oscuro que siempre vivía en depresiones y ansiolíticos. Siguió mirando a la chica mientras se repantigaba

en su asiento.

El cuerpo de ella era un cumulo de curvas como la carretera que le lleva a uno a cumbre de las Rocosas. Una cadera con forma de guitarra hacia juego con las piernas más largas que había visto. Perfectas, en simetría y unos muslos prietos. La cintura de avispa mostraba un ombligo perfecto, con un piercing clavado en él. Los pechos, eran exuberantes, redondos, densos y marcando pezón. su cuello era largo y le cubría una fina piel rosada. Vestía un vestido rojo formado de dos partes aunque atadas por una lisa tela de seda, la superior y la falda, pero que dejaban al descubierto la cintura. Y calzaba unos tacones de un palmo de largo, también, rojos.

Richard tuvo una leve erección. Pero aquella noche no. Esa noche ella no era para él.

2

Richard volvió al pub al día siguiente. Con el mismo traje de ejecutivo de color gris pardo y con el mismo perfume. Y ella estaba allí también, pero vestida con un largo y estrecho vestido azul con un gran escote. Esta vez sus labios brillaban de color rosa. Y sus ojos verdes enfocaron la cara de Richard en la distancia. Se levantó y con un movimiento de caderas sinuoso se acercó a él.

—Hola —dijo escuetamente.

Richard sentía que su corazón se había acelerado bajo la gran panceta de grasa que tenía por pecho y empezó a sudar. Al fin y tras un largo y ominoso silencio, pudo articular palabra. Estaba fascinado y sus ojos lo delataban.

—Ho...Hola...

—Te he estado observando y he descubierto que no paras de mirarme —e hizo un corazón con sus labios carnosos.

—No que va! Estaba mirando al camarero. ¿Has visto cómo hace los cocteles?

—Sí, seguro que es eso amigo... —y al agacharse hacia él, le mostró el escote que le favorecía sus enormes pechos.

—Es verdad...

—Y yo me lo creo —Ella se sentó al lado de él, repantigándose en la silla de terciopelo—. ¿Puedo?

—¡Por supuesto! —se quedo dubitativo un momento y añadió—. Estas invitada. Señorita???

—Sheyla —respondió ella tan rápidamente como pudo.

—Uhhmmm. eso suena a que no eres de aquí ¿verdad?

Ella menó la cabeza.

—Soy de México —explicó con celeridad—. Pero llevo viviendo aquí más de veinte años.

Richard la ojeó de nuevo, esta vez para convencerse de que la chica 10 debía rondar no más de veinte años. Así que, o lo estaba mintiendo o tendría como mucho veintidós años o tal vez veintitrés. Eso no importaba, era la chica 10 para él y ella había tomado la iniciativa.

—Por eso no he visto nada extraño en tu acento —explicó Richard mostrando una lívida sonrisa.

Ella se repantigó aún más en su silla.

Hubo un interminable silencio y al fin de nuevo, ella tomó la iniciativa.

—¿Estás casado?

A Richard casi se le atraganta el whisky que estaba bebiendo. El gáznate sufrió un poco.

—No! Qué va! —respondió precipitadamente y le mostró una larga sonrisa de embustero.

Ella meneó la cerveza y cerró los ojos un instante—está mintiendo—pensó.

—Yo tampoco —dijo ella mostrándole de nuevo una dulce sonrisa que formaban unos bellos hoyuelos en ambos lados de su cara.

—Los dos libres —atinó a decir un Richard bastante emocionado.

—¿Te apetece pasar una velada conmigo? —le interrogó ella realzando los pechos.

—¡Vaya! Veo que vas rápido...¿eh? —y soltó una risilla llevándose la mano a la boca, podría ser que le viera que le faltaba uno de los dientes.

—¿Somos adultos no?

—¿Eh? A sí, claro que sí.

—¿Me invitas?

Richard se quedó nublado, como si de repente hubiera perdido las consciencia o cualquier otra cosa. Su sonrisa se diluyó poco a poco, no por enfado, sino por inercia. Después volvió el brillo en su rostro. Sus ojos se agrandaron al ver aquella raya entre los dos pechos.

—Pues claro. ¿Qué prefieres beber?

—Champán —dijo ella y se le formaron de nuevo los hoyuelos en los mofletes.

Richard levantó la vista del escote y la dirigió hacia una camarera que estaba en las proximidades, limpiando una de las mesas.

—¡Camarera! ¡Por favor! —levantó el dedo para indicarle bien que era él quien la estaba reclamando. La camarera de pelo oscuro le miró y alzó el mentón sobre su uniforme, dispuesta a escuchar—. Champán para la señorita, por favor.

La chica 10 sonrió a Richard. La camarera se guardó el paño en uno de los bolsillos del uniforme y se dirigió hacia la barra, donde había un barman esperándola al otro lado de esta.

—Champagne.

Richard lo entendió y llamó de nuevo a la camarera, esta vez con voz más alta. La música sonaba suave como fondo.

—¡Champán del Francés!

La camarera con cara compungida y la frente arrugada, hizo un ademán con la cabeza.

—Me encanta —dijo ella, y cruzó las dos piernas. Richard notó como su miembro viril pulsaba bajo su bragueta—. Solo bebo Champagne.

Y Richard asintió con la cabeza.

3

Tras dos botellas de Champán Francés y unas cuantas copas de whisky de él, las cosas se pusieron calientes y ya hablaban en otro lenguaje corporal. ella le provocaba con su gran escote y el cruce de piernas y él, sentía continuas erecciones. Richard sabía lo que le esperaba esa noche, mientras la camarera los miraba de vez en cuando de reojo con los labios apretados y los ojos bizcos. Las risas y las expresiones "calientes" eran continuas. A su lado las mesas se llenaban de parejas que bebían un par de copas y después se iban. Ellos seguían allí. Parecía que el momento tardaba y al fin ella se lo propuso.

—¿Quieres venir a mi habitación?

Richard se quedó anonadado pero no sorprendido porque en el fondo el ya lo sabía, que de un momento a otro, ella se lo pediría. Vaya si lo sabía!. Era el mayor putero de todo Boad Hill y su esposa Rachel, siempre fue una raquítica desplazada a un segundo plano. Richard contestó.

—Estoy hospedada en un hotel de aquí al lado.

Él meneó la cabeza. sabía a qué hotel se refería. Era pequeño, pero cuidaba su imagen de diseño como uno de los grandes. Podían llegar a pie, si se sostenían claro estaba. Esa noche él iba a probar una chica 10. Esa noche iba a suceder algo. Algo que no esperaba para nada.

4

Caminaban en forma de zig zag, ebrios y un poco alocados. Ella mantenía sin embargo su compostura. Richard al estar más obeso, sentía como si grandes pesas se le pusieran en los hombros y le hacían perder un poco la estabilidad. Pero andaba. Apenas una cuantas manzanas le separaban del hotel.

Y siguieron caminando juntos y sus zapatos resonaban bajo la fría noche de invierno, como un traqueteo de cajas de madera.

Cuando entraron, un hombre con sombrero adornado con un alzo dorado, los recibió con un saludo agachando la cabeza y doblando la cintura, como si les hiciera una reverencia. La temperatura allí dentro era agradable y Richard recibió con agrado el cambio de temperatura. Detrás del hombre vestido con su uniforme gris, estaba el mostrador para registrarse en el hotel. Una chica morena con los ojos muy abiertos y una sonrisa estúpida dibujada en su cara, los iba a recibir. cuando Richard, se acercó al mostrador ya había sacado su identificación y la tarjeta de crédito con un movimiento certero y rápido, como si hiciera bailar una pistola entre sus regordetes dedos.

—Una habitación por favor.

—Eso está hecho —dijo la chica de grandes sonrisas y se puso a teclear detrás de un ordenador oculto a la vista de Richard. Un momento después, se giró hacia una estantería llena de llaves colgadas inertes con un gran dispositivo en un extremo, para no olvidarlas nunca y cogió una de ellas, que tintineó levemente al moverla.

—La habitación trece —dijo sonriéndole nuevamente y con la llave colgando de sus finos dedos, que apenas relucía bajo la escasa luz que inundaba el recibidor.

—No soy supersticioso —respondió Richard sin que nadie le pidiera explicaciones y cogió la llave con el enorme llavero, color bronce. Este brillaba más bajo los casi apagados focos de la entrada. La chica 10 estaba agarrada a un brazo de Richard mostrando sus eternos hoyuelos en las mejillas.

—Son treinta dólares —añadió la recepcionista.

—¿Aceptan tarjetas de crédito?

La chica de detrás del mostrador hizo un gesto con la cabeza y cogió la tarjeta de los dedos de Richard que estaba tratando de mantener el equilibrio mientras esperaba, apoyado con la barriga en el mostrador. Sheyla parecía pesar cada vez más en su brazo izquierdo. Pero un buen polvo lo quita todo pensó Richard entre risas.

La recepcionista insertó la tarjeta de crédito en un pequeño terminal para realizar el pago. La transición fue aceptada y ésta le devolvió la tarjeta a Richard que la cogió con una mano temblorosa.

—La habitación está en la primera planta. Al final del pasillo, a la izquierda —explicó la recepcionista con su eterna sonrisa dibujada en la cara, la misma que desaparecería cuando Richard le diera la espalda—. Si quiere el señor del sombrero puede acompañarles a su habitación..

—No, gracias —le cortó Richard con una voz casi temblorosa y algo gangosa.

Acto seguido él y Sheyla se encaminaron hacia el ascensor que quedaba a su izquierda a cuatro pasos. Era elegante y con botones dorados al estilo de los viejos ascensores de culto.

Cuando ellos abrieron la puerta del ascensor y entraron en él, el suelo de este se hundió inquietantemente bajo sus pies.

—¿Siempre pasa esto? —inquirió Richard con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

Y pulsó el botón marcado con el número uno. Subieron lentamente hacia la primera planta. La luz del ascensor era igual de mezquina que las del recibidor. Al salir del ascensor la puerta chirrió un poco pero no se dieron cuenta del detalle. el pasillo largo y estrecho estaba forrado con una interminable alfombra roja en el suelo, y en las paredes varias lámparas con una luz tenue, iluminaban parte del suelo y la pared. Richard comprobó que en las paredes había un decorado un tanto extraño. Era como una especie de moqueta realizada por millones de fibras enlazadas que formaban dibujos extraños, como lianas y árboles o quizás enredaderas. ¿No tenían otro decorado mejor que poner? La pregunta quedó en el aire y avanzaron por el pasillo, los dos agarrados fuertemente y tratando de controlar el equilibrio. Los tacones de ella se hundieron en la alfombra y no produjeron ruido alguno. Todo estaba en silencio. torcieron a la izquierda y avanzaron algunos pasos cuando discernieron un numero de color dorado, el trece. era su habitación.

Richard jugueteó con la llave antes de abrir la cerradura que chirrió también.

Esa sería su noche, se dijo y entraron juntos a la habitación.

6

Ella tiró de su corbata y lo acompañó hacia dentro de la habitación, pasando por un corto pasillo y guiándolo hacia la cama. A pesar del volumen de él, era fácil llevarlo como un perro atado a su cadena de paseo. Se dejaba llevar. Y finalmente se derrumbó sobre la cama. Blanca e impoluta y tras el golpe las sabanas se movieron de sitio, saliendo un faldón en los bordes de la cama. ella le sonrió y de nuevo los hoyuelos y su mirada de jade.

—Uhhmmm...

—Esta noche te daré lo que es tuyo. Lo que siempre fue tuyo —y se echó sobre él para besarle. sus tiernos labios contrastaban con los secos de él. Pero fue un beso con lengua y a Richard se le estaba poniendo tiesa.

De repente ella se levantó. Todavía no. Aún no había llegado el momento. Richard con la panza más abultada del mundo yacía sobre la cama jadeante.

—Voy a darme una ducha —dijo ella al tiempo que le daba la espalda. Su culo, travieso, jugueteó con los pasos que la chica 10 dio hacia el cuarto de baño.

Richard que se había enderezado sobre la cama, no sin costarle lo suyo por el sobrepeso, se paseó la lengua por los labios y entonces lo vio. Era una mancha opaca, como gelatinosa y estaba pegado en el suelo. Más adelante, había otra mancha más. hizo un gesto de asco—son gargajos— se dijo a sí mismo y le restó importancia cuando la chica 10 se volvió hacia él apoyada en el

marco de la puerta del cuarto de baño y le guiñó un ojo. Richard le sonrió abiertamente como un estúpido. Dejó a la vista que le faltaba un diente. Pero eso ahora ya no importaba. Después ella entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Con llave.

7

La noche caminaba hacia su curso allá fuera y se había levantando una ventisca. Richard agradeció enormemente tener calefacción en la habitación. Estaba sentado sobre la cama, en el borde de la misma. Donde la mujer lo había dejado, pero Richard se había quitado los pantalones y los dejó sobre una silla que estaba situada al lado de una de las mesillas de noche. La luz era tenue y el tiempo pasaba demasiado lento. Miró el reloj. Eran más de las dos de la mañana. ¿Cuándo se había metido ella a la ducha? ¿Hacía cuarenta minutos ya?. Richard se impacientó por momentos, mostrando un temblor en sus piernas y ya tenía la pilila fría y flácida.

—¿Estás bien? —preguntó alzando un poco la voz.

—Si —respondió ella con una voz cambiada, casi quebrada o ronca.

Richard movió el entrecejo.

Entonces, de pronto la puerta del cuarto de baño se abrió y una densa y pegajosa nieblas de humo y vapor embadurnó la habitación. Ella estaba desnuda frente a él. El corazón de Richard comenzó a latirle más deprisa bajo el pecho. su boca era una expresiva O gigante y sus ojos brillaron bajo la mezquina luz.

—Ya estoy lista para ti —dijo ella ladeando la cabeza, su mirada verde como el jade brilló de un color diferente durante un momento.

A Richard lo "suyo" se le estaba poniendo de pie.

—Ven aquí nena —titubeó nervioso y la palma de su mano derecha se puso sobre la colcha de la cama.

Ella movió la cadera y le mostró el pubis. Ahora la erección ya estaba lista. Richard comenzó a quitarse los calzoncillos pesadamente. Ella comenzó a andar hacia él y dejaba rastros tras de sí. Era algo pegajoso. Sus pechos apuntando hacia arriba, hacia el techo de la habitación, apenas se movían con cada nuevo paso. Y el ambiente se empezó a llenar de un mal olor. Richard estaba tan entusiasmado que no reparó en ello.

—Mírame —dijo ella al tiempo que se pellizcaba la piel del pecho. Un cacho de esta cayó al suelo y mostró un fondo verduzco y rezumaba un líquido opaco. Después continuó con los brazos. Se estaba despellejando viva. Ahora la cara de sorpresa de Richard era aún mayor. Ella o lo que fuere, que iba desgranándose se acercó más hacia él y entonces cuando Richard quiso chillar y el pene volvió a su estado anterior, ella le mostró unas garras como espátulas y su boca se abrió de forma exagerada, rasgando las mejillas con sus hoyuelos para mostrar una hilera de dientes afilados y pulcros. Sus ojos cambiaron de color, ahora eran rojos, destellantes como las luces de freno de un coche. Su largo cabello rojizo se cayó hacia atrás y mostró una calva

grisáceas y su cuerpo se transformó.

Richard gritó, pero ella ya se había tirado sobre él, para hacerle el amor, a su manera.

Manzanas podridas

1

El señor Tom amaba sus árboles frutales, especialmente los manzanos y recogía la cosecha entre septiembre y octubre cuando la lluvia y los rayos interminables, resquebrajando el cielo, eran más presentes. Pero el sabor de un bocado de manzana le dejaba, sencillamente, satisfecho y alegre. El aroma que despedía la acidez de éstas era sencillamente una experiencia mística. Tom amaba a las manzanas y no le faltaban a su estomago dos piezas de manzana. Una por la mañana y otra por la tarde. Eran verdes con un brillo inusual y lisas, completamente lisas. él jugueteaba con ellas entre sus largos dedos. Pero este año la cosecha trajo algo más que el buen sabor ácido y el aroma de la manzana. Este año Tom desearía no haber amado tanto a los manzanos de su propio huerto, o quizás sí.

Todo ocurrió en la primavera siguiente, cuando las flores de sus manzanos hicieron acto de presencia.

2

En la temporada anterior Tom había comido gran cantidad de manzanas y le parecieron más sabrosas que los otros años. Más ácidas y más aromáticas. Tom cuidaba con mucho mimo sus manzanos, unos doce arboles, plantados en su propio huerto. Odiaba las manzanas rojas. Él las quería verdes. Existen varias especies de manzanas pero para él las mejores eran las suyas. Y lo decía con una fuerte rotundidad. Se lo decía a las paredes desnudas de su casa, ya que vivía solo, pero tenía a sus manzanos que los observaba en cualquier estación del año. Le fascinaba ver como se cubrían de nieve en invierno, como las flores se abrían paso en primavera y como en verano las manzanas crecían sin parar y al fin, en otoño podía recoger la cosecha.

Pero en la nueva temporada algo cambió en su vida. Los manzanos se preparaban para regalarle las flores en primavera, rodeadas de abejorros haciendo su trabajo. Y él una mañana cualquiera, sintió algo en su cuerpo. Sencillamente se sentía cansado. algo débil. Creyó inicialmente que se trataría de una gripe, pero después de unas dos horas ya estaba en forma de nuevo. Y la cosa no fue a más.

3

Varios días después, cuando los capullos ya estaban abiertos y reflejando toda su belleza

bajo el cálido sol de primavera, volvió a suceder. Tom estaba asomado a su ventana que le ofrecía el espectáculo de sus manzanos, apoyado con las dos manos en el borde de madera de la ventana y se sintió de golpe decaído. Cansado. Su cara se convirtió en un gesto compungido y la frente se arrugó mientras cerraba los ojos. Un zumbido en los oídos y un ligero mareo. Después de esto, el cansancio. El agotamiento. Como pudo, se retiró de la ventana y caminó muy lentamente hacia su cama. Se sentó en el borde de esta y suspiró profundamente. Tom tenía más de medio siglo de vida y menos de un siglo. Por lo que su edad no era la causa del cansancio. ¡Además no estaba haciendo nada! sólo observar y respirar profundamente al son de los cantos de los pájaros que se posaban en sus manzanos. Y en la parte superior de la ventana. Fuera, el sol siguió brillando y las flores de los manzanos mostrando su belleza. Dentro, Tom estaba respirando cansadamente. Esta vez este efecto le duró al menos cuatro horas, en las cuales se durmió y descansó tirado, sobre la cama, inerte, con los zapatos sobre las sabanas ensuciándolas de tierra.

Cuando abrió los ojos el sol se había acomodado entre dos montañas y parecía que hubiera elegido aquel lugar para cobijarse detrás de ellas más adelante, mientras descendía lentamente en una fusión de colores amarillentos y rojos, que adornaban lo que comúnmente se conoce como la puesta del sol. Tom ya estaba mejor, pero se quejó de todos modos. Se levantó y fue a la cocina, en la planta de abajo a prepararse algo para cenar.

Aquella noche soñó con el sol, las flores y los manzanos.

4

Al día siguiente Tom se levantó ya sin la sensación de cansancio pero sí que escuchó crujir los cartílagos de sus rodillas al ponerse de pie. No le dolió pero Tom se quedó sorprendido con la situación. Tampoco es algo que se le tenga que dedicar mucha atención, pensó y se dirigió hacia la ventana a respirar un poco de aire limpio. A inhalar la suave brisa de la mañana combinada con el aroma de los manzanos. Observó a los abejorros revoloteando alrededor de las flores de los manzanos, parsimoniosamente ocupadas en su trabajo instintivo antes de que llegara el invierno para matarlas a todas. Así era la vida y suspiró profundamente, pero la cosa no tardó en empeorar.

5

Una semana después lo atacó de nuevo el golpe del cansancio pero esta vez sus articulaciones se quejaban con un crujido seco, y empezaban a doler. Tom fruncía el ceño, pero no le daba más importancia al asunto. Sin embargo tenía que sentarse continuamente al borde de la cama. Una cama con las sabanas arrugadas y la cabecera en el suelo. Y la ventana seguía abierta para dejar entrar los rayos del sol y el aroma de los manzanos. Y de repente, también dejó de comer. Pero seguía amando a sus manzanos y esperaba como agua de mayo, sus frutos. Se los comería de dos en dos este año, así eliminaría su cansancio acuciado por una rigidez extraña. Y la primavera dejó algunas lluvias vagas y dejó pasar los días en el calendario. Y Tom estaba cada vez más cansado y soñaba.

Soñaba que estaba volando alrededor de sus manzanos y veía como de repente florecían miles de flores asombrosamente bellas, y después estas se convertían en manzanas. Unas grandes manzanas verdes brillantes. Eran ácidas como a él le gustaba pero de repente todo se volvía oscuro y caía al suelo y más abajo del suelo, en un pozo infinito y las manzanas se volvían de color rojo áspero. Y entonces despertaba empapado en sudor y más cansado. Todavía más cansado.

Llegó julio y con él el copioso calor y Tom abrió todas las ventanas de su casa. Las flores habían dado paso a unas pequeñas bolitas verdes. Algunos zánganos se acercaban desganadas, se acercaban todavía más, estabilizando su vuelo, quedaban un rato en suspenso y después se marchaban de allí. Y después llegaron las avispas, demasiado tarde. Y los manzanos seguían allí preparados para hinchar sus frutos. Las manzanas del tío Tom, diría una abuela decrepita contando el cuento a sus nietos bajo el abrazo del calor de la chimenea.

Y Tom ya estaba tan cansado que tenía que tumbarse en la cama largas horas mientras el colchón se hundía en el centro. Sus articulaciones estaban algo más rígidas que el mes pasado y dolían todavía más y había observado en una uña de su pie como ésta había crecido de una forma un tanto extraña. Parecía como si una astilla de madera se hubiera clavado en una esquina de la uña, marrón y torcida. Tom se la arrancó con los dedos y la sangre hizo acto de presencia. Solo una gota insignificante que manchó el dedo, pero que decía a gritos, que aquello era una herida en toda regla. Tom no se extrañó para nada y pensó que quizás se habría clavado aquella astilla el día anterior, o el anterior, cuando débilmente pisó la arena de su ya descuidado trozo de tierra. Estaba más cansado. Todavía más.

Pero aún tumbado en su cama, podía ver a sus manzanos crecer y crecer.

Y julio dejó paso a agosto y el calor era más sofocante. Tom sin camisa y todo sudoroso permanecía postrado en la cama, casi rígido. Hacía ya una semana que apenas se podía mover y al ser mozo viejo, no tenía mujer que llamara al médico. Ni vecinos cerca de él. Su rareza en la personalidad le hacían antisociable. De modo que estaba solo, él y sus manzanos que ahora mostraban unas pequeñas manzanas verdes casi formadas, del tamaño de una ciruela. A pesar del cansancio y la rigidez, a Tom se le dibujaba una extensa risa cuando veía a sus manzanos a través de la ventana abierta, que estaba alineada perfectamente para ver desde su nueva posición. Y Tom

comenzó a orinarse encima. No podía levantarse y el aroma a manzanas invadió el aire de su habitación. Y en las uñas de los pies, le crecieron más astillas retorcidas, que asomaban tímidamente desde debajo de sus largas uñas.

9

Y llegó septiembre, mes que ya se podía ver el fruto de los manzanos, manzanas grandes, pesadas y verdes resplandeciendo en el cada vez más sosegado sol de final de verano, pero que mantenía una relativa humedad alta en el ambiente, creando un nuevo microclima de calor pegajoso. Para mediados de septiembre ya se podían comenzar a recoger las manzanas, pero era el mes de octubre, el mes ideal para ellas. Estaban ácidas.

Tom, con una mancha amarillenta sobre las arrugadas y apestosas sabanas, mostraba el paso del tiempo, en el que tenía que hacer sus necesidades encima. Su cuerpo escuchimizado, mostraba ya una cuádruple de huesos puntiagudos asomando en la piel tensa y seca. su cara había perdido toda característica de expresión y sus ojos estaban amarillentos. En las uñas de los pies le habían crecido raíces!. Tom respiraba cansadamente pero inspiraba con fuerza el aroma de los manzanos, ahora manzanas cítricas y ácidas. Se apenaba de no poder levantarse y observarlas de pie desde la ventana. Sus rodillas se habían quedado rígidas y los muslos habían perdido toda la musculatura, mostrando al mismo tiempo unas enormes e hinchadas venas ennegrecidas. Como enredaderas complejas de seguir. Como unas raíces sin fin. Otra enorme mancha amarillenta cubría toda la superficie de los calzoncillos y otra de color ligeramente marrón aparecía de debajo de su trasero empotrado en el colchón hundido. Tenía llagas en toda la espalda y algo puntiagudo, algo que pinchaba, parecían trozos de uñas o peor aún, raíces!.

10

A mediados de septiembre las raíces aparecieron en las uñas de sus manos y en la espalda. él lo sabía, pero no podía hacer nada, salvo excepto que dejó de hacer sus necesidades encima. Simplemente había dejado de orinar y defecar, pero sus huesos se mostraban ahora como troncos enterrados bajo su piel. En los dientes también tenía raíces. Y seguía existiendo el aroma de los manzanos. Ya no podía aspirar con fuerza este agradable olor que crecía con más intensidad a medida que pasaban los días. No tenía hambre.

11

La primera semana de octubre las raíces de las uñas de los pies se habían enredado en el extremo de la cama y en las patas de estas. Las de los dedos median ya cerca de medio metro. Sus piernas sencillamente eran ahora troncos de manzano y el aire de la habitación olía a manzanos.

Sobre la segunda semana de octubre, las raíces de las uñas de sus manos se habían extendido a ambos lados de la cama. Y estaban sujetas fuertemente a las barras laterales de la cama. ahora el colchón seco pero amarillento, estaba menos hundido. De sus piernas habían salido más raíces que reposaban sobre las sabanas arrugadas y secas. Y comenzaron las primeras lluvias copiosas. Tom solo podía mover los ojos y observó dos o tres tormentas de alta intensidad, mientras algunas manzanas se caían de las ramas de los manzanos. Tom sentía pena por ello y ya no pensaba en las raíces y en lo que le estaba sucediendo. A decir verdad nunca pensó en nada, salvo en las manzanas.

Y los días siguieron pasando hojas en el calendario de octubre, en la entrada del otoño.

Y llegó el otoño y Tom tenía el cuello rígido como un tronco, no podía abrir la boca pero tampoco lo necesitaba, esta había quedado abierta pétrea como un tronco formando una O estirada desde los extremos superior e inferior. Las raíces que habían nacido en sus propios dientes se habían extendido hasta el reposacabezas de la cama. Los ojos de Tom ya no se movían. No sentía dolor. No hacía sus necesidades. No tenía hambre ni sed. Y la fragancia de las manzanas seguía suspendida en el aire. él sin embargo ya no respiraba. Tenía hojas.

A principios de noviembre Tom ya no era Tom, sino, un árbol enraizado sobre la cama, cubriéndola con sus largas raíces y sus troncos retorcidos. Sin pasar por la fase previa de las flores y las avispas, zánganos y abejorros. Tom o lo que era de él, había formado pequeñas manzanas. El sol se escondía cada vez más temprano, pero las raíces y las manzanas crecían más deprisa. Tom o lo que quedaba de él, no pensaba. Solo estaba ahí, inerte, pero creciendo y llenando la habitación de un fuerte olor a manzanas ácidas. sus ojos se habían quedado abiertos y quizás era lo único humano que quedaba de él.

A mediados de noviembre las manzanas habían crecido ya y fuera de aquella habitación, en los manzanos de Tom, los de su huerto, mostraban una imagen diferente. Los manzanos ya no tenían hojas ni tampoco manzanas verdes y jugosas. Nadie las había recogido y estas yacían muertas, decrepitas y arrugadas, en el suelo, cubiertas de barro. Algunas de ellas estaban podridas y las

enormes ratas de pequeños dientecillos las roían mientras se las comían sin descanso. La ventana seguía abierta.

Y Tom o el nuevo manzano con fruta fresca y aromática estaba allí dentro. Pero nadie recogió las manzanas.

16

En diciembre las manzanas del árbol de Tom, se habían caído de sus ramas. Las raíces más extendidas a lo largo del suelo de la habitación y las paredes angostas se apresuraban para buscar nutrientes. Pero no los encontró, esta vez no, ya que Tom no era Tom y ya no podía alimentarse de su cuerpo. Las manzanas comenzaron a pudrirse en el suelo y en el aire seguía sin embargo, la fragancia de los manzanos. De Tom que un día fue alguien feliz con sus cultivos, con sus manzanos. Ahora, había muerto y pronto las raíces, las ramas, las manzanas, sería pasto de la podredumbre y la sequedad. Esto fue así durante todo el invierno, pero llegó la primavera y algo sucedió.

17

El sol brillaba como una gigantesca antorcha de fuego suspendida en un cielo azul celeste. Los rayos del sol entraban por la ventana y lamian los restos de Tom. Unos días después, un sonido cascado y seco, inició una nueva etapa. Las raíces habían atrapado a un buen puñado de ratas como gatos, que durante el invierno pulularon por ahí y fueron sujetadas por algo, por alguien, en su lucha contra la muerte.

A mediados de primavera un abejorro entró por la ventana zumbando como un pequeño helicóptero y se acercó a una de las flores. Ésta, estaba situada sobre la superficie superior del ojo, que permanecía vidrioso y blanco, pero inmóvil. El abejorro sacó su aguijón e hizo su trabajo.

Unas semanas después Tom deseó comer más manzanas.

En la boca del gusano

1

Charles Brown era dueño de la calle principal de Boad Hill en nueva Inglaterra. Corría el año 1920 y el alquiler de sus casas ascendían a unos cuantos centavos al mes (tres o cuatro). A cada inquilino le cobraba un precio diferente por cuestiones de ubicación y número de habitaciones que poseía la casa húmeda y resquebrajada y cada fin de mes, se quedaba toda la noche en vela, contando las monedas a la luz de un candil. Después las guardaba en un calcetín y éste en una caja fuerte empotrada en una de las paredes de su casa, en el lado que daba a la montaña. Charles Brown vivía en una casa bastante retirada de su imperio, la calle principal de los comienzos de Boad Hill, ahora, un pueblo pequeño que estaba al lado del mar cuya principal actividad era arreglar viejos barcos de transporte. Afortunadamente el trabajo no faltaba y los primeros en habitar lo que sería más adelante Boad Hill trabajaban, excepto el señor Charles Brown que vivía de las rentas y se aprovechaba de ello. Cada tres meses les subía el alquiler a sus inquilinos y estos ya empezaban a estar hartos de la situación. Pero las cosas no vienen solas y algo muy especial se toma la justicia por su mano.

Está haciendo ruido tras la pared que da a la montaña.

2

—Este mes tengo que subirle un centavo más por el alquiler de la casa —dijo Charles Brown con una estúpida sonrisa dibujada en su cara.

—Pero es que...

—Un centavo más, lo toma u ya está vaciando la casa.

—Está bien, un centavo más...

—Así me gusta.

El carácter de Charles Brown no era precisamente muy simpatizante con la gente, no era cordial, ni nada humilde, sino más bien se acercaba a un grosero estafador a un estúpido vividor de las rentas, a un villano. Y la gente empezaba a cansarse ya del asunto ¿Si acaso se organizaba la revuelta, qué podía hacer Charles Brown frente a dos docenas de vecinos cabreados?

Nada.

Pero no lo intentaron, al menos de momento.

Charles Brown encendió la leña de la chimenea y esta empezó a arder penosamente y con una lentitud bastante habitual en las hogueras. Media hora más tarde, las largas sombras rojizas producidas por la danza de las llamas se arrojaban contra la pared formando intrínsecos dibujos animados. El calor subía en la cocina y en los cuartos más próximos a esta. Charles encendió también un candil para abrir la caja fuerte que estaba en la habitación inmediata a la cocina, donde aún podían alcanzar los dibujos provocados por el fuego de la chimenea. La llave era de hierro y era grande. Su peso era considerable en la palma de la mano de Charles. Enderezó la llave con sus finos dedos y la introdujo en la cerradura. Después de esto la llave chirrió como una rata al darse la vuelta. La puerta de hierro, escrupulosamente pintada de gris también chirrió al abrirse y dejó al descubierto su secreto.

Había unas cuantos calcetines llenos de monedas. Dejó el candil a un lado y cogió todos los calcetines. Las monedas parecieron hablar y chillar dentro de ellas cuando las dejó caer sobre la mesa de madera. Junto a la luz de la chimenea.

Y entonces empezó otra noche en vela, contando todas las monedas hasta que el fuego de la chimenea se convirtiera en una brasa enloquecidamente roja y después en unas cenizas humeantes.

Durante los siguientes tres meses de invierno Charles Brown siguió cobrando casa por casa a sus inquilinos y contando una vez al mes, las monedas que tenía recaudadas hasta el momento. Y entonces advirtió que los calcetines estaban húmedos y le faltaba una moneda. Una penosa moneda que podría haberse caído en la calle o quedarse atrapada en algunos de sus bolsillos o sencillamente las habría contado mal. Así que la siguiente noche las volvió a contar sobre la mesa de madera a la vera del fuego y sus llamas danzantes.

Faltaba una moneda

No había persona más rúcana y miserable que Charles Brown en todo Maine. Comía lo justo, se calentaba con lo justo y hasta utilizaba muchos menos calcetines viejos, para guardar sus monedas. Y todavía quería más. Su atuendo, desgarrado y sucio no indicaban a un hombre adinerado o sin problemas de ello. Cuando lo veías pasear por la calle a menudo lo confundías con cualquier otra persona. No destacaba en ninguna novedad. Ningún traje de sastre ni una mísera sortija, aunque no estaba casado y tampoco tenía hijos. Y todo, para no tener que lastrar una herencia el día que estirase la pata. Su epitafio sería, mis monedas conmigo!.

Esta vez le subió el alquiler a los dos meses. Los inquilinos le miraban con ojos furibundos y apretaban el puño. Pero no sucedía nada más, salvo que lo maldecían una y otra vez a sus espaldas.—¡Ojalá se coma tu dinero el fuego!—pero algo más inexplicable estaba a punto de suceder.

Y llegó la noche, como cada mes, puntual como un clavo clavado en una tabla. Giró la llave y esta chirrió de nuevo. Sacó los calcetines y los vació sobre la mesa a la luz de la candela encendida. Pasó toda la noche contando y apuntando números en un papel amarillento.

Esta vez faltaban cuatro monedas.

—¡Maldita sea! —y golpeó con furia la mesa con el puño cerrado. inmediatamente después sintió un fuerte dolor en la mano que ascendió hasta el antebrazo y entonces lo vio. Un moco, gris, húmedo y pegado a uno de los calcetines que presentaba un pequeño agujero, pero lo suficientemente grande como para pasar una moneda por el hueco.

Cogió el calcetín. Estaba húmedo.

—Mierda —dijo y se puso de pie al lado de la mesa. Después se acercó al calor de la chimenea y volvió de nuevo a la mesa. Siempre frotándose el mentón.

No encontró explicación alguna.

A partir de ahora contaría las monedas todas las noches. Y descubrió más mocos en los calcetines. Era un flujo gelatinoso, opaco y extremadamente moldeable. Casi como mocos secos. Y también estuvo la mancha dentro de la caja fuerte. La misma que encontraba en los calcetines. La limpió y encontró dentro de la caja una moneda, pero le faltaba una parte de ella y estaba doblada.

Y siguieron faltándole monedas.

Ojalá se te pudra el dinero o un monstruo se las trague para que tengas que ir detrás de ellas en el interior de su estomago y te pudras ahí dentro.

A veces los deseos se convertían en realidad, pero no siempre esto tenía que suceder así. O quizás sí.

10

Encendió el candil y se dirigió con pasos lentos hacia la caja fuerte y metió la llave en la cerradura. Sacó los calcetines y observó que estaban más húmedos y había más mocos. Llevó los calcetines sobre la mesa y regreso a la caja fuerte para limpiarla por dentro con un trapo mugriento. Y encontró tres monedas dobladas.

11

Los inquilinos se pusieron de acuerdo en manifestarse frente a su casa si les subía otra vez el alquiler e incluso llevarían antorchas encendidas si la cosa se torcía. Pero no sucedió nada. Las palabras se las comió el viento al pasar por la principal calle de Boad Hill en aquel invierno de 1920.

12

Las manchas eran cada vez más y más grandes y para su cuenta ya faltaban treinta idos monedas y tres de los calcetines viejos, estaban ya rotos del todo. Con bastante pena, se quitó sus propios calcetines mugrientos y los llenó con las monedas. Y los guardó en la caja fuerte. Y al quitar la llave de la cerradura observó moco en ella. La limpió y soltó un gruñido. Nada más. Y entonces empezaron los ruidos. Ras, ras. Provenían de detrás de la pared.

13

Al lado de la chimenea y con cara compungida vio como ahora le faltaba cuarenta tres monedas. Y cuatro de los calcetines estaban agujereados.

—Ratas. Malditas ratas —susurró bajo la tenue luz del candil.

Pero no eran ratas.

14

Con un trapo roto y mugriento y a la luz del candil, limpió el interior de la caja fuerte que ya estaba oxidándose por la parte frontal y más aún en el interior. Sacó cinco monedas dobladas que estaban envueltas en baba y había desaparecido parte de ellas. Ya no era circulares sino, como mordidas o sencillamente fundidas en los bordes.

—Esto no puede ser obra de las ratas —musitó Charles Brown arrugando los labios.

Y esa noche le faltaron dos docenas de monedas más.

Lo había apuntado en el viejo papel con la pluma torcida y tinta como carbón.

15

Y entonces pasó.

16

Ras, ras, ras!

17

Abrió la caja fuerte tras el interminable y continuo chirrido de la llave al gira en la cerradura. y la puerta se abrió rezongando cansinamente. La baba resbalaba por toda la superficie de la caja fuerte hacia el suelo raspándose por la pared antes de formar un charco al final de su camino. Y el ruido era más fuertes. Ras, ras, ras. A Charles Brown le pareció que habían dos calcetines menos dentro de la caja. Al menos el montón de calcetines había menguado con respecto a la vez anterior. arrugo la frente y profirió un insulto.

Ojalá se te pudra el dinero o se lo coma un monstruo

Sacó uno de los calcetines llenos de monedas y lo dejó en el suelo, al lado del charco de baba espesa y gris. Sacó otro calcetín e hizo lo mismo. y con el tercero. Pero el cuarto estaba enganchado. No pudo tirar de él. Algo gruñó en el fondo de la caja cuando estiró del calcetín y de repente retrocedió hacia adentro. Charles Brown enarcó las cejas y arrugó los labios. Tiró de nuevo del calcetín y este no cedió. Un nuevo gruñido y más baba.

Ras, ras, ras.

Te comerá a ti y a tu maldito dinero.

Tiró de nuevo del calcetín y este se rompió saltando simultáneamente decenas de monedas por el aire que cayeron rodando al suelo, algunas de las cuales alcanzaron la chimenea por la

proximidad. Charles estuvo a punto de perder el equilibrio y de caerse hacia atrás. Soltó un resoplido y arrugó más la frente.

—Maldita sea!

Cogió otro calcetín y lo puso en el suelo y luego se levantó para coger otro calcetín lleno de monedas pero no pudo. Estaba tan fuertemente sujetado que tampoco pudo con él. La paciencia se estaba acabando.

—Pero qué demonios!...balbuceó y de repente algo le agarró de la mano y lo succionó para adentro. Su cuerpo inclinado hacia el interior de la caja. Y el dolor intenso y pulsante le recorrió todo el brazo hasta el hombro. Y algo tiraba de él. algo que succionaba hacia adentro.

El candil en el suelo proyectaba el encorvado cuerpo de Charles Brown casi dentro de la caja. Las llamas seguían danzando en la chimenea y fusionaban formas que danzaban alrededor de la silueta de él. Algo eructó allá dentro y le succionó de nuevo. Ahora notaba como algo baboso pero intrínsecamente fuerte se envolvía en su antebrazo y el dolor crecía. Charles Brown chilló pero nadie le escuchó, salvo las frías paredes húmedas de su casa. Y tiró de él nuevamente y esta vez ya estaba de puntillas y con la cabeza metida dentro de la caja oscura, pero que le dejó ver algo. Una forma amorfa, de color gris se había contraído con su brazo y se movía frenéticamente como lo hace una tripa al defecar. No tenía dientes pero sí baba, mucha baba. sintió como se le "escapaban" los dedos de su mano y el antebrazo en una especie de ácido. Y succionó y succionó y lo último que vio fue una gran boca tragándose su brazo hasta el hombro. Y tiró de él hasta que su cuerpo entró dentro de la caja, retorciéndose y aplastándose como un muñeco de plástico.

Ojalá se te pudra el dinero o te coma un monstruo y veas sus entrañas ácidas.

Y llegó el mes de cobro a los inquilinos y Charles Brown no apareció por primera vez en su vida. Nadie le echó de menos. La vida continuó sin él.

El coco está bajo las sabanas

1

Y Danny lo vio debajo de las sabanas. Se quedó mudo y sus ojos se dilataron hasta mostrar dos bolas blancas en la penumbra. El coco estaba a los pies de él. Tenía una larga cabellera de color blanco, como la nieve, pero como si estuviera sucia. Su tersa piel era fina y arrugada. su cuerpo flácido y basculante. Era todo huesos. Y su sonrisa era la más despectiva del mundo, mostrando toda una suerte de dientes afilados y una lengua negra. Eso. Una lengua negra muy delgada. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos, su mirada. Sencillamente no los tenía y sus cuencas vacías mostraban la profundidad del terror. Sus largos dedos, finos, eran como espátulas afiladas. Y Danny simplemente cerró el puño sobre una esquina de las sabanas y las apartó hacia un lado de la cama. Y entonces el coco desapareció.

Sus tres hermanos seguían durmiendo profundamente en las literas que estaban situadas justo al lado, en la misma habitación, mientras Danny se acurrucó a un lado de la cama y se esforzó por no cerrar los ojos el resto de la noche. Pero a altas horas de la madrugada se rindió al sueño.

2

El desayuno estaba preparado. Wendy, su madre estaba atareada con unos huevos estrellados, moviendo la sartén enérgicamente. Charlie, su hermano de ocho años estaba jugando con los Kellops mostrándolos en su larga lengua y sus ojos saltones, mientras sus hermanos Tim de siete años y Robert de seis años se partían de risa. Eran todos varones y eran cuatro. Wendy solo traía varones al mundo y Peter estaba orgulloso de ello, pero Wendy quería una hembra. Una pequeña Sarah o Samantha. Pero de momento no había llegado, quizás más adelante le sugirió un día Peter mientras le hacía el amor, sin protección—quizás algún día te de una hija—y todo marchaba bien de momento.

Danny tenía ojeras bien marcadas y agachó la cabeza delante del tazón de leche para que mamá y papá no le viesan de nuevo en ese estado. En otras ocasiones, le habían realizado una batería de preguntas a las que Danny de nueve años, no sabía contestar o quizás, esquivar. A veces decía la verdad y papá soltaba una gran carcajada que le desencajaba la mandíbula literalmente. Su mamá sin embargo se cruzaba de brazos y se mostraba algo preocupada. Y no quería vivir un día igual más, no en esa mañana, pero las cosas a veces no salen como uno quiere y papá saludó a sus tres hijos Charlie, Tim y Robert y se paró en Danny, quien seguía ocultando su rostro.

—¿Danny? ¿Puedes levantar la cabeza? Hace un día estupendo.

—No quiero —dijo Danny desafiando a su papá. Y recordó lo fácil que era ponerlo furioso hasta que te partía el brazo. Danny recordaba ese chasquido en su hueso cuando eso malo sucedió. Wendy le iba a pedir el divorcio a papá por lo sucedido. Y este se echó a llorar, preguntándose cómo lo había podido hacer. Danny salió del hospital con una escayola en el brazo y nadie dijo quién o cómo le sucedió eso malo. Solo cuando le retiraron la escayola y su brazo blanquizo estaba en "su sitio" mamá empezó a hablar con papá. Pero el episodio quedó en la memoria de todos. Robert todavía no había nacido.

—¿Danny?

—Es lo mismo de siempre —dijo al fin Danny y levantó la cara del tazón de leche. Mamá estuvo a punto de gritar, pero recordó que eso mismo le había sucedido muchas veces, el cansancio pensó.

—Pero si estás pálido! Y esos ojos...

—Él, ha sido él, papá —le cortó Danny con voz retórica.

—Buenooo. No empecemos otra vez Danny. Eso no existe.

—Lo vi. Está durmiendo todas las noches en mi cama, a mi lado y a veces en los pies...

—Lo que me faltaba por oír esta mañana —se quejó Peter y Wendy le hizo un gesto con los ojos. No ahora no. Los tres hermanos dejaron de reír y prestaban mucha atención a la conversación. Estaban fascinados dado que no era la primera vez que Danny decía eso. Y lo volvió a hacer.

—Es él, el monstruo de las sabanas sin ojos, el coco...

Y todo quedó en eso ese día de primavera.

Pero no tardaría en repetirse la misma situación o ¿quizás empeoraría?

Aquella misma noche, él estaba esperándole en su cama. Danny le pidió a papá una lámpara de mesita para tenerla encendida toda la noche. Peter acordándose de su pasado con Danny, accedió muy amablemente a ponerle una lamparita de mesita. Últimamente estaba muy cambiado, sobre todo desde que había dejado de beber tantas cervezas después de cenar.

Encendió la lamparita, le dio un beso a Danny se fue de la habitación. Papá no había visto al coco, pensó Danny una vez más. Y que él, estaba a su lado, bajo las sabanas, asomando sus cuencas vacías.

Sus hermanos yacían inertes durmiendo en sus respectivas literas y la luz de la luna atravesó los cristales de la ventana, formando extrañas formas en el techo y en la pared. Como cuerdas juntas y desordenadas. Mucho mejor que mirar a su lado y ver esas cuencas vacías sin mirada.

Durante toda la noche, él, estuvo agarrado a las sabanas sin dejar de mirar a Danny. Pero no le hizo nada y Danny se había dado la vuelta para no verlo.

El "coco" miró esta vez y por vez primera, a uno de sus hermanos.

4

Estaba amoratado, con los ojos muy abiertos y una serie de manchas azuladas alrededor del cuello y la boca muy abierta, con media lengua sacada, seca e inerte. El Sheriff Bannerman estaba hablando por la radio con su ayudante, echándole una bronca por no presentarse. El médico forense también estaba allí, encorvado sobre el cuerpo de Robert. Tenía el pelo rubio pero ahora había perdido todo brillo en él. estaba muerto. Y finalmente se dictaminó que había muerto de un infarto.

—¿Y qué me dice de las manchas en el cuello? —le preguntó Bannerman

—Es posible que se asfixiara al mismo tiempo de sufrir el infarto y el mismo se agarró fuertemente el cuello para poder respirar.

El Sheriff Bannerman dirigió la mirada a los tres chicos.

—¿No habéis oído nada?

—No señor —llegó a decir Tim.

Danny estuvo callado todo el tiempo y papá y mamá se miraban mutuamente y respondían a las preguntas del Sheriff Bannerman.

Pero Danny lo sabía. Sabía que había sido él.

Aunque no dijo nada.

5

Esa misma noche, el coco, el ser sin ojos, sin mirada, estuvo de nuevo bajo las sabanas de la cama de Danny, a su lado, agazapado en ellas. Y mirándole, mientras le mostraba entre las encías una mala suerte de dientes afilados. Discordantes. Sus dos hermanos dormían juntos en una misma litera y el colchón estaba hundido por el centro. Wendy estaba llorando en su habitación, los sollozos era escuchados por Danny muy fácilmente. Papá trataba de abrazarla pero ella lo apartaba. La noche era muy larga y había que enterrar a Robert.

Danny se dio la vuelta inquietantemente atemorizado para no ver al coco. Él estaba allí, a su lado. siempre estaba allí y de nada servían sus explicaciones, puesto que no se lo tomaban muy en serio.

Y la noche pasó para todos y el día empezó muy temprano. Danny no había dormido. Él

estuvo toda la noche acostado junto a Danny. su cuerpo estaba frio.

6

Más frio que el cuerpo de Robert era casi imposible, pero Danny recordó cuan helado estaba el coco y ahora estaba delante de la tumba de su hermano, llorando y con un puñado de tierra bien apretada en su puño. Sus dedos se habían tornado blancos de tanto apretar y sintió las uñas clavándose en la piel.

La ceremonia no duró más de media hora y Wendy protagonizó el papel de su vida. Se había tirado sobre la tumba de Robert con las patas abiertas adentro de la fosa y se había lastimado las manos. Estaba llena de tierra y las medias estaban rotas por varios lados. Un hilillo de sangre salía de una de sus uñas rotas. Peter le extendió el brazo para subirla. Los familiares ahogaron un ohhh con el puño y cuando Wendy asomó su cabeza de la fosa, todos respiraron tan profundamente que se había escuchado un ruido como de una válvula de aire averiada.

Pero no sería esa la única vez que sucediera algo parecido.

Y Danny lo sabía.

7

Y así pasó la primavera y pronto tendría encima el final de curso. El verano acechaba, con su calor y el sudor en los sobacos. Los cielos despejados y azules como lo reflejaban las aguas del mar. En Boad Hill tenían varios charcos en los que bañarse y un gran lago, que incluso había barcos pequeños de pesca paseándose de un extremo a otro. Mamá estaba algo más tranquila porque ya hacía casi tres meses que Robert murió. Finalmente la autopsia reveló que murió asfixiado, de un ataque al corazón. Pero Danny sabía que ambas cosas no eran por una pura casualidad. Danny sabía demasiado y todas las noches lo veía junto a él, a su lado y lo tocaba. Pero papá y mamá no querían escuchar las tonterías de Danny. El coco—ahhh jajajaja—y su papá se partía de risa. Eso no existe le decía dándole con el nudillo en el cogote haciéndole daño. Como cuando le rompió el brazo. Danny sabía. De todas formas las cosas no tardaron en empeorar de nuevo. Y Danny lo sabía.

8

El coco lo miró con sus cuencas oscuras tan profundas como el infinito oscuro de un pozo y volvió la mirada a sus dos hermanos que seguían durmiendo en una misma litera, apretados los dos como unas sardinas dentro de una lata. El corazón de Danny empezó a galopar debajo de su pecho y sintió un tremendo calor en su estomago que subía hasta el cuello. Sabía lo que iba a

hacer. El coco de cuerpo encorvado y delgado se quito, en esta ocasión, la única sabana que tenía puesta Danny, pues era verano y apoyó dos zarpas en el suelo. Sus pies largos y grises, acababan en unas largas uñas afiladas de un color horrible, como tirando a negro. De un golpe se puso de pie y avanzó hacia ellos. Danny con los ojos muy abiertos, y con su eterno terror insoportable noche tras noche, se tapó la boca con la sabana para no gritar. ¿Para qué? Papá entraría hecho una furia en la habitación, él le señalaría al coco y su papá no vería más que los muebles y la pared y entonces se ganaría una buena riña.

Pero Danny sabía que esa noche iba a morir uno de sus hermanos.

Apretó las sábanas con más fuerza y cerró los ojos.

No sintió nada, salvo que olió a un olor a moho tremendamente intenso. Por primera vez.

Un momento después todo había acabado y finalmente sí, esta vez chilló, todo lo fuerte que pudo. Y papá y mamá entraron en la habitación apenas un minuto después, encendiendo la luz de la habitación. Danny estaba aterrorizado en el cabecero de la cama, chillando y chillando y entonces señaló la cama de sus hermanos.

9

Resultó que papá encontró a su hijo Tim con la cara hinchada y purpúrea y los ojos más blancos que había visto en su vida. Su boca formaba una O alargada, deformada y la lengua estaba morada. Papá trató de reanimarle ante los gritos de Wendy y Danny. Charlie se refugió en una esquina de la cama bajo la sabana llorando.

Y Danny mencionó el coco pero papá no estaba para bromas y le lanzó una mirada llena de odio, de dolor, estaba furioso y podría perder la paciencia. Y quizás volvería a romperle un brazo, pero no lo hizo. En su lugar apoyó la cabeza sobre el pecho de su hijo Tim y empezó a llorar.

10

—El aspecto que tiene es de haber sufrido también, como su hermano, de un ataque al corazón —explicó el médico forense—. ¿Dígame señor Peter, hay en su familia antecedentes de infarto de miocardio?

Peter meneó la cabeza

Wendy estaba sedada como un muñeco de trapo tirada en el sofá. Ella estaba en el comedor. El Sheriff Bannerman se puso el sombrero y menó la cabeza. Ellos estaban en la habitación.

—El coco —dijo de repente Danny.

Y todas las miradas se dirigieron hacia él.

—¡Danny! —gritó Peter al tiempo que le interrumpía el sheriff Bannerman
—Déjelo, es solo un crío y está en estado de Shock. No le regañe por nada...
—El coco —siguió insistiendo Danny con los ojos tan hinchados como pelotas de beisbol.
Pero nadie le hizo caso ya y le dieron la espalda.

11

El entierro fue a las diez y ya hacia un sol de justicia. Danny tiró un puñado de tierra sobre la tumba de su hermano que descendía lentamente por la fosa, sujetada por cuerdas en ambos extremos. Esta vez Wendy no montó ninguna película. Estaba sedada hasta el culo y sus ojos se cerraban en contra de su voluntad tras el velo negro. Papá estaba furioso, se le notaba, pero a la vez estaba llorando. Había perdido a dos de sus hijos en menos de tres meses. Y tanteó la idea de llevar al especialista de corazón a Danny y Charlie, por si se descubría algo raro allá dentro.

Y llegó otoño.

12

Él siempre estuvo ahí, a su lado y a estas alturas ya no le parecía anormal, sino habitual. Se daba la vuelta y ya no veía. Con eso bastaba. Ahora había dos literas desocupadas y Charlie decidió que dormiría solo. Eso estaba bien, pero Danny sabía que eso no estaba precisamente bien, ya que el coco iría a por él. El viento aullaba fuera y arañaba las ventanas como dedos invisibles sin dejar marcas. Las hojas de los árboles volaban y danzaban en el aire hasta estrellarse con el cristal. Se escuchaba un golpe seco, como una pequeñísima ramita seca al romperse. El techo de la habitación era una jungla de sombras. Danny todavía persistía en la idea de tener la lamparita de noche encendida. En una ocasión cogió la lamparita y la puso al lado del coco que le sonreía para ver si éste tenía sombras. No lo tenía. Y eso le hizo reflexionar un poco, pero no llegó a ninguna conclusión. él estaba ahí, a su lado, bajo las sábanas, oliendo a moho, mirándole y sentía el frío de su piel tersa. No había duda, el coco existía. Sus dos hermanos...

Papá los había llevado a él y a Charlie, que ya no sonreía por nada, a realizarse un chequeo médico. Los resultados, fueron los esperados. Nada congénito. No había problemas de corazón, lo que dejó la puerta muy abierta.

Sus ojos hinchados, su lengua amoratada.

Y volvió a suceder.

13

Charlie amaneció con la boca abierta y la lengua oscura. Sus ojos estaban abiertos. Y estaba frío como el mármol. Papá y mamá ya no podían soportar tanto dolor. Demasiadas muertes y rozaban el punto álgido de la locura. Pero Danny lo sabía y no podía hacer nada. Una vez más un entierro y el mismo final trágico. Muerte natural. Pero Danny sabía que eso no era así de sencillo. Y cuando mencionó de nuevo al coco casi balbuceando, papá lo llevó a un psiquiatra.

—Danny tiene desordenes mentales que le hacen ver y oír cosas que no existen —le dijo pasivamente el psiquiatra. Papá asintió con la cabeza y miró de reojo a Danny.

Estaba loco

14

Pero aquella fría noche de invierno todo cambió.

15

El coco le miró como tantas noches había hecho. Danny se dio la vuelta, pero una mano helada, huesuda se posó sobre su hombro. Danny comprendió enseguida. Esta noche no sería igual que todas las demás. Él quería algo. Quería a Danny.

Danny se dio la vuelta y le miró fijamente en sus cuencas vacías. El coco le mostro un par de hileras de dientes afilados y alzo una tétrica mano con uñas extremadamente largas. El corazón de Danny golpeó con fuerza dentro su pecho. El coco agarró una de las sabanas y con su fina uña las rasgó con facilidad. Danny se retiró de él, iniciando una escapada de la cama, acurrucándose en un extremo de esta, con los ojos muy abiertos y entonces empezó a chillar.

el coco levantó sus manos y le mostró unas frías garras negras y una piel en sus dedos grisácea. Y la profundidad de sus cuencas vacías. sonreía y Danny gritó más y más hasta desgañitarse.

La puerta de la habitación se abrió de un golpe que hizo chirriar los goznes. Era papá que mostraba una cara endiabladamente arrugada y los puños apretados. Pero sus facciones cambiaron al momento, pasando del rojo de su piel al blanco absoluto. Lo había visto. Esta vez sí.

—Jodeeerrr!!!

El coco lo miró a él y salió de la cama. Danny seguía chillando y mamá también apareció en la escena. Se quedo atónita y horrorizada. El coco estaba finalmente delante de ellos, mostrándose cual era. Un ser monstruoso de garras como espátulas, grisáceo, extremadamente delgado y huesudo. Y sus ojos. No estaban. el pánico se apoderó de ellos y Danny seguía gritando sobre la cama, ahora sudoroso.

Entonces el coco se lanzó contra Peter. Sus largas uñas destrozaron el brazo derecho del

pijama con suma facilidad. Peter gritó y cerró fuertemente el puño. Lo levantó y al igual que tiempo atrás sucedió con el brazo de Danny—del cual se arrepentía cada día que pasaba—lo dejó caer, esta vez, sobre la cabeza del coco. El golpe sonó cascado como si algo se partiese debajo de su puño. Algo hueco y seco. El coco se tambaleó y cayó de rodillas al suelo. El puño de Peter en medio de un grito desgarrador bajó violentamente otra vez. Wendy estaba chillando ahora en el pasillo. Con la cara arañada por sus propias uñas. El segundo golpe sonó más cascado y hueco y algo se resquebrajó a la altura de sus rodillas. El coco cayó al suelo con los brazos abiertos y las uñas extendidas como alas negras. Peter, con el corazón galopando en un ataque de nervios, lo agarró de uno de los brazos y lo alzó. Pesaba poco. Lo miró un instante y lo lanzó con fuerza contra la ventana que tenía a tiro. Restos de cristales cayeron sobre el suelo y la alfombra. el estallido se fue con el coco. Y de repente entró una bocanada de aire frío. Danny dejó de chillar. Wendy se asustó más pero pronto sus ojos se vaciaron de lagrimas y supo que todo había terminado. Peter respiraba jadeante, miró la ventana rota durante un rato y después miró a Danny que ya se había callado. Pero no todo es lo que parece ser.

—Hola papá —dijo Danny sonriéndole y le mostró una mano que parecía una garra con unas uñas extremadamente largas, negras, como espátulas.

Todo lo que has perdido

1

Tommy escuchaba ensimismado el relato que le contaba su abuelo a la lumbre del fuego de la chimenea. Afuera el viento gemía y estrellaba los copos de nieve contra las ventanas produciendo un chasquido constante. Corría el año 1980 pero el relato, la historia, databa de muchos años atrás, en que los carruajes o carros tirados por los caballos eran el único medio para desplazarse y trabajar. Lo que le estaba contando sucedió en el seno de la familia, pero varias generaciones atrás. Y el abuelo de Tommy, como buen cumplidor, le heredaba la historia a su nieto. Como ya lo habían hecho sus antepasados. Tommy tenía los codos hincados en la alfombra del suelo, con la cara apoyada en ambas manos. Tenía una mirada brillante y sus pómulos estaban enrojecidos por el calor de la chimenea. Su abuelo, traqueteaba en la mecedora, todo huesos y piel tensada y oscura por las manchas del paso del tiempo.

—En Placerwille no había suficiente garantía para poder tener un parto en condiciones. Además, toda la familia de ella estaba en Boston y decidieron que sería una bendición pasar allí sus últimos dos meses antes de la fecha prevista del parto. Después añadirían otros tres meses de estancia para que se encariñaran bastante con la criatura y regresarían a Placerwille, dónde nunca ocurre nada. salvo que un ladrón la...

La voz del abuelo se iba difuminando con un sonido cada vez más bajo hasta desaparecer por completo, momento en el que Tommy estaba profundamente absorto con sus palabras. En el fondo de todo, se oían las danzas de las llamas de la chimenea. y a Tommy se le cerraban los ojos, pero seguía escuchando y escuchando.

2

William era un excelente cirujano pero estaba en el lugar equivocado. Vivía en una pequeña aldea a llamada Placerwille, pero tenía pensado irse a vivir a Boston, dónde ejercería mejor su profesión. Además su mujer estaría junto a su familia. Pero de momento William había decidido tomarse unos meses de descanso para asistir a los dos últimos meses de embarazo de su hija mayor y tras el parto, más adelante, decidiría si volver o no a Placerwille, donde tenía enterrados a sus padres y un hermano. Maverik le sustituiría todo este tiempo y tampoco era mal médico, pero no dominaba el arte de la cirugía.

Shirley, su hija de veintidós años estaba embarazada de siete meses y todavía no conocían el sexo del bebé que estaba por venir. Pero ellos estaban felices. A lo mejor le darían un hermanito a Bart Lachance. Un ladronzuelo vago, la preñó y después la abandonó y se fue lejos al oeste de Maine. Un sinvergüenza, había dicho mil veces William a su hija antes de que sucediera

lo inevitable. Y ella creía que la amaba y que era un buen hombre. La decisión de viajar a Boston a visitar a la familia de mamá sería una buena idea para olvidar de paso, los hechos. Sí, comenzar una nueva vida sería lo mejor. Pero eso ya se vería con el tiempo.

William habría querido tener otro hijo, porque su hija era ya adulta y el chico casi también, pero Sue ya estaba bastante mayor para ello. Sin embargo lo intentaron.

3

Todo fue muy rápido y en el peor de los inviernos se dirigían a Boston en el carruaje tirado por dos lustrosos caballos. Toda la familia tiritando de frío dentro del carro pero con la ilusión muy por encima del ego. Todo iba a salir bien y por fin dejaban atrás Placerwille. Y tan rápido como cogieron el carruaje y se adentraron en el bosque siguiendo una serpenteante carretera de nieve y hielo, sucedió lo que no esperaban.

4

Uno de los caballos resbaló y desafortunadamente se partió la pata haciendo que el otro caballo también dejara de estar estabilizado. Desparados, los dos caballos, con las patas delanteras abiertas, sus hocicos olieron el hielo y la parte que los sujetaba al carro se partió. Dentro del carro, con dos asientos enfrente los unos de otro, con dos portezuelas en cuyas ventanas de vidrio se veía nevar, empezó a moverse frenéticamente y a ser lanzado como un proyectil hacia el barranco que había antes de la curva. Quedando uno de los caballos despatarrado a un lado de la carretera, empotrado contra dos árboles retorcidos que quedaron oscuros tras el golpe que precipitó la caída de la nieve. El otro caballo, relinchando como un cosaco se precipitó al vacío enredado con todas las cuerdas que antes tiraba el diligente. Este se había ciado inmediatamente después de los caballos, rozándose toda la cara en el suelo y rompiéndose la clavícula y algo más. La nieve se volvió roja donde estaba inerte su cabeza de lado.

El carro también se despeñó por en el vacío, bajo la copiosa nevada.

5

William Lachance se despertó con la cara cubierta de nieve y algo amorata y con la impresión de no saber que había sucedido. Pero al fresco del aire acariciándole la cara y los pasos de los segundos, William recordó. La última imagen que tenía en su memoria eran los ojos muy abiertos de su esposa Sue y la boca en una gigantesca O de asombro y miedo. Hubo mucho traqueteo allá dentro, en el carro que se hizo pedazos al caer al fondo del barranco. Vio astillas por todas partes y a sus hijos moviéndose como muñecos en sus asientos. Vio a su mujer salir despedida y vio la oscuridad.

Miro en derredor con ansias y miedo. Y vio muchas tablas partidas cubiertas casi por completo de nieve y el techo del carro, así como las maletas abiertas, esparcidas en un área de varios metros. Estaban cubiertas de nieve ¿Cuánto tiempo llevamos así? Se preguntó alarmado. Su corazón estaba vivo pero galopando bajo su pecho. Sangraba de un brazo y la sangre tiñó de rojo la nieve.

No hizo falta mucho esfuerzo para ver donde estaba su esposa. El caballo con el cuello roto y los ojos muy abiertos, estaba de lado sobre el cuerpo de Sue, que descansaba despachurrado hundida en la nieve y un gran charco de sangre mezclado con la nieve. William gritó de desesperación y cerró fuertemente los puños en un impulso de ira. ¿Qué me queda ahora? William comenzó a buscar.

6

No tuvo que buscar mucho, pues los dos estaban muy cerca de donde él se había despertado. Bart Lachance, su hijo, estaba atrapado debajo de lo que quedaba del carro. al principio cuando William gritó su nombre no obtuvo respuesta durante un buen rato, pero finalmente un aullido le despertó de la conmoción. Tenía una pierna rota. Papá se acercó a él y observó como el hueso de la tibia asomaba entre la piel amoratada. Bart comenzó a berrear como un descosido y unos segundos más tarde despertó su hermana Shirley, que estaba tumbada en el suelo panza arriba y casi cubierta de nieve. Tenía la frente encharcada de sangre y la nariz. William tenía delante de sí, un gran problema. Pero mientras seguía nevando las cosas se complicaron aún más.

7

—¿Te duele mucho hijo?

—Sí...

—Voy a proceder a ponerte el hueso bien de la pierna.

—¿Qué? —los ojos de Bart se ensancharon.

—Todo pasará rápido. Solo tengo que encontrar mis herramientas.

—¿Dolerá?

William negó con la cabeza.

—Tengo anestesia hijo, no te preocupes —miró en derredor para ver si veía su maletín y añadió—. Si lo encuentro, claro está.

Bart arrugó la cara en un gesto de dolor.

Resultó que el maletín estaba cerca de los restos del carruaje, junto a las maletas abiertas y dispersas sobre la blanca nieve. El maletín estaba abierto y casi todas las herramientas habían salido disparadas en varios sentidos hincándose en la nieve. William los recogió uno por uno, con un fuerte dolor en el brazo izquierdo y el hombro. Cuando se acordó de Sue comenzó a llorar.

—Oh! Papá me duelee!!! —gritó de repente Bart mientras su papá se acercaba con el maletín lleno de utilidades en la mano.

—Espera hijo! —atinó a decir William un poco mareado y con síntomas ligeras de hipotermia. Estaba lleno de dudas. En su mente todo era un galimatías. Bart tenía un hueso roto y Shirley estaba panza arriba y no sabía que tenía por el momento, ya que de alguna manera, se le pasó acercarse a ella. O quizás el viento, la nieve, los gritos de Bart, Sue muerta, algo de todo aquello le hacía pensar de forma equivocada pero debía tener la mente fría y decidir con precisión. Saber dar los pasos adecuados y es que de repente estaba aturdido con tanto desastre. No sabía reaccionar.

—¡Papá! ¡Me duele muchooo!

—Tranquilízate, que ya voy.

William llegó hasta él enterrando los pies en la nieve y observando como la cara de su hijo se ponía amoratada por el intenso frío.

—Te pondré bien la pierna para que no te duela...

—No es la pierna!!! —gritó Bart llevándose una mano al lado derecho de la barriga—. Me duele aquí...

William se quedó ahora blanco. No podía ser. ¿Acaso tenía un problema interno por el fuerte golpe? Y no es que precisamente estuviera en una sala de operaciones en esos momentos, pensó con desgana y ansiedad al mismo tiempo.

—Me duele mucho —los ojos de Bart empezaron a llenarse de lagrimas que caían sobre su mejilla y rodaban cuesta abajo hasta tocar la nieve. William lo palpó con su helada mano. Bart dio un alarido. William le tanteó de nuevo en la ingle y la barriga —.Tengo nauseas —añadió Bart casi cerrando los ojos bajo la copiosa nevada.

—Apendicitis —susurró William con un color purpuroo ahora en su cara —. Joder!

Resultó que la prioridad estaba en su hijo Bart al que le había dado de repente un ataque de apendicitis. William debía usar toda su destreza sino quería que su hijo muriera allí mismo, sumido en el dolor más profundo. Pero entonces sucedió lo más inesperado.

11

Shirley se había incorporado cubierta de nieve y gritó llevándose las manos a la abultada barriga.

—Oh! ¡No! ¡No! ¡He roto aguas!

Y William con una mirada perdida en sus ojos y un anestésico en una mano se quedó perplejo. Ahora le dolía la cabeza y su capacidad de reaccionar había mermado junto con la helada nieve que caía de forma incesante.

Tenía que decidir

12

Debía tomar una decisión rápida. Operar allí mismo a su hijo Bart de apendicitis a riesgo de sufrir una posterior infección o acudir al parto de su hija Shirley. Una extraña sensación de perplejidad y confusión le nublo los pensamientos. Debía elegir entre uno de los dos. Y sabía que uno de los dos tenía que morir.

13

Su mano se guió hacia la zona derecha de la barriga de Bart y le inyectó una calculada cantidad de anestésico. Esperaba que no se hubiera pasado in extremis de cantidad. Pero recordó que al fin y al cabo era una anestesia local, nada inhalado o inyectado por vena. Y mientras se aclaraba las ideas y los gritos de Shirley que llenaban el espacio abierto del bosque nevado, William se incorporó y se dirigió hacia su hija, sujetándole la cabeza y acariciándola con delicadeza.

—Respira —dijo.

Había decidido intervenir a los dos. En la memoria tenía a su esposa Sue muerta.

—¿Puedes moverte cariño? —le preguntó papá a Shirley mientras esta se quejaba continuamente—. Necesito que te acerques lo más próximo a tu hermano. Tengo que operarle de apendicitis.

Shirley asintió con la cabeza a medida que respiraba cada vez más deprisa.

Papá la cogió de las axilas y empezó a arrastrarla sobre la nieve.

Ella gritó con fuerza.

14

—¿Sientes dolor aquí Bart? —Papá le estaba palpando la zona en la que le había inyectado el anestésico.

Bart Negó con la cabeza con los ojos lagrimosos.

—Voy a hacerte un pequeño corte hijo mío, confía en mí —los dedos de William sostenían el bisturí en una mano temblorosa. Eso no podía estar pasándole a él. Acercó el filo del bisturí a la piel. Seguía temblando y finalmente presionó un poco, solo un poco. La piel se desgarró en un corte limpio y del corte salió abundante sangre que cubrió la hoja del bisturí.

A su lado Shirley estaba sudando a pesar del intenso frío que hacía.

15

—¡Respira hondo! —le indicó papá mientras le abría las piernas con ambas manos.

Shirley sintió una mezcla de vergüenza y miedo en ese momento, pero abrió sus piernas.

16

Mientras Shirley estaba dilatando y gritando, papá estaba en su tarea de extirpar la apendicitis a su hermano Bart, quién tenía los ojos ensangrentados de tanto llorar, pero afortunadamente la anestesia había mitigado bastante el dolor y los dedos ahora más ágiles de William encontraron el apéndice inflamado. Era hora de extirparlo. Bart estaba perdiendo demasiada sangre. entre la rotura de su pie y ahora con la panza abierta. Algunos copos de nieve se colaban dentro de la herida.

17

Venia de nalgas. Un piececito asomó por la vagina y William se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa papá? —le preguntó Shirley toda sudorosa mientras aguantaba unas fuertes

contracciones.

—Viene de nalgas hija. Tenemos un problema.

Y los ojos de ella se dilataron aún más de lo que estaban. Y de pronto sintió o advirtió que los copos de nieves estaban helados.

18

—¿Me voy a morir papá? —le interrogó Bart con la cara pálida.

Hubo un largo silencio. La sangre brotaba de la herida constantemente y se había producido un gran charco de sangre alrededor de su cuerpo. La nieve se tiñó de rojo. William comenzó a llorar impotente.

19

Tiró de las piernecitas mientras la vagina se dilataba considerablemente y ella chillaba a todo pulmón. El bebé estaba casi afuera y se le podía ver el culito purpureo impregnado de grasa.

—Empuja cariño —dijo con una sonrisa en los labios. Pero se borró de su cara en cuanto Bart le llamó, con la tez terriblemente pálida. Le había suturado el corte incisivo y había conseguido extirpar el apéndice. Había heces en la tripa que humeaba al contacto con el frío, pero William trató de limpiar toda la zona todo lo bien que pudo y después suturó la tripa y la herida.

20

Y las cosas no podían ir a peor. La tormenta de nieve se había apresurado con una lluvia de copos de nieves que se estrellaban en sus caras y cuerpos, como si fuera tierra, impidiendo ver con claridad cualquier situación. Bart tiritaba de frío y su cara amoratada no daba muchas esperanzas. Todavía tenía la tibia rota y ésta asomaba entre la carne, blanca y tiznada de rojo. El charco de sangre alrededor de la pierna atrapada por gran parte del peso superior del carro, cada vez era más grande. Y por si las cosas no fueran a peor, William advirtió que el bebé tenía la cuerda umbilical alrededor del cuello, mientras Shirley empajaba con fuerza entre gritos de dolor y una sudoración que contrastaba con el intenso frío que hacía. A William las cosas se iba de las manos.

21

Por un momento, y olvidando los fuertes dolores de su brazo izquierdo, William pensó que

aquella tarde fría de invierno, sería la última para ellos. Tenía la certeza de que todos iban a morir, como el diligente, como su esposa Sue, como los caballos. Mientras, la nieve se iba amontonando y tapando las huellas.

22

La vagina de ella se rajó y empezó a salir sangre. Pero el bebé tenía los hombros afuera y el frío lamía el calor de él. William vio perfectamente la cuerda umbilical alrededor del cuello y el bebé estaba morado, impregnado de grasa. Por ello, tiró con rapidez de él. Al salir la cabecita del bebé la vagina hizo un ruido como de un tapón saliendo de una botella, solo que esta vez era un sonido sordo. Él le vio la cara. Tenía los ojos cerrados y los puños sobre el pecho, también cerrados. Tenía un feo color púrpureo. Shirley sintió como un vacío repentino y un descanso inexplicable. su bebé había nacido.

—¿Está bien papá?

William cortó con rapidez el cordón umbilical y se lo desenredó del cuello. Sostuvo al bebé que por cierto era varón, y después lo alzó al aire cogiéndolo por sus pequeñas piernas. El bebé tenía que llorar. Los ojos de Shirley se abrieron descomunalmente y palideció al ver a su bebé amoratado y casi cubierto de pequeños copos de nieve que brillaban sobre su arrugada piel. William le dio un cachete en el culo. El golpe sonó seco y corto. el bebé no lloró. William insistió de nuevo ante la atenta mirada de su hija.

Y el llanto del bebé rompió el silencio de aquella fatídica tarde.

23

Bart apenas respiraba. Su piel intensamente blanca hacían presagiar lo peor. Tenía los labios blancos y los ojos cerrados. Respiraba acompasadamente y su corazón se sentía muy débil. Papá sin embargo se dispuso a mirarle la tibia rota para hacer un arreglo y para la hemorragia.

24

—Te voy a coser un poco y a quitarte la placenta. —le explico su padre a Shirley—. ¿Podrás aguantar un poco más?

Ella asintió con la cabeza y le preguntó;—¿Como está Bart?

Papá bajó la cabeza y empezó a llorar.

—Me temo que mal, muy mal hija mía

Mientras, el bebé estaba calentándose con la piel de ella y el vestido. Calentándole.

25

Bart dejó de respirar. Una sepsis repentina unido a una gran pérdida de sangre acabó con sus fuerzas. William le puso la mano sobre su cabeza helada y lloró durante largo tiempo, mientras la nieve seguía cayendo copiosamente.

26

El abuelo de Tommy dejó de hablar y se acercó más ahora a las brasas de la chimenea. Había una lagrima rodándole por la mejilla y Tommy se dio cuenta de ello a pesar de encontrarse en un estado catatónico.

—Quiero que le cuentes todo esto a tu hijo, algún día, mi pequeño Tommy —explicó el abuelo mientras se repantigaba en su mecedora.

Tommy meneó la cabeza inconscientemente.

—El bebé era tu padre —dijo el abuelo.

Es hora de despedirse

1

Cooper, Colton, Tyler y Ethan estaban acurrucados al lado de la hoguera, que daba a unos pocos centímetros de las dos tiendas de campaña, extendidas como setas bajo el cielo lleno de estrellas de una primavera hermosa de día. Pero a pesar de todo hacía frío y los cuatro chicos se frotaban las manos acercándolas a las llamas que crepitaban delante de ellos, arrojando destellos rojizos en sus rosados pómulos.

—¿A quién le toca ahora contar un cuento? —preguntó Cooper alzando la mirada del fuego. Todos se encogieron de hombros—. Vamos yo ya lo he hecho ya —añadió moviendo la cabeza.

Ethan señaló con el dedo índice a Colton, este negó con la cabeza.

—No se me ocurre nada tío.

El dedo de Ethan señaló a Tyler el cual se encogió de hombros.

—Vaya una panda de mocosos. Una noche perfecta para contar cuentos de miedo y nadie se atreve a contar uno —intervino de repente Cooper. Hubo un largo silencio y añadió—Maricas...

—Tú eres el que escribe esas historias de miedo. Tú puedes sorprendernos otra vez —explicó Colton con pasividad.

Cooper se sonó los mocos.

—Qué asco —dijo Ethan.

Cooper se guardó el pañuelo y el moco en el bolsillo de atrás de sus pantalones vaqueros.

A lo lejos un perro ladró sórdidamente, pero lo escucharon.

El fuego se consumía lentamente ya, cuando Cooper pronunció las siguientes palabras.

—Os contaré que pasó en Villaplace...

—¿Villaplace? ¿Dónde está eso? —interrogó Tyler cortándole en seco.

—Es inventado, idiota! —se quejó Cooper—. el cuento se llama, es hora de despedirse.

—Sí vamos a dormir —dijo Ethan haciendo ademán de levantarse. Pero no se levantó. El susurro de Cooper empezó a narrar la historia...

2

Jacob se encontraba mal. Su humeante cigarrillo se movía de un lado para otro entre sus secos labios mientras se consumía en una fría noche de invierno en Villaplace, dónde los muertos son...

3

—Es hora de marcharme —dijo Jacob escupiendo al suelo al tiempo que tiraba la colilla consumida.

Madelyn agachó la cabeza y de sus ojos empezaron a brotarle las lagrimas. Ella sabía a lo que se refería su marido Jacob.

—Ya ha llegado mi hora —insistió entre un ataque de tos. Escupió un gargajo con sangre. Ella se echó a un lado y sollozó un poco más. Él la cogió de los hombros he insisto de nuevo en que su hora había llegado.

—Tengo que despedirme de los chicos —añadió en un nuevo ataque de tos.

Ella meneó la cabeza.

Media hora más tarde cruzó por última vez la puerta de su casa. Se iba a la montaña conocida como "legend". Nunca supieron porque le pusieron un nombre tan horrible a un lugar sagrado. Allí había un cementerio. Donde iban todos. De donde todos regresaban..

4

Y caminó lentamente hacia la montaña sagrada. Hacia el cementerio de los antiguos indios conocidos como "legend". El lugar se llamaba "Legend", pero nadie comprendía como un cementerio indio tenía ese tipo de nombre el cual no estaba relacionado con nada. Jacob avanzó arrastrando los pies en medio de un nuevo ataque de tos con flemas de sangre. Su cuerpo huesudo avanzó firme hacia el final. Estaba cerca de ello. Estaba a dos kilómetros del cementerio y Jacob sabía que iba a morir. Por eso se había despedido de su familia. Pero también sabía que iba a regresar...

5

Dos días después Madelyn vio la silueta de su marido caminando por los alrededores, en la distancia, pero lo reconoció por su peculiar forma de andar, pero había algo más. Parecía como si hubiera le hubieran puesto un roble encima de los hombros que le hacía caminar de forma cansada y renqueando. Madelyn sonrió un poco, desde la ventana, desde el lugar en donde lo veía a la distancia. Jacob había vuelto.

También reconoció al perro de Andrew.

—¿Y ya está? —preguntó Colton con los ojos muy abiertos. Ahora el fuego era una brasa luminosa en el medio de la noche.

—¡Sí! —exclamó Cooper. Tyler y Ethan gruñeron y se echaron para atrás. Sus cuerpos doblados sobre el suelo helado. Colton tiró una piedra en la brasa y esta levantó una pequeña polvareda de cenizas que se difuminó en el aire.

—Mira que eres malo —dijo Tylen—. Hasta mi hermano pequeño tiene más imaginación que tú, escritor Cooper—acentuó firmemente esta última palabra.

Cooper abrió los brazos mostrando sus menudas manos—es lo que hay—dijo.

Y todos se quedaron mirándole con cara de estúpidos mientras las ascuas se difuminaban lentamente.

—Está bien. La historia no acaba así —afirmó Cooper mientras jugaba con las ascuas del fuego con una rama de árbol torcida. Esta ardió enseguida—. Madelyn vio a Jacob, a su marido, deambulando por los alrededores junto al perro de quién sabe dónde. Me lo he inventado de la nada...

De pronto todos pusieron de nuevo la atención a los ojos brillantes de Cooper que no paraba de juguetera con la rama en llamas.

Después Jacob desapareció en la noche junto al perro. Pero no fue el único que volvió de aquella montaña sagrada esa noche. Hubieron muchos más, casi todos viejos, pero había algunos niños. Había sido un mal año para la población de Villaplace. Una gripe desconocida había infectado a decenas de ellos y era peligrosa. Todos tenían su hora de despedida y se alejaban cansados hacia la montaña, para después regresar no con más actividad, pero si vivos. O quizás no.

Colton esbozó una sonrisa al tiempo que decía —Eso ya me gusta más.

Ethan meneó la mano y ordenó silencio.

Cooper seguía con la mirada fija al palito que sostenía en la mano. Estaba casi consumido y continuó con la narración.

En Villaplace destacaba una cosa. Que no había cementerio, ni cruces al borde de una carretera polvorienta o con nieve. Ni una flor. Sencillamente llegaba la hora de despedirse y todo salía según lo previsto. En todo Maine no sucedía nada igual, claro que tampoco Villaplace aparecía en un jodido mapa de Maine, al menos de momento. También era un secreto y lo que sucedía en Villaplace no salía de allí. Hasta las mascotas y animales sabían cuando le llegaba su hora. Todo era extraordinariamente complejo e imposible de creer. Era Villaplace y tenía un acceso a una montaña sagrada y a un antiguo cementerio indio. ¿Porqué narices siempre son cementerios indios?. A quien le importaba. Tan solo sucedía.

La noche siguiente Jacob se acercó a su casa y vio la luz encendida por una de las ventanas. Era la débil luz de varias velas encendidas en la cocina y vio a Madelyn de espaldas junto a una cocina de leña que tenían. Y los dos chicos estaban sentados en la mesa. El perro de Andrew ladró al vacío de la noche y menó la cola. Después agachó la cabeza.

Los cuatro chicos estaban alrededor del fuego que ya había languidecido. Sus rostros apenas se podían distinguir en esa noche y Cooper tomó un descanso antes de continuar con su cuento " es hora de despedirse". Después cogió otro palo y removió las ascuas que se ocultaban bajo las cenizas. Una tenue luz rojiza volvió en brillar en sus pómulos.

A la semana siguiente y sin ver que nada cambiaba en su cuerpo, que no se hacía pedazos y no empezaba a oler mal, Jacob volvió a estar cerca de su casa. Esta vez no estaba el perro, el cual se había arrimado a una niña llamada Cloe que también había regresado de la morada. Esta vez Jacob se acercó a la puerta de su casa bajo la espesura de la oscuridad. él tocó la puerta una primera vez y no hubo respuesta. Esperón un instante y tan impaciente como siempre, volvió a

tocar con los nudillos en la puerta. Esta vez dos golpes. Hubo una respuesta. ¿Quién es? Yo. Se abrió la puerta y apareció el rostro de Madelyn.

—Te estaba esperando —dijo y le pasó la mano por el cuello para sujetarle la cabeza y besarle. Su piel ya no era tan suave como antes y tampoco la tenía toda. Jacob abrió más los ojos. A Madelyn le faltaba gran parte de la piel de su cara y mostraba unos dientes amarillentos. Uno de los ojos giraba en el vacío de la cuenca sin parpado. Apestaba a perros muertos.

—¡Papá te estábamos esperando!—exclamaron los chicos al tiempo que se levantaron de las sillas. Sus caras estaban roídas y mostraban una fría sonrisa llena de dientes con pingajos de piel. Sus ojos tampoco brillan.

—Os quiero a todos —dijo Jacob entrando en la casa.

14

—Jooderrrr!!! —gritó Ethan—. Los jodidos muertos eran todos los del pueblo y no los que se iban a la montaña sagrada!

Colton y Tyler comenzaron a aplaudir interrumpiendo el silencio de la noche y el susurro de Cooper.

—Algún día la escribiré. Se me ha ocurrido toda ahora mismo. La verdad, me gusta —explicó Cooper. Y comenzó a contar una nueva historia.

Había mucha noche por delante.

Nunca pronuncies mi nombre

1

Denny estaba acostado, casi dormido, cuando, de repente, le despertó un fuerte golpe en la ventana. Por entre las sábanas vio que estaba lloviendo y que la rama del árbol había chocado contra el cristal de la ventana, por suerte sin romperla. Pero el ruido le había parecido enormemente ensordecedor y casi se creía que todo el ventanal se había caído abajo. Siguió bajo las sábanas mientras el viento aullaba y forcejeaba con las ramas de los árboles allá fuera de la habitación. Dentro, la misma se iluminaba de vez en cuando, cuando un relámpago hacía acto de presencia, entonces se podía ver a Denny como una radiografía bajo las sábanas. Y en la ventana había escrita una palabra. Denny avanzó su cuerpo hacia fuera de las sabanas y oteó en medio de la penumbra. Solo podía ver algo, cuando un destello de un relámpago corría por todo el cielo y se colaba por la ventana. Denny, quieto, con el corazón galopando bajo su pecho, consiguió ver esa palabra. REDRUM. Cerró los ojos, solo un instante, otro destello iluminó la habitación y vio otra palabra al lado de esta. Esperó a otro destello y lo vio. Tras la palabra REDRUM estaba escrito TSHOG. Se quedó perplejo ante estas dos palabras sin significado aparente alguno, pero el galopante corazón se volvió más estable. Volvió a taparse con las sabanas. Y bajo esta, comenzó a pensar, mientras fuera el viento rugía por las paredes exteriores y su corazón volvía a latirle con normalidad a pesar de todo.

Dos minutos después decidió asomar la cabeza de nuevo. Su mirada fija en la ventana. No veía nada hasta que de nuevo un rayo partió en trozos el cielo encapotado de nubes asombrosamente aterradoras. Y vio las palabras reflejadas en el espejo.

—Asesinato fantasma —susurró

Y de nuevo se ocultó bajo las sabanas.

El temporal no amainó en toda la noche y, al día siguiente, Denny ya tenía los ojos como platos y enrojecidos. Se fue al cole.

2

La segunda noche, ya más acostumbrado al llanto del viento, se relajó un poco más y durmió casi míseramente aquella noche, pero descansó algo más. Todavía con los ojos casi inflamados. Recordó las dos palabras escritas en el cristal de su ventana que ahora ya no estaban y enarcó una ceja al recordar el significado de esas dos palabras. MURDER GOHST. Sin prestarle más atención, se acurrucó bajo las sabanas y se durmió.

Al día siguiente se fue al cole.

La tercera noche fue la vencida. Ya no había temporal, no llovía ni hacía viento ni aullaban los somorgujos. De modo que se iba a sentir aun más relajado que la noche anterior, pero no fue así. Un estrépito en el fondo de la habitación le despertó súbitamente. Bajo las sabanas, creando un marco horizontal entre sus puños y sus ojos, para poder ver desde una rendija imaginaria fuera de la cama, observó cómo del armario algo seguía estrepitando, haciendo ruido, se movía. Denny se tapó con las sabanas como si aquello fuera el salvavidas al que recurrir en una tormenta en medio del mar. Y recordó aquellas dos palabras de nuevo.

De repente, el armario se movió. Era uno de esos armarios de bricolaje montado por papá en una tarde calurosa de verano y del cual le sobraban piezas al terminar de montarlo. Denny sabía ahora que el armario cobraba vida por momentos, que allí había algo, que no era la tormenta lo que le asustaba.

¿Y si allí dentro se convulsionaba un fantasma? ¿Cometería un asesinato o produciría un infarto?. Todas las preguntas terminaban sin respuestas, de momento. MURDER GOHST.

Se encogió más bajo las sábanas y cerró fuertemente los ojos. De repente, el silencio. el ominoso silencio. Tras pasar varios minutos escondido bajo las sabanas, Denny abrió los ojos muy lentamente y creó el marco de visión de nuevo entre sus puños y los ojos. Y fue cuando, de pronto, pillándole por sorpresa, las puertas del armario se abrieron y de dentro salió un ser abominable con aspecto de estar muy cabreado, con sus largos y afilados colmillos y unas garras como espátulas, con un saco en una de ellas.

Al día siguiente, Denny no fue al colegio, simplemente se lo había llevado el coco o el hombre del saco, que es así como se le conoce a este ser abominable que habita en el armario y, a veces, debajo de la cama o debajo de las sabanas. ¿O era acaso un fantasma?.

Pero este no es el cuento, sino una parte de él.

Denny estaba ya retirado como profesor de lengua inglesa de la Universidad de Maine y disfrutaba de su jubilación, cuando sin venir a cuento, recordó todo lo sucedido. Las palabras REDRUM TSHOG que vio en la ventana de su habitación, cuando sus padres estaban vivos, cuando él, era un simple mocoso de pocos años. Y recordó la palabra NONAMEMAN de una forma gratuita. Habían pasado muchos años ya y había enterrado incluso a su esposa, pero le quedaban sus hijos y sus nietos y seguía escribiendo extrañas historias de miedo. De la percepción humana a este fenómeno. Y todos ellos, habían muerto a manos de un loco suelto. Un asesino sin conocimientos ni escrúpulos, no era inteligente. Y la leyenda, esa maldita leyenda que todos se preguntaban si existía de verdad o no. él lo sabía y estaba a punto de contarles todo lo que sucedió aquella maldita noche de verano, tras la graduación en la universidad.

Todos, junto al calor de la chimenea tomaban una gran taza de chocolate caliente. Fuera los copos de nieve se peleaban entre ellos guiados por el fuerte viento invernal. Un perro ladró a lo lejos porque tenía frío, después alguien dijo algo ininteligible y los ladridos cesaron. Debieron recogerlo, pensó un Denny envejecido por el paso de los años. Sus arrugas, marcaban discretos surcos en la frente y la cara. Ya tenía algunas manchas purpúreas en las mejillas junto a otro tipo de color, un rojizo intenso. Todavía mantenía su propia dentadura natural, pero los dientes ya no estaban tan alineados como antes ni tan blancos. Su pelo, blanco con un toque amarillento, le cubría el cráneo hasta los hombros. Sus labios estaban resecos y se habían contraído con el tiempo. su voz era áspera pero agradable de escuchar. Estaba sentado en su mecedora, con la mirada puesta a sus nietos, con un brillo inusual en sus retinas. Estaba a punto de contarles una historia que nunca había escrito. Hasta ahora.

—Los humanos cometen crímenes atroces y protagonizan todo tipo de horribles situaciones —dijo Denny con voz queda. Hizo una pausa para mirar a sus nietos con su mirada profunda, meditó un momento y continuó—. La leyenda dice que no le mires, no lo veas y sobre todo, no pronuncies su nombre. De lo contrario él se apoderará de ti y te sacará todo lo peor de ti. Tus pensamientos más ocultos y negados y hará que los conviertas en realidad. Puede hacer incluso, que asesines a tu vecino al que tanto odias o le rompas el brazo a tu hermano por envidia. Y cuanto más miedo le tengas, él se apoderará más de ti y te obligará a hacer cosas horribles que solo estaban en tu pensamiento, como eso, un solo pensamiento. Si lo nombras, se apoderará de toda tu familia y amigos y se matarán entre sí sin que tu no hagas nada. Pero claro, esto es una leyenda del NONAMEMAN...

—¿Qué? —le interrumpió uno de sus nietos, el que tenía el pelo rubio y estaba más cerca de la chimenea, sentado en el suelo, sobre la alfombra roja.

—NONAMEMAN no significa nada. Es solo un hombre sin nombre. —explicó Denny acariciándose el mentón.

—¿Entonces? —preguntó otro de los nietos, este con el pelo oscuro.

—Dejad que os cuente la historia —dijo Denny parsimoniosamente.

Y empezó el relato y a recordar, ante los embobados nietos, que mantenían los ojos muy abiertos y la boca en una O perfecta. El fuego de la chimenea seguía danzando sin descanso.

Era la graduación del 65 y el propio Denny tuvo la genial idea de festejar el título con sus amigos, Christian, Joe, Samantha, Sue y Nicole. Iban a festejarlo por todo lo alto en la casa que nadie nombraba ni señalaba con el dedo índice. Una casa sin nombre pero que estaba abandonada cerca del campus, en la calle Value Street. Tampoco sabían el número, pero era un buen lugar para beber unas cuantas cervezas y comprobar de paso si existía cierta leyenda que pesaba sobre ella. El hombre del saco debía de ser muy grande para llevarse a los chicos recién graduados bromeó Joe. Al menos como el hombre Slender Man. Todo eran risas y desconciertos, y sí, había un poco de miedo y ansiedad en todos ellos, incluido en Danny.

Aquella noche empezó mal. Samantha tuvo una discusión con Joe por una nimiedad de celos Samantha le decía a Joe que solo tenía ojos para las tetas de Sue. Y Joe trataba de disimular su atención. De modo que la pareja se distanció un poco la primera hora del inicio de la "excursión".

Christian era novio de Nicole y Denny salía con Sue, la de las tetas enormes y provocativas. Pero todo quedó en el olvido tras detenerse todos delante de la casa sin número, sin nombre. Se quedaron en silencio y vieron absortos los ojos de la casa. Eran dos ventanas situadas en la parte frontal de la fachada. La puerta, tapiada con dos tablas herrumbrosas y unos clavos oxidados podía hacer de boca.

—¡Uhhh! Da miedo ¿eh? —dijo Joe haciendo temblar su mano derecha como si le hubieran conectado unos cables de alta tensión.

—La verdad es que sí —admitió Christian ante la mirada atónita de su novia.

—Pues hay que entrar dentro —explicó Denny dando un paso al frente y con la mochila agazapada a su espalda.

—¡Espera! —se alertó su novia Sue que tenía en esos momentos los ojos como platos—. La verdad es que da miedo. ¿Y si todo eso es verdad?

Danny se encogió de hombros con una estúpida sonrisa dibujada en su cara.

—Pues seremos los primeros en saberlo —admitió mientras hundía sus manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Que gracioso cariño, como siempre.

Nicole dio un paso adelante con una bolsa de botellas de alcohol en una bolsa que colgaba de su mano y dijo—Siii, tiene razón —y avanzó hacia Denny que ya había dado tres pasos.

Después de esto, los demás sonrieron levemente y encorvaron sus cuerpos hacia adelante, con las mochilas cargadas en sus fuertes espaldas, dispuestos a entrar en la casa.

No hubo que hacer demasiado esfuerzo para retirar los dos tablones que preservaban la entrada de intrusos. Estos se quebraron con ruidos secos. Los clavos oxidados no salieron del marco de la puerta que estaba, como las tablas, carcomida por el tiempo. La abrieron de una

patada que fue seguido de una nube de polvo que llenó el espacio delante de ellos. Nicole estornudó por ello.

—¡Voilà! —dijo Joe mostrando otra estúpida sonrisa en su cara. Esta vez mucho mayor. De oreja a oreja y mostrando sus blancos dientes bajo la luz de la luna llena.

—Para adentro chicos —dijo Sue con la cabeza agachada. Sue tenía el pelo lacio y muy largo, de color oscuro, negro azabache que conjuntaban con sus grandes ojos de pupilas marrones.

Y uno a uno entraron en la casa.

9

James Paterson se había escapado del centro psiquiátrico varios días antes de la graduación de los chicos y chicas de Boad Hill. A pesar de estar retirado, el centro del campus, éste se las había arreglado para llegar sin coche y a través del frondoso bosque, al campus de la universidad. La gran cantidad de sedantes consumidos a los lardo de doce años en el centro le habían convertido en no menos que un Zombi, arrastrando los pies y echando baba por las comisuras de la boca. su pelo largo, era cobrizo y estaba enredado y seco. sus ojos eran inexpresivos pero con una mirada oscura. Negra. Su enorme altura de casi dos metros le aupaban por encima de los cien kilos de peso. Ahora, después de la libertad, su mente mermada por los ansiolíticos y sicóticos, podía pensar cada día un poco mejor, pero eran cosas oscuras las que se le pasaban por la mente.

Se ocultó dentro de la casa sin nombre, sin número, entrando por un agujero del tejado. Allí, la policía local nunca lo encontrarían. Agazapado como un animal, esperó y esperó unos días hasta que empezó a tener hambre. Otro tipo de hambre.

10

En el fondo de la entrada principal se veía una silueta entre las sombras. Parecía la silueta de un hombre. Los corazones de los chicos se encogieron de repente, ellas ahogaron un gritillo con sus puños y abrieron de forma abrupta sus delicados ojos.

—Joder... —atinó a decir Denny casi susurrando.

La silueta se movió levemente hacia un lado y después hacia el otro, en forma de vaivén, y todos ellos dieron un paso atrás. El corazón galopando bajo el pecho, resumía su estado de miedo total. Samantha estuvo a punto de ahogar otro gritillo, esta vez sin el puño en la boca y empezaría a chillar como una loca, pero no lo hizo.

Joe se metió la mano en el bolsillo de atrás del pantalón. Había recordado en un alto estado de ansiedad que tenía una pequeña linterna guardada.

La silueta se movió de nuevo y como quien desenfunda una pistola, Joe dirigió el rayo de luz hacia la silueta mientras despertaba un grito que subía de su garganta como una llama de fuego.

—¡Ahhhh!

Solo era un espantapájaros enfundado en una gabardina de plástico color cobre.

—¡Maldita sea! Casi me muero del susto —reconoció Christian llevándose el puño al pecho. Respiró hondo y largamente.

11

El loco andaba suelto y estaba allí, al lado de ellos, a tan solo unos cuantos metros. Babeando en silencio y escuchando. Sus inexpresivos ojos se movían lentamente dentro de sus cuencas oscuras. Sus grandes manos se agarraron a un tablón que hacía de pasamanos. Estaba en el piso de arriba, junto a las escaleras. No se movió, pues aunque estaba loco no era un estúpido. Podía hacer ruido, pues la madera estaba en bastante mal estado y su peso...

12

Joe se acercó al espantapájaros que estaba suspendido de una cuerda. Lo tocó y éste se movió con más ímpetu, balanceándose. Las chicas soltaron una pequeña risita.

—¿Esta es la leyenda? —interrogó Christian en plural.

—Sí, vaya mierda —dijo Denny y añadió—. Pero bien que te has cagado en los calzoncillos...

—Como tú —le cortó Christian al tiempo que dejaba caer la mochila al suelo. sonó un plaf grave y se levantó una densa nube de polvo a su lado.

—Si menudo susto —sentenció la rubia de Nicole mientras oteaba las zonas que iluminaban el haz de la linterna de Joe que estaba justo a su lado ahora refunfuñando.

—Sacad vuestras linternas maricas —dijo Denny tirando la pesada mochila al suelo. Otra nubecilla de polvo se elevó en el aire.

Christian se agachó a rebuscar dentro de su mochila tanteando las cosas que había dentro. Una cosa alargada y dura pensó y la encontró. Al haz de luz de la linterna de Joe se unió la más potente de la linterna de Christian que ya estaba de pie y dirigiendo el haz de luz por todas partes.

Denny sacó también su linterna. Las chicas esperaron en medio de la entrada pero dejando caer las bolsas que portaban, al suelo. La bolsa de Nicole hizo un ruido estrepitoso al chocar las botellas que habían dentro de la bolsa.

—Perdón —dijo llevándose la mano a la boca.

—Nos vas a dejar secos —se quejó Joe a la vez que su haz de luz alumbró por un instante las tetas de Nicole, la rubia del grupo. Samantha le dirigió una explosiva mirada frunciendo el

ceño entre los tres haces de luces. Joe dirigió la luz hacia otro lugar.

13

El gigantesco de James seguía agazapado en su escondite, en silencio, sin moverse, pero vio el espantapájaros enfundado en una gabardina de plástico de color oxido y le gustó. Pensó que debía hacerse con ella. Eso lo haría más adelante. Ahora ellos estaban allí abajo. Y él estaba loco pero no era idiota...

14

Había dos sofás llenos de polvo y arañados por zarpas, como si unas gigantescas ratas se hicieran las uñas allí, o quizás serían gatos. Había una mesa de madera carcomida en el centro y dos sillas incompletas tiradas al suelo. El polvo y la suciedad cubrían todo el poco mobiliario que quedaba y el suelo. Había una cocina por detrás de dónde encontraron al inquietante espantapájaros. Era una cocina de leña y advirtieron que había leña en ella, bastante leña. Y a un lado de la entrada estaba la chimenea. Todo estaba cerca y recogido en un solo espacio. Joe pulsó el interruptor de la pared y la luz no regresó a las bombillas del recibidor. Era evidente, no había luz desde hacia decenas de años. Denny fue quien tuvo la idea de empezar primero a preparar el fuego de la chimenea, no para calentarse pues era verano, pero sí dar una merma de iluminación en toda la sala. Habían traído velas, por supuesto. Ya contaban con lo de la luz a pesar de la estupidez hecha por Joe al darle al interruptor de la luz. Quizás pensó que las blancas bombillas se encenderían esa noche.

Esa noche no.

15

James siguió agazapado como una enorme rata al acecho, en la oscuridad y observándoles cómo encendían la chimenea y apagaban las linternas. Las chicas hacían ascos a todo lo que tocaban.

—¿Vamos a pasar la noche en esta pocilga? —preguntó Sue con las manos en alto y el suéter marcando pecho.

Nadie contestó. Y ella se puso a ordenar las botellas de alcohol una al lado de otra mientras hacía muecas con la boca y arrugaba la frente.

Todos ellos estaban allí abajo y James tenía hambre, pero ninguno abrió una mísera lata de comida precocinada, ni un jodido pastel. Ni arándanos, con lo que le gustaba tanto a James. Ni siquiera arándanos. Maldita sea. Ahora tenía otro tipo de hambre.

Cuando estuvieron bien situados dentro de la casa y cargados de alcohol en el cuerpo, que les hacía vibrar de la risa, Denny, tumbado sobre su cama de tienda de campaña, extendida sobre el polvo acumulado por los años, se percató de algo que nadie en el vestíbulo había visto de momento. En el techo, entre la penumbra y las sombras danzantes de las llamas del fuego, se podía leer una frase tallada en la madera. La inscripción decía; "Nunca recuerdes mi nombre". Denny se vio obligado a dejar de beber de la botella de whisky y a centrar más su atención al techo.

Joe que estaba al lado justo de él, hombro con hombro se percató del extraño comportamiento de Denny. Él también miró hacia el techo pero la borrachera que ya tenía encima, no le dejó ver más que laminas de madera astilladas y arañadas por el paso del tiempo. Su novia, Samantha, tenía la cabeza reposando sobre las rodillas de él. Era la pelirroja del grupo y tenía decenas de pequeñas pecas en sus pómulos. Cuando se discutían Joe la llamaba "Carrie" para disgustarla más todavía. ahora estaban alegres y riendo sin parar, cerca del calor del fuego, él sin camisa y ella con un suéter ligero. La sudor le corría por todo el cuerpo como un chorro de agua caliente.

La rubia del grupo era Nicole y ésta estaba sentada sobre las piernas de su novio Christian quién era más modesto a la hora de beber y tenía una lata de cerveza medio vacía en la mano.

Denny fijó la mirada en otro lugar y se le reveló la siguiente frase; "Nunca escribas mi nombre". Soltó un eructo y se puso a pensar. ¿Habría algo más escrito bajo sus pies? Efectivamente. Le dijo a Sue que se echara a un lado que iba a mirar algo bajo la cama de tienda de campaña, por si hubiera puesto la misma sobre un excremento de perro le dijo, para disimular. Sue se apartó no sin antes gruñir como un perro al que le obligan a abandonar su cesto. Denny levantó las piernas y se ladeó sobre la cama postrada en el suelo y debajo del polvo, debajo de una alfombra deshilachada con miles de hilos sueltos como una enredadera había algo escrito, el cual se veía mejor por la cercanía de la luz del fuego. "Nunca pronuncies mi nombre". Denny quiso saltar del suelo, pero no lo hizo, en su lugar dejó caer al suelo la botella de whisky el cual sonó con un clic que resonó en toda la estancia.

—¡Joder Denny, que eso vale un pastón! —se quejó Sue. Los demás seguían riendo y bebiendo, al lado de la chimenea mientras sus cuerpos sudaban copiosamente.

— No me mires, no me veas y nunca digas mi nombre. La leyenda dice que si lo ves y pronuncias conjuntamente su nombre, él se apoderará de ti y te convertirá en un ser oscuro. Sacará tu lado más siniestro y cuanto más miedo le tengas, más se apoderará de ti —dijo de una tirada hablando solo.

—¿Qué hablas? —le preguntó un borracho Joe.

Denny sintió que no había hablado solo.

—Eso. ¿Qué estabas diciendo? —le inquirió su novia Sue dándole una patadita en un pie.

Denny se encogió de hombros y alzó el dedo índice.

17

James se movió sigilosamente mientras observaba a sus víctimas con sumo cuidado. Todavía seguía estando allí arriba, agarrado al pasamanos. Observando y analizando. Lo peor estaba por llegar.

18

REDRUM TSHOG fueron las dos palabras que vinieron de pronto a la mente de Denny. Las había recordado tras leer esas frases y algo más. "NONAMEMAN". Estaba escrito por todos lados y las risas dejaron paso al silencio. Denny había recordado y eso sencillamente le produjo náuseas y bastante miedo. Todos oteaban con grandes ojos dilatados todas las frases y palabras escritas en las paredes, en el techo y en el suelo. De pronto Christian dejó caer la lata de cerveza y añadió.

—¡Oh! ¡Vamos ya! ¿Cuántos críos de mierda habrán entrado aquí durante todo este tiempo? —estaba moviendo su pesada cabeza como una peonza sin que los ojos cubieran con ella.

—Sí, eso. —añadió Joe y cerró los labios con fuerza.

Sue soltó una pequeña risa y se llevó la mano a la boca.

—Soy unos cagados —dijo y se calló.

Entonces Nicole con unos ojos entrecerrados añadió algo más.

—It has no name —contrajo los labios y añadió algo más—. No tiene nombre.

Y entonces fue cuando la cagaron de verdad esa misma noche.

19

Unas dos horas después James se había hecho con la gabardina del espantapájaros. Tenía capucha y le venía como anillo al dedo. Lo cogió cuando todos echaron una leve cabezada cuando el fuego se había consumido ya y solo quedaban brasas. El espantapájaros hecho de raíces en lugar de paja, se quedó inerte a un lado del suelo. Al lado de ellos. James no le dio mayor importancia pero los chicos se habrían preguntado cómo demonios habrían llegado las raíces allí y a santo de qué planta estaban alimentando. Pero nadie se hizo esa pregunta ni al principio ni después, sencillamente no lo habían observado con detenimiento y tampoco eran sus intenciones. Lo de las frases estaba a la vista. James las vio primero y aunque estaba loco sabía leer y escribir,

no era un tonto. Por ello escribió NONAMEMAN en todas las partes que pudo, con la ayuda de las espátulas de madera que se había fabricado al más puro Freddy Krueger. De esto último no tenía ni idea, era solo para impresionar. El necesitaba unas garras para desgarrar las tripas y con eso bastaba. En parte James tenía la intención de revivir la leyenda. En parte solo era cuestión de dar rienda suelta a su locura discordante.

James Paterson se puso la gabardina de plástico color cobre.

20

Sobre las dos de la mañana Joe se despertó del corto sueño por la urgencia de tener que orinar. Se incorporó en el suelo, pues habían tendido algunas mantas que portaban, para no dormir sobre el polvo. Lo tenían todo planeado desde un principio. Su vejiga estaba a rebosar y tenía un fuerte dolor en el bajo vientre. Miró en derredor y decidió que iba a orinar en la puerta de la entrada, al fin y al cabo, nadie pasaría por allí a esas horas de la mañana y menos delante de aquella casa.

Se levantó con la mano puesta en la zona de la vejiga y se le escapó un poco de orina al incorporarse. Todos estaban durmiendo y lo que iba a ser una gran fiesta de graduación se había convertido en una simple borrachera con final triste. Nadie se despertó y una de las chicas estaba roncando. Era Nicole, que dormía con la cabeza sobre la entrepierna de Christian. Seguro que antes de dormirse, Christian ni siquiera habría tenido una erección espontánea.

Joe caminó hacia la puerta que estaba entornada, pero que mostraba grandes agujeros en las tablas que la componían. Era una noche con luna llena y el brillo de ella le roció la cara mostrando a un Joe pálido. Al llegar a la puerta, se bajó la cremallera de la bragueta y se sacó con los dedos una parte del pene flácido. El chorro de orina llenó la escalinata de la entrada como una avería de una cañería de agua sucia. Y de pronto, cuando más se relajaba al vaciar la vejiga sintió una horrible punzada en la nuca. Como de alfileres de grandes puntas. Como púas. Y un líquido más caliente que el sudor le acarició el cuello y el pecho. Sus ojos se abrieron como platos y se voltearon dentro de las cuencas. No chilló, solo abrió la boca en una O grotesca y reflejó en el rostro todo el dolor del mundo y la sorpresa de haber sido descubierto desprevenido.

Después el dolor se fue tan rápido como había venido. Lo que le resbalaba por el cuello y el pecho era sangre. Joe cayó al suelo.

Detrás de él una enorme figura con gabardina de color oxido se ocultó entre las sombras.

21

Cosa de diez minutos después Samantha se despertó por la ausencia de Joe. Su cabello pelirrojo estaba enredado y tenía dolor de cabeza. Oteó alrededor y vio que los demás seguían durmiendo sobre las mantas o dentro de sus sacos de dormir. Lo que iba a ser un fiestón de los

grandes se habría reducido a una rápida ingesta de alcohol y quedarse dormidos. Vaya fiesta.

22

Lo mismo que tuvo tiempo para fabricarse sus dos garras de madera, con la cual ya se había estrenado con la nuca de Joe, James Paterson tuvo tiempo de esconder el cadáver después de que inicialmente decidiera retirarse entre las sombras. Estaba loco pero no era estúpido. Quería jugar un poco más y para ello no valía que en ese mismo momento todos advirtieran lo que había sucedido. Joe fue a parar al sótano de la casa.

Y por supuesto no limpió la sangre. Tampoco era tan listo.

23

Samantha se levantó aturdida y fue hacia la puerta de entrada, igual como antes lo había hecho su novio Joe. Movi6 sus piernas alargadas con cuidado para no pisar a nadie y se dirigió afuera con los pies descalzos y sudando.

—¿Joe? —su voz son6 cascada con la esperanza de que Joe le contestara. Pero nadie contest6 y en su lugar rein6 un profundo y largo silencio.

Él estaba fuera, detrás de una valla. A pocos pasos de ella y a pesar de su enorme corpulencia y tamaño, no lo vio. Estaba bien escondido y de las astillas de su garra derecha todavía resbalaba una gota de sangre.

Samantha avanz6 unos pasos más y una bendita bocanada de aire ligeramente fresco le lami6 su cuello y sus pechos. Se sintió aliviada por un momento, pero algo más frío y espeso se zaf6 bajo la planta de sus pies. Se par6 de inmediato pensando que habría pisado una flema o algo así. De modo que su cara se transform6 en un mapa arrugado. Solo de pensarlo le daba angustia e iba a vomitar allí mismo toda la bebida que tenía todavía reposando en su estomago.

Pero no era una flema lo que pis6.

24

El loco estaba observándola bajo la grisácea luz de la luna. Se agach6 un poco sin hacer ruido. El idiota estaba chorreando de sudor bajo la gabardina de plástico. ¿Y a quién se le habría ocurrido ponerse tal prenda de vestir en verano? Solo a James Paterson.

25

Ella dio un paso atrás y el suelo volvió a estar seco y caliente. Bajo la siniestra luz de la luna alcanzó a ver una mancha oscura seguido de una reguera de gotas y una hilera ancha haciendo zig zag en el suelo. A pesar de todo, la luz de la luna le permitía ver las manchas oscuras. Ella se agachó lentamente y pensó por un momento que aquello sería una gran meada de un enorme perro. Las yemas de sus dedos tocaron la mancha. Era espesa y líquida a la vez. No era una flema. Su mente se arrugó inconscientemente mientras dentro de la casa todos seguían durmiendo y roncando.

26

La valla rodeaba la casa de Value Street, sin número y las tablas que terminaban en punta, también era viejas y estaban carcomidas por el sol, la lluvia y el viento y el agua. Pero en aquella noche no había ninguna de esas cuatro cosas. El loco se movió unos metros detrás de la valla, agachado, arrastrando los pies, pero sin hacer ruido. La sangre se había secado en la punta de la astilla de madera de su garra. Pero pronto iba a impregnarse más. Mucho más.

27

Era viscoso y resbalaba entre las yemas de los dedos de Samantha. Tenía un olor a cobre. El corazón comenzó a latirle más deprisa. Se podía imaginar que era. ahora la sudor era más copiosa. Ese olor tan dulce solo le recordaba a una cosa desagradable.

—Sangre —susurró.

El loco levantó la cabeza y su pelo largo y cobrizo dibujó un abstracto sobre la valla, en la que Samantha reparó de inmediato. sus ojos se abrieron como platos y su corazón desaforado pugnaba por salirse del pecho. El loco se puso en pie y ella vio lo grande que era y la capucha. Quiso gritar pero su voz no sonó. Se quedó muda presa del terror. ¿Qué sentido tenía ponerse tan nerviosa y asustada? Todo. La sangre. Una figura alzándose como un edificio torcido. como la torre de pisa. Los pies de Samantha comenzaron a temblar. Y sudaba copiosamente. ¿Volvería adentro de la casa y despertaría a los demás? ¿Saldría corriendo como alma que lleva al diablo? Sin poder mover los labios y la faringe que estaban agarrotados por el miedo, si que pudo empezar a moverse, hacia afuera, hacia el campus que estaba enfrente. quizás habría alguien allí. Un guardia de seguridad. Todo eran suposiciones pero sus piernas la llevaron a iniciar una carrera y su cabello pelirrojo se movió compulsivamente al correr. Solo podía correr y correr.

Y el loco iba detrás de ella.

28

Denny se despertó también. Tenía la boca seca y se había quitado la camiseta. En realidad estaba en calzoncillos. Por alguna razón durante la borrachera se quitó el pantalón de forma inconsciente. Pero eso era todo. Ahora estaba en calzoncillos. Tanteó con la mano y se poso sobre una teta. Era la Sue, la reconocía hasta en la oscuridad. Habían sido muchos los sobados a esas firmes tetas. duras y grandes, con los pezones más puntiagudos del mundo, como si siempre estuvieran contraídos por el frío. Pero estaban calientes. Siempre lo estaban. esbozó una sonrisa y advirtió que le dolía la sien. Se llevó la mano izquierda a la sien y se hizo un ligero masaje. El dolor se mitigó un poco y encontró su pantalón con la mano derecha. Sus dedos habían chocado con la hebilla del cinturón. Mientras Sue y los demás dominan en el silencio de la noche y ajeno a lo que sucedía fuera de la casa, Denny se puso el pantalón. También tenía ganas de orinar y pensó que en el piso de arriba habría un viejo y atascado lavabo, pero le servía de todas maneras, solo se trataba de vaciar la vejiga.

Pero no fue así. No realmente así.

29

Samantha corría despavorida y la figura con capucha la seguía. ella no podía más que jadear y no gritaba. Por alguna razón extraña no estaba gritando a pesar de que sabía que su vida corría peligro. Mientras corría de vez en cuando, volvía la cabeza para mirar. Para medir distancias. Y vio unas cosas extrañas en las manos. eran como cuchillos pero no brillaban bajo la mortecina luz de la luna en ningún momento, por lo que pronto supo que no era metal. Pero daba igual, ella tenía que seguir corriendo. La distancia entre ambos era cada vez más estrecha. Más corta y jadeo de ella se convertía en unos extraños ruidos que salían de su garganta como cuchillas de acero. Cortándole el cuello. Sus ojos eran cada vez más grandes y empezó a lloriquear. su corazón galopaba bajo sus tetas y casi lo sentía explotar dentro de su pecho.

Él la seguía. el loco estaba a un metro de ella...

30

Denny cogió su linterna y subió despacio por las escaleras desgastadas y polvorientas. algunas tablas estaban quebradas y resquebrajadas. Así que supuso que se podían romper en cualquier momento y por ello situaba cada pie en el lugar correcto. En medio del gran silencio las tablas chirriaban cascadas. Al fin llegó al piso de arriba. Las paredes estaban pintadas grotescamente con pinturas de bote. Ni siquiera un buen grafitero se había molestado en hacer algo bueno. Solo había garabatos y frases subidas de tono. El haz de la luz de su linterna las leía todas. Ninguna de ellas le resultó extraña. No había nombres raros. Avanzó cautelosamente por el pasillo y en la primera puerta a la derecha descubrió el lavabo. Obviamente estaba hecho un desastre. Había polvo, mucho polvo y hojas secas que en varios otoños habían traspasado la boca de la

ventana que estaba rota. Era pequeña, pero lo suficientemente grande como para entrar todas esas hojas secas y algunas ya estaban podridas.

Alumbró el wáter que no tenía tapadera y lo primero que vio fue una plasta enorme de mierda que ya estaba negra y seca. alguien estuvo allí algún día pensó jocosamente. Pero no le hizo mucha gracia sacarse el pene sobre aquella enorme mierda y entonces, mientras el haz de luz de la linterna alumbró el techo porque se la había metido en el bolsillo de su pantalón, inició la tarea de la micción. Un chorro ruidoso y amarillento comenzó a regar la mierda, mientras fuera algo terrible estaba sucediendo de verdad.

Meó hasta la última gota.

31

Sintió un agudo dolor en la espalda y un ruido seco al rasgarse la camiseta que llevaba puesta. La sangre salpicó el suelo y ella siguió corriendo a pesar de todo. él la había alcanzado con una de las garras de madera. Puntagudas como una estaca de tres extremos. La herida hecha en la espalda formaba una hilera de tres cortes irregulares. La sangre chorreaba espalda abajo junto al sudor. Samantha sintió una especie de frío y calor al sentir la sangre rodar por su espalda. Se asustó más y eso hizo que perdiera fuerza al correr. Estaba aminorando la marcha y él estaba detrás de ella, con las garras extendidas.

32

—¡Levantaos! —gritó en voz alta Denny—. ¿Esta se suponía que era la gran fiesta que íbamos a celebrar?

Christian se movió el primero. Todos estabas despatarrados con la borrachera todavía en activo.

—Joder que pasa...

—Pues que esto es aburridísimo —le cortó Denny a Christian.

Sue también se despertó al oír las voces, con los ojos pegados como si hubiera dormido una eternidad. Se estiró y levantó los brazos al hacerlo.

—Nos pusimos hasta el culo de alcohol —sonrió Christian al tiempo que se ponía en pie. Todos sus huesos crujieron pero no le dolió. Tampoco hizo algún gesto, solo se quejó.

Nicole cambió de posición y siguió con los ojos cerrados y la boca prieta.

—La leyenda no existe ¿Verdad? —le interrogó Christian ya de pie junto a Denny. El haz de luz de la linterna le enfocó la cara y Christian se echó para atrás levantando las manos al mismo tiempo —¡Joder, quita eso de mi cara!

—Vamos a encender de nuevo la chimenea —dijo Denny apartando la luz de su linterna de la cara de él y guiándola ahora hacia las cenizas.

—Pero si hace un calor de miedo —dijo Christian que estaba sin camiseta y sudaba copiosamente.

—No es por el frío idiota, es por la luz —dijo Denny parsimoniosamente y añadió —¿O acaso tienes velas?

Christian se encogió de hombros.

En el suelo Nicole seguía moviéndose aletargada. Y seguía con los ojos cerrados.

Afuera, las cosas no estaban mucho mejor.

33

Samantha perdió el equilibrio y se cayó de bruces sobre el césped. el loco cayó también sobre ella con todo su peso y las zarpas extendidas. ella consiguió gritar bajo el peso de él. quiso resistirse pero estaba inmóvil. Su barbilla estaba hundida en el césped y aquel hombre se había sentado sobre el culo de ella. Y al mismo tiempo, había levantado el brazo derecho mostrándole a la cara visible de la luna tres estacas que sobresalían de su mano.

34

Encendieron de nuevo el fuego en la chimenea. Nicole ya se había puesto de pie y les ayudó a encender el fuego. Sue se había hecho la remolona y se sentó en el suelo, sobre una manta oscura, al lado de ellos. Y entonces con la danza de las llamas vino la luz pálida en el interior de la casa, pero era suficiente para verse las caras aunque fuera exageradamente rosadas. Y las sombras volvieron a danzar en el techo y las paredes. Sue encendió su linterna y Christian hizo lo mismo con la suya. ahora habían tres haces de luz muy potentes ayudando a iluminar la estancia y pronto advirtieron que algo o alguien faltaba.

35

Las tres estacas como espátulas se clavaron en la espalda de Samantha que chilló de nuevo ante el dolor sofocante. sintió de nuevo su sangre sobre su piel, deslizándose, caliente, junto al sudor. Quiso darse la vuelta pero no pudo. él la tenía bien sujeta la mano izquierda y todo su peso sobre su culo. Y por supuesto, no había nadie por el campus y ahora la casa sin nombre quedaba muy lejos para que sus gritos fueran escuchados.

—¿Dónde están Joe y Samantha? —preguntó Sue abriendo los ojos.

Denny se encogió de hombros.

—Estarán echando el polvo del siglo en alguna parte —dijo Christian con una risilla dibujada en su rostro sudoroso.

—Seguro —afirmó Nicole—. como si los estuviera viendo.

—Se han dejado las linternas —precisó Denny alumbrando dónde habían estado una hora antes. En el saco de dormir había dos linternas.

—Follar a oscuras no tiene gracia —saltó Christian—. no mola.

Y descubrieron algo más.

El loco le dio la vuelta con sus enormes brazos y sus estacas cortantes y ella gritó terriblemente asustada, con unas punzadas en la espalda y en el cuello. Ahora estaba delante de él, de esa mole con gabardina que ocultaba su rostro con la capucha puesta que curiosamente no se había movido del sitio pese a los bruscos movimientos. El loco le quitó lo que le quedaba de camiseta y descubrió dos perfectos pechos que se ladearon a ambos lados por su propio peso. Tenía los pezones planos y eso le excitó sobremanera. Casi tuvo una erección pero más le ponía la sangre. Verla resbalar sobre una delicada piel.

Ella no vio nada, salvo las estacas de la zarpa y después todo se nubló y la luz de la luna se convirtió en rojo. Sintió un fuerte dolor en la cara y el cuello y sintió como la sangre salió despedida como una gran meada. Le había seccionado la yugular y sus ojos se habían abierto como dos semáforos ensangrentados. Dejó de resistirse poco a poco y de gritar. Los chillidos eran ahora fuelles desgastados. La sangre caliente regó el césped y todo terminó en ese instante.

—¿Pero qué.. di..diablos? —la linterna de Denny enfocaba la pared y una ventana, justo dónde había leído "nunca escribas mi nombre" ya que al lado había descubierto una nueva palabra "NONAMEMAN.

—Joder —balbuceó Christina que también enfocó la pared. Dos luces fijas y superpuestas iluminaron la nueva palabra que aparecía con un leve color rojizo en algunos trazos. Era rojo.

—Eso no estaba ahí antes —explicó Denny esforzándose por descubrir a que pertenecían

esos trazos más rojos.

—No tío, yo no lo había visto. Ni siquiera las demás descripciones. El descubridor fuiste tú —Christian enfocó a Denny a la altura del pecho para no cegarle—. ¿Estás seguro de que antes no estaba? ¿Sabes lo que significa?

—Eso. Explícaselo —se interpuso Sue—. Explícanos a todos que significa esto.

Denny dirigió la luz de la linterna hacia la pared que daba a las escaleras y observó que había sido escrito otra vez. Pero en este caso los trazos irregulares no tenían partes rojas.

—Es la leyenda —dijo Denny sin estar seguro de nada—. Vi todas las descripciones menos esta al tumbarme en el suelo al principio de la noche, pero no las siguientes. Estas son nuevas— enfatizó en esta última frase.

Nicole movió la cabeza y con su linterna identificó una tercera escritura. La misma palabra. Todos la vieron.

—Joder con la leyenda urbana —jadeó Christian con una a florada sonrisa en su cara que abarcaba de oreja a oreja—. al final será verdad que existe. Ahí está escrito que no tiene nombre, pero ¿quién?

—La casa —le interrumpió Denny.

—Ahí dice un hombre —le rectificó Nicole sin inmutarse al principio.

—Bueno, sí, parece que es un hombre. Que todo va relacionado con un hombre. —dijo Christian sudando copiosamente desde la frente y resbalándole la sudor por sus mejillas.

—La leyenda del hombre del saco —atinó a decir Denny enfocando de nuevo las frases y las letras, sobre todo la primera. Algunos trazos seguían mostrando un color rojo como si alguien se hubiera destrozado los dedos al escribirlo y la sangre se hubiera quedado pegada ahí.

—sí claro —admitió Christian bajando su linterna.

Denny empezó a dar unos pasos inseguros en la sala, sobre las mantas y luego sobre la alfombra, para acercarse a la pared. Le temblaban las piernas como a un niño ante la imposible mirada de los demás.

—¿Qué son estas marcas rojas? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

—¿Roja? —preguntó Nicole.

Y para entonces Denny ya estaba frente a la palabra NONAMEMAN con sus dedos rozando las marcas de la palabra, sobre todo las zonas en rojo. En la madera las marcas parecían surcos muy profundos y puntiagudos. Y entonces recordó aquella dos palabras que vio cuando era aún pequeño en la ventana de su habitación ¿Tendrían algo que ver con esto? Lo dudaba, pero una voz interna le decía que sí. Se fijó en las marcas rojas, las cuales brillaban todavía más bajo el foco de la linterna. Parecía pintura. No. Parecía sangre seca y descubrió algo más. Uno de los trazos conservaba sangre líquida que no había coagulado todavía. El la rozó con las yemas de sus dedos. La observó. el olor a cobre. Era sangre. Pero todavía había algo más. que solo se dieron cuenta

cuando él se giró para decirles a los demás que había encontrado sangre.

Y en esto que Sue no había dicho nada en todo este tiempo, como si ella simplemente no estuviera allí.

39

El loco de James Paterson regresó hacia la casa con la gabardina llena de sangre. Las gotas acariciaban el textura del plástico y caían al césped, después cuando se hubo acercado bastante a la casa, las gotas caían sobre la calzada de la calle. Y sus más de cien kilos de peso y oscura mirada, regresaron al punto de partida.

40

Era como si de repente sus mentes estuvieran de nuevo lúcidas. Y advirtieron todos a la vez que faltaba algo que habían visto nada más entrar en la casa y que después habían pasado por alto.

El espantapájaros enfundado con la gabardina de plástico cobriza.

—¿Qué cojones? —inquirió Christian al ver lo que quedaba del espantapájaros que estaba tirado en el suelo, gravemente dañado, sin forma alguna reconocible y sin la gabardina.

—¿Has sido tú? —le interrogó Denny enfocando a los trozos del espantapájaros que guardaba otro secreto más.

—¿Estás loco?

Denny observó que los pedazos del espantapájaros no estaban fabricados de paja, sino de raíces en un complejo entramado de líneas torcidas y entretejidas formando las diferentes partes del cuerpo de un espantapájaros o quizás, ¿un hombre?. Sus ojos se dilataron furtivamente.

—¿Os habéis dado cuenta de que está hecho el supuesto espantapájaros? —preguntó en plural en medio de tantas luces de linterna, esperando que alguien le contestase.

—Parecen trozos de rama. Raíces diría yo —explicó Christian.

—Exacto. —dijo Denny enfocando lo que era la cabeza del espantapájaros. No tenía ojos ni formas que los aparentaran.

—Claro, porque esto no es un establo, chicos —explicó Nicole mientras levantaba un pie para acercarse a los restos del muñeco.

—¿Y a quién narices se le ha ocurrido hacerlo de raíces? ¿De dónde los ha sacado? —estas fueron las preguntas que hizo Christian moviendo su linterna hacia todas las paredes. Se leía NONAMEMAN y añadió— Habrán sido unos pequeños gamberros. Jóvenes con ganas de hacer cosas extrañas. Locuras. Cosas sin sentido.

Nicole, detrás de él asintió con la cabeza.

—Tenemos que buscar a Joe y Samantha —dijo Denny.

—¿Y aflojarle la pilila a Joe? —se mofó Christian—. Deben estar pasándose en grande, mientras nosotros aquí nos estamos calentando la cabeza con cosas que no tienen ningún sentido.

Nicole asintió de nuevo.

—Lo mejor será que los busquemos por toda la casa —sugirió Denny mirándoles fijamente a los ojos—. Cada uno por su lado. Para acabar más rápido. Y después largarnos de aquí. No tiene sentido seguir más aquí—sentenció.

Y Nicole asintió por tercera vez.

Sue, como no, siguió sorprendida pero inexistente.

41

Mientras con la ayuda de las linternas y la luz de la luna, Denny, Christian, Sue y Nicole se dividieron para buscar a Joe y Samantha. El loco, encontró un momento oportuno para entrar de nuevo en la casa, pensando en su próxima víctima.

42

NONAMEMAN.

Los dedos de Denny acariciaron los trazos de aquella palabra. ahora estaba escrita en el cuarto de baño que antes había orinado. Y por dios que juraría que en ese momento no estaba allí. O quizás sencillamente no se dio cuenta de ello y sí estaba allí. ahora eso ya no importaba.

NONAMEMAN

43

Sue andaba algo despistada justo detrás de la luz de su linterna. La que siempre hablaba y otras veces no lo hacía, había accedido a recorrer parte de la casa en busca de Joe y Samantha, sin estar guiada por Denny. Sus piernas alargadas y perfectas formaban curvas al temblarles.

El loco estaba cerca de ella, pero no fue la siguiente.

44

Christian se encontraba en una de las habitaciones del piso de arriba, justo al lado de la habitación en la que estaba Sue cuando escuchó un golpe seco. Indudablemente podría haber sido Sue y por ello siguió buscando sin abrir la boca. Pensó que era absurdo llamarlos a voz en grito aunque tampoco fuera mala idea hacerlo. quizás así todo acababa antes. De modo que decidió hacerlo.

—¡Joe! ¿Estás por aquí?

él no claro, estaba el loco, justo detrás de él.

45

—¡No chilles tanto! —dijo en voz alta Sue desde la otra habitación. Su linterna seguía iluminando el suelo y las paredes. supuso que a lo mejor se habrían quedado dormidos en el suelo después de hacer el amor. Era absurdo. Y mientras tanto siguió con la linterna como guía principal.

46

Christian se acercó a la ventana sin cristal. Los restos de ella estaban esparcidos por todo el suelo como una lluvia de copitos de nieve. Brillaban bajo la luz de la linterna y al mismo tiempo escuchó la voz de Sue.

—No quiero pillarlos en medio de la faena —respondió, mientras se asomaba por la ventana abierta y podrida. La madera cedió unos pocos milímetros al peso de su codo y la luz de la linterna iluminó la entrada de la casa. Desde arriba nada parecía fantasmagórico. Y de repente sintió como algo pesado le empujaba por el hombro y su cuerpo cedió al paso de la ventana. En un instante, vio con sorpresa como caía al vacío.

—¡Oh dios mío! —gritó mientras caía al vacío. No había mucha altura ni tampoco era una caída literalmente recta, sino un cúmulo de porrazos en las tejas del porche de la entrada de la casa, cayendo como una pelota deforme dándose golpes por todos lados.

Al fin estuvo en el suelo y todo pareció acabar de forma rápida y limpia. Sintió un fuerte dolor en su rodilla derecha y la linterna ahora en el suelo fijaba la luz en cualquier parte alumbrando el suelo lleno de raíces.

—¡Mierda! —masculló mientras se llevaba las manos a la rodilla entre las penumbras de la noche.

Eran las tres de la mañana.

Sue asomó la cabeza desde la otra ventana. Su pelo moreno se había transformado en una mancha bajo la luna. su rostro al principio derrochó preocupación, después, poco a poco, las arrugas de la frente y la boca prieta pasaron a relajarse ligeramente.

—¿Estás bien?

—Si, gracias...

—Me has dado un susto de muerte —dijo Sue y añadió enfatizando las palabras—. Creí que te habías matado.

—No. Tuve suerte. El porche me paró en seco. Solo tengo la rodilla jodida.

—¡Ah!

Y esa fue la última vez que vio la sombra de Christian.

Denny estaba alumbrando las paredes de una habitación en el piso de abajo. Habría logrado escuchar algo, pero no sabía qué. Tampoco le dio importancia pues para él, podrían ser Joe y Samantha que estaban cerca. Y de pronto advirtió que la casa era bastante grande, la verdad. En las paredes, en todas, había pinturas y cosas escritas sin sentido, fruto de las intrusiones de algunos chiquillos. Pero también estaba aquella maldita palabra. NONAMEMAN. sí, ya era una maldita palabra. No tenía sentido.

Sue bajó las escaleras despacio con temor por si alguna de las tablas se partiera bajo sus pies y se hiciera daño, mucho daño. Un corte hecho con la madera deja unas marcas bastante feas pensó mientras movía sus largas piernas. Las tablas se quejaban bajo el peso de ella, pero afortunadamente ninguna de ellas cedió. Después cruzó el recibidor dejando a un lado las llamas que danzaban alegremente en la chimenea y salió al porche de la casa. El haz de su linterna se movía demasiado rápido entre las sombras y en ningún momento se emplazaron al lugar dónde estaba la sangre de Joe, bueno, parte de ella.

Tampoco encontró a Christian.

—¿Christian? —silencio—. ¿Christian estás ahí?

No hubo ninguna respuesta.

Todo había sucedido muy rápido. Mientras Sue se había decidido bajar por las escaleras el loco se había zafado sobre Christian sin que a este le hubiera dado tiempo a abrir la boca. Las tres estacas de la mano derecha se habían clavado en su vientre y en el interior las tripas habían estallado en sangre y heces. cuando retiró la zarpa le siguieron las tripas y Christian no pudo más que echarse la mano a la barriga. El dolor era tal que le dejó sin respiración, y su vista nublada ya, había visto una capucha de color bronce, sucia, desgastada y que le parecía familiar. Pero no era tiempo de pensar, sino de aguantar el interminable dolor en el vientre y esperar la muerte cuanto antes. Se había visto las tripas afuera y su visión se nubló todavía más. Después, el loco, James Paterson lo cogió del cabello y tiró de él con fuerza arrastrándolo por el suelo repleto de raíces, dejando un reguero de sangre y heces.

Y Sue no había visto nada de eso. Su linterna alumbraba a todas partes y a ninguna. No lo vio y volvió a entrar a la casa en busca de Joe, de Samantha y ahora, de Christian.

Pero lo que no sabía es que ya no estaban.

El colchón olía a hollín y estaba sobre una cama de metal. Inerte en un rincón de la habitación en la que había entrado Nicole alumbrando con su linterna. Se acercó a la cama de forma instintiva y vio que estaba amarillenta y que había cagarrutas de ratas sobre el colchón. dio un paso atrás y encogió los labios en un claro acto de asco. Nicole odiaba las ratas.

Alumbró al suelo y vio más basura esparcida por todas partes. Polvo, objetos y pintadas en las paredes. ¿Qué hacía ella allí pasmada con la linterna encendida? Solo bastaba asomarse a la habitación y llamar. No hacía falta rebuscar debajo de la cama ni en los rincones. Precisamente no estaba buscando a su gato. Nicole se sintió por un largo momento, en ridículo, con la linterna en la mano, enfocando ahora hacia la ventana que estaba cerrada. era increíble, tenía cristal!.

Y como Denny, observó que la casa era muy grande.

—¡Joe! —gritó a viva voz. Que absurdo, pensó y agachó la linterna y entonces lo vio.

Sue se tropezó con su novio Denny y se llevó un buen susto. el corazón le comenzó a latir con fuerza en ese momento. Más de lo que lo habría hecho en toda la noche.

—Me has asustado —le dijo a su novio, pálida como el yeso.

—¿Porqué? ¿Acaso no estamos buscando a Joe y Samantha? —le recordó Denny alumbrándole a la cara. Ella agitó las manos y le dijo que apartase esa luz de sus ojos. Denny alumbró al suelo.

Y fuera, la luz de la luna llena proyectaba sombras alargadas y rectas difíciles de descifrar. Hasta la sombra de un perro levantando la pata para echar una meada.

54

Era alto. Se parecía al espantapájaros con la gabardina. su capucha ocultaba su cara. Su villana cara pensó. Era una sombra entre las sombras. Enorme para ser Joe o Denny o Christian. Pero hizo lo más absurdo del mundo una vez más.

—¿Eres tú Joe? —su voz sonó quebrada y empezó a sudar más.

La sombra con capucha desapareció y ella respiró profundamente y notó un bajón en la intensidad de la luz de su linterna. Se estaba quedando sin pilas.

55

—Esta jodida casa es bastante grande —admitió Denny mientras iluminaba de nuevo la palabra NONAMEMAN—¿Sabes? De pequeño vi unas palabras tan extrañas como esta en la ventana de mi habitación.

—Nunca me contaste esto —dijo Sue mirándole a los ojos.

—No lo había recordado hasta ahora.

—¿De veras?

—Tú siempre buscando cosas dónde no las hay. ¿Has encontrado a Joe y Samantha?

—¿Crees que estaría aquí sin decírtelo?

—No que va, claro que no.

Y los dos siguieron iluminando las distintas partes de la casa con sus linternas a medida que iban avanzando en ella. Esta vez iban juntos. Pero el futuro más inmediato les deparaba un final más horroroso que la mente humana podía imaginar.

Nicole decidió vocear antes de entrar en cada habitación. ¿Porqué seguir buscando en los cajones de una mesita? ¿Y dónde demonios estarían? quizás fuera de la casa, pensó de forma gratuita. Su cada vez más apagada luz de la linterna oteó el pasillo y varias entradas en las que voceó el nombre de Joe, de Samantha y de Christian, pero recibía el más absoluto silencio a cambio.

La luz de la linterna era cada vez más pobre y apenas enfocaba un espacio de pared amarillenta. La luz se había vuelto amarillenta advirtió y cerró los labios mientras arrugaba la frente.

Denny y Sue escuchaban los gritos de Nicole en la lejanía, sin ecos, sin precisiones en la voz. Era como una voz quebrada por las paredes resquebrajadas de la casa. Pero la escuchaban y advirtieron que era una buena idea, vocear en lugar de buscar en todos los rincones. Entonces la voz de Nicole dejó de escucharse en la lejanía.

Fue asomar la cabeza por una de las puertas de una habitación en la parte superior de la casa y sentir un fuerte dolor bajo el mentón, entre la barbilla y el cuello. Algo se había clavado en esa parte y sintió como su lengua golpeaba el paladar y la sangre empezó a salir a borbotones de su boca. Estaba trinchada por las tres estacas de la mano derecha del loco. No podía abrir la boca y sus ojos se dilataron efusivamente mostrando unas bolas oculares más grandes de lo normal.

Quedó trinchada como una sardina en un palo.

Y entonces abrió la mano y dejó caer la linterna que se desmontó al chocar contra el frágil suelo y la luz se apagó para siempre.

—¿Has oído algo? —pregunto Denny.

—No.

—Me pareció como un golpe.

—La casa es muy grande y las ratas que habitan en ella también. ¡Menuda fiesta! —se quejó

Sue levantando las manos y la linterna.

—Sigamos buscando. Ya queda menos. ¿Cuántas habitaciones tendrá esta casa? ¿Nueve?.

—Por lo menos.

—Ya pronto acabamos —susurró Denny sintiendo en el fondo que no iba a ser así como si hubiera visto el futuro.

60

James Paterson, el loco, tiró del cuerpo de ella con fuerza y a sus manos parecía un muñeco. El suelo se quejaba bajo sus pies y la llevó con el resto de ellos. Con los cadáveres de Joe, Samantha y Christian. Los había reunido a todos en una de las habitaciones de la casa. La más grande, donde había una enorme cruz de madera que algún día perteneció a una fanática religiosa. el caso es que la cruz estaba allí y el loco escribió NONAMEMAN varias veces debajo de ella. Amontonó los cuerpos inertes y blancuzcos debajo de la cruz y se agachó como para rezar. ¿O en realidad estaría contando cuantos quedaban en la casa?

61

—Vamos a subir al piso de arriba —dijo Denny dirigiendo la luz de su linterna hacia las escaleras—. Echaremos un vistazo rápido y si no los vemos es porque a estas alturas todos se habrán ido de la casa. Estarán fuera, seguro.

—¿Tú crees?

—Sí.

Y comenzaron a subir las viejas escaleras que gruñían bajo sus pisadas.

62

James Paterson, había sacado a Joe del sótano y había traído a Samantha sin que nadie se diera cuenta. Estaba loco pero no era idiota ni un estúpido. Solo un loco suelto que no sabía de leyendas urbanas.

63

Denny y Sue entraron en el largo pasillo alumbrado por sus linternas y la fría luz de la luna.

Las sombras alargadas y extrañas bailaban al compás de sus pasos. Vocearon en cada habitación asomando levemente la cabeza. Denny en una habitación y Sue en otra. Hasta que todo el mundo se paró en seco.

—¡Oh dios mío Denny! —se llevó las manos a la cabeza y dejó caer la linterna que rodó hacia los cuerpos amontonados de ellos. El loco estaba escondido entre la sombra en la pared de la puerta.

Denny se volvió hacia Sue alumbrándola con su linterna y la vio chillando y pálida como la nieve. Se acercó corriendo hacia ella y los tablones del suelo rechinaron a cada zancada. Una de las tablas se quebró en un golpe seco. Y entonces comprendió porqué estaba chillando Sue.

—¡Vámonos de aquí Denny! ¡Están todos muertos joder! —gritó Sue y su voz subió de tono hasta formar una espiral de sonido acorde.

—¡O dios mío! —atinó a decir Denny enfocando a los cuerpos con su linterna. Estaban amontonados, inertes, muertos y desgarrados, bajo esa gran cruz de madera. ¿Qué significaba todo esto?

—¡Tenemos que salir de aquí ahora! —gritó Sue toda histérica. Su corazón parecía un caballo desbocado y su boca no se cerraba un instante pronunciando las frase con ella abierta en una O grotesca.

—¡Calma! —le gritó Denny con un fuerte dolor de cabeza repentino. Y entonces fue cuando sucedió todo tan deprisa como la ráfaga de un rayo.

Las estacas de la mano derecha del loco alcanzaron el muslo de Sue que sintió un fuerte dolor y empezó ahora a saltar, mientras los tablones crujían cada vez más fuerte. La sangre le brotó y acarició su muslo derecho hacia la rodilla. Estaba caliente y podía olerla.

—¡Me ha atacado Denny! ¡Haz algo por favor, está aquí!—y en ese momento la linterna de Denny dejó de funcionar pero pudo ver aunque a malas penas lo que sucedía.

Sue no dejaba de gritar y saltar. quería salir corriendo de allí pero algo la tenía agarrada del muslo. algo que le hacía mucho daño, mucho.

Denny templado y azaroso al mismo tiempo no supo o no pudo reaccionar a tiempo. Un nuevo zarpazo impactó en la cara de Sue que hizo que se callara de repente y Denny notó la sangre de ella en su propia cara. Caliente y resbaladiza. Su corazón sencillamente se había colapsado dentro de su pecho y parecía no funcionar. el terror le congeló los músculos de sus piernas y del resto del cuerpo. Sue cayó al suelo y fue arrastrada hacia los demás cadáveres haciendo un extraño ruido al arrastrarla. Su voz se había apagado para siempre y él estaba allí. ¿Ahora me tocará el turno a mi?

El loco se dio la vuelta para mirarle desde las sombras. La linterna de Sue que estaba en el suelo todavía estaba encendida e iluminaba un montón de papeles y cagarrutas de ratas.

Entonces Denny sintió un fuerte dolor en la cara y sangre brotando de ella. El miedo le paralizó por completo y se desmayó.

—¿Y qué pasó después? —preguntó uno de sus nietos con las manos sosteniéndose la cabeza y los codos hincados en la alfombra. Denny, que tenía una gran cicatriz en la cara lo miró detenidamente y pronunció la palabra mágica. NONAMEMAN.

—¡Joder abuelo!. Llevas toda la noche repitiendo esa palabra —se quejó otro de los nietos que estaba jugando con un coche de policía casi al lado de la chimenea.

—Tranquilos. Lo que sigue es una profanación de la mente humana. algo horrible. no apto para vosotros...

—¡Somos mayores! —se quejó el del coche policía.

—Está bien. Entonces seguiré —dijo mientras movió los troncos de la chimenea con un largo hierro forjado para ello.

Y siguió contando. Fuera la tormenta de nieve estaba lejos de amainar y el viento helado ululaba hasta por la chimenea.

Se despertó en el sótano con una visión roja. Era la sangre que le había cubierto uno de los ojos tras el golpe de una de las espátulas. Al principio estaba aturdido pero pronto empezó a discernir entre las sombras lo que estaba sucediendo. Todos sus amigos incluido su novia habían sido trasladados hasta allí, dispersos por el suelo como trapos en configuraciones extrañas.

Y el loco estaba allí. De espaldas a él y con la capucha colgando por la espalda. Vio que se trataba de un hombre de largo cabello cobrizo que le cubría los hombros. Estaba de rodillas y para variar, frente a él, estaba escrita la palabra NONAMEMAN varias veces. No hablaba, solo tenía los brazos extendidos cuando todo sucedió de repente.

El suelo estaba lleno de raíces y ahora estas se movían o al menos eso le parecía a Denny. Estaban retorciéndose en distintos lugares y avanzando hacia el asesino, ya que Denny no sabía de quien se trataba. Para él era el asesino.

En la pared de enfrente, las palabras escritas se retorcieron porqué la misma pared se estaba abriendo y mostrando una fría luz helada que se asomaba por las rendijas de la pared al romperse. Los clavos saltaron al suelo golpeando las raíces en un ruido sordo. Las tablas de madera se partieron en varios trozos y tras ella había alguien. Una forma humana, siniestra y horrible que tomaba tintes difícil de explicar. Aquello no era un hombre como se le conoce, no al menos lo que vio Denny.

El loco seguía de rodillas sin inmutarse con los brazos en alto y seguía sin decir nada. El aspecto de la figura mostró a un hombre en carne viva, sin piel, por el que se retorcián decenas de raíces y trozos de madera. atravesándole un antebrazo o el cuello. Estacas clavadas en el pecho y en las piernas y las raíces fundidas con la sangre y la carne a la vista.

Denny trató de levantarse, de gritar, de escapar de aquella horrible escena, pero no pudo. Hasta pudo ver el pene sin piel del ser estrechamente estrangulado por varias raíces y en los testículos. Se mordió los labios.

¿Qué demonios estaba viendo?

Y el sótano se impregnó de un olor a podrido.

A azufre

A infierno.

Y el loco se llevó la mano derecha al cuello, con las tres estacas manchadas en sangre todavía fresca. Y solo dijo una cosa antes de degollarse el mismo.

—Quiero dejar de oír la palabra NONAMEMAN. El que no tiene nombre—y la sangre salpicó el suelo y los pies de aquel abominable ser. De aquel hombre invadido por las regueras de raíces y de los troncos y trozos de madera.

El loco se cayó al suelo.

Y Denny volvió a perder el conocimiento.

66

—¡Joder! —exclamó uno de los nietos.

—No digas palabrotas —le regaña Denny.

Los niños que habían apurado su taza de chocolate caliente hacia un buen rato, siguieron mirando perplejos a su abuelo que se mecía en su mecedora.

Y Denny recordó de nuevo las dos palabras que vio en la ventana de su habitación REDRUM TSHOG y lo entendió. Asesinatos fantasma o algo así. Cualquiera que fuera su significado real, entendió que eso solo fue un aviso. NONAMEMAN.

—¿Entonces si tú novia de entonces, Sue, no hubiera muerto, sería nuestra abuela ahora? —preguntó otro de los nietos con la barbilla manchada de chocolate.

Denny meneó la cabeza y le dijo.

—Y quizás tú no estarías aquí ahora mismo.

La sábana

1

Jack Chamberlain estaba cansado. El viaje había sido agotador pero había cumplido sus expectativas. Debajo de las pirámides encontró un buen tesoro y no, no encontró ningún sarcófago ni oro, pero sí que encontró varios elementos de la época y especialmente una de ellas, en un muy buen estado. Al margen de pinturas, estatuas y otras cosas de la misma índole, estaba la sabana. Tan impoluta, tan suave al tacto, tan nueva. Eso le extrañó muchísimo. Por ello decidió pasar de la prueba de carbono y utilizarla como lo había hecho el antiguo faraón. Echándose una siesta sobre ella.

—Oh que sabana más suave —susurró pasando las yemas de sus dedos sobre la superficie lisa de la sabana de color gastado—. ¿De qué clase de tela estará hecha?

Mientras se recostaba hacia un lado, para apoyar su mejilla sobre la sabana, pensó que quizá, lo que estaba haciendo sería una locura. Acostarse sobre una tela con miles de años de antigüedad. La destrozaría, la usaría y la ensuciaría, sin tener en cuenta el alto valor de la pieza encontrada. Sus compañeros de oficio—Arqueólogos— no se lo perdonarían jamás. Y ahora ellos estarían preguntándose dónde diablos estaría la sabana.

Pero a Jack Chamberlain se la bufaba y se revolcó sobre la sabana unas cuantas veces, sintiendo el calor y la suavidad que nunca había apreciado hasta que una fuerte punzada en el oído derecho le hizo saltar todas las alarmas de su cuerpo.

¿Se habría pinchado con una aguja?

El dolor era agudo y penetró tímpano adentro hasta llegarle a los mismos sesos, pero antes, sintió otras terribles punzadas de dolor en su brazo derecho, su costado y su pierna. El grito fue desgarrador y aulló como un lobo que sale a cazar de noche. Sus ojos abiertos como platos, observaron que la sabana se había adherido a su piel, formando una sola estructura. El dolor fue en aumento y su boca se abrió para soltar el grito mas terrorífico del mundo al tiempo que mostraba una titilante lengua de casi un palmo.

Ahora la sabana quemaba y estaba entrando en él o peor aún, estaba engulléndolo, absorbiéndolo lentamente. Sus gritos fueron en aumento y trató de levantarse de la cama pero la sabana lo atrajo hacia ella con la rotura de los huesos de su brazo que crujieron como ramas secas. La sangre salió a borbotones del orificio desde donde aparecía una astilla del hueso húmero y manchó la sabana, que ante la fugaz mirada de Jack se tragó y absorbió la mancha de sangre hasta presentar el mismo color viejo de antes. Crujieron el hueso cúbito y el rádio. Un estallido de punzadas y un dolor que lo dejaban ya casi sin conocimiento, seguían apoderándose de las fuerzas de Jack Chamberlain que seguía tratando de luchar. Pero aquella sabana lo dominaba a él y se lo estaba tragando, succionando como la boca de un gigantesco sapo. Se escucharon los últimos

gritos, brotó sangre fresca que desapareció inmediatamente de la superficie de la sabana y se escucharon los últimos huesos romperse bajo el asfixiante calor de verano. Unos minutos más tarde, un silencio ominoso que duraba ya bastante fue roto por algo parecido a un eructo y sobre el colchón, estaba la sabana, bien lisa e impoluta y tan suave como lo había estado siempre. Con su pajizo color a viejo y un olor a mohoso.

2

En un motel de mala muerte, en las afueras de Maine, en Boad Hill, llamado "La casa de los que vienen", la rechoncha recepcionista se acercó al mostrador arrastrando los pies tras escuchar el sonido de la campanilla. Era una mujer bajita con unos grandes pechos que le llegaban hasta la barriga y llevaba puesta una falda extremadamente corta y una camisa verde, No llevaba sujetador y sus enormes rodillas como pelotas de baloncesto, asomaban por debajo de la altura marcada por el pliegue de la falda corta de color negra.

—¿Que desean? —La voz de la mujer sonó cansada o peor aún, como si aquel trabajo de mierda no le gustara un ápice.

—¿Usted que cree? —le interrogó el joven que lucía una melena rubia hasta los hombros y de mirada grisácea.

—¿Follar?

De pronto los ojos del joven mostraron unas retinas grises mucho más abiertas que antes.

—¡Cuidado! Va a asustar a mi chica con esa palabrota —dijo el joven al tiempo que tiraba del brazo de una mujer de raza negra, delgada y alta como un árbol. Sus ojos eran marrones y su pelo oscuro como la noche que había afuera del mostrador.

—Es lo que viene a hacer todos, ¿no? —La mujer de detrás del mostrador que parecía que ahora hubiera puestos sus enormes tetas sobre la tabla y los papeles mostró un rictus en los labios.

El joven abrió más lo ojos.

—Vaya con la señorita...

—Señora —le cortó la recepcionista que ahora jugueteaba con un bolígrafo entre sus regordetes dedos.

—¡Oh! Perdone usted. —La última palabra fue enfatizada adrede.

—Vamos, al lio, que estoy viendo una serie en la televisión —le explicó la señora enarcando las cejas—. ¿Quiere una habitación?

Hubo un corto pero ominoso silencio que pareció no acabar nunca.

—Sí. Claro que quiero una jodida habitación —contestó el joven tocándose la melena.

—Pues empiece con su nombre...

—William —El joven le dio un nombre falso con una voz despectiva.

La mujer de raza negra se dio la vuelta para sonreír

—Su número de identificación.

—Ahora que lo pienso, no lo recuerdo de memoria y me he olvidado el carné en casa. ¿No irá a dejarme en la calle esta noche no?

—Firme aquí. —La recepcionista le alargó una libreta llena de apuntes.

El joven sonrió y agarró el bolígrafo que sostenía la señora de de dedos gorditos. Hizo un garabato y acto seguido sonó el tintineo de unas llaves. Con un llavero descomunal. Parecía un trozo de árbol sujeto a dos llaves oxidadas. El joven las cogió y se las quedó mirando como si allí hubiera algo interesante que encontrar, un moco quizá.

—Número 217 —dijo la áspera voz de la señora—. ¡Ah! Tengan cuidado de no manchar la sabana. Es nueva.

Y se fue por donde vino.

—¡Wow! —exclamó el joven ante la insistente risa de la mujer de raza negra.

3

La llave no giraba en la cerradura, pero ante la fuerza del joven que se hacía llamar William, esta cedió en un chirrido que obligo a la joven de piel oscura a llevarse las manos a los oídos, porque le daba tercia.

La puerta se abrió con otro chirrido de goznes y mostró una habitación oscura al principio mientras la mano de William no encontraba el interruptor de la luz. En un sonoro click, la luz mezquina de una bombilla de cuarenta varios, iluminó lo que era una autentica pocilga. Estaba todo desordenado y la habitación apestaba. Pero William quería hacer las cosas rápido y una noche era una noche.

—¡Qué asco! —exclamó Ayanna, que era así como se llamaba la joven.

—La verdad es que sí —coincidió William entrando el primero en la habitación. Las tablas del suelo, combadas e hinchadas, crujieron bajo sus pies y parecían moverse.

Todo estaba desordenado, la lámpara de la mesita de noche estaba tumbada, la alfombra del suelo estaba tirada hacia un extremo de la habitación. Una silla tirada en el suelo, las paredes de madera estaban abultadas y el cuarto de baño carecía de puerta, pero la sabana estaba ahí, impoluta, como si estuviera recién planchada, dando calor al colchón que probablemente tendría grandes manchas de orina.

—¿Te has fijado en esto? —Señaló el joven—. La sabana es lo único decente de esta habitación. Está tan bien puesta que parece irreal ante el resto...

—Parece planchada —le zanjó Ayanna y añadió—. Pero tiene un color macilento.

—Es un color desgastado —dijo William pasando las yemas de sus dedos sobre la sabana—. Que suave es. Ayanna, tócala.

Ayanna se acercó y sus dedos acariciaron la suave sabana.

—Es verdad —dijo y retiró su mano.

—Parece que es lo único nuevo que hay aquí —explicó William rodeando la cama a la cual le faltaba una pata, mientras sus dedos acariciaban la suave manta.

Ayanna asintió con la cabeza mientras la puerta de la habitación permanecía abierta.

De repente, William sintió como un cosquilleo en las yemas de sus dedos, y una extraña sensación como si la boca de un pez le besara. Algo le atrajo con fuerza y William retiró la mano rápidamente.

—¡Ah!

—¿Qué sucede?

—Nada. —William se miró las yemas de sus dedos y estos estaban enrojeciéndose un poco. Algo extraño ha pasado aquí, pensó, pero pronto volvió a la realidad. Una parte de él no quería creer algo... ¡Tan irreal!

4

Tras cerrar la puerta, Ayanna dejó a una hinchada luna brillar en lo alto del oscuro cielo. La mezquina luz de la luna llena penetraba por el cristal de la ventana. William la cerró y allí solo gobernaba la luz amarillenta de la bombilla de poca potencia.

Ayanna se dirigió después, con grandes zancadas gracias a sus largas piernas, hacia el cuarto de baño para darse una ducha primero. Y como esperaba la bombilla no se encendió.

—¡Eh! —La voz de Ayanna se parecía a todo menos a lo femenino—. La luz no funciona en el cuarto de baño.

William soltó una risilla visible en sus labios.

—Como para tener ganas de cagar. Qué bonito cagar a oscuras.

La chica regresó hacia donde estaba William sentado. La única silla que había en la habitación. No había un puto sillón pensó el joven mientras abría sus piernas y mostraba su paquete bajo el pantalón vaquero. Ayanna se sentó sobre una de sus piernas abiertas, sin dejar caer todo su peso y un dedo oscuro recorrió toda la superficie de los labios de William.

—Antes de follar, necesito darme una ducha —explicó Ayanna moviendo sus hinchados labios rojos—. De modo que voy salir de esta puta habitación y le voy a pedir a esa gorda un

servicio de ducha. Después vendré, así que espérame aquí. —Ayanna terminó con un, ¿vale?

William meneó la cabeza y su pene comenzó a tener una erección espontánea. Al retirarse, Ayanna vio el bulto bajo el pantalón vaquero y le guiño un ojo. Acto seguido la chica se dio la vuelta y se dirigió directamente hacia la puerta al tiempo que movía su puntiagudo culo a la par que la cadera.

La puerta chirrió de nuevo al abrirse y sonó un golpe seco al cerrarse tras de ella. En el suelo una nubecilla de polvo se elevó en el aire como el humo de un cigarrillo.

Y William se repantigó en la silla.

5

—Oiga señora, la luz de cuarto de baño de la habitación alquilada no funciona y necesito ducharme —explicó Ayanna moviendo un dedo en el aire como si dibujara extraños circuitos.

La mujer rechoncha no dijo nada. Se limitó a darle la espalda como un ropero abierto y rebuscó en el pequeño armario donde estaban colgadas todas las llaves de las habitaciones libres. Eligió una al azar y se volvió hacia Ayanna con una estúpida sonrisa dibujada en su rostro.

—Aquí tiene. La suite 223 —dijo la señora desde detrás del mostrador. Una llave, esta vez brillante, estaba suspendida del enorme llavero que consistía en un pedazo de tronco de árbol.

—En esta habitación hay incluso agua caliente —dijo con una sonrisa aun más estúpida que la anterior.

Ayanna la cogió soltando un bufido y la llave cambió de manos en un tintineo metálico.

La recepcionista entró después en una habitación que daba a su izquierda, de donde siempre salía, y se escuchó balbucear algo mientras aumentaba el volumen del televisor.

6

Al ver que Ayanna estaba tardando demasiado tiempo, William decidió asomarse al pasillo exterior para ver en que lio estaba metida. Cuando la puerta chirrió una vez más, asomó su cabeza por el marco de la puerta y miró a ambos lados del pasillo. Este estaba iluminado por la mezquina luz de la luna llena y no vio a su chica. La nombró un par de veces sin hacer demasiado ruido y en vista de que no recibía respuesta alguna, decidió entrar de nuevo a la habitación, cerrando de un portazo la puerta, que crujió entre las jambas agrietadas.

—¡Jodida chica! Tenía que ducharse primero. —Estaba hablando solo—. ¡Eso se hace después!

Su pene ahora era un colgajo flácido bajo sus calzoncillos amarillos.

Regresó hacia la silla, sentándose de nuevo en ella y esperó un poco más y de pronto había descubierto de nuevo, la sabana impoluta estirada sobre la cama. El color como de marfil le llamó la atención y pensó que quizá fuera una sabana vieja, como las demás cosas de la habitación. Pero recordó también la agradable sensación que sintió al pasar sus dedos sobre ella y la succión.

Se levantó de la silla y caminó hacia la cama con la frente arrugada. Observó la sabana de todos los ángulos posibles. Era perfecta, comparada con las demás cosas. ¿Quién demonios deja una lámpara torcida sobre la mesita y se esmera en que la sabana este correctamente dispuesta sobre la cama.

Estiró el brazo y sus dedos alcanzaron de nuevo la superficie de la sabana. Era de un suave tacto. Sedosa y agradable. Casi podía sentir el calor que despedía. Puso la mano abierta sobre ella y al retirarla vio sorprendido la marca de su mano en la sabana, que desapareció un instante después. ¿Es de viscolátex? pensó o mejor aún, ¿tenía una capa de viscoelástico?, y al no encontrar una respuesta y al ver que en realidad le importaba una mierda eso ahora, más que echar un polvo con Ayanna, se dio por vencido.

La mejor idea, pensó, sería empezar a quitarse la ropa, para cuando viniera ella. Lo encontraría allí, tumbado sobre la cama con sus grandes pelotas en la entrepierna y una estúpida sonrisa en la cara. Se empezó a quitar la camiseta ajustada de color blanco y un tatuaje le dio la bienvenida a la luz de la bombilla. Era un tigre o algo así. Más abajo, tenía tatuado la silueta de una mujer de grandes curvas. Todo en la espalda. Siguió con el pantalón vaquero, ya cuando los calzoncillos hubieron bajado hasta la altura de sus tobillos, ya totalmente desnudo se tiró al catre.

De modo que se tiró encima, literalmente, de la sabana y su golpe se amortiguó con un crujido de muelles rotos y el suave tacto de la sabana en su piel.

—Oh que suave es...

Con ambas manos acarició al superficie de la sabana sintiendo la suavidad en sus palmas una en cada lado de su cuerpo y aunque notaba los muelles del colchón en la espalda, se vio recompensado por la suavidad de la sabana. Estuvo así durante más o menos unos dos minutos, después de repente sintió algo extraño.

Era como si un gran desagüe lo succionara. Sentía la piel pegada a la sabana y como si esta, elevando su temperatura, se fundiera con su piel.

William despertó del sueño dorado de una noche loca y su boca se abrió de una forma inquietante profiriendo un agudo grito. Sintió todos los rincones de su piel, pegada a la sabana como si estuviera siendo embasado al vacío. Como si un potente imán de piel atrajera toda su piel. Quería mover la cabeza pero no podía. La sabana lo sujetaba con fuerza succionándolo hacia adentro. El dolor era cada vez más insoportable y sentía como su piel se fundía con el suave tacto de la sabana, que ahora actuaba como un plástico prendido en fuego.

Quiso mover los pies, pero no pudo. La piel estaba pegada a la sabana y vio de reojo como la sabana se teñía de sangre. ¡Era su propia sangre! Los mofletes del culo se fundieron y se hundieron en un agujero en la sabana y sintió como su sangre caliente bañaba el centro del colchón. Entonces en un grito bravío consiguió despegarse momentáneamente de la sabana y sintió como su piel se separaba de su carne. Entonces la sabana comenzó a moverse, doblándose por una

esquina y empezó a recubrirle el cuerpo y su cara oscilante que profería gritos que se ahogaron cuando la sabana se pegó a su cara. Intentó patear y mover los brazos, pero la sabana ya se había echado sobre él, como un envasado al vacío. Un gran charco de sangre mancó toda la sabana y esta se movió como la garganta de una serpiente, succionándolo, fundiéndose sobre su piel y ahora sobre su carne hasta que se quedó totalmente plana como un mantel y la gran mancha de sangre contrayéndose en el tamaño, como si algo se lo tragara. Sonaron los crujidos de sus huesos y la voz se apagó del todo. Un momento después, sonó algo parecido a un enorme eructo como el sonido de una moto sierra y se alisó sobre el colchón como allí nunca hubiera sucedido nada.

La amarillenta bombilla de poca potencia fue el único testigo ciego.

7

Ayanna golpeó dos veces la puerta pero al final se dio cuenta de que ésta estaba entornada. Al parecer el portazo habría acabado de romper el resbalón de la cerradura. De modo que empujó la puerta y asomó la cabeza antes de entrar. Sus morros fueron lo primero que traspasó el umbral del marco de la puerta.

—¿William? ¿Estás ahí? —Su voz sonó hueca, vacía y sin reverberación.

El corazón se le encogió de súbito cuando n vio a nadie allí dentro. todo tan desordenado, excepto la suave sabana.

—¿William? ¿Estás en el cuarto de baño?

Nadie respondió.

Su mano entonces se posó sobre la sabana y sintió en sus yemas la suavidad de esta. Se sentó en el borde de la cama y puso bien la lamparilla de noche. Entonces se tumbó en la cama fijando ahora su vista a la impotente bombilla colgando del techo. Sus manos acariciaron la sabana. Estaba tan suave, pensó y entonces notó algo extraño en su piel...

La chica que amo

1

Se tomó su tiempo para quitarle la vida, pero, al mismo tiempo, estaba ansioso por terminar el trabajo. Justin Curtis era un perturbado mental que, en estos momentos, se había convertido en un auténtico asesino, y la vez anterior, y la primera vez. Pero nunca lo descubrieron. Sabía hacer las cosas bien. Justin Curtis, quedaros con ese nombre.

La chica estaba colgada del techo por un pie, una gruesa cuerda rodeaba su tobillo

ensangrentado. El otro tobillo estaba casi retorcido por el peso de la pierna suelta, rígido. En las piernas y en el pecho tenía numerosos cortes, pero en la cara, eso no eran cortes sino una furia descargada sobre ella con ansia. La sangre había salpicado la pared de atrás y había dejado un gran charco en el suelo sobre la hoja de cortar, una hoja de afeitar que no tenía ningún otro grupo sanguíneo más que el de la pobre chica. Un asesinato brutal que hasta él más observador lo dejaría de mirar.

Era diciembre, concretamente el 31 del mes. Fin de año. En todas partes del mundo se celebraba la llegada del año nuevo, mientras la sangre fluía espesa cuerpo abajo. Justin Curtis amaba a la chica, que ahora era como un cerdo colgado. Descubrieron el cadáver a la mañana siguiente.

2

—Hola, soy Justin Curtis —dijo mirándola fijamente.

Ella levantó la mirada y vio a un chico de aspecto desaliñado, con gafas de montura de hueso, moreno y, a la vez, realmente feo, o quizás difícil de ver. Todo envuelto en un anorak de color azul, como si de un disfraz se tratara.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Justin sonriendo un poco, casi levemente.

—Es... estoy ocupada —dijo ella.

—¿Lo ves? Todo el mundo estudiando y ¿para qué? Para no aprobar y, en el mejor de los casos, si apruebas sales del instituto sin trabajo. Para ir con papá y mamá.

Ella soltó una sonrisa. En realidad, Sheryl, que así se llamaba ella, pensaba igual. Es como si aquel chico difícil de ver le hubiera leído los pensamientos. La primera impresión había sido buena.

—Sí, tienes razón —respondió Sheryl

—Pues claro que la tengo. —Justin abrió los brazos en la fría mañana de enero.

Sheryl no era especialmente guapa, pero tenía unos preciosos ojos azules, eso sí, el pelo, lacio y estirado, tomaba forma detrás de las orejas forzándolas a estas hacia delante, creando una buena protuberancia roja en ambos lados de la cabeza. Era de piel blanca, demasiado blanca, delgada y tenía el cuerpo ligeramente encorvado. No tenía amigos ni amigas. Jamás había estado con un chico y su afición era autolesionarse. Todo su cuerpo era el mapa de los Estados Unidos por las cicatrices que, obviamente, estaban ocultas tras su siempre fino vestido y anorak gris.

—¿Te apetece comer algo? —le invitó Justin con una sonrisa de oreja a oreja.

—Está bien.

Y aquella fría mañana de enero Justin Curtis ya había elegido a su próxima víctima, mientras ella se levantaba del banco en el que estaba sentada, al tiempo que recogía los libros en su

mochila.

3

En unas dos semanas y media Justin Curtis ya tenía a Sheryl en sus bolsillos. Siempre sabía darle lo que ella esperaba de él. Era como una amistad perfecta en la que todo funciona bien y nada se tuerce, hasta que lo hace de sopetón. Pero de momento era su cuarta víctima y debía realizar el prelude antes. Los dos iban a la misma clase en el instituto y, hasta ahora, Sheryl había pasado desapercibida para él. Más que nada porque sus tres primeros asesinatos eran chicas de otra “casta”. Otro estilo personal, decía el continuamente. Pero, ahora que le había cogido el gustillo, todas valían. Incluso Sheryl, con sus orejas de bamby echadas hacia delante.

Pero Sheryl también tenía sus rarezas. Algo que todavía Justin no había descubierto. Los cortes, cicatrices en todas las partes del cuerpo. Pero como ahora era invierno no podía verle las de los brazos por ejemplo. Pero, de momento, durante estas dos semanas y media, Sheryl podría haber recuperado algo perdido para ella y era feliz y, sencillamente, ya no tenía motivos para autolesionarse, según ella. Un respiro. Quizás se había dado un respiro, a veces eso pasaba.

Un respiro nada más.

4

A las cuatro semanas, en teoría, uno se conoce lo suficiente como para pasar al beso o a la cita con algo más. Ella confiaba plenamente en él, de modo que aceptó la propuesta. Iban a pasar la velada en una habitación de motel alquilada. Siempre hay un principio, se dijo ella. Y lo que podría ser una velada con conversación eterna incluida podría acabar en el cuarto asesinato de Justin. Por ello, había alquilado la habitación con un nombre falso y, en su pequeña mochila, llevaba unos guantes de lana y la cuchilla de afeitar; en realidad, llevaba dos, por si algo fallaba. Estaba ansioso y su corazón le latía hasta querer salirse del pecho. En todo este tiempo, todo había sido una maniobra y no sentía nada por ella. Sheryl, sin embargo, sí empezó a sentir algo por Justin. Algo que, quizás, le iba a demostrar esta noche.

—Creo que algo va a suceder esta noche —dijo ella con una copa de más, mientras le miraba fijamente a los ojos a Justin, que estaba justo frente a ella a escasos centímetros, apoyado con su delgado cuerpo y el pelo sucio.

—¡Oh, sí! Claro que va a suceder algo esta noche —dijo Justin con un brillo inusual en sus ojos.

Estaba desplazando la mano hacia su mochila cuando ella se percató de ello y le dijo.

—¿Estás buscando el condón? —Justin frunció el ceño.

—Bueno, no exactamente. —Se puso nervioso—, voy a coger unos chicles, ¿te apetece alguno? Los tengo de fresa y de menta.

Sheryl hizo un gesto con la cabeza y entonces fue cuando él cogió la cuchilla de la mochila sin que ella lo viera. En ese momento, ella alargó la mano para recoger un chicle, pero lo que recibió fue un dolor punzante en la palma de la mano en medio de la penumbra. Al poco rato notó algo caliente brotando de ella tras retirarla casi al instante.

—Voy a darte lo que te mereces —dijo Justin mientras se abalanzó sobre ella. Y fue precisamente el momento en que los ojos de Sheryl brillaron en la penumbra y, abriendo la boca, le mostró sus afilados colmillos, que, un segundo después, se hundieron en el cuello de él.

Y es por eso que nunca dieron con el asesino de las tres chicas. Sheryl desapareció del lugar y nunca más se supo de ella nada. A decir verdad, nadie había sabido nunca nada de ella ni de su familia. Justin apareció muerto, desangrado, a la mañana siguiente en el motel de mala muerte. El despiadado asesino murió a manos de una mujer vampiro. Solo dos precisos agujeros en el cuello, en la yugular, pero tan grandes como para desangrarse en pocos segundos.

5

En algún lugar del estado de Maine, en el invierno más duro que se conocía desde los últimos veinticinco años, Sheryl estaba haciendo autostop en una carretera principal. Un coche redujo la velocidad y se paró unos metros más adelante. Al poco rato, ella alcanzó el coche. La ventanilla se bajó.

—¿Qué hace una chica tan joven como tú en esta fría noche de invierno haciendo autostop? —preguntó el conductor, un hombre mayor con un puro paseándose por sus labios.

—Tengo frío, ¿me lleva a Bangor?

—Por supuesto, sube.

—Gracias señor, es usted muy amable.

Y tras arrancar el coche Sheryl se llevó una de las manos a la boca para asegurarse de que el colmillo, cualquiera de ellos, había vuelto a su estado normal, y así era. Siguieron la ruta lentamente.

Así como los asesinos existen, los vampiros también. Justin esta vez te has equivocado de presa.

El curioso caso del señor Carl Farmer

1

Normalmente, cuando escribo las historias debo hacer un pequeño croquis de la misma antes de empezar, para que todo cuadre bien y salga algo bonito. En este caso solo me limito a repetir una vieja historia clásica en Boad Hill que va de generación en generación y de boca en boca. Se trata del caso del Señor Carl Farmer. Tan rápido como he dicho su título así será de corta su historia.

Intensamente enamorados, Carl y Emma se juraron que el amor sería hasta después de la muerte, y así fue. Una tarde de verano cualquiera, con su respectivo calor, Carl Farmer, que padecía del corazón, falleció en el acto. Cayó al suelo de forma fulminante y, en un catacrack casi estruendoso, su cuerpo rechoncho quedó estirado en el suelo. Emma, que estaba postrada en la cama, inválida, no podía más que mover un poco la cabeza y echarse a llorar. No podía hablar así, cuanto menos pedir auxilio. Su marido era la única ayuda para ella en los últimos diez años. El cuerpo sin vida de su esposo distaba unos dos metros de la cama y la puerta del hogar de los Farmer estaba a siete metros.

De modo que la pobre Emma estaba condenada a morir en silencio de inanición ese fatídico verano si nadie se percataba de la ausencia del señor Farmer en cualquiera de los lugares del pueblo donde solía hacer la compra de la semana. Pero los Farmer solían pasar largas temporadas en casa sin salir de ella. De modo que nadie les echó en falta durante los días que duró la tragicomedia.

Un día después, la vista de Emma alcanzó a ver que el cuerpo inerte de su esposo estaba a un metro de la cama. Mucho más cerca de cuando cayó fulminado al suelo. Eso le sobrecogió y alivió al mismo tiempo. Dos días después, el hediondo cuerpo de Farmer ya estaba casi a al lado de la cama, en dirección a la puerta de salida. Emma solo podía llorar y llorar, pero creía haber muerto ella también, porque estaba como en un sueño. Su ángel de la guarda, en este caso el señor Farmer estaba con ella. Pero no era un despertar y ya está, todo sucedía en realidad. Al tercer día, el fétido cuerpo ya estaba encaramado hacia la puerta, le faltaban cinco metros. De modo que necesitó que pasaran cinco días más hasta que el putrefacto cadáver llegara hasta la puerta y otro día más hasta que sus huesudos dedos ahora tras la hinchazón pudieran abrir la manivela de la misma para salir afuera. Al día siguiente de esto, medio brazo en la entrepuerta dio el grito de alarma.

Y así fue como una semana después de la muerte del señor Carl Farmer se descubriera a la señora Emma deshidratada en su lecho de cama. Lo sé, suena absurdo, pero así lo cuentan los viejos del pueblo y hasta ha llegado a la ciudad. Yo aquí lo añado porque a veces el amor es tan intenso que va más allá de la vida misma.

Y sí, me creo la historia.

A veces duermen

1

Denny estaba acostado, casi dormido, cuando, de repente, le despertó un fuerte golpe en la ventana. Por entre las sábanas vio que estaba lloviendo y que la rama del árbol había chocado contra el cristal de la ventana, por suerte sin romperla. Pero el ruido le había parecido enormemente ensordecedor y casi se creía que todo el ventanal se había caído abajo. Siguió bajo las sábanas mientras el viento aullaba y forcejeaba con las ramas de los árboles allá fuera de la habitación. Dentro, la misma se iluminaba de vez en cuando, cuando un relámpago hacía acto de presencia, entonces se podía ver a Denny como una radiografía bajo las sábanas. El temporal no amainó en toda la noche y, al día siguiente, Denny ya tenía los ojos como platos y enrojecidos. Se fue al cole.

La segunda noche, ya más acostumbrado al llanto del viento, se relajó un poco más y durmió casi míseramente aquella noche, pero descansó algo más. Todavía con los ojos casi inflamados, se fue al cole.

La tercera noche fue la vencida. Ya no había temporal, no llovía ni hacía viento. De modo que se iba a sentir aun más relajado que la noche anterior, pero no fue así. Un estrépito en el fondo de la habitación le despertó súbitamente. Bajo las sabanas, creando un marco horizontal entre sus puños y sus ojos, para poder ver desde una rendija imaginaria fuera de la cama, observó cómo del armario algo seguía estrepitando, haciendo ruido, se movía. Denny se tapó con las sabanas como si aquello fuera el salvavidas al que recurrir en una tormenta en medio del mar.

El armario se movió. Era uno de esos armarios de bricolaje montado por papá en una tarde calurosa de verano. Denny sabía ahora que el armario cobraba vida por momentos, que allí había algo, que no era la tormenta lo que le asustaba. Se encogió más bajo las sábanas y cerró los ojos. De repente, el silencio. Ominoso silencio. Tras pasar varios minutos escondido bajo las sabanas, se creó el marco de visión de nuevo entre sus puños y los ojos. Y fue cuando, de pronto, las puertas del armario se abrieron y de dentro salió un ser abominable con aspecto de estar muy cabreado, con sus largos y afilados colmillos y unas garras como espátulas, con un saco en una de ellas.

Al día siguiente, Denny no fue al colegio, simplemente se lo había llevado el coco o el hombre del saco, que es así como se le conoce a este ser abominable que habita en el armario y, a veces, debajo de la cama.

Pero este no es el cuento.

El cuerpo hallado en la habitación estaba literalmente retorcido y destrozado por las difíciles posiciones que tomaban los miembros superiores e inferiores. Había sangre por todas partes, sobre todo sobre la cama y salpicada en la pared de enfrente, la posterior al cuerpo que estaba sobre la cama. Los ojos como cuencas vacías no mostraban más que horror, pero debías fijarte en ellos, ya que casi parecían haber sido succionados, como cuando uno se come un caracol. Esa era la definición correcta. El sujeto se llamaba Alan Poole y era un escritor de poca monta, pero podía comer de lo que escribía. A menudo le llegaban las facturas a destiempo, pero podía ir avanzando en su quehacer diario. La mujer de la limpieza fue quien se encontró con el dantesco panorama. La cabeza retorcida hacia atrás y un palmo de lengua sacada hacia fuera, como una larga babosa de excelentes proporciones. Pues, dejando los detalles a un lado, el tipo debía estar por aquella zona en busca de material para su próxima obra. En el suelo había un portátil sin marca embadurnado de sangre. Algunos escritores se desplazan a una ciudad en concreto para estudiar sus calles y sus gentes para poder escribir. Pero a este le hubiera gustado poder escribir sobre lo que sucedió, seguramente sería algo brillante, pero ya no podía hacerlo. Evidentemente, no era un asesinato a punta de pistola. El cuerpo desmembrado y retorcido hacía pensar que un pulpo gigante se las había hecho con él. No encontraron huellas ni ADN que estudiar. Tampoco encontraron respuestas. Solo que alguien había sido destrozado brutalmente con ensaño, pero no con una fuerza humana. Fue secreto de sumario durante mucho tiempo. Y, aún después de reabrir el caso, nunca encontraron nada explicable para aquella situación.

Ahora sí empieza el cuento.

Richard era un tipo alto con bastante barba y unas gafas de montura de hueso bastante recias, con una graduación de culo de vaso. Era un escritor bastante prolífico hasta ahora. Hasta que la musa lo había abandonado hacía ya algún tiempo. Por eso se trasladó a vivir a la nueva casa de tipo victoriana, con seis habitaciones y tres cuartos de baño, amén de otras partes más de la propia casa. En definitiva, el lugar perfecto para un escritor que está vacío de ideas y que necesita espacio para inspirarse.

En la época que alquiló la casa, por unos dos mil quinientos al mes, la lluvia estaba presente un día sí y otro también. Era un frío invierno que había dejado paso a las estufas y calderas en todo el pueblo. Richard, ajeno a todo aquello, se tapaba con una manta mientras aporreaba la máquina de escribir. Aún a día de hoy, cuando todo está ya informatizado, Richard prefería la vieja máquina de escribir que tantos éxitos le habían permitido cosechar. Pero, ahora, evidentemente, la máquina roja había dejado de escupir palabras sobre las hojas en blanco.

El tratamiento psiquiátrico que llevaba Richard no era una absoluta broma, tomaba más de tres tipos de pastillas al día para poder concentrar toda la ansiedad en nada. Pero eso requería esfuerzo y era difícil de controlar. Si a eso unimos que era un gran bebedor de cervezas, teníamos que, a la mañana siguiente, apenas se acordaba en que maldita cosa había pensado la noche

anterior. Por suerte, no estaba casado, puesto que ese tipo de vida no sería compatible con la idea de formar una familia y escribir todos los días como parte del trabajo diario. Aunque era un escritor de éxitos, no disponía de más libros suyos en las estanterías, porque siempre andaba borracho o sonámbulo con las pastillas, y no siempre cumplía con sus deberes como escritor.

Era bastante descuidado. No se preocupaba de nada en estos momentos, excepto que tenía que entregar un par de libros más a la editorial como parte de un acuerdo entre ambas partes y no tenía ni puñetera idea de lo que iba a escribir esta vez. Por eso eligió una gran casa apartada del ruido vecinal y del mundo. Se abastecería de alimentos y cervezas y pronto surgiría la musa. De eso estaba seguro.

“Vamos Richard, tú puedes. Todos los escritores tienen un lapsus, pero, al final, todo se arregla y publican un nuevo best seller”

Sí claro, y una mierda, pensó para adentro con una botella de cerveza en una mano y la pastilla en la otra.

4

Al día siguiente, Richard se despertó a eso de las diez y media de la mañana, con los ojos enormemente hinchados de tanto dormir. Fuera, el panorama era el mismo que el día que dijo sí al alquiler de la casa. Una lluvia pastosa que se hacía interminable. Llevaba allí solo tres días y todavía no había bajado al pueblo a por comida, pues ya se vino con buenas provisiones de la misma el primer día de estancia. Así que pasaría de bajar al pueblo en, al menos, unas tres semanas. Tenía cervezas y las malditas pastillas de colores. Apenas sí se acordaba de qué color tenía que tomar por la mañana, el mediodía o por la noche.

Había dejado la máquina de escribir sobre una gran mesa de madera antigua con una hoja de papel en blanco ahogada en el cilindro de la máquina, la cinta de tinta dispuesta a imprimir cualquier carácter, pero a Richard la musa todavía no le había aparecido por ningún lado. Era como si, de repente, hubiera dejado de ser escritor. Se paseaba por toda la casa realizando escuetas visitas en todas las habitaciones, pero él había elegido dormir en el sofá, al menos de momento. Allá arriba, en la segunda planta, el frío era mucho más intenso. Al menos, en el sofá estaría al lado de la máquina de escribir y se levantaría corriendo a aporrear las teclas si se le ocurría algo de pronto. Como cada hora o dos, iba al baño, uno que estaba justo al lado del espacio que ocupaba ahora mismo, y mientras caminaba en la penumbra se fijaba en la sombra de la máquina de escribir y se preguntaba si por fin había escrito algo esa noche. Pero la borrachera le impedía pensar con claridad.

“Demasiadas cervezas, Richard, y mezcladas con pastillas, así no irás a ninguna parte. Pero forma parte del plan, ¿a que sí?”

Durante todo el día, la musa dejó en el olvido la mente de Richard. A la mañana siguiente, se despertó a las once, y el silencio reinaba dentro de la gran mansión, salvo el repiqueteo de las gotas de la lluvia fuera. A veces, se asomaba por la ventana principal del salón para ver cómo las

gotas hacían curiosas y gruesas hileras desproporcionadas sobre el cristal, esperando que la musa de los huevos de oro apareciera. Esas gotas podrían ser tóxicas y quemar el mundo, ¡bah!, pensó, eso ya lo habían escrito otros. Tampoco valía que allí habitara un fantasma, era repetir su primera novela o quizás era la tercera de ellas. Tampoco lo recordaba.

“Vamos Richard, tienes madera, prepárate para escribir, ¿no ves la hoja en blanco en la máquina de escribir? ¿O te estás cagando de miedo por haberte quedado sin ideas?”.

En parte, tenía razón.

5

Una de esas noches, el repiqueteo de la lluvia era más intenso, como más fuerte, como si se tratara de algunos golpes ocasionados por granizos. Tampoco seguían un compás, eran golpes sueltos, pero fuertes a la vez. Y eso le hizo despertar de su resaca. Serían las siete de la mañana. Y, por un instante, pensando en que sería granizo, se preocupó por el techo del viejo caserón. Pero, al asomarse a la ventana del salón principal, no vio nada en la penumbra más que agua resbalando en el cristal. Ahora los golpes eran más nítidos, no estaban acompasados. Absolutamente cierto de que no era una granizada, sino unos golpes, pero ¿quién podría dar esos golpes en una casa vacía?

El ruido provenía del piso de arriba, de una de las habitaciones, y para cuando estuvo a punto de subir las escaleras principales, no sin antes titubear un rato, los golpes cesaron. Ahora había podido adivinar qué tipo de golpes serían, como los de un nudillo chocando contra la madera.

“¡Ratas! Serán las malditas ratas o algún pájaro enorme allá arriba”.

Volvió al sofá y se durmió casi al instante.

6

Al día siguiente no recordaba nada y la musa seguía sin aparecer. La máquina de escribir seguía allí, intacta, con el papel doblado sobre ella, en blanco, por supuesto. Ni tan siquiera había escrito lo más absurdo del mundo, su nombre más un palito indicando que es el primer capítulo. No podía hacerlo porque, sencillamente, antes iba el título y no lo tenía todavía. Para desayunar se tomó una cerveza y otra de esas pastillas que no podía dejar de tomara a la ligera, porque el remedio era peor que la enfermedad.

“No, no estoy loco, simplemente tengo estrés, un maldito estrés”.

En alguna parte el sol debía brillar sobre la tierra, pero allí seguía lloviendo durante toda la semana y el repiqueteo de las gotas ya se hacía insoportable. A veces, el silencio hace que cualquier chasquido suene como un explosivo en tus oídos y te moleste enormemente.

Aquella noche se repitieron los ruidos en una de las habitaciones del piso de arriba. No se

atrevió a subir, a decir verdad, le había venido la pataleta en mitad de la borrachera. Eran golpes demasiados precisos, un martillo tal vez. Ahora sonaban con más fuerza, y ya no sería un maldito pájaro o una rata. Decidió dormirse de nuevo ajeno a todo aquello. El silencio reinó de nuevo en la noche, excepto el repiqueteo de las gotas innecesariamente audibles ahora desde la ventana también.

7

Por fin, al día siguiente, la lluvia dio un respiro, pero no las nubes, que seguían encapotando el cielo. Richard, como de costumbre, se tomó la pastilla con un trago de cerveza. Una combinación letal a altas dosis, pero para él, ahora, no era nada, salvo que lo hacía ir de un lado para otro cuando caminaba por el salón y de ahí al primer cuarto de baño, el inferior. Hoy sí que recordaba los repiqueteos y se dijo que iba a subir a husmear allá arriba. De modo que, cerveza en mano y con los faldares fuera, se dispuso a subir las escaleras de madera, que parecían crujir bajo sus pies, solo lo parecía. Una a una discurrió por las seis habitaciones y por los dos cuartos de baño más. Todo era tétrico a los ojos de Richard, tan vacíos como sus ideas en ese momento. Y es que, en realidad, no estaba amueblada ninguna de las habitaciones, todas estaban vacías, salvo una de ellas, la que daba al fondo del pasillo, que tenía un armario, uno de esos de la edad del año de la pacotilla. Con cristales y dos manivelas realmente oxidadas. No se atrevió a acercarse. ¿Para qué?, pensó. Allí no habría nada, de modo que volvió a bajar al salón. Y siguió bebiendo más cerveza. En todas partes, latas vacías de esta formaban extraños montículos de basura.

8

Esa noche, todavía sin su musa, Richard todavía consciente escuchó de nuevo el ruido, pero esta vez era como si algo extremadamente pesado se retorciera sobre la madera del suelo del piso de arriba. Escuchó un momento y se hizo el silencio. Todo estaba demasiado oscuro y decidió que era hora de dormir ya.

9

A la mañana siguiente, cuando se despertó entre latas de cerveza vacías, lo primero que le vino a la cabeza fue el extraño ruido que escuchó la noche anterior, tan diferente a las otras. A veces, las casas grandes y viejas hacen ruidos por la noche, pensó jocosamente. Pero eso no le decía nada, en realidad no le dejaba tranquilo para nada. De modo que esta noche estaría lúcido y subiría a ver de dónde provenía ese ruido.

10

Y así fue. Mientras volvía a llover afuera y se escuchaba el repiqueteo de la lluvia, el ruido volvió a hacer acto de presencia. Esta vez Richard estaba lúcido. Decidió subir las escaleras lentamente y, a medida que lo hacía, el ruido era más prominente. Era como si algo allá arriba estuviera arrastrándose. Cuando llegó al pasillo principal, no vio nada. Tenía las luces encendidas. Miró en las habitaciones y todo parecía normal. También el armario estaba allí, pero percibió algo, que el ruido que ahora había desaparecido habría podido venir de aquel extraño armario. ¿Y si fuera un gato atrapado en él?, pensó con una sonrisa en sus labios.

Se acercó hacia el armario lentamente. Una de las puertas estaba medio entreabierta. Se fijó en el interior desde esta apertura. El armario estaba vacío. Tocó la manivela de la puerta y un chirrido de bisagras acompañó a la apertura total de la puerta. Efectivamente, no había nada allí dentro, ahora iba a probar con la otra puerta, pero, de repente, se fue la luz. Richard volvió la cabeza esperando obtener una respuesta. Sencillamente se había ido la luz y ahora estaba en penumbras.

“Vamos Richard, baja al sótano y tómate dos o tres cervezas con un par de pastillas y te olvidas de todo”.

Pero no lo hizo, porque, en el fondo de la habitación, tras la puerta, había una sombra viscosa perfectamente visible. Era de color pardusco y de un tamaño considerable, más alto que un hombre y mucho más recio. Como dos dedos el pulgar y el índice de una mano humana apoyados allí mismo. Podía olerlo, un olor nauseabundo, y Richard empezaba a dudar si aquello era ya el efecto de las continuas mezclas del alcohol y las pastillas.

Trató de moverse un paso, pero la forma inhumana se movió en el centro de dichos dedos que estaban en posición vertical, se movieron varios tentáculos de gran alcance que casi le rozan la cara a Richard. Una forma abominable estaba allí presente y comenzó a avanzar hacia Richard. Dada la profesión de él, como escritor, al verlo con más nitidez, le reconoció como una criatura como las que describía un autor favorito suyo, H. P. Lovecraft, en los Mitos de Cthulhu. Y, de pronto, a Richard se le heló la sangre. Sería producto de su mente, pensó una vez más, pero el abominable se apoyó en varios de sus tentáculos y lo último que vio Richard mientras chillaba de pánico fueron unos refulgentes ojos amarillentos sobre una protuberante boca con cientos o quizás miles de dientes afilados y colapsados en una tráquea pestilente. Un dolor intenso le recorrió el cuerpo mientras la bestia lo abrazaba y entonces supo que no era ni una pesadilla, ni las malditas pastillas, ni el alcohol. Cuando vomitó sangre por el hecho de que estaba ya reventado por dentro, supo que todo aquello era realidad. Maldito coco, profirió.

Por la mañana, y después de una larga semana de lluvias y nubes, apareció el sol. Los primeros rayos del mismo entraron por la ventana de la habitación. Allí había un cuerpo retorcido y un amasijo de huesos asomando de entre la carne rígida. Abajo, en el salón, la máquina de escribir estaba donde el primer día ocupó sitio, con la hoja en blanco todavía en ella. Los rayos del sol la iluminaban. Ahora Richard, de haber sido un sueño, podría escribir las primeras palabras “A veces, duermen”.

Del ser abominable ahora ya no se sabía nada, hasta el próximo inquilino...

Están entre nosotros

1

Cuando Ellen sintió el dolor extremo en uno de sus pies se despertó de súbito y fijó la mirada en su pierna, que, aunque no se podía ver, no distinguió entre la penumbra nada que le hiciera pensar que allí había algo, junto a la cama. Con una mano encendió la lamparilla de noche y, cuando observó que realmente no había nada allá abajo, se sintió profundamente aliviada. No obstante, ahora tenía un punzón de dolor en el tobillo. Sacó el pie por el borde de la cama y se fijó en algo asombroso. Tenía amoratada esa parte del pie, como si algo o alguien le hubieran estado agarrando con gran fuerza. En principio, se asustó, pero que más podía pensar. Peter, a su lado, seguía durmiendo y, lo que era peor, roncando como una bestia. No tuvo más que esperar un poco de tiempo para entrar en la recta del sueño de nuevo y apagar la lamparilla de noche y volverse a dormir. Esta vez sin contratiempos.

2

A la mañana siguiente, el morado se notaba menos y ya no dolía tanto, por lo que pasó casi desapercibido para Ellen y no le contó nada a Peter, el cual se levantó como de costumbre para ir directo a la ducha antes del desayuno.

—¿Qué tal has dormido cariño? —le interrogó Peter besándola después.

—Bien —dijo ella. Ya no se acordaba del dolor en el tobillo.

—¡Pues ya tenemos un día más!

—Y que lo digas, cómo pasan los días...

—¿Qué día es hoy? ¿Miércoles?

—Jueevesss —sonrió ella—. ¡Qué bien vives! —Se alejó de él hacia la cafetera y agregó—. Se nota que te va bien el trabajo.

—Pues sí, no me puedo quejar nada —le respondió él tomando asiento en la mesa.

El caso es que un día más de rutina desayunaron juntos y Peter se marchó al trabajo, mientras Ellen se quedaría en casa y haría las labores del hogar. Y casi cabreada le esperaría hasta bien pasada la noche a que regresara del trabajo. Por desgracia, no tenían hijos, un intento de la técnica de fertilización in vitro, “uno de los tantos intentos”, la dejó KO para siempre. Prueba no superada.

Tras pasar la mayor parte del día sola, Ellen decidió que era hora de ver algo de televisión. Así que se tumbó en el sofá y encendió el receptor de DishNet para empezar a hacer el deporte del dedo pulgar, el zapping. Tenían una inhalación compuesta por una parábola con un LNB “cabeza receptora” de dos bajantes. De este modo, disponían de un receptor Dishnet en la habitación y otro en el salón. Dishnet es una plataforma de pago por satélite con buena acogida en los Estados Unidos, sobre todo si no te llega la televisión por cable. Estuvo viendo televisión una hora y media más o menos hasta que llegó Peter a casa y, como de costumbre, Ellen le preguntó: “¿Qué quieres de cenar hoy?”. Un día sin más. Un día monótono como los demás y esa noche pasó algo extraño otra vez, aparte de hacer el amor, cosa rara últimamente.

De nuevo, el dolor punzante en el tobillo, esta vez en la otra pierna, y cuando quiso encender la lamparilla de la mesilla esta no alcanzaba, debido que su cuerpo estaba entre el suelo y la cama. Sencillamente, había sido arrastrada por debajo las sábanas. Se irguió en la cama y, toda llena de sudor, alcanzó la lamparilla de noche y la encendió. Allí no había nada, salvo Peter roncando, echado al otro lado de la cama. Se miró los dos tobillos. Tenía un moratón en cada uno de ellos, pero esta vez se marcaban, en uno de ellos, lo que serían dos dedos. Miró alrededor de la habitación con la mirada casi perdida por el miedo y no vio nada. Despertar a Peter sería una idiotez, debido a su pesado sueño y pasotismo en medidas de emergencia por la noche. De modo que siguió aferrada a su ataque de ansiedad intentando apaciguar el miedo.

Y, entonces, se percató de algo. El televisor de plasma estaba encendido, con la pantalla oscura, negra, con un mensaje de “NO SIGNAL” en el centro del mismo.

Al día siguiente, Ellen, entre sollozos, le explicó a su marido lo que le estaba ocurriendo por las noches de un tiempo para acá y le enseñó los tobillos, pero Peter no era demasiado creíble, a decir verdad no creía en ciertas cosas y se inclinó más hacia un accidente casero.

—¡Oh! Ellen, te has hecho unos esguinces. ¿Te llevo al médico?

—¡No! —Ella se apartó de él bruscamente aleteando las manos.

—Vamos cariño, ¿no pensarás de verdad que me crea todo eso...?

—¡Da igual! Puedes irte al trabajo. No pasa nada.

Y se fue sin más. La cosa no prometía en el matrimonio.

6

Dejaron de hablarse durante unos días y, afortunadamente, a Ellen no le sucedió nada parecido durante ese tiempo, salvo que cada vez que se despertaba veía la televisión de plasma encendida por la mañana. Las dos, la de la habitación y la del salón. Con el mensaje de “NO SIGNAL” en el centro. Como no se hablaba con su marido, no le quiso decir nada, de modo que el tiempo pasó y hasta eso se volvió trivial para ella.

Los descodificadores eran de avanzada tecnología y también amanecían encendidos y, a veces, se actualizan solos para cambios de canales o reorganización del servicio EPG del sistema, entre otras cosas. Y quizás eso hacía que los televisores se encendieran, porque cuando apagaba y encendía de nuevo observó cómo todo iba correcto y había imagen. Cosas de la tecnología moderna, pensó sin darle más importancia que la del gasto de luz.

Pero una noche sucedió algo estremecedor, horrible.

7

Esa noche Ellen se quedó despierta, a decir verdad cuando su marido Peter se echó a roncar, ella se vistió de nuevo. Y cuando estuvo contemplando el televisor de plasma sentada en la cama, vio, de repente, cómo esta se encendía, y dejaba ver el mismo mensaje de siempre. Hacía días que no sucedía nada, pero ella tenía una premonición esa noche, una sensación de deja vú. Tenía que pasar algo especialmente extraño esta vez. Su corazón le pedía a gritos que se marchara de allí y avisara a Peter. Pero no lo hizo, porque su cerebro ordenaba con curiosidad, “quiero ver qué pasa”, y, además, Peter la trataría de loca.

De pronto, unos rayos brillantes saltaron de la pantalla del televisor. Unos rayos que cobraban forma como de brazos, con garras como espátulas. Eran transparentes, pero eran inmensamente grandes. Ella, en silencio, siguió observando lo que sucedía. Ahora asomaba una cabeza hinchada, sin rasgos, sin ojos, ni boca, pero sí las protuberancias de estos tras la transparente hirsuta piel de aquello, si es que se le podía definir así. Avanzó a través de la pantalla del televisor sin que esta se moviera. Era como un cuerpo inerte, sin peso. Y Ellen estaba empezando a tener un ataque de pánico. Pero se quedó allí sentada en la cama, en un infinito extremo de ella. Detrás del primer ser salió otro. Movían la cabeza de un lado para otro y parecían oler la habitación como si estos no vieran realmente. Uno de ellos metió ambos brazos largos y poderosos bajo las sábanas esta vez hacia Peter. Agarró fuertemente los tobillos de este y tiró hacia sí con fuerza. Peter no se despertó esta vez, pero, cuando el otro cuerpo inerte le ayudó, entonces Peter abrió los ojos furtivamente y miró hacia sus pies y observó horrorizado el aspecto de aquellos seres inanimados sin expresión y que se habían colado por la parabólica, desde el descodificador hacia el televisor. Arrastraron a Peter hasta el televisor hasta difuminarse en él.

Peter no exclamó ni gritó, a decir verdad no le dio tiempo. Ellen, horrorizada y sin hacer ruido, vio cómo el cuerpo de su marido desapareció, no sin antes convertirse en un cuerpo transparente, azulado al mismo tiempo, donde se podía ver el interior del cuerpo humano. Sencillamente, se lo llevaron. Todo sucedió tan rápido y sencillo que parecía un sueño.

Pero no fue un sueño. Ellen se las apañó para encender la lamparilla de mesa y vio en el televisor el mensaje de “NO SIGNAL”, de nuevo. Como si nada hubiera pasado. Se lo llevaron a él y no a ella.

Los extraterrestres están entre nosotros.

La muerte de Fletcher

1

Asió la piedra con ambas manos, pesaba un poco y, por ello, debió soltar un bufido mientras se la subía a la altura del pecho, después la dejó caer sobre la cabeza de Fletcher. Este vociferó un aullido del intenso impacto que recibió, pero no lo suficientemente fuerte como para arrebatarse la vida.

—Si no lo haces bien, sufriré bastante —explicó Fletcher mientras la sangre le cubría ya parte de la cara.

—Lo sé, pero es que me duele hacerlo —espetó el otro, que no era más que Walter.

—¡Pues hazlo ya de una maldita vez!

Walter cogió de nuevo la piedra y la levantó, no sin un nuevo esfuerzo, esta vez apuntó bien a la cabeza, concretamente a la sien. Pero para cuando soltó la piedra se hizo a un lado para no mirar el desastre que allí sucedía. Esta vez sí había acertado. Un grito desgarrador que debió oírse a cientos de metros a la redonda, casi un kilómetro, puso fin a la vida de Fletcher, que ahora tenía la sien totalmente hundida y un ojo fuera de sitio por la presión ocasionada. Una fractura craneoencefálica totalmente mortal.

Walter había cumplido su parte del trato, ahora tocaba entregarse a la policía.

2

Walter había sido un tipo más de los Estados Unidos de América con derecho a comer todos los días y dormir bajo un techo, “aunque no todos, pero sí un noventa por ciento de los americanos”, y disfrutar de vez en cuando del fútbol americano con un par de latas de cervezas bien frías en el estómago. Tenía mujer e hijos y hasta un buen coche, un Mustang. No sería el mejor, pero tenía coche, por Dios bendito. Hasta que la crisis ninja se apoderó del mundo y lo dejó en calzoncillos. Su mujer murió de cáncer de mama y los hijos fueron dados en adopción a los abuelos paternos, porque, para entonces, Walter había empeñado no solo el coche, sino hasta la nevera que enfriaba las cervezas. Lo había perdido todo y pasó a engrosar esa parte de señores y señoras que viven en la calle, puesto que en su trabajo no habían cotizado por él y como resultado no tenía derecho a ningún tipo de subsidio. Ahora estaba realmente jodido. Sin familia, sin dinero y sin futuro, entre otras muchas cosas. A decir verdad, sin nada. Hasta que conoció a Fletcher en la calle, dónde si no. Un mendigo más, con una cara de sufrimiento marcado en la piel como esculpido el paso del tiempo en la puta calle, harto de esa vida y con el cuerpo lleno de

llagas. Intentando conseguir unos peniques al día para llegar al dólar y emborracharse para no pensar en nada.

—¿Eres nuevo por aquí? —inquirió Fletcher mirándole con unos ojos indignados.

—Tú qué crees, ¿me has visto antes?

—No. Era solo una manera de entablar una conversación.

—Aquí fuera todos somos iguales, ¿no?

—No creas, hay que tener mucho cuidado con algunos. Hay demasiado loco suelto por estas calles de la vida y se echó a reír jocosamente, mientras mostraba un único diente protuberante que asomaba por las comisuras de los labios cortados por el sol.

El caso es que charlaron un buen rato y congeniaron bastante bien para ser el primer día. Fletcher le ofreció algo de cerveza y Walter se la bebió casi sin respirar. En la calle pierdes los modales y la vergüenza. La sed, el hambre, el sueño. Todo se magnifica cuando estás fuera. Allá fuera, sin que nadie haga nada por ti, ves cómo todo se hunde a tu alrededor y en él, como una vorágine tormenta que lo succiona todo.

3

Charlaban diariamente como dos niños que se acaban de conocer y Walter le contaba qué cosas le habían sucedido en su vida pasada de “rico” entre pobres y Fletcher escuchaba sonriéndole casi todo el rato. A decir verdad, le gustaban las cosas que le contaba, al menos así sentía un respiro y, más allá de los sueños, vivía algo que no se podía imaginar antes. Gente normal que veías en la calle caminando y lazándote una mirada de desprecio mientras pedías una moneda podía verse de repente en tu mismo lugar. Eso le satisfacía enormemente, porque aquí la moneda tenía dos caras idénticas.

—Pero, tras tanta felicidad, vino la desgracia —apuntó Walter, hizo una pausa y prosiguió—. Mi esposa enfermó de cáncer y todo se me vino abajo; sí, tenía a mis hijos, pero ya no era lo mismo, porque sabía que la iba a perder en breve espacio de tiempo. Tenía el cáncer muy avanzado. Me volví loco.

—Eso es una putada —dijo Fletcher mientras daba un trago de cerveza. Habían conseguido reunir para comprarse unas cuantas latas ese día, un caluroso día de verano que los llevó a retirarse a las escombreras para poder charlar tranquilos. Solo el graznido de las gaviotas revoloteando les podía molestar.

—Más que una putada —siguió Walter tomando un sorbo de cerveza también—. Todo se me vino abajo. En un pis pas me dejó solo, así que me decidí por la bebida, perdí el empleo por la crisis y seguí bebiendo más, desatendiendo a mis hijos, hasta que me los arrebataron...

—Otra putada. De tener todo a no tener nada. —Un rictus se le marcó en sus labios. Pero no se alegraba en absoluto.

—Esta vida para según quienes es una mierda. Está claro que no somos nada y que Dios nos ha abandonado.

—Venga Walter, bebe un poco más, te sentará bien.

Siguieron charlando bastante rato y Fletcher le contó su historia, mucho más horrible que la de Walter, más sufrida, más “asquerosa”, más indignante, pero, al menos, estaba acostumbrado a vivir en la calle toda una vida y conocía sus secretos para sobrevivir, pero Walter pasó de ser un ciudadano medio bien a ser nada. Eso era un golpe mucho peor, de modo que Fletcher reflexionó.

—¿Sabes, Walter? —Le miró fijamente a los ojos—. Tengo la solución para todo esto.

—¿Tú? ¿Después de toda una vida errante?

—Uno de los dos debe morir —le interrumpió mientras asía la lata de cerveza en una mano, estaba caliente, pero daba igual.

—¿Qué dices? —le interrogó Walter con ojos expresivos, muy abiertos.

—Que uno de los dos debe morir, y ese soy yo. Mírame, estoy enfermo, me queda poco, con suerte superaré este otoño y después ¡zas!, a la zanja. Si me matas, tú iras a la cárcel y tendrás comida y techo donde cobijarte.

—¡Estás loco, Fletcher!

—No, que va. Estoy dándote una oportunidad. Es absurdo seguir los dos sufriendo. Si yo falto, habrá un plato para ti. Piénsatelo bien, Walter.

Walter no respondió, a decir verdad tenía razón, pero no iba a hacer eso. Era una brutalidad, por un momento pensó en la cerveza y en la borrachera que tenían los dos ahora mismo.

“Vamos Walter, eliges tú o elige la vida por ti, y ya ves que ahora es una mierda”.

Estuvieron varios días sin hablar del tema, a decir verdad no se hablaban. Solo se cruzaban miradas y Walter, incluso, le había cogido un poco de miedo. Es como si, de repente, ya no confiara en él, como si por alguna razón se hubiera vuelto loco y lo mataría a él mismo. Pero no era así. La propuesta seguía en firme.

Y llegó el momento. El día decisivo. Fletcher, con una tos impresionante, le recordó el plan de nuevo. Le dijo que no quería morir solo y enfermo, que era mejor hacer las cosas así, de este modo se iría al cielo ayudando a otro compañero, dándole una oportunidad. Al menos, por una vez en la vida, haría bien las cosas.

“No. Eso no es hacer bien las cosas, ¿estás loco?”.

—Júrame que es lo que más deseas de verdad —le insistió Walter mirándole a los curtidos ojos de aquel pobre hombre.

—Lo juro. Hazlo, por favor —le suplicó.

Walter miró al cielo y pidió perdón al Dios “en el que en realidad no creía”, por la decisión tomada.

—Por favor, Walter, hazme caso. Acaba con mi sufrimiento y piensa en tu futuro.

Entonces Walter cogió la pesada piedra con las dos manos en un esfuerzo casi titánico para él...

Cuernos, un caso extraordinario

1

Sus cuerpos decapitados yacían en el suelo, inertes, un policía local trataba de taparlos con todo tipo de artilugios antes de que vinieran los refuerzos. Se trataba de una pareja y ambos estaban vestidos, pero cogidos de la mano. Sus cabezas no estaban alrededor del lugar. Sencillamente no estaban. A un lado de los cuerpos, había un buen montón de cartas ennegrecidas por el fuego que trató de devorarlas en algún momento después del crimen. Pero, por alguna extraña razón, no habían ardido todas. A lo lejos, el policía local escuchó las sirenas de los refuerzos. Estaban llegando.

2

Carta extraída de la investigación 0123456

Hola Bárbara, no sabes cuánto te quiero. Suena trivial, sí, pero es lo que siento. Desde que nos conocimos siento más por ti y te deseo más. Es inevitable, te recuerdo y me siento feliz. Espero que tú sientas lo mínimo que siento yo. Me harías muy feliz, demasiado. Ya sabes que escribo poco.

William.

Carta extraída de la investigación 0123456

Hola William, parece que nuestro deseo de amarnos es correspondido y mutuo. Yo también siento lo mismo. Es un por momentos, me crece la sensación de que todo va a marchar bien. Realmente bien.

Un besazo,

PD: ¡Quiero verte ya!

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

El tacto de tu piel es... no tengo palabras para describirlo. Y eso que era tu cara, ¿qué será el resto del cuerpo?

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Eres realmente musculoso ¡eh! Tenemos que quedar más a menudo. El amor a distancia se enfría y necesito verte de nuevo...

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Eso será de inmediato, le he dicho a mi mujer que me ha salido un nuevo cliente en Bangor. Así que pronto estaremos más juntos. Pero estas cartas son nuestro nexo de unión siempre.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Yo también le he dicho a mi marido que necesito salir en el trabajo. ¡Nada! Olvídalo, que no habrá problema para engañarle, siempre está borracho, ¡ni se dará cuenta!

Estoy ilusionadísima. Es como mis primeras citas de amor.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

¡Anoche disfruté mucho haciendo el amor contigo! Estoy en éxtasis.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Estuviste sensacional, más de lo que yo esperaba, y no el inútil de mi marido. ¿Cuándo nos vemos otra vez?

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Dentro de dos o tres días. Creo que me he constipado, me duele mucho la cabeza, la frente sobre todo.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Es extraño, a mí también me duele la cabeza y la frente también.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Voy a tener que aplazar el vuelo, me duele muy fuerte la frente.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

A mí también me pasa lo mismo, tenemos que ir al médico.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

He desistido de ir al médico, ya que me están saliendo dos protuberancias en la frente, a cada extremo de la misma, son pequeños bultos, pero muy duros, mucho más grandes que un grano. Voy a ausentarme de mi mujer en un hotel hasta que se me pase. Algo raro está pasando.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

A mí también me ha sucedido lo mismo, pero puedo disimularlo con el pelo. Son muy duros y están doliendo demasiado ya. Tengo miedo.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Esta mañana me he levantado realmente bien, pero, al mirarme al espejo, me he dado un susto de muerte. Tengo dos cuernos de unos dos centímetros cada uno, podrían ser tumores, los he visto en alguna parte de internet.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Los dos tenemos lo mismo. Eso no puede ser. Esto es una maldición que nos han echado a los dos. Mi pelo ya no disimula los cuernos y no puedo salir a realizar la compra. Tenemos que

buscar una solución.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Esto crece y crece cada vez más, ya estoy realmente asustado. Estoy en un hotel sin salir para nada. Como dices, debemos hacer algo los dos. Propongo pagar a un sicario y que acabe con nuestro sufrimiento. El dolor, además, es insoportable y con estos cuernos ya no podemos ir a ninguna parte, ni vernos tampoco. Propongo una última despedida los dos juntos. Y que nuestras cabezas desaparezcan después.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Me da mucho miedo, pero tienes razón. Pensemos en lo que hemos vivido juntos. Sí, hagámoslo.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Conozco a un tipo que hará bien su trabajo. Ya te avisaré.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Te quiero cariño, aunque tengo mucho miedo. Quedo a la espera.

Bárbara.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Todo terminará mañana.

William.

Extractos de las cartas de la investigación 0123456

Esto duele mucho y ya va por cinco centímetros. Ya estoy impaciente por ver mañana.

Bárbara.

Eso fue en el 99, en 2010 se hallaron los cráneos de ambos. Fue cuando un crío perdió su balón por el terraplén de la carretera. Iban en bicicleta. Eran dos. El susto fue tremendo. El paso del tiempo y las lluvias, sobre todo, sacaron a flote las dos calaveras. Tenían dos protuberancias de medio palmo cada uno, dos por cada calavera. El chico empezó a chillar y a llorar, creía haber visto la calavera del demonio, porque sabía distinguir bien la calavera de un borrego a la de un ser humano. El otro chico que estaba arriba en la carretera llamó por teléfono a la policía para contarles lo que habían descubierto.

Las mascotas siempre vuelven

1

A menudo, cuando tienes una mascota en casa, para tú adentro deseas que algún día desaparezca por el bien de las comodidades, pero, en realidad, no deseas eso. Son solo pensamientos furtivos. Y una niña pequeña de siete años no desea eso en absoluto. Y ahora estaba llorando porque su perro Masymo había desaparecido. Un perro pedigrí Affenpinscher también conocido como Monkey dog. De constitución pequeña y robusta, con una altura máxima de veintiséis centímetros, Masymo tenía los ojos muy grandes y profundamente negros, con cejas muy pobladas, y un pelo negro erizado, áspero y duro. Un pelo que no era liso, pero tampoco ondulado. Ese era Masymo, que había salido a pasear para no volver quizás.

—No llores más, Lisa, mañana te traeremos un nuevo perrito —le dijo su madre, Eleine, mientras le servía un gran tazón de leche con cereales.

—No quiero otro perrito, quiero a mi Masymo.

—Está bien, esperaremos un par de días más y ya verás cómo aparece de nuevo por casa.

—¿De veras? —inquirió la cría de ojos azules celeste, mirándola fijamente. Y tras esto agachó la cabeza para comerse los cereales que flotaban en la leche—. ¡Yo sé que volverá!

Su padre, Christopher, se encontraba en estos momentos bajando las escaleras del primer rellano, ajeno a todo cuanto sucedía allá abajo, en la cocina. Pero, para cuando entró en el territorio prefijado, se hizo con la situación tras ser explicado pacientemente por Eleine.

—Ha sido en un momento. Tenía la puerta entreabierta y...

—Las mascotas siempre vuelven —dijo él, besándola.

—¡Papá! —vociferó la cría volviéndose de espaldas.

2

Pasaron los dos días prometidos por mamá y Lisa Marie seguía esperando a su mascota sentada en varias ocasiones en la escalinata de su casa. Otras, llorando en su cama, y las más veces, pidiendo explicaciones a mamá. Hasta llegó a llamarla mentirosa y fue duramente castigada sin ver la televisión durante una semana. Papá que era más tierno, aunque no lo pareciera, por su exuberante barba, no podía más que sentir una mezcla de sentimientos hacia su hija, no podía verla así. El perro era lo de menos, él no era muy abierto a este tipo de cosas, pero se lo permitía a su hija, al fin y al cabo tenían una gran casa con jardín y todo.

“Cómprale una nueva mascota a tu hija, Christopher, que ya no aguantarán sus ojos de tanto llorar, le estallarán como bombas en sus cuencas”.

Y Christopher hizo caso a su corazón.

3

Tras dos semanas de la desaparición de Masymo, Lisa Marie ya estaba un poco más tranquila, pero triste en el fondo. Echaba de menos a su mascota. Todos los críos y crías del mundo entero, se encaprichan de nuevas mascotas y después, tarde o temprano, les toca pasar por un mal trago, porque de alguna manera les llega su final antes de tiempo.

Pero eso formaba parte de la vida evolutiva de los menores.

De modo que para proseguir la evolución de la vida misma y para esculpir el nuevo destino de la nueva mascota, Christopher se llevó a su hija a la tienda de animales del señor Parker, un tipo delgaducho, medio sordo, con un cigarro eternamente colgando de la comisura de sus labios, pero un buen tipo al fin y al cabo. Te daba todas las garantías de lo que adquirirías en su tienda de animales.

A Lisa Marie le gustó especialmente un cachorrillo de perro muy especial, que estaba jugueteando en esos momentos, con la panza hacia arriba y las cuatro patitas apuntando hacia el cielo de la jaula. Estaba con otros perritos que, en esos momentos, parecían pasar inadvertidos por la cría.

—Es una cría de San Bernardo. No veas cómo crecen estas bestias —explicó Parker, mientras el cigarro se movía entre sus labios.

—¡Oh! ¡Eso es un perro muy grande! —advirtió papá.

—¡Yo lo quiero, lo quiero! —gritaba Lisa Marie dando saltitos.

Y uno no tiene más que rendirse a los pies de los hijos para tenerlos momentáneamente contentos. De modo que la decisión fue la de llevarse aquel lindo cachorrillo de San Bernardo. El peligro venía después, en cómo se lo tomaría Eleine.

4

—¡Por Dios! Pues ya, de paso, podrías haberte traído un pony, o mejor un caballo —gritaba Eleine mientras se peinaba el pelo en el cuarto de baño que estaba adosado en la misma habitación de matrimonio.

—No paraba de gritar, tuve que hacerlo —se justificó morosamente Christopher mientras se sentaba en la cama.

—Eso crece como un caballo —continuó Eleine.

—Lo sé. Pero ya tomaremos medidas cuando llegue el momento.

—Y después, qué le comprarás a nuestra hija, ¿un pony?

—Eleine, cariño, ya verás cómo todo saldrá bien. Sí, es un perro bastante grande cuando crece, pero sus ventajas tendrá. Proteger la casa, entre ellas.

—Eso espero...

—¡Claro que sí, cariño!

Esa noche no hicieron el amor.

5

El nuevo invitado de la casa era la alegría de Lisa Marie, quien, tras venir cada día del colegio, se quedaba jugando con Kumal, que así lo habían bautizado al animal, hasta altas horas de la tarde. Kumal dormía a los pies de la cama de la cría. Mientras era un cachorro. Ya una vez iba creciendo con apresurada rapidez, dormía en el suelo, pero en la habitación de Lisa. Cuando pasaron unos meses, el perro era del tamaño de un pony. Lisa Marie, a veces, se montaba a los lomos de Kumal y este la arrastraba varios metros. Era un juego muy divertido. Pero para mamá las cosas no iban tan bien como al principio de ser un cachorro. Ahora, la “bestia” de Kumal destrozaba muchas cosas de la casa a pesar de ser un perro muy pacífico. Era torpe y chocaba con las mesitas de la casa, lo que provocaba accidentes de jarrones y fotografías, entre otras cosas. Además, comía mucho.

—Mira cariño, tenemos que desprendernos de Kumal. Hago cuentas todas las semanas y no me llega el presupuesto para la comida. No tenemos trabajo y los ahorros se están evaporando. Esto sería una medida drástica —le explicó Eleine a su esposo, mientras este estaba sentado en la cama.

—¿Se lo has dicho a Lisa?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a hacer una cosa así?

—¡Pues se lo digo yo! —le interrumpió Christopher levantándose de la cama. Estaba en calzoncillos.

—¡Espera! ¿A dónde vas, así?

—Aaaa... ninguna parte —gritó y se volvió a sentar en la cama.

6

La mala economía principalmente hizo decidir unilateralmente entre los dos, tras varias semanas de discrepancia, que debían deshacerse de Kumal. Pero lo harían desaparecer sin la presencia de Lisa, como si este se hubiera escapado, al igual que sucedió con Masymo. De modo que Christopher se lo llevó en su Thunderbird, a veinte kilómetros de casa, y lo dejó salir corriendo del coche. En el bosque. Y regresó a casa. Para cuando llegó a la misma Lisa Marie estaba empañada en lágrimas y mamá trataba de calmarla, pero Lisa gritaba con todas sus fuerzas que la estaban engañando. Por un instante, papá tuvo las suficientes ganas de darse media vuelta e ir en busca de Kumal, pero no lo hizo.

7

A los dos días, Kumal apareció en casa con el hocico sucio y el lomo áspero. Le había llevado dos días volver a casa rastreando el camino, pero regresó. Lisa Marie fue la primera que se lo encontró en la escalinata de casa y saltó de alegría al verlo.

—¿Ves? Las mascotas siempre vuelven —disimuló papá con un rictus en los labios.

—¡Es verdad, papá!

Para Eleine la cosa no fue de lo más agradable aquel día y terminaron discutiendo durante todo el día y parte de la noche. Ahora debía llevar a Kumal más lejos. Y así lo hizo a la semana siguiente, pero Kumal se las arregló de nuevo para regresar a casa tres días después.

—¿Ves, papá? Las mascotas siempre vuelven.

8

Pero llegó el día fatídico. Un accidente fatal dejó a Kumal bajo las ruedas del Thunderbird. Habían decidido llevar a Kumal a la perrera pública. Pero el accidente acabó con todo. Por un instante, después de frenar, había sentido que algo se aplastaba téticamente bajo las ruedas. Primero las delanteras y después las traseras. Eso fue a las tres de la tarde. Sobre las cinco de la misma, Christopher se encontraba cavando una fosa para Kumal. En el bosque. Bastante alejado. Lo enterró con mucho esfuerzo y dolor. Sobre todo cuando se echó a llorar como un niño. Ahora Lisa Marie lo sentiría más. Pero, por supuesto, no le contaría lo sucedido más que a su esposa, quien también se quedó sorprendida por la historia, en el modo en cómo la contaba.

—No lo vi. Estaba maniobrando, y no lo vi, ¡por Dios!

9

Pasaron dos semanas ominosas, en las que el silencio y la tristeza reinaban de nuevo en

casa. Lisa Marie estaba demasiado triste, pero, de repente, sucedió algo excepcional para ella. Escuchó un ladrido y salió afuera. En la escalinata, estaba Kumal. Tenía el hocico muy sucio y todo el cuerpo enfangado. El pelo erizado, áspero y duro, pero estaba allí. Kumal había regresado de entre los muertos. Los ojos de Christopher y Eleine no daban crédito a lo que estaban viendo. Horrorizados, volvieron un paso atrás de Kumal. El animal seguía siendo pacífico y con mirada tristona.

—Papá, tenemos que lavarlo. Esta vez parece que se ha revolcado en la basura. ¡Cómo huele!

Las mascotas siempre vuelven, no llores niña mía.

Siempre vuelven.

Catalepsia

1

Se dice que el señor Cressner estaba en estado de catalepsia cuando lo enterraron. Murió un día después de su entierro. Cuando se despertó dentro de la tumba una vez la última pala de arena había caído encima de casi dos metros de tierra sobre el ataúd, sus ojos epilépticos se desencajaron del susto, porque, aunque estaba todo oscuro, por la estrechez y en la posición en la que estaba, supo enseguida que estaba dentro de un ataúd.

Como se suele decir en estos casos, el primer intento es arañar con furia el techo del ataúd, pero esto no sirve de nada cuando tienes doscientos kilos de arena sobre ti. De modo que no fue lo que hizo en un principio.

Según las descripciones científicas y médicas, la catalepsia es un estado biológico en el cual la persona permanece inmóvil, en aparente muerte, sin signos vitales. Dicho estado puede ser de varios casos de intensidad, desde estar en un estado de semiinconsciencia hasta poder oír y ver perfectamente. Otros síntomas son rigidez corporal, sin responder a los estímulos, al tiempo que la respiración y el pulso se vuelven muy lentos. La piel progresivamente se vuelve pálida. Si el velatorio no es lo suficientemente largo, puede suceder que se entierre al sujeto vivo.

Y en eso estaba pensando Cressner allá abajo. Aparentemente, estaba en un estado despierto, pero casi de semiinconsciencia, aunque estaba seguro de dónde estaba y podía mover los miembros superiores, es decir, los brazos. Su inexplicable tranquilidad se debía al atiborramiento de medicamentos que llevaba encima. Pero, a medida que las horas siguieron pasando, los efectos sedantes de la medicación iban desapareciendo y con ello aparecía la consciencia pura y dura. Había sido enterrado vivo.

Gritó durante unos minutos, pero él sabía que eso era inútil. Pero lo había visto en películas y tenía que llevarlo a cabo. Pero de nada sirvió. Arriba, en el otro extremo del embauco, sobre la tierra, un viejo perro que vivía en el cementerio estaba meando, un poco agachado. Era tan viejo que no podía ni levantar la pata para mearse en la lápida que lucía su nombre tallado escrupulosamente y la fecha de la supuesta muerte.

Pero él seguía allí abajo sin poder hacer nada, y el terror y el pánico se estaban apoderando de él. Asfixia, por un lado, por los síntomas descritos y, por otro, por la falta de oxígeno. Allá abajo hacía ya bastante calor y la sola idea de pensar que no podría salir de allí nunca le aterraba hasta que dejaba las cuencas casi vacías por el impulso de los ojos hacia fuera al sentir pavor.

Empezó de nuevo a gritar y gritar, pero su voz no era oída en ninguna parte. Consciente de que ya formaba parte de los muertos, se desvinculó de la cordura y desató en locura arañándose y destrozándose contra la tapa del ataúd. Sudor frío, calor, asfixia. Todo terminó cuando el miedo mismo le produjo un paro cardíaco, incluso antes de quedarse sin oxígeno. Su enfermedad crónica

era la esquizofrenia.

Justo lo que le había llevado al estado de catalepsia. Menos mal que no lo incineraron.
Cressner, descansa en paz.

El quinto invitado

1

El concurso El donut de la psicología tenía una aceptación en Prime Time extraordinario. Con un Share del treinta y tres por ciento se encontraba en sus mejores momentos en la cadena de televisión. Encerraban durante tres horas a cuatro personas en el gran “donut” y se las tenían que arreglar para superar una prueba o reto personal, la de eliminar sus miedos y, además, conocer la de los otros. Uno de ellos era un topo y lo único que pretendía hacer en el concurso era crear confusión a los otros tres participantes. El disco, que era el gran donut como cariñosamente lo llamaban en producción, era un círculo con un núcleo fijo en el interior con cuatro compartimentos, y, adosado, un pasillo en forma de círculo con cuatro puertas que giraba continuamente hasta que decidía pararse en alguno de los compartimentos, para que el concursante pudiera salir de su “cápsula” y dirigirse a otra cápsula de su contrincante para entablar una charla y descubrir quién era el topo. Un concurso bastante atrevido que jugaba con los miedos de las personas y la propia inteligencia. Quien descubría al topo, se llevaba los cien mil dólares.

El programa se grababa los jueves y debido a la complejidad del mismo se emitía los viernes por la noche. Había veces en las que un rodaje salía de un tirón y otras, los concursantes se desvanecían o se volvían histéricos. En esta ocasión los concursantes descubrieron su destino. Algo dantesco.

2

—Vamos, vamos chicos. Todos adentro —dijo el director de grabación, mientras sostenía en su cabeza unos auriculares con micrófono

—Para adentro —dijo uno de los concursantes, mientras se frotaba las manos.

Se trataba de Ben, un chico joven, treinta años. Corpulento, de lo que se suele llamar buen tipazo. Ojos celestes y con una gran dosis de humor. ¿Sería el topo? Actuaba con una naturalidad sorprendente.

Abrieron la puerta del “donut”, Ben fue el primero en ocupar su habitáculo. Un trabajador de la cadena de televisión agarra del brazo a Seth mientras el gran “donut” daba un cuarto de giro.

—Ahora puede pasar —dijo el hombre a Seth, y ella, con sus tacones altos, entró, no sin un traspie. También era una mujer joven pero algo mayor que Ben, tenía unos treinta y siete años. Era ejecutiva y estaba dispuesta a ganar y descubrir al topo.

El tercer concursante era Douglas, un tipo obeso, alto y con gafas de montura de hueso. Un cabello muy despeinado casi tapaba las gafas. Era lento, por lo que su entrada fue algo más larga de lo normal. Hablaba con pasividad y tenía un carácter risueño. No inspiraba miedo pese a sus cuarenta años y ciento cuarenta kilos de peso.

El cuarto concursante era Emily, una ama de casa, cuarenta y cinco años. Tan sencillo como eso. También entró en el enorme disco y ocupó su habitáculo. Ahora, la cosa iba de cerrar el gran círculo y ponerlo en marcha durante tres horas. El pasillo exterior se pararía varias veces durante todo ese tiempo para que cada concursante pudiera pasar al habitáculo que deseara. Las paradas serían automáticas o manuales a través de un botón que poseía cada habitáculo. Todo se grabaría allí dentro, pero nada se vería fuera en tiempo real. Ese era el reto. Si alguien entraba con claustrofobia salía literalmente muerto de allí. El juego era sencillo, quitarse los miedos de uno mismo y descubrir al topo. Los psicólogos eran ellos mismos. El paso del reloj les situaría en cada acción.

3

El “donut” comenzó a rodar, no el núcleo central en el que estaban ellos, pero sí el pasillo y el exterior. Por delante, tres horas de intenso estrés mental. Al terminar, cada concursante comentaría su fobia y cómo la habría afrontado y descubriría el nombre del topo si lo sabía. Si acertaba, cien mil dólares serían suyos.

Ben, pese a su juventud y vigorosidad, era el que tenía fobia a los espacios cerrados. Por lo que su lucha personal había empezado. Escuchaba mientras se echaba para atrás en el asiento de su habitáculo, el zumbido del motor del disco circular. Estaba empezando a sudar, pero debía resistirlo. Tenía dos opciones, sufrir como un condenado en su habitáculo o parar el pasillo del disco y comenzar a compartir su fobia con alguno de los concursantes. Esto lo podía hacer de la forma mencionada o con los concursantes que tenía al lado del habitáculo. Cada habitáculo se comunicaba por una ventanilla de metacrilato. A un lado tenía a Seth y al otro a Douglas. Asimismo, Douglas y Seth tenían a Emily.

Ben pulsó el botón de la ventana de Seth. Esta se abrió.

—¿Qué te sucede chico? —le preguntó con una sonrisa en los labios

—Me dan miedo los espacios cerrados, fobia, ya sabes...

—Sí, sí. Sé lo que es eso —le interrumpió ella y continuó—. ¿No serás tú el topo y te estás montando la bola?

Ben un poco más aliviado por la conversación reaccionó y dijo:

—Puede ser. Puede que no. —Ahora Ben estaba mucho más tranquilo, empezaba el juego. Y mientras, el pulso rápido de antes daba paso al ritmo giratorio del disco enorme.

—¡Vaya! ¡Te veo menos pálido!

4

Douglas permanecía callado en su habitáculo y respiraba pausadamente casi al ritmo del motor que emitía un ligero zumbido allá dentro. A un lado tenía a Ben, que estaba de cháchara con Seth, y a su otro extremo tenía a Emily, que permanecía también sentada, pero observando a todos. Los habitáculos eran transparentes y podías ver a tus contrincantes. Estaba impaciente, pero Douglas no parecía querer dar el primer paso. Tranquilo y desenfadado, seguía estando allí dentro esperando quizás a que acabase la cuenta atrás para salir tal cual entró. Finalmente, tras una larga pausa, Emily pulso el botón de la ventanilla y esta se abrió en un “fiuss”.

—¡Vamos! ¿Quién eres? —espetó ella—. Estás todo el tiempo ahí sentado sin decir nada sin dar un mínimo movimiento. Yo sé que tú eres el topo por la actitud que estás tomando. Quieres disimular así, ¿verdad?

Pero Douglas ni se limitó a mirarla a la cara.

—Eres el topo. ¡Te descubrí! Finalmente, Douglas contestó:

—No.

—¡Bah! Quieres engañarme —dijo ella algo desilusionada—, y a ti qué te pasa, qué miedo tienes —continuó mientras se tocaba el pelo con ambas manos.

—Soy tímido.

—¿Solo eso?

Y Douglas se quedó callado por un momento más.

5

El pasillo dejó de dar vueltas y se paró tal y como estaba programado, esta vez de forma automatizada. Nadie había pulsado el botón de parar. Las puertas se abrieron con un chirrido. Ahora sería el momento de cambiarse de habitáculo y estar más cerca todos.

Douglas decidió seguir en su habitáculo y Emily decidió ir al habitáculo de Ben. Cuando hizo el cambio, las puertas se cerraron y el pasillo comenzó a girar de nuevo.

—No sé cómo se llama, pero es un auténtico aburrido —se jactó Emily. Ben se sentía a gusto ahora, parecía como si la fobia a los espacios cerrados hubiera desaparecido por momentos. Si no pensabas en ella no te sucedía nada, por ello, ahora, se enfrascó en la conversación con Emily y Seth a través de la ventanilla. Las normas solo dejaban a dos personas por habitáculo y parada.

—Yo me llamo Ben—dijo y le tendió la mano.

—Yo Seth —dijo desde el otro extremo de la ventanilla y tendiendo la mano por ella.

—Emily.

Douglas no se presentó. Además, tenía la ventanilla del lado de Ben cerrada y seguía allí mirándolos parsimoniosamente, como si estuviera a punto de dormirse allí mismo. En silencio. Emily lo miró una vez más y, por estrategia propia, se guardó lo del topo. Douglas sería el topo. De eso estaba seguro. Y fue entonces cuando las luces se apagaron de repente. Parpadearon y volvieron a apagarse un largo y tendido rato. Todos sin ver nada salvo escuchar unos horribles gritos que provenían de..., vino la luz de nuevo, ¡Douglas!

6

Douglas estaba chillando como un poseso, con la cara desencajada, la tez pálida y por fin los ojos muy abiertos. Por alguna extraña razón sus sentidos se habían despertado y para ser tímido, ahora sí estaba dando la nota, chillando como un crío asustadizo y dejando ver su defecto más acentuado. Además de tímido, era verdaderamente cobarde. Por lo que había descubierto allí mismo algo impensable para él, ya que presumía para sí mismo de no tener miedo de nada excepto la timidez.

—¡Vaya un marica! —se apresuró a decir Emily

—¡Eh! Un poco de calma, por favor. No ha pasado nada —explicó Ben y eso que él era el que más miedo tendría que tener allí dentro por su fobia.

De pronto, Douglas empezó a llorar. Y esta vez sí se apagó la luz de nuevo y el grito fue desgarrador durante la oscuridad. Después volvió la luz y el primer destino estaba escrito en el habitáculo de Douglas que ya se había callado.

7

Tenía la cabeza girada del revés, completamente a 180 grados. El cuerpo seguía sentado en la silla, pero con la salvedad de que ahora no podían verle los ojos, ni las gafas de montura de hueso. Emily se echó a gritar y Seth se llevó la mano a la boca, al estar más distanciada no podía ver bien el cuerpo de Douglas. Ben, sencillamente, estaba aterrorizado, pero tenía que guardar el tipo.

—¡Cállate! Así no vamos a conseguir nada —espetó Ben.

—Esta cámara está sellada, este maldito donut está sellado durante tres largas horas, ya nos lo dijeron en el casting. Porque no seréis uno de vosotros el topo y estáis preparando una sorpresa, ¿verdad?—Eran las palabras titubeantes de Seth, que parecía mostrar más fuerza moral

entre todos.

—¡Está muerto! —exclamó Emily llevándose la mano a la boca.

—No digas tonterías, a lo mejor es un truco de una broma pesada que nos tienen preparada —dijo Ben realmente nervioso.

Mientras tanto, el pasillo seguía dando vueltas, pero podían pararlo ellos de forma manual. Las cámaras lo estaban grabando todo, pero no se vería su contenido hasta después de tres horas de donut.

—Vamos a parar el disco —dijo Ben acto seguido—, entramos y comprobamos si es un muñeco...

—Sí. Es buena idea. Será un muñeco —se alegró Emily.

Seth fue quien pulsó el pulsador para que se parara el pasillo. Una vez hecho, los tres salieron al mismo tras abrirse las puertas y se acercaron al habitáculo de Douglas. Entre Emily y Seth empujaron levemente a Ben para que entrase primero. Ellas dos se quedaron atrás.

—¡Dios mío! —exclamó Ben—. Es Douglas. ¡Está muerto! —Y salió rápidamente del habitáculo. Los tres se dirigieron al habitáculo, esta vez de Seth, porque estaba más alejado y de alguna manera se sentían más seguros. Pero era todo lo contrario, ahora vendrían todos los entuertos de quién podría haber sido.

Seth había estado sola en la cabina propia y físicamente no le habría dado tiempo de parar el disco e ir al habitáculo de Douglas. Ben estaba con Emily y, en todo momento, notaba el jadeo de ella cuando se iba la luz. Además, todo había sucedido muy deprisa. Ninguno de los tres sería el asesino. Ahora de nuevo las luces comenzaron a parpadear y momentáneamente se apagaron. El disco o donut, como le solían llamar, estaba activo con el pasillo rotando a ellos. Cuando regresó la luz todo seguía en orden. Douglas seguía en su habitáculo con el cuello partido y la cabeza de espaldas.

Vamos a cogernos los tres atinó a decir Ben como cabecilla del grupo. Y de pronto se fue la luz de nuevo durante unos pocos segundos, y notaron como un crepitar de huesos en la oscuridad. De pronto, algo pesado hacía que se desplomara uno de los cuerpos en un “clonc” contra el suelo. Cuando vino la luz, todo se repitió igual que antes.

Emily estaba en el suelo, tirada, inerte, con la cabeza girada del revés también. Seth y Ben se separaron de inmediato sorprendidos.

—Has sido tú, tú eres el asesino —le gritó Seth a Ben parando de nuevo el disco. Y cambió de habitáculo. Después se dirigió a una cámara del habitáculo y profirió todo tipo de insultos hacia Ben llamándole asesino.

Ben negaba constantemente con la cabeza. Él no había sido. Además, una cosa era partir el

cuello y otra era darle la vuelta a la cabeza completamente. Se preguntó si no había sido Seth, pero antes a Douglas le había pasado lo mismo y estaba en un habitáculo dos veces más lejos. Nada encajaba.

—Seth, si algo te conforta es que no he sido yo. ¿Quién fue entonces el que mató al primero?
—No sabía el nombre de Douglas porque este no se había presentado a ellos anteriormente.

—Solo sé que ahora quedamos dos y que no podemos confiar el uno del otro, aunque parezca que tengas toda la razón —respondió Seth.

Pero, de pronto, parpadearon de nuevo las luces. Esta vez ambos aterrorizados, sabiendo que algo más iba a suceder. A quién de los dos le tocaría esta vez. Se apagó la luz por unos segundos y volvió a encenderse. El espectáculo era dantesco. Seth profirió un alarido de muerte que resonó en todos los habitáculos del donut. Ben estaba en el suelo, con la cabeza vuelta atrás. Ahora solo quedaba ella.

9

El disco o donut fue girando unos minutos mientras Seth, embargada por las dudas, estaba cabizbaja y quizás fuera de sí. Sus pensamientos no fluían de forma ordenada y no podía más que recordar las imágenes de ellos. Pero no podía pensar con claridad, cuando, de repente, las luces empezaron a parpadear de nuevo. Su corazón ahora latía a gran velocidad y la presión de la sangre le subía a la cabeza, pero debía mantener la calma. La luz se apagó. Después, tras un largo y eterno silencio, se encendió de nuevo. A su lado estaba Douglas, de pie, con la cabeza todavía girada, de modo que estaba físicamente de espaldas a ella, pero mirándola fijamente desde detrás de los cristales de las gafas.

—Hola Seth. Soy el quinto invitado y ha sido un placer conoceros. —La voz era gutural y ronca, como si un demonio se hubiera apoderado de él. Y es que, en realidad, así había sido—. El concurso acaba aquí —concluyó.

Seth se echó para atrás con lágrimas en los ojos. De pronto comprendió, un demonio se había colado en el disco y era el invitado al que todos desconocían. Porque, sencillamente, no debía estar allí. De pronto, una vez más, se apagaron las luces.

Cuando pasaron las tres horas y el equipo técnico del programa abrió el donut se llevó una grata sorpresa. El que menos se le desencajó la mandíbula al ver el dantesco panorama allí dentro.

El Apocalipsis que conocimos

1

La naturaleza estaba enferma. La contaminación y el exceso de gente habían sido los que apretaron el gatillo. Los tsunamis, terremotos y cualquier inclemencia natural no eran suficientes para acabar con la vida humana en la tierra. Yo, Harold, y mi esposa Alice somos probablemente los únicos supervivientes, al menos en todo Maine. No era una era de hordas zombi, era la era de dejar de existir de alguna manera. Cuando la niebla aparecía y te alcanzaba, después todo terminaba. La tierra utilizaba su más mortífera arma contra el ser humano y el reino animal. Se esperaba un ciclo nuevo en la era de la tierra, y no era precisamente la glacial.

Tras pasar por la niebla, uno dejaba de tener fe en la vida y se dejaba morir o sencillamente se suicidaba. Las aves subían a volar alto y después se dejaban caer con las alas plegadas, aplastándose contra el suelo. Miles de ellas, millones. Los perros habían dejado de comer. Los gatos se lanzaban desde los tejados, al igual que los humanos. Muchos de ellos elegían el método más rutinario, lanzarse al vacío. Otros se inflaban de barbitúricos hasta reventar y un buen grupo se volaba los sesos. Todo era un caos.

Estoy escribiendo este diario por si alguien, después de mí, sigue vivo y lo encuentra.

2

Todo empezó una mañana de verano tremendamente calurosa. Hace ahora unas dos semanas. La fecha ya no importa. Si estás vivo, serás uno de los pocos que han sobrevivido estas dos semanas y, por lo tanto, ya conocerás la fecha. La niebla espesa, densa y pegajosa se acercaba por el mar hacia nuestros hogares con aspecto amenazante. Las gentes salían a la calle para ver tal “maravilla” de la naturaleza. Era todo un espectáculo, lo reconozco. Pero a mí no me gustó aquella densa niebla en verano. Se acercaba hacia nosotros como si fuera una ola gigante, pero de humo. Me asusté tanto que cogí a Alice y nos escondimos en el sótano durante varias horas. Cuando salimos todo había pasado ya.

Fuera, en la calle, había gente que se había ahorcado en los árboles y otros se habían disparado un tiro en la boca. Había pájaros, cientos de ellos aplastados contra el asfalto. Todavía había gente que deambulaba insegura por las calles de la ciudad. Los animales no tenían la mirada habitual, se habían quedado como absortos a alguna cosa que yo no podía ver. El coche de Morrison aplastó a un perro mientras este conducía a toda velocidad por la calle hasta estrellarse contra un árbol. Pero el animal podía haberse salvado y siguió en medio de la calzada, en esa tarde de verano asfixiante.

Han pasado dos días y sigo conduciendo. Lo que vemos es aterrador: muerte por todas partes, la gente tirada en las cunetas, así como animales. La gran depresión está por todas partes. No tienen ganas de vivir. A este paso, en pocas semanas, la tierra quedará libre de todo ser humano y animal, al menos en el norte de los Estados Unidos de América, que es donde me hallo yo ahora mismo. Tengo que alcanzar la casa de mi hermano Bob para usar la radio de largo alcance para pedir ayuda, ya que la policía no contesta, ni los servicios de emergencia.

Por fin hemos llegado al lugar adecuado, la casa de mi hermano. Esta vacía, no hay rastro de él, pero sí he encontrado la radio. Aun me quedan esperanzas de que mi hermano siga vivo. Yo conocía algo del español, por lo que si alguien estaba al otro lado, en el sur, podría saberlo.

Sintonicé la radio y escuché una voz latina, que explicaba más o menos lo que estoy viendo yo. Quise hablar con él, pero no sabía realmente cómo funcionaba la radio. Al final no pude con el maldito trasto, pero una cosa estaba clara, la niebla había alcanzado también a América del sur.

Seguí peleándome con la radio y escuché a varios tipos con un inglés de escuela que explicaban que había muertos por todas partes y hablaban de la niebla. Por sus acentos, eran de Rusia, Europa y Oriente Medio. Ahora estaba seguro de que la catástrofe había alcanzado el nivel mundial. Me aterroricé.

Pasaban los días y continuaba el mismo panorama. Ahora, las voces hablaban de una segunda pasada, esta vez de neblina, que hacía el mismo efecto en los humanos y animales. Alice, ajena a todo, hacía las tareas del hogar, pues la vida continuaba de alguna manera. Estábamos en una casa segura en lo alto del monte, refugiados. Pero las baterías estaban ya a bajo nivel. Y la radio chascarreaba más que otra cosa. Y entonces fue cuando vi la neblina acercarse hacia nosotros. La casa de mi hermano no tenía refugio subterráneo de modo que explique la situación a Alice, para que me ayudara a cerrar puertas y ventanas con fiso de la ferretería. Nos esconderíamos bajo unas mantas, debajo de la cama, y rezaríamos, si es que hay algo en esta vida.

Finalmente, la neblina pasó de largo, bueno, en realidad, pasó por allí, pero ya se fue. Al salir del escondite tenías la sensación de que todo había acabado. No tenías ganas de vivir. Estabas sumido en una gran depresión. Aún me quedan fuerzas para escribir este trozo, antes de que Alice y yo tomemos la terrible decisión.

Si encuentras este diario, mira un poco más abajo, hacia el acantilado, y nos encontrarás...
Ay, Dios mío, dónde está mi hermano Bob.

La fotocopidora

1

Portland es la segunda ciudad más grande del estado de Maine. Y, desde 1990, el Instituto de Arte de Maine se había convertido en el punto de atracción de los estudiantes del resto del país. De estilo victoriano. A menudo, algunos equipos informáticos se adquirían de segunda mano por motivos de presupuesto. Y una de las cosas que se había conseguido por esa vía era una gran fotocopidora para la segunda planta. Una HP Lajerjet C6030, con bandejas laterales y cuatro Casset de papel, así como alimentador de papel automático, entre otras cosas. Una señora fotocopidora, que funcionó bien hasta que, un día, el conserje del instituto sacó una fotocopia un tanto extraña. Tenía un rostro dibujado en un extremo del papel tapando algo el texto, ya que la imagen era muy difusa y difícil de distinguir, como una simple mancha.

Pero eso solo le sucedió una vez, en una de las copias, porque no tuvo oportunidad de realizar más fotocopias. Fue un miércoles por la tarde y el sábado lo hallaron muerto en su casa, engarrotado con una lata de cerveza en una mano que la estrechaba con tal fuerza que la dobló. A un lado del sofá, estaba la fotocopia junto con otras más que sí habían salido bien. Era una de las últimas novelas de Stephen King que se había bajado de forma ilegal de internet. El inspector dictaminó que había sido muerte natural, a pesar de que sus ojos marcaban un hilo de terror en estado puro.

Y así fue como empezó todo.

2

Suplantaron al conserje y la fotocopidora seguía estando en el mismo sitio, en una esquina entre dos pasillos, recibiendo en la mayoría de los casos los rayos de luz del sol que se colaban por la ventana que tenía enfrente, de modo que las limpiadoras debían hacerse a fondo su trabajo por el polvo que cogía. Pero antes de que llegara el nuevo conserje, el lunes, todos los alumnos se lamentaban de la pérdida del mismo y de cómo había sido tan trágica, de repente, de un infarto decían unos, de asfixia otros, e incluso ahogado en su propio vomito después de una espectacular borrachera llegaban a decir las malas lenguas. El que fuera un borracho empedernido daba rienda suelta a toda la imaginación posible. Pero los días y las semanas pasaron y todo se quedó en el olvido y más cuando llegó el nuevo conserje. Una de sus tareas era hacer fotocopias a los profesores y evitar, en la medida de lo posible, el abuso de los alumnos al realizar fotocopias.

—Soy el nuevo conserje y me llamo Ayrton —le dijo a una de las alumnas.

—¡Ya! Necesito dos copias, por favor.

—Está bien. Dos copias, ¿por ambas caras? —La alumna estaba enfrascada en una conversación con una de sus amigas y el conserje tuvo que silbar un poco para llamar la atención.

—¡Ah! Sí, por ambas caras.

—Muy bien, así me gusta, jejeje.

Y así es como se pasaba la mayor parte del tiempo Ayrton, realizando fotocopias, eso sí, controladas, existía un tope diario. Los días fueron pasando con normalidad y ya conocía a buena parte de los alumnos de allí. Hasta que sucedió algo nuevo en él.

3

Una de las copias salía con una mancha borrosa, desdibujando una cara a un lado del folio.

—¿Y esto? ¿Qué es señor Ayrton? —le interrogó el alumno. Se llamaba Jefferson y podíamos decir que era uno más de todos ellos. No destacaba en nada.

—No lo sé, es una mancha de tinta. —Ayrton lo miró con detenimiento y añadió—, voy a hacerte una segunda copia.

—Ok.

Pero la segunda copia siguió mostrando la mancha a un lado de la hoja. Quizás se había averiado la fotocopidora.

—Espera, dame otro folio, algo más para fotocopiar —le dijo el conserje estirando la mano para recogerlo—. Esta vez sí ha salido bien —se alegró—, la fotocopidora no está rota pues. Vuelve a darme el anterior folio.

—Tenga señor Ayrton.

Y de nuevo salió con la misma mancha. El chico no insistió y se llevó la copia defectuosa. Y al tercer día sucedió algo.

4

Lo hallaron muerto en su cama, con los ojos muy abiertos, signo de haber muerto aterrorizado. La mandíbula muy apretada, mordiéndose la lengua, rígida todas las facciones ahora blancas. Al lado de la mesilla el folio con la mancha reposaba suavemente al lado de la lamparilla. El inspector jefe dictaminó, una vez más, muerte natural y eso es lo que revelaban las autopsias. Un infarto. No guardó ninguna relación con la muerte del conserje hacía unas semanas.

5

El hecho se repitió unas dos veces más y siempre cuando salía esa mancha en el folio. Si te fijabas bien, era una cara desfigurada. Esta vez le tocó el turno a Hielen y a Ruth. Dos amigas de clase. Ambas aparecieron en sus casas, con los ojos casi ensangrentados de lo abiertos que estaban, presas del pánico. Muerte natural. Pero cuatro casos seguidos ya no eran tan normales. Y en todos ellos el folio con la mancha a un lado. Pero ni el inspector ni la policía local habían hecho caso a un papel en la zona de los hechos. Hasta que la revisión de los acontecimientos le reveló que siempre existía un folio con tal mancha. ¿Sería acaso la marca que dejaba el asesino y todo daría un giro inesperado? Los datos no coincidían, nada hacía presagiar que existiese un asesino. Pero se fijó en esos folios, todos eran iguales. Una cara desdibujada, torcida y degenerada por la tinta a un lado del papel. Le pareció sumamente extraño.

6

Alan estaba dando un repaso a las notas, cuando llegó al folio de la mancha. Se detuvo a mirarla y, efectivamente, vio una cara. Estaba semitumbado en la cama y echó una buena ojeada a la mancha-carra. De pronto, esta se empezó a mover en el papel y Alan se asustó. Dejándola caer sobre su regazo. La mancha se agrandó y el papel se volvió rígido como si de un cartón se tratara. La mancha, como en estado de ebullición, mostró una parte de lo que era una cabeza saliendo del papel ya en tres dimensiones, como si aquello fuera un agujero. Alan profirió un grito, pero estaba solo, de modo que nadie lo escuchó. Salió una cabeza con ojos blancos, la tez muy pálida y descompuesta. A Alan el corazón se le iba a salir del pecho hasta que la mandíbula se le desencajo del pánico y el terror. Y entonces fue cuando murió de un infarto fulminante. De repente, el folio volvió a ser como era antes y se cayó al suelo, sobre la alfombra.

7

El inspector cogió la fotocopia de la alfombra y pulcramente la metió en una bolsa de plástico.

—Quiero que analicen esta hoja —dijo a regañadientes.

—Sí señor —contestó alguien entre la multitud.

—Quiero datos como huellas, ADN, todo.

El resultado de la prueba forense no tardó en desvelarse. Tenía huellas del propio Alan, huellas del conserje, otras huellas todas ellas clasificadas sin antecedentes, es decir, nada que contrastase con un asesino en serie. El inspector no tenía nada. Su corazónada le decía que aquello era una marca de un psicokiller, pero ni encontró nada sobre ello, ni las muertes eran por asfixia, envenenamiento o cualquier otro motivo, más que un infarto provocado según las autopsias por un estrés muy brutal, un ataque de pánico. Un paro cardiaco originado por un miedo excepcional.

Y aún así desechó la idea de los folios fotocopiados como pruebas científicas. Y optó por las entrevistas. La primera de ellas tenía que ser con el conserje. Pálido y casi temblando lo recibió.

—¿En qué puedo servirle señor inspector? —Le temblaba la voz.

—Antes de nada quiero que sea sincero conmigo. Han sucedido varias muertes inexplicables y todas ellas muy relacionadas o de la misma naturaleza. Pero no parece que sigamos a un asesino en serie. Por un momento, pensé en las fotocopias. —Hizo una pausa para pensar y añadió—. Pero eso son estupideces. No soy supersticioso ni creo en cosas raras. Pero esto se me está atragantando.

—¿Y qué puedo hacer yo? —inquirió el conserje.

—¿Sabe cuántas veces ha fallado la fotocopidora?

—Sí, unas cuatro o cinco veces. Eso es poco.

—Pero coincide con las muertes.

—Lo sé...

—¿Puede hacerme una fotocopia? —preguntó el inspector señalando a la fotocopidora que reposaba bajo un halo de sol.

—Sí, claro. ¿Qué quiere que copie?

—Lo que sea.

La fotocopia salió bien. Sin manchas.

—¡Ya decía yo que era una estupidez! —se jactó el inspector.

—No le entiendo.

—Pues yo tampoco entiendo nada. Gracias por su colaboración.

Esa noche el conserje necesitaba realizar unas cuantas fotocopias, de modo que las haría cuando el instituto estuviera vacío. Una tontería, llegó a pensar, porque no estaba robando nada, solo iba a sacar unas malditas fotocopias. Nada más. Pero, aun así, esperó a que todos se marcharan y dejaran los pasillos más silenciosos que el convento de los monjes. Llenó de folios el cargador lateral y se dispuso a realizar unas doce fotocopias, solo doce, las mismas que se realizaron en un pis pas, pero, de pronto, algo le llamó la atención mientras estaba recogiendo las copias en una de las carpetas laterales.

La fotocopidora no estaba enchufada a la corriente. Será que tiene baterías, pensó sin el más mínimo conocimiento de las mismas. NO TENÍA LAS JODIDAS BATERIAS. De modo que

las fotocopias y las anteriores se habrían hecho sin electricidad, algo que le espantó de súbito, su piel helada y un sudor frío le recorrió parte del cuerpo. Y en ese preciso momento fue cuando vio que uno de los folios tenía una mancha en el lado lateral. La cogió y la miro detenidamente, después la soltó de golpe y la dejó caer al suelo. Era una cara lo que había visto allí, una cara desfigurada. Tan pronto como el folio tocó el suelo, este se arrugó levemente y de la mancha empezó a elevarse una cabeza. Finalmente, salió y ya aparecían lo que eran unos hombros. “¡DIOS SANTO!”, pensó, y quiso echar a correr, pero un punzante dolor le invadió desde el centro mismo del pecho hasta el cuello, en la parte izquierda. Eso era un infarto. Y cayó fulminado al suelo, el cuerpo inerte se golpeó frenéticamente en un “clonc” estrepitoso y tétrico.

9

Al día siguiente, la limpiadora dio la voz de alarma y, en media hora, estaba allí el inspector. La policía local tomaba huellas por todos lados y analizaba palmo a palmo la zona del suceso. Interrogatorios aparte. De pronto, y haciendo caso a las conjeturas paganas, “en lo que no quería creer”, hizo una fotocopia de una de las hojas que había cogido de allí mismo para compararla, por si salía la famosa mancha. Y sí, le salió una idéntica a la que encontró en el suelo y entonces se percató de algo. Había un enchufe sin enchufar en la base.

—¿Este enchufe es de la fotocopidora? —preguntó a un policía local. Este miró detenidamente el cable y afirmó con la cabeza.

—Sí señor, es de la fotocopidora. ¿Por qué señor?

—¡Por nada! —le interrumpió el inspector, pálido como una pared recién pintada. Iba tomando el color grisáceo al principio para volverse blanco.

¡OH DIOS MÍO, EL SIGUIENTE VOY A SER YO!

El atajo de la cuesta de la cabra

1

La autovía acababa en el pueblo, después de ahí solo estaba el mar. Por la montaña podías rodear el paraje y salir por cualquier dirección sin tocar el mar, hacia otras direcciones, y una de ellas era la cuesta de la cabra. El camino era pedregoso y en parte asfaltado también, pero las obras todavía no habían terminado. De modo que debías ir con mucho cuidado con la velocidad. Aunque esta última poca podía ser debido a la gran cantidad de curvas que existía y a que todo era una montaña a la que rodear en altura y después bajarla casi en picado para aparecer en otro pueblo sin tener que pasar por los controles de la policía local en la avenida principal del pueblo.

Gale, la chica, Jim y Mack iban en el coche totalmente emborrachados conduciendo este último. El cántico de canciones sin sentido se sucedían en la parte de atrás del vehículo y Mack tataba sin orden alguno sobre el volante al tiempo que las ruedas del coche sesgaban por la calzada más que rodar. Bajo el control del alcohol todo parece como más seguro, cuando, en realidad, no lo es. Estás ocupando dos carriles y te crees que estás pasando por una ladera como un fitipaldi haciendo una proeza.

Más adelante, en la autovía, a un extremo de la derecha, debidamente señalizado, había un vehículo averiado. El conductor estaba esperando a la grúa para que se lo llevara y estaba bien alejado del coche, fumándose un cigarro en mitad de la noche, fresca y clara. Podías ver la luna llena con toda nitidez.

Mack apenas vislumbraba lo que eran aquellas luces si es que las veía con claridad a lo lejos, pero sí a medida que se acercaba. Su ocupada mente ahora por las alucinaciones del alcohol no le permitía pensar con claridad, por lo que no bajó el pie del acelerador. En cualquier caso, no pararía y pasaría por el lado izquierdo de las luces. Pero he aquí que ocurrió lo que nunca debe suceder y que pasa.

El hombre del cigarrillo escuchó sonar el móvil, que estaba en el asiento del coche, en el lado del conductor. Miró en derredor y vio unas luces muy tenues bastante lejos como para pensar que tendría tiempo a coger el teléfono móvil. De modo que se arriesgó, volteando el vehículo por el lado del conductor, pero Mack iba a una velocidad tan excesiva que se le vino encima.

Solo tuvo tiempo de ver que algo desaparecía bajo sus ruedas, primero las delanteras y después las traseras, dando un pequeño bote y sintió cómo algo se aplastaba téticamente cuando pisó el freno. Gale y Jim fueron despedidos hacia la parte delantera del coche cuando el automóvil frenó del todo y, de forma muy brusca, pasando de ciento veinte a cero kilómetros por hora a lo largo de las huellas negras de los neumáticos que chirriaron a la vez. En la parte de atrás, un humo humeante se apercibía entre las luces de señalización y, más al fondo, en el medio la calzada, pisando la línea discontinua había un cuerpo inmóvil.

—¡Lo he matado! —chilló Mack terriblemente asustado.

—¿Lo has hecho? ¿Qué era? —inquirió Jim.

—¡Una persona, joder!

Gale estaba aturdida del golpe que se dio con el asiento del lado del conductor. Cuando finalmente volvió en sí, la borrachera dio paso a la lucidez como por arte de magia.

—Tenemos que avisar a la policía —agregó Gale en un acto de plena bondad y obligación.

—¡No! Estás loca, no llevo carné de conducir, me la cargaría. —Mack estaba muy nervioso sin soltar todavía el volante y con el motor encendido, rugiendo como un demonio bajo la luna—. Va a venir alguien y me va a pillar, incluso puede que la propia policía.

De repente, aceleró y siguió la marcha para buscar la próxima salida y realizar un cambio de sentido. En busca de un atajo que lo llevara a otro pueblo sin necesidad de pasar por la autovía.

—¡Estás loco! ¿No ves que ahora es peor? —gritó Jim—. Acabas de complicarnos la vida —advirtió dejándose caer en el asiento trasero—. ¿De verdad crees que no habrás dejado la matrícula allí mismo o incluso el parachoques entero?

—No creo. No llevo matrícula desde hace unos tres días, ni parachoques. Mi hermano lo estará arreglando todavía...

—¡Por Dios! —exclamó Gale—. Estupendo. Asunto resuelto.

Dos kilómetros más abajo tomó hacia la derecha, había un desvío en el que podías realizar un cambio de sentido, pero Mack decidió tomar el atajo por debajo del puente hacia la cuesta de la cabra. De allí se iría hacia la zona más alta de la montaña, donde estaban los repetidores de televisión y desde ahí bajaría por otra carretera hasta otro pueblo, a unos treinta kilómetros del actual. Durante unos minutos reinó la incertidumbre y el silencio allí dentro.

2

Mack estaba ahora más centrado en la carretera, que se hacía angosta y difícil por las numerosas curvas que poseía. Atrás, Gale y Jim estaban en silencio con ganas de vomitar por el constante meneo del coche. En una “zas” las cosas habían cambiado. De estar de vuelta de una fiesta a ser cómplices de homicidio involuntario con omisión de socorro, como mínimo. Si la policía los localizase serían carne de cañón. Y eso no le gustaba a Mack. Pero tampoco podía decidir sobre la vida de los demás. Así que detuvo el coche. En mitad de la noche.

—Vosotros no tenéis la culpa. Quiero que os bajéis del coche ya, ahora mismo —ordenó Mack con el motor rugiendo.

—No Mack, iremos contigo. No me jodas. ¿Nos vas a dejar aquí en mitad de la noche en la

carretera o atajo más largo del mundo?

—Dejad de discutir chicos.

—Ya os he dicho que tenéis una oportunidad. Nadie tiene por qué saber que vosotros estáis en el coche. Os largáis y saldréis absueltos de varios delitos. Yo asumo la responsabilidad de todo.

—¡Ja! ¿Y por qué no te detuviste antes? —le interrogó ahora Gale algo cabreada—. Ese pobre hombre o mujer está muerto allí atrás. —Paró un momento para inhalar aire y continuó—. La policía solo te habría culpado a ti por no llevar carné de conducir, pero al menos hasta cabría la posibilidad de haber salvado la vida de ese hombre o lo que fuera...

—¿Quieres bajar ahora? O sigo con la marcha...

—¡Haz lo que quieras! No nos pensamos mover de aquí ahora —dictaminó Jim cruzando los brazos.

Y entonces el motor del vehículo bramó en la oscuridad y Mack tomó otra curva en segunda.

3

De pronto, un coche venía de frente. Dos grandes luces que crecían en tamaño y luminosidad a medida que se acercaban. Mack pidió calma a los que estaban en el asiento de atrás, no fuera que sea un coche policía. Pero, a decir verdad, ya tenía la sensación de que eso no sucedería. Se apartó hacia un lado de la carretera, ya que ambos vehículos no podían pasar juntos por la anchura de la calzada y, a velocidad muy lenta, vieron pasar el vehículo. Era un coche fúnebre.

—Lo que faltaba —gruñó Jim detrás—, un coche fúnebre. Yo sé dónde necesitan uno ahora mismo...

—¡Cállate! —le interrumpió Mack—. Las bromas las justas.

—¡Qué!

Y después prosiguieron la marcha. Lentamente, Mack subía la cuesta de la cabra. Hasta hace unos meses era una carretera de tierra y, ahora, estaba asfaltada, aunque no pintada. Pero eso daba igual ahora mismo. Se conducía bastante bien, por lo de los baches y eso. Condujo sendero arriba y luego abajo, ya sin asfaltar, durante más de una hora. Algo raro, debió de equivocarse de camino, porque, de repente, se encontró con que estaba en el inicio de la partida. Bajó el puente. No podía ser. Ahora tendrían que estar treinta kilómetros hacia el norte.

—¡Joder! —masculló Mack, puso la primera y el rugido del motor ocupó el silencio de la noche, salvo las somormujas que habitaban allí. Se erigió hacia la cuesta de la cabra otra vez, y en esta ocasión se detuvo a unos tres kilómetros a una casa abandonada a la derecha, en medio del campo. Entró por una carretera de tierra y se escondió entre los árboles.

—Chicos, es hora de orinar —dijo Mack apagando el motor.

Era el lugar donde todos los años pasaban un día de campo. Un lugar seguro, oculto y casi de propiedad por las constancias que tenían de ir. Por lo que conocían perfectamente la zona. Era difícil perderse, y menos cuando la luz de la luna bañaba de plata el siniestro paraje. Jim y Gale bajaron del coche.

4

El grito rompió el silencio de la noche y fue Gale quien encontró el cadáver de Jim estampado contra una de las puertas de la casa con una horca atravesada en la cabeza. Mack acudió al lugar para calmar a Gale. Ahora sabían lo que era el miedo a lo desconocido. Ahora sabían lo que era la muerte. Un lugar tan seguro y que hubiera sucedido esto... ¿Qué había sucedido? ¿Por qué esta muerte tan brutal en medio de la nada?

“A lo mejor alguien os está persiguiendo para vengar su muerte”.

Era una vaga idea.

Histérica, Gale no quería subir al coche de nuevo. Pero, de pronto, unos refulgentes faros brillaron a lo lejos. Era un coche. Mack tapó la boca de Gale con fuerza. A lo lejos divisaron el que sería el coche fúnebre de nuevo. Bajando imposible la cuesta de la cabra.

—¡Dios! —murmuró Mack.

A los cinco minutos subieron al coche y abandonaron el lugar. Gale todavía estaba lloriqueando en la parte de atrás.

5

Después de un tiempo prudencial conduciendo en silencio, Mack se percató de que regresó de nuevo al mismo lugar del principio. ¡Eso era prácticamente imposible!, estaban dando círculos; pero era imposible, porque la cuesta de la cabra solo tenía una entrada y una salida, en el otro extremo de las montañas.

—¡Oh, mierda, mierda! —gritó Mack mientras golpeaba el volante—. ¿Qué coño está pasando esta noche? —Embragó, puso la primera y las ruedas delanteras rasparon el suelo derrapando, de nuevo hacia la cuesta de la cabra.

6

Por morbo, por curiosidad, Mack se dirigió a la misma casa de antes. Y descubrió que Jim ya no estaba allí. La sorpresa fue equitativa para los dos.

—Ha desaparecido —murmuró Gale, que estaba a punto de lloriquear de nuevo.

—¡Joder! ¿Qué está pasando esta noche? ¿Alguien metió droga en nuestras bebidas para gastarnos una broma pesada?

—No —negó con la cabeza Gale.

—¡Pues nada! ¡Seguimos con el juego!

Subieron al coche de nuevo y siguieron conduciendo otros diez minutos cuesta arriba hasta que el motor empezó a dar saltos y empujones, se habían quedado sin gasolina. Se hizo para un lado y el motor se paró.

—¡Joder! ¡Lo que nos faltaba ahora! —gritó Mack dándole un fuerte golpe otra vez al volante. En esta ocasión propinó varios golpes para descargar su rabia contenida. Gale estaba asustada y callada en el asiento de atrás, casi acurrucada.

Entonces vieron dos faros a lo lejos. Esta vez se bajaría a pedir ayuda. Cuando el vehículo estuvo a la altura de ellos, observaron con horror que era el mismo coche fúnebre de antes. Siempre el mismo maldito coche fúnebre. Serían las cuatro de la mañana y ya lo habían visto varias veces. Y la luna seguía allí arriba con la suerte de no ser tapada por ninguna nube.

Mack estaba fuera del coche cuando vio pasar al coche fúnebre. Gale seguía dentro. Cuando, de repente, un instante después que el vehículo pasara impasible ante ellos sin pararse a la petición de Mack, un río de gotas de sangre salpicó el parabrisas del coche. Algo en mitad de la nada había sesgado el cuello de Mack ante la atenta mirada de Gale. Cayó fulminado al suelo y esa fue la imagen que a Gale se le grabó en las retinas. Empezó a gritar histérica allí mismo, dentro del coche, que permanecía con las luces encendidas, alumbrando el cuerpo de Mack y la gran mancha de sangre en el suelo.

7

Después de un largo e intenso rato, Gale salió del coche y echó a correr hasta donde la luz del coche alcanzaba, pero, de pronto, se dio cuenta de que el cuerpo de Mack no estaba allí tirado en el suelo inerte, sino que no había nadie ni nada. Era todo como un sueño. Se detuvo presa del pánico y con lágrimas en los ojos regresó al coche. Esta vez el coche fúnebre iba en dirección contraria a las anteriores ocasiones. Gale se asustó tanto como para no salir gritó alguno por su garganta. Se estaba asfixiando presa de un ataque de pánico. El coche fúnebre se detuvo a su altura, con el motor en ralentí y las luces encendidas. De repente, la puerta de atrás se abrió y un fuerte brazo tiró de ella hasta meterla dentro. La puerta se cerró y el coche fúnebre emprendió la marcha impasible. El grito de histeria de Gale no se pudo escuchar por la insonoridad del vehículo y su cara plasmada en terror desapareció en la penumbra de los halos de la luna.

El caso es que todos habían muerto en el accidente.

Los niños que desaparecen

1

Edward, Charles, Patrick, Norton, Linda, Betty o Susan, eran algunos de los nombres que desde principios de agosto de 1983 formaron parte de los cientos de anuncios que mostraban el mensaje "Desparecido/a" y el Sheriff Coleman o Bannerman para algunos, se encontró colapsado de llamadas y suplicas de las madres y padres lloriqueando en su oficina.

Desde que llegó aquel hombre alto vestido de negro con unas entradas bien profundas en su pelo blanco, largo en la parte de atrás y ojos oscuros, las cosas empezaron a suceder en la pequeña ciudad de Boad Hill.

Bobby, Tom y Danny fueron testigos como el hombre alto cogió con sus propias manos y sin ayuda de nadie, el ataúd de la señora Rosenbaurt, como si fuera un bloque de corcho pintado y lo metió en el coche fúnebre que jamás había estado allí, ya que este, era bien diferente a los dos coches fúnebres que se conocían en la ciudad en esos años ochenteros.

Y con él, llegó también la espesa niebla que cada noche tras aparecer desde el bosque, tomaba las calles de la ciudad en un repentino silencio y amargo sabor en la garganta.

Allí ocurría algo y los tres investigadores de trece años, debían resolver el enigma.

2

—¿Viste como cogía el ataúd el solo? —Bobby estaba sentado en el suelo de la cabaña, que había construido en lo alto de tres arboles, entre él y sus dos inseparables amigos Tom y Danny. A decir verdad también les había ayudado el padre de Tom, que era carpintero y solo él, podía sentar las bases de la fuerte cabaña que aguantaba cada día los casi cien kilos que pesaban los tres chicos.

—Sí, parecía como si hubiera cogido un enorme algodón de azúcar —explicó Tom mientras se llevaba la boca el bocadillo que le había preparado sus madre.

—No sé cómo puedes comer tanto —intervino Danny ajustándose las gafas negras sobre la alargada nariz.

—¿Porque te metes conmigo? —gruñó Tom.

—¡Alto chicos! Estamos hablando del hombre alto y no de lo que come Tom —Señaló el bocadillo de Tom que ya era pasto de sus blancos dientes que tomaron un color marrón al esparcirse por sus labios la crema de chocolate. Bobby dejó de señalarlo cuando vio eso.

—¿De dónde habrá venido ese hombre? —se preguntó Danny en voz alta.

Tom se encogió de hombros y le dio otro mordisco a su bocadillo. Era el gordito del grupo, con prominente barriga, cara redonda y manos rechonchas, con el pelo rizado rubio.

Bobby era el chico normal entre comillas, que vestía pantalones cortos oscuros y una camiseta blanca que siempre tenía alguna mancha. Danny era el de las gafas gruesas con miopía y el típico empollón, también, delgado, quizá, excesivamente delgado. sus piernas ahora, en el mes de agosto parecían dos palillos con un rotulo en las rodillas que parecían protuberancias. Sus grandes zapatos negros siempre tenían un cordón suelto.

Pero los tres eran amigos y se llevaban muy bien y se hacían llamar "Los cabezas locas" por sus aventuras en el bosque y sus cuentos extraños alrededor del fuego o dentro de la cabaña que estaría a una altura de tres pisos. Desde la puerta como un gran ojo abierto hasta el suelo pendía una escalera hecha con dos cuerdas y decenas de tablas que hacían las veces de escalones. algunas veces se balanceaban en ella como lo hacía Tarzán en las lianas en sus películas, salvo que ninguno de los chicos imitaba el grito de Tarzán.

—No sé —contestó Tom con la boca manchada de chocolate.

—Eso no es normal —insistió Bobby que era el más activo de los tres—Tenemos que descubrir de quien se trata y de donde viene y que coche fúnebre es ese. —Hizo una pausa en la que sus ojos bizquearon y añadió—. Es más largo de lo normal. ¿Os habías dado cuenta?

Danny negó con la cabeza.

—Para mi todos los coches fúnebres son iguales. Me dan repelús todos por igual.

—¡Calla Danny! —vociferó Tom al ponérseles los pelos de la nuca como escarpías.

—Mañana hay un entierro —explicó Bobby mirándoles con sus grandes ojos que ahora brillaban.

—¿Quien ha palmado hoy? —preguntó Tom.

—La señora Palmer —se apresuró a contestar Bobby con semblante serio.

—¡Ah! —Era lo único que gimió Danny desde una esquina de la cabaña, con sus piernas cruzadas.

—Mañana después del entierro volveremos al cementerio...

—¡Ah! —soltó Tom y siguió concentrado con su bocadillo.

Y así fue cómo empezó todo.

Bueno, ya había empezado con el hombre alto aunque faltaba por llegar la niebla y las repentinas desapariciones de los niños y niñas de Boad Hill.

Tras la ceremonia del entierro, el cura bajó sus eternas manos levantadas durante todo el proceso del funeral, alabando a Cristo y sus bondades a tener en cuenta a partir de ahora, una vez que te sepultaban bajo la tierra. Nadie respondió a su última palabra. No hubo ningún "Amen" pronunciado, sino unos cuantos llantos aislados y alguien que se sonó los mocos de forma sonora.

Ahora la señora Palmer estaba encomendada a Dios y aunque nadie haya podido regresar del más allá, para explicar qué demonios sucede cuando estiras la pata, todas las religiones del mundo seguían su curso con sus Dioses.

La pequeña excavadora de Joe, el enterrador comenzó a moverse y a gruñir una vez se hubieron retirado los familiares de la difunta y el viudo, miró por última vez, el socavón cavado para ella. No tenía los ojos llorosos ni tampoco inyectados en sangre. A decir verdad, le importaba un pepino Palmer. Unas manos con un guante negro bordado con hilo recio, empuñó los mangos de empuje, y las ruedas de la silla de invalido marcaron dos líneas curvadas en la arena del suelo y más adelante, aplastó parte del césped recién regado.

Bobby estaba oculto tras los arboles que daban al cementerio, escondido como un lobo, seguro de que su siguiente presa aparecería por allí, gracias a su olfato.

—¿Y ahora qué hacemos ? —preguntó Tom con su cara hinchada.

—¡Calla! —Era la voz siseante de Bobby que miraba con ojos muy abiertos aquella mañana de agosto. Y la pequeña excavadora amarilla.

—Joe está sordo —explicó Danny parpadeando bajo los gruesos cristales de sus gafas.

Tom le dio un codazo. Era su tío.

Mientras, la pequeña excavadora, que se había convertido en un espejo reflectante bajo el copioso sol con un Joe sin camiseta acomodado en su asiento y sudando copiosamente, empezó a llenar de tierra la fosa. Entonces, bajo el ronroneo del motor, Bobby decidió que era momento de esperar, agazapados, hasta que el hombre alto volviera, si es que volvía.

Pero las agujas del reloj empezaron a girar muy despacio en sus muñecas, el calor a sucumbir en sus pequeños cuerpos y Tom no paraba de decir que tenía hambre y cuando al fin, estando a punto de tirar la toalla, cuando el sol ya había alcanzado tres cuartas partes del cielo, el hombre alto apareció por fin dentro de su coche fúnebre.

El motor del coche fúnebre se paró un golpeteo de pistones que sonaron a un enorme eructo y por el tubo de escape se elevó una nube de humo azul que impregnó el aire a diesel quemado. Después la puerta del lado del conductor se abrió lentamente y por debajo de esta se vio como un zapato negro pisaba el polvo del suelo, levantando una pequeña humareda alrededor de la suela.

Bobby abrió más los ojos, como si estos quisieran salirseles de las cuencas y Tom dejó de

decir que tenía hambre. Un sórdido ruido apareció en sus tripas y enmudeció. Todo estaba en silencio. Era como si el hombre alto se moviera con espantosa lentitud. Por el borde superior de la portezuela aparecieron unos dedos que se agarraban a ella y después se mostró el dorso de la mano blanco como la barriga de un pez. Un instantes después, su semblante serio de mirada profunda y oscura pareció mirar hacia el fondo del bosque, hacia los arboles donde estaban ellos y no hacia la fosa cubierta de tierra que ya estaba seca.

Bobby de forma instintiva se echó para atrás sin hacer ruido pero su corazón se golpeó contra sus costillas con violencia. Creía que iba a morir de un infarto. Tom permanecía callado y Danny se ajustaba las gafas sobre su nariz alargada.

El hombre alto mostró una vez más su incipiente calva y los pelos largos que parecían medusas desde la base del cráneo hasta la nuca, se movieron al son del golpe de aire de aquel atardecer. Salió del coche y sin cerrar la portezuela se dirigió a la parte posterior del coche. Una vez allí las bisagras chirriaron débilmente y el hombre sacó de allí una pala de grandes proporciones. rodeó el coche y cuando se puso sobre la tierra removida, empezó a cavar sin doblarse.

—Va a sacarla del agujero —dijo Tom en un susurro.

Bobby le dio un codazo y este se quejó con un bufido.

Veinte minutos más tarde, los tres niños solo podían ver la pala y el pelo blanco, largo y serpenteante del aquel hombre alto vestido de negro.

—Tiene que estar acabando —anunció Bobby con el corazón en un puño todavía. Los demás permanecían en silencio y el sol empezó a mostrarse como un huevo frito casi a ras de las montañas rocosas.

Después la tierra dejó de volar por los aires a un ritmo acompasado con una respiración sibilante y el hombre alto se perdió en el interior de la fosa. Un momento después, ante la expectativa de aquellos tres críos, la parte delantera del ataúd se asomó por el borde de la fosa.

Danny se echó para atrás de forma repentina y aunque todavía no se había puesto la camiseta, empezó a sudar copiosamente, presa del miedo que mostraba desde su rostro.

—Silencio —susurró Bobby llevándose el dedo índice a los labios.

—Si no hemos dicho nada —se quejó Tom. Eran sus tripas que rezongaban allá adentro, bajo su flácida barriga.

La calva del hombre alto apareció al fin al lado del ataúd y después su alargada cara de un color azulado o blanco, no podían ver qué color tenía ese tipo a cierta distancia y menos aun cuando el sol se despedía con sus últimos rayos de sol anaranjados.

Salió de la fosa y agarró el ataúd como si fuera una almohada y se lo colocó bajo el brazo y empezó a caminar hacia la parte posterior del coche fúnebre y lo metió dentro como la misma facilidad de la primera vez.

Bobby, Tom y Danny estaban con la boca abierta en una O perfecta y sus ojos casi se habían

hinchado de lo anonadados que estaban.

Después el hombre alto se sacudió las manos y cerró la portezuela en un sonoro clank metálico, caminó hacia la parte delantera del coche y ocupó su lugar de conductor. El motor se quejó, ronroneó y al fin arrancó con una explosión en el tubo de escape que mostró ahora una densa columna de humo oscuro, pues ya no había visibilidad y sin encender las luces, el coche fúnebre se fue de allí marcando el suelo y aplastando el césped regado aquella mañana de agosto.

—¿Habéis visto eso? —La voz de Bobby sonaba algo alterada y jadeante a la vez.

—No —dijo Tom llevándose la mano a la barriga.

Danny seguía con la boca abierta.

5

No vieron al hombre de negro en los siguientes días y por supuesto cuando lo tuvieron a tiro dos veces, no pudieron seguirle el rastro a pesar de que el coche fúnebre se movía como una oruga, por una razón de peso, el miedo.

Sin embargo sabían que él se llevaba todos los ataúdes cada día y el Sheriff Bannerman estaba realmente ocupado en descubrir qué sucedía allí en el cementerio, mientras, un pulsante dolor de cabeza no le dejaba ni siquiera dormir. Interrogó a los jóvenes más conflictivos de la ciudad y a los ladrones más conocidos, pero ninguno de ellos encajaba con aquellas atrocidades. No había motivos para ellos. De modo que el dolor de cabeza ascendió como una sirena ululante pidiendo auxilio. Bannerman se tomaba unas píldoras para el dolor de cabeza y se acostaba con la pistola reglamentaria empuñada en la mano durante toda la noche.

Y las cosas no tardaron en emporrar. Los niños y niñas empezaron a desaparecer cuando la extraña niebla hizo acto de presencia.

6

El extraño ruido despertó del sueño a Ricky, un niño de diez años de pelo pelirrojo y una plaga de pecas en su rostro. Sus finas manos se agarraron a la sabana como si esta fuera su salvación en caso de peligro. El ruido era tétrico. Y la luz de la luna penetraba por el cristal de sus ventana iluminando vagamente la habitación. Entonces lo vio. Sus ojos se agrandaron por momentos y a punto estuvo de chillar, pero su boca se abrió en un acto de sorpresa. Había niebla, como si una nube hubiera bajado hasta su misma ventana. Las formas se movían con suaves movimientos circulares y humo que se difuminaba.

Ricky se aferró mas a su sabana y el corazón comenzó a latirle de forma exagerada, bajo su pequeño y escurridizo pecho. Sentía dolor pero ahogó el grito. entonces regresó de nuevo el ruido. Se producía justo detrás del cristal de su ventana y a pesar de que era verano y las noches se

hacían insoportables, Ricky dormía con la ventana cerrada, pero eso no le salvó esa noche.

El ruido, lo más parecido el roce de una tiza en una pizarra, se produjo a intervalos de segundos. Y sus dientes se pusieron de punta por la tiricia y entonces lo vio.

Detrás del cristal había un dedo y lo que parecía una uña larga, agrietada y oscura. Se movía hacia arriba y hacia abajo y estaba arañando la superficie del cristal. Rasgando, chirriando, y los pelos se le pusieron como escarpas. Y entonces escuchó una voz sosegada.

—Ricky.

Y en ese momento dos puntos amarillentos brillaron en medio de la densa niebla tras el dedo y supuso que eran dos ojos. Por un momento, pensó que se trataba de un lobo y su corazón golpeó su caja torácica como un gran martillo de hierro.

—Ricky, ven aquí. Tengo una cosa para ti.

A la mañana siguiente los padres de Ricky denunciaron su desaparición ante la comisaria del Sheriff Bannerman, quien seguía ahora más que nunca, con el dolor de cabeza. Esa mañana habían desaparecido tres niños.

7

Se busca a Edward, niño de siete años, moreno y algo delgado. Supuestamente desapareció la noche del trece de agosto con su pijama de Batman.

Eran los detalles que se leían en un cartel pegado como un moco en el poste torcido de una línea telefónica. En la parte superior se veía la fotografía asustada de un crío endeble.

—Ya hemos visto cuatro de estos carteles esta mañana —dijo Bobby subiéndose a su bicicleta. El sillín le estrujó un huevo y el dolor fue insoportable desde el comienzo.

—Algo extraño está pasando desde que vino el hombre alto —dijo Tom con un bocadillo en la mano. Esta vez era de crema de cacao y con la otra mano sujetaba el manillar de su bicicleta.

—Y desde que apareció la niebla esa —corroboró Danny tocándose las gafas como de costumbre— ¿La habéis visto no?

—Sí —dijo Bobby mientras apoyaba un pie en el pedal— Es asquerosa.

—¿A qué te refieres? —Casi no se entendía la voz de Tom pues estaba hablando y masticando al mismo tiempo.

—A que tiene un color raro y aparece cada noche. —Bobby hizo una pausa después de que se mitigara el dolor de su testículo y añadió—. Sale del puto bosque.

—Esa boca —dijo Danny.

—Tenemos que investigar —añadió Bobby y empezó a pedalear— ¡Seguidme! ¡Vamos!

Y Danny y Tom se subieron a sus reparadas bicicletas de segunda mano y le siguieron.

8

Edward, Charles, Patrick, Norton, Linda, Betty, Susan o Ricky o cualquier otro niño, estaba flotando delante de la ventana, ignorando la ley de la gravedad. era como si la pegajosa niebla que parecía tener tentáculos oscuros, tuviera un suelo donde posarse el niño de rodillas que estaba arañando con su uña el cristal de la ventana. El ruido, crispante de narices, despertó de su sueño a Eilen, una niña de doce años, con una melena rubia rizada y ojos azules que brillaban hasta en la oscuridad. Y a decir verdad, parecía que la luna brillaba todas las noches como si fuera luna llena eternamente.

Eilen se irguió sobre la cama disparada por un resorte invisible y vio que la sabana, estaba colgando en el borde de la cama. Sus ojos azulados se fijaron también en el rostro pálido y de ojos amarillos de aquella pequeña figura que arañaba el cristal y pronunciaba su nombre.

—Eilen.

Al día siguiente, el Sheriff Bannerman miraba con curiosidad insidiosa las manchas olvidadas en el cristal de su ventana. Frunció el ceño y advirtió de que eran las marcas de unos dedos pequeños. De un niño quizá. Pero la ventana estaba en un primer piso y no había escalera alguna allí.

9

Bobby apretó sus dedos sobre las palancas de freno de su bici y esta derrapó en el polvoriento suelo de las afueras de Boad Hill, junto a la zona delimitada con Derry. Tom chocó con la rueda trasera de su bici y bajó sus pies de los pedales para ponerlos en el suelo ante una caída inminente. Danny, más tranquilo, frenó con suavidad. Los tres chiquillos estaban frente a una casa abandonada de estilo pintoresco decía Bobby. Era una de esas grandes casa que parecen victorianas, de madera, pero que no lo son, sencillamente tienen muchas ventanas, dos pisos de altura y varios aleros vigilando el cielo azul en verano y aguantando la nieve en el invierno.

Bobby los había llevado ahí porque sabía que esa casa escondía cosas extrañas. Una vez escuchó decir a su padre, que los que allí vivieron, aparecieron todos ahorcados en la viga del centro del salón. Eso fue en los años cuarenta y que desde entonces se han disparado todo tipo de historias sobre la casa...que no recordaba el nombre.

A un lado de esta había una llanura de maizal y en el otro extremo una especie de molino gigante, con varias aspas oxidadas para no sé qué función haría allí. Bobby había escuchado de su padre, que la casa tenía un sótano y que nunca nadie había bajado porque se escuchaban llantos y gemidos.

Tom y Danny se quedaron embobados tras escuchar esta breve historia. Dejaron caer las bicis al suelo en estruendoso ruido metálico y allí las dejaron, inertes en el suelo como una vieja basura espera ser devorado por el sol.

10

—¡Había un niño detrás del cristal de la ventana! —El niño estaba exaltado, excitado y asustado. Pero no dejaba de hablar. Tendría unos ocho años y se llamaba Chris y supuestamente habría sido testigo de cómo se llevaron a su hermana Emma de seis años de edad.

El Sheriff Bannerman se llevó dos pastillas blancas a la boca y se las tragó con mucha saliva. El sabor era amargo pero al menos le calmaba el dolor de cabeza y podía pensar un poco.

—Chris ¿Que viste en la ventana? —Los ojos grises de Bannerman miraron fijamente a los ojos oscuros del niño mientras lo agarraba con suavidad por los dos lánguidos brazos.

—Un niño. —Chris vio como las cejas del Sheriff se enarcaron— Estaba flotando sobre la niebla y tenía una uña larga que arañaba el cristal que hacia un ruido muy raro...

—Chris —le interrumpió Bannerman moviendo los labios de forma extraña—. Haya un piso de altura desde la ventana hasta el suelo. Nadie puede flotar en el aire.

—Y sabía el nombre de mi hermana —añadió el crio sin hacer caso a las palabras de Bannerman.

—Chris, quiero que me digas la verdad...

11

—Las ventanas y la puerta está tapiadas con maderas —observó Tom agazapado entre los matorrales que habían muy cerca de la casa.

—Mi padre nunca me dijo que las hubieran tapado —recordó Bobby tirado en el suelo panza abajo.

Los chicos se estaban acercando a la casa reptando como las serpientes. Dejando tras de sí serpenteantes marcas en la tierra.

—Estoy poniéndome perdido —se quejó Danny a la vez que se ponía bien las gafas. Una manía incapaz de eliminarla.

—¡Silencio! —La voz de Bobby sonó como un susurro—He oído algo.

—Sí, ha sido el pedo que me he tirado —dijo Tom y era cierto.

—No. Además de eso he oído un ruido metálico. Como el de una portezuela de coche al

cerrarse.

—Será el Sheriff —opinó Danny tocándose otra vez más las gafas.

Tendidos en el suelo, esperaron unos minutos y solo el silencio estaba presente en esa calurosa mañana de veintitrés de agosto.

—Sigamos chicos —dijo al fin Bobby moviendo de nuevo su cuerpo, arrastrándose sobre el suelo, llenándose de tierra y de vez en cuando sintiendo alguna punzada en sus desnudos brazos.

Tom y Danny le siguieron como dos caimanes pesados.

12

Cuando el motor ronroneó y después rugió como un animal enfurecido, los tres chicos se detuvieron detrás de un arbusto con los ojos abiertos como platos. Aguardando en silencio y entonces, lo vieron de nuevo.

De la parte de atrás de la casa salió el morro del coche fúnebre sin brillo alguno bajo los rayos del sol. era como si el negro de la carrocería absorbiera toda luz en su interior. Detrás del volante estaba él. Con prominente calva y sus pelajos largos atrás en la nuca. Tenía, como siempre, un semblante serio y pobladas cejas que oscurecían mas su mirada.

El coche giró hacia la izquierda y enfiló el camino que se abría paso entre los arbustos y el maizal. Bobby aplastó su cara contra el suelo, para que el hombre no pudiera verlo y los demás micrón lo mismo. El coche fúnebre pasó ronroneando y soltando un azulado humo al lado de ellos y se alejó lentamente camino arriba.

—¡Buf! —resopló Tom y una nubecilla de tierra en polvo le hizo estornudar.

—¡No seas imbécil! —exclamó Danny tocándose de nuevo sus grandes gafas negras—, Nos van a oír,,,

—¿Nos van...? —inquirió Bobby levantando su espolvoreada cara del suelo—. ¿Quién ha dicho que hay alguien más?

Danny se encogió de hombros en el suelo.

—Es lo primero que me ha venido a la mente.

Bobby se sentó en el suelo 6y su cabeza sobresalía sobre el arbusto seco.

—Pues a lo mejor tienes razón y todo y tenemos sorpresa ahí dentro.

—¿Es que vamos a entrar ahí dentro? —preguntó Tom apoyándose sobre sus manos.

—Claro. —La voz de Bobby sonó ronca.

—¡Uyyy! —Danny miró por encima del arbusto.

Bobby lo miró con incierta mezquindad y añadió.

—¡Vamos a entrar en la casa! —Y se arrastró de nuevo por el suelo hacia la casa. Estaban apenas a cinco metros de la puerta que estaba cubierta de tablas clavadas con clavos oxidados. Pero vieron una puerta de madera abierta en un lateral de la casa, justo en el suelo. Era del sótano. Bobby frunció el ceño y se arrastraron hacia ella.

13

Los escalones estaban abombados y eran de madera. Al pisar sobre ellos, estos crujían como ramas secas bajo el pie de un obeso. El interior estaba oscuro y los rayos del sol no alcanzaban la profundidad del pasillo. Las sombras, cada vez menos visuales dibujaban formas extrañas en el techo y más allá no llegaba la luz.

—¿Ahora qué hacemos —pregunto Tom con el cuerpo paralizado.

—Avanzar —dijo Bobby aun a sabiendas que aquello no sería quizá una buena idea.

Bobby que era el primero de la fila, pisó un escalón que se partió bajo su pie y soltó un ¡Ah! repentino que hizo reverberación en el sótano de la casa.

Tom se quedó paralizado.

—¿Que sucede? —Danny se tocó por enésima vez sus gafas ahora más negras que nunca.

—Nada. —Hubo un corto silencio pero ominoso y continuó—. Falsa alarma.

Bobby siguió bajando los escalones adentrándose en la oscuridad y entonces vio algo que le iluminó la cara.

—¡Mirad! Entran los rayos del sol en el fondo del sótano. Hay una ventana con tablas que dejan pasar la luz por los huecos.

Era como si hubiera descubierto un tesoro por la expresión de su cara que ni Tom ni Danny pudieron ver.

—¡Ah! —Tom se llevó una mano a la barriga y pensó en el bocadillo justo ahora, que como exploradores, estaban a punto de descubrir algo único.

Sus pies tocaron el húmedo suelo que no era más que tierra removida. En el aire se respiraba una mezcla de algas podridas y salitre o sería otra cosa...

—¿Qué es eso que hay ahí? —Señaló Danny con su dedo índice temblando.

—¿El qué? —preguntó Bobby acojonado.

—Eso. —Su dedo índice tembló un poco más.

—Parece una caja de madera —dijo Tom abriendo mas los ojos—. Pero es tan grande...

—Vayamos hacia ella —ordenó Bobby, llevando la iniciativa una vez más.

Cuando hubieron dado tres o cuatro pasos, Danny tropezó con algo blando y cayó al suelo. Durante la caída, su boca emitió un extraño gritito y el golpe final fue sordo.

—¿Que ha pasado? —preguntó Bobby volviéndose hacia ellos. Tom señaló a Danny y un rictus apareció en su cara redonda.

Danny desde el suelo lo vio con la ayuda de la poca luz que entraba entre los huecos de las tablas de la ventana tapiada. Era una cara. La cara de un niño con pelo oscuro y estaba con los ojos cerrados. Él había tropezado con su cuerpo, por eso no se hizo daño, pero le asombró ver que aquel niño no se despertara y tampoco cayó en la cuenta, que diablos hacia allí Edward, Charles, Patrick, Norton, Linda, Betty, Susan, Ricky o quien fuera que sea.

Bobby lo vio también y agudizo su mirada hacia el suelo fangoso del sótano y descubrió que habían más, tumbados, boca arriba y dormidos.

—Estos podrían ser todos los niños y 76 niñas desaparecidos en las últimas semanas —explicó Bobby con un grado de asombro reflejado en su rostro macilento.

—¡Tienes razón! —exclamó Tom empezando a jadear y a hacer extraños ruidos con su garganta.

—Silencio. Aquí pasa algo raro. —La voz de Bobby sonó áspera mientras permanecía inmóvil. Con sus brazos extendidos como un robot en pausa y su corazón golpeándole el pecho.

—¿Y eso que es pues? —preguntó Danny tocándose por decima vez sus gafas.

Bobby volvió la mirada y lo vio perfectamente.

—Parece un baúl. Un baúl enorme que esconderá cosas, supongo. —Ponía en duda sus propias palabras.

—Yo me voy de aquí —susurró Tom intentando dar marcha atrás con su pesado y lento pie.

—Primero vamos a ver que había dentro de ese baúl —dijo Bobby—. Después iremos a ver al Sheriff Bannerman y se lo contaremos todo.

—Buena idea —dijo Danny ahora sin ajustarse las gafas.

Bobby avanzó un paso más con cuidado de no tropezar con alguno de esos niños tumbados en el suelo. Después ellos le siguieron a él. Tom le pisó la mano a lo que parecía una niña de unos trece años a juzgar por sus bultos pequeños debajo del pijama a la altura del pecho.

Los tres rodearon la enorme caja que mediría más de dos metros de largo por cinco palmos de ancho. La luz del sol, uno de los rayos rectos como un foco de una linterna con su polvillo revoloteando alrededor de la luz y todo, se colaba por el hueco de entre dos tablas, iluminando el centro de la caja.

—A la de tres abrimos la tapa con todas nuestras fuerzas. No parece estar clavada ni nada. Así que será pan comido. —Pero la voz de Bobby sonaba insegura y le temblaba el tono.

Y aun así contaron hasta tres y al unísono levantaron con fuerza la tapa de madera maciza que al principio se hizo pesada pero que después se abrió con un giro de bisagras.

—¡Es un ataúd! —gritó Tom llevándose las manos a la cabeza mientras sus ojos brillaron bajo el único rayo de sol que lo iluminaba.

Dentro había una enorme figura, que parecía ser un hombre de mucha más altura que el conductor del coche fúnebre y la entrada traviesa de otro rayo de sol, menos intensa iluminó la cara de aquel hombre que estaba quieto por el momento y los chicos lo vieron alarmados.

El rostro estaba pálido, pajizo quizá, tenía los ojos cerrados y en las comisuras de sus labios sobresalían dos grandes y afilados colmillos que brillaron bajo la mezquina luz traviesa del sol.

Entonces abrió los ojos inyectados en sangre y los tres empezaron a chillar al unísono como una sirena de ambulancia. Y salieron de allí despavoridos con la mierda pegada en el culo. Los escalones de madera vieja crujieron bajo sus saltos de conejo, salieron al exterior. Corrieron hacia los arbustos y montaron sus bicicletas que pedalearon a gran velocidad aquella mañana de finales de agosto, con el pánico metido en el cuerpo.

Cuando llegaron a la comisaria del Sheriff Bannerman, sudorosos y con los ojos ojerosos, solo supieron decir una cosa.

—Hay un vampiro en esa vieja casa abandonada señor...

Bannerman deseó tomarse cuatro pastillas de golpe para el dolor de cabeza.

Sinopsis de Los inicios de Stephen King

El escritor de Maine, como lo llaman muchos, estaba predestinado a ser el mejor escritor de terror de la historia. Así lo demuestra su carrera literaria. A pesar de tener que soportar centenares de rechazos de sus primeros relatos y novelas, el destino estaba escrito: el clavo que soportaba las cartas de rechazo cayó finalmente al suelo.

Stephen King comenzó a escribir a la temprana edad de ocho años, y publicaría en sus inicios ya sus primeros relatos. Le leían los chicos de su escuela. No fue nada fácil llegar hasta la publicación de "Carrie", novela con la que inicia su andadura profesional. Con anterioridad subsistía con muchos y variados trabajos, y los cheques que cobraba de sus relatos. La muerte y el miedo siempre estuvieron a su lado desde que cavara fosas en el cementerio local en su adolescencia, como su primer trabajo pagado. Su tenacidad y constancia le hicieron ser reconocido como el "Rey", tributo a su apellido "King" que le vino que ni pintado.

Aquí descubrirás sus inicios: desde sus tatarabuelos, abuelos, sus padres, la pobreza, la caja de manuscritos de su padre, sus primeros cuentos, la época que no quiere recordar del instituto, la universidad, sus primeras novelas, su trabajo como profesor de lengua inglesa, su alter ego, sus problemas... y finalmente su éxito entre las masas. Este es un estudio de su primera etapa, la más pura de Stephen King, la que nos marcó a todos y por la que le llamamos el rey del terror.

Un día su dedo se posó al azar en un mapa de Estados Unidos, en Colorado, sobre el Hotel Stanley. y prosiguió el destino que tenía marcado para seguir. ¿Adivinas qué historia es?

Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados" ,"Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados" y "El vigilante del Castillo". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.

